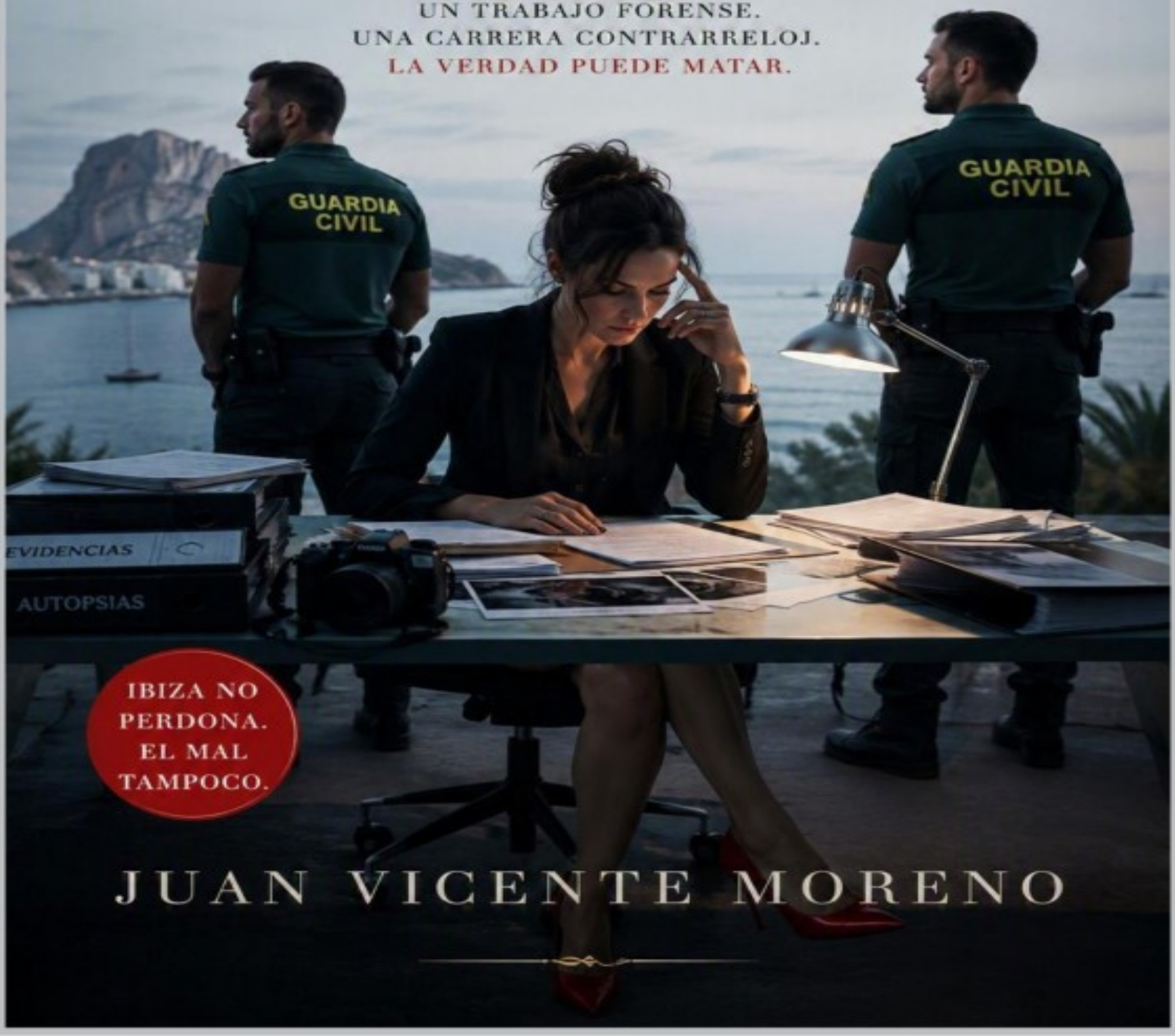
IBIZA OCULTA. VERDADES ENTERRADAS.
UN CUERPO. DOS GUARDIAS. UNA FORENSE
QUE NO SE DETIENE ANTE NADA.

IBIZA
BAJO LA PIEL

UN TRABAJO FORENSE.
UNA CARRERA CONTRARRELOJ.
LA VERDAD PUEDE MATAR.



IBIZA NO PERDONA.
EL MAL TAMPOCO.

JUAN VICENTE MORENO

IBIZA BAJO LA PIEL

Un trabajo forense, una carrera contrarreloj y la verdad puede matar

Juan Vicente Moreno

Copyright © 2026 Juan Vicente Moreno González

All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious. Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

ISBN-13: 9781234567890
ISBN-10: 1477123456

Cover design by: Art Painter
Library of Congress Control Number: 2018675309
Printed in the United States of America

A mi traductor

CONTENTS

Title Page
Copyright
Dedication
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41

CAPÍTULO 1

El fango de Cala d'Hort se aferraba a mis botas de goma con un sonido de succión obsceno, como si la tierra misma quisiera retenerme. El olor a posidonia podrida se mezclaba con el cobre de la sangre y el diésel de los arrastreros que faenaban a lo lejos, creando una pasta espesa que se pegaba al paladar. Me llevé el dorso de la mano a la frente, cuidando de no mancharme la cara con el yodo. El viento de levante azotaba los acantilados, helado, cortante, levantando granos de arena que se clavaban en la piel como agujas de vidrio.

Bajo la luz grisácea de las seis de la mañana, el cadáver parecía una pieza de marfil abandonada en la orilla. Estaba boca arriba, los brazos extendidos en un ángulo antinatural, como si hubiera intentado abrazar el mar antes de morir. La espuma de las olas lamía sus dedos, acariciándolo con una ternura que contrastaba con la violencia de su final.

Me arrodillé. El chándal de neopreno me apretaba en las axilas, el sudor frío me pegaba la ropa interior a la piel. Bajo el borde azul de mis guantes de nitrilo, mis uñas, pintadas la semana pasada de un rojo carmín, contrastaban con la palidez mortecina de la víctima. Pasé los dedos enguantados por su mandíbula. La piel tenía la textura de la cera fría, esa rigidez que solo llega después de horas sin vida.

—Otro mantero —dijo Darío.

Su voz rasgó el silencio, cargada de una prisa que no encajaba. Estaba a tres metros de mí, fumando. El brillo del cigarrillo era lo único cálido en aquel paisaje de pizarra y salitre. Olía a Estrella Damm rancia y a sudor agrio. Darío siempre olía a ansiedad, a esa

necesidad de moverse, de hacer algo, de no quedarse quieto el tiempo suficiente para pensar.

No levanté la vista. Separé los labios del muerto con dos dedos. Las encías estaban azuladas, los dientes ligeramente separados, como si hubiera muerto con una palabra en la punta de la lengua.

—Míralo bien, Darío —dije, manteniendo el tono plano, clínico—. Los manteros no llevan un reloj de cuarenta mil euros en la muñeca izquierda. Ni tienen los callos de un oficinista en las yemas de los dedos.

Darío dio una calada profunda. El humo se estancó entre nosotros, denso, picante. El cigarrillo le temblaba en la mano.

—A lo mejor se lo robó a un turista. Ya sabes cómo funciona esto antes de que empiece la temporada. Los okupas de la finca de Sant Josep se ponen nerviosos. Los manteros se vuelven codiciosos. Alguien cruza la línea.

—A lo mejor —murmuré. Deslicé la mano hacia el cuello.

El corte era limpio. Demasiado limpio. No había bordes irregulares, no había titubeos, no había esa vacilación que delata a un asesino improvisado. La hoja había seccionado la carótida con la precisión de un cirujano que conoce la anatomía de memoria. La sangre había empapado la arena negra, creando un halo oscuro que las gaviotas ya empezaban a picotear, atraídas por el hierro.

Escuché los pasos pesados detrás de mí. El crujido de la grava bajo las botas reglamentarias. Juan.

El Cabo Santos se detuvo a mi lado. No miró el cuerpo de inmediato; me miró a mí. Sus ojos, enrojecidos por la falta de sueño, buscaron alguna grieta en mi máscara de indiferencia. Olía a lana húmeda y a menta fuerte, el chicle que masticaba para no dormir. Juan cargaba con el peso de la isla en los hombros, y se le notaba en la curvatura de su espalda, en la tensión de la mandíbula, en la forma en que apretaba los puños cuando creía que nadie lo miraba.

—¿Causa? —preguntó Juan. Su voz era un tronar bajo, apagado por el viento.

—Desangramiento —respondí, señalando la herida con la pinza—. Pero fíjate en la trayectoria. El ángulo de entrada es de arriba a abajo, de izquierda a derecha. El asesino es diestro, mide al menos un metro ochenta y conoce el cuello humano. Un vendedor ambulante asustado que forcejea en la arena no hace este tipo de corte. Esto es una ejecución.

Darío apagó el cigarrillo pisoteando la arena. El gesto fue brusco, innecesario.

—La prensa ya tiene el soplo, Sofía. El delegado quiere cerrar esto hoy. Un robo que se fue de las manos. Los turistas empiezan a llegar la semana que viene. No podemos tener pánico.

—La prensa puede escribir lo que le dé la gana, Darío. Pero la carne no miente. —Me puse de pie, las rodillas crujiendo. Me quité el guante derecho, el sudor me había vuelto las manos pringosas. El aire frío me golpeó los dedos húmedos. Miré a Darío directamente a los ojos. Él desvió la mirada hacia el mar, hacia las olas grises que rompían con un ritmo monótono, hipnótico—. ¿Por qué tanta prisa por cerrar un caso que ni siquiera has abierto?

Darío apretó los puños. Los nudillos se le pusieron blancos. Por un segundo, el miedo cruzó su rostro, crudo y vulnerable, antes de que la máscara de chulería volviera a encajar en su sitio.

—Porque si no lo cerramos hoy, mañana aparecerá otro —dijo, escupiendo las palabras en la arena—. Y la isla se nos va a ir de las manos.

Juan puso una mano pesada en el hombro de su hermano. No fue un gesto de afecto, sino de contención.

—Recógelos, Sofía —dijo Juan, sin mirarme, con la vista fija en el horizonte donde la silueta de Es Vedrà emergía como un diente negro y podrido—. Llévatelos a la morgue. Yo me encargo de la prensa.

Asentí. Volví a arrodillarme junto al muerto. El viento aulló, levantando un velo de sal que me quemó los ojos. Mientras metía el cuerpo en la bolsa negra y sellaba la cremallera, ahogando el

silencio de la cala, supe que Darío no tenía miedo de que la isla se les fuera de las manos.

Tenía miedo de que yo descubriera quién la estaba sujetando.

La morgue del Hospital Can Misses olía a formol, a lejía y a café quemado. El zumbido de los fluorescentes se mezclaba con el rumor de los equipos de refrigeración, creando una sinfonía mecánica que me acompañaba desde hacía siete años. Siete años desde que volví de Barcelona, desde que dejé atrás la ciudad y sus luces, desde que acepté que Ibiza no era solo fiestas y drogas, sino también silencio y secretos.

Deslicé el cuerpo sobre la camilla de acero inoxidable. El metal frío absorbió el calor residual de la bolsa. Encendí las luces quirúrgicas. El haz blanco iluminó la escena, revelando detalles que la luz natural había ocultado.

Me puse una bata limpia, guantes nuevos, mascarilla. El ritual era sagrado. Cada gesto, calculado. Cada movimiento, preciso.

Comencé por el rostro. Rasgos europeos, piel bronceada pero no quemada, cabello castaño corto, bien cuidado. Las manos confirmaban lo que había sospechado: uñas limpias, cutículas cuidadas, callos en las yemas de los dedos índice y medio de la mano derecha. Escribía mucho. O tecleaba.

Desvestí el cadáver con cuidado. El chándal era de marca, caro. La camiseta interior, de algodón egipcio. La ropa interior, Calvin Klein. Todo nuevo, todo caro. Esto no era un mantero. Esto era alguien que quería parecer un mantero.

Corté la ropa con tijeras quirúrgicas, evitando dañar el cuerpo. Bajo la camiseta, encontré el primer indicio: un tatuaje en el costado derecho. Un símbolo geométrico, líneas entrelazadas formando un patrón complejo. Lo reconocí de inmediato.

El corazón me dio un vuelco.

Era el mismo símbolo que mi hermana llevaba tatuado en la muñeca la noche que desapareció.

Cerré los ojos. Respiré hondo. El olor a formol me llenó los pulmones, anclándome al presente. No podía permitirme el lujo de las emociones. No aquí. No ahora.

Continué la inspección. En la muñeca izquierda, el reloj. Un Patek Philippe Nautilus, referencia 5711. Esfera azul, correa de acero. Valor estimado: ochenta mil euros. En el bolsillo del chándal, encontré un teléfono móvil. La pantalla estaba rota, pero el dispositivo aún funcionaba. Lo guardé en una bolsa de evidencias.

Procedí a la autopsia.

La Y incisión fue limpia. El bisturí se deslizó por la piel con la facilidad de un cuchillo caliente sobre mantequilla. Separé los colgajos, exponiendo la cavidad torácica. Los órganos estaban en su sitio, sin signos de enfermedad. El corazón era fuerte, los pulmones limpios. Este hombre no fumaba, no bebía en exceso, se cuidaba.

Examiné la herida del cuello más de cerca. El corte había seccionado la carótida izquierda, pero también había dañado la tráquea. La precisión era quirúrgica. El asesino sabía exactamente dónde cortar para causar la muerte rápida, pero también sabía cómo hacerlo para que pareciera un trabajo amateur.

Tomé muestras de sangre, orina, contenido estomacal. El análisis toxicológico revelaría si había drogas o venenos en su sistema. Pero algo me decía que no encontraría nada. Este hombre había muerto sobrio.

Mientras cosía la incisión, mi mente daba vueltas al tatuaje. El símbolo. Lo había visto en las fotos de la desaparición de mi hermana. Lo había visto en los archivos policiales. Lo había visto en las pesadillas que me despertaban sudada a las tres de la mañana.

¿Quién era este hombre? ¿Qué conexión tenía con mi hermana? ¿Y por qué Darío quería cerrar el caso tan rápido?

Terminé la autopsia. Eran las once de la mañana. El sol ya había salido, y la luz se filtraba por las ventanas de la morgue, creando reflejos en el acero. Me quité la bata, los guantes, la mascarilla. El aire frío me golpeó la cara sudada.

Salí de la morgue. El pasillo estaba vacío. Mis tacones resonaban en el suelo de linóleo, un eco metálico que me seguía como un fantasma.

En la cafetería, Juan me esperaba. Dos cafés sobre la mesa. El suyo, negro. El mío, con leche. Sabía lo que me gustaba.

—¿Qué encontraste? —preguntó sin preámbulos.

Me senté. El café estaba caliente, el vapor me acarició la cara.

—No es un mantero —dije—. Es alguien importante. Alguien con dinero, con contactos. Y tiene un tatuaje.

Juan se tensó. Su mano se cerró alrededor de la taza.

—¿Qué tipo de tatuaje?

—Un símbolo geométrico. Líneas entrelazadas.

Juan cerró los ojos. Respiró hondo. Cuando los abrió, su mirada era diferente. Más dura. Más cansada.

—Sofía —dijo, bajando la voz—. Olvida el tatuaje. Olvida todo. Cierra el caso. Di que fue un robo. Di que fue un mantero. Di lo que quieras. Pero olvídate de esto.

—¿Por qué? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—Porque si sigues tirando de este hilo, vas a descubrir cosas que no quieres saber. Cosas que yo no puedo protegerte.

—¿Qué cosas, Juan?

Me miró. Sus ojos estaban llenos de algo que no había visto antes. Miedo.

—Cosas sobre tu hermana —dijo—. Cosas sobre Darío. Cosas sobre mí.

El café se me hizo un nudo en el estómago.

—¿Qué sabes tú sobre mi hermana?

Juan no respondió. Se puso de pie, dejó un billete de veinte euros sobre la mesa y se fue.

Me quedé sola en la cafetería. El café se enfriaba. El sol entraba por la ventana, cegador. Y supe que la isla que creía conocer, la isla que había aceptado como mi hogar, era solo una fachada.

Debajo, en las sombras, algo podrido esperaba.

Yo iba a encontrarlo.

CAPÍTULO 2

La lluvia empezó a caer cuando salí del hospital. No era la lluvia suave de otoño, sino un aguacero torrencial que golpeaba el asfalto con furia, levantando nubes de vapor que olían a aceite quemado y basura mojada. El limpiaparabrisas de mi coche luchaba contra el diluvio, moviéndose con un ritmo hipnótico que no lograba despejar la cortina de agua.

Conduje sin rumbo fijo. Las calles de Ibiza Town estaban vacías a esa hora, los comercios cerrados, las persianas bajadas. Solo los bares de la zona portuaria mantenían sus puertas entreabiertas, dejando escapar el ruido de las máquinas tragaperras y el olor a cerveza rancia.

Mi mente daba vueltas al tatuaje. Las líneas entrelazadas, el patrón geométrico. Lo había visto en las fotos de mi hermana Elena. Lo había visto en los archivos que robé de la comisaría hace tres años. Lo había visto en mis sueños, una y otra vez, hasta que las líneas se grabaron en mi retina como una cicatriz.

¿Qué hacía ese símbolo en el costado de un hombre muerto? ¿Qué conexión tenía con Elena? ¿Y por qué Juan me había pedido que lo olvidara?

Giré hacia el puerto viejo. Los yates de lujo se mecían en sus amarres, golpeando los neumáticos con un sonido sordo, rítmico. Las luces de los bares se reflejaban en el agua negra, creando manchas de color que se deshacían con cada ola.

Aparqué frente a un local llamado "El Sótano". La entrada estaba oculta tras una puerta de metal oxidado, sin letrero, sin ventanas. Solo un intercomunicador con un botón que no funcionaba. Llamé tres veces, haciendo una pausa entre cada golpe.

La puerta se abrió con un chirrido. El calor me golpeó la cara, denso, húmedo, cargado de olor a sudor, tabaco y perfume barato. El bajo de la música electrónica vibraba en el suelo, subiendo por mis piernas, instalándose en mi pecho.

El local estaba lleno. Cuerpos apiñados, moviéndose al ritmo de los bajos, sudor brillando bajo las luces estroboscópicas. Hombres y mujeres, jóvenes y viejos, turistas y locales, todos mezclados en una masa informe que se agitaba como un organismo vivo.

Busqué a Darío con la mirada. Lo encontré en una esquina, junto a la barra, hablando con un tipo de pelo largo y camiseta de tirantes. Darío llevaba la camisa desabotonada hasta el pecho, el pelo húmedo de sudor o de lluvia, no estaba segura. Su postura era relajada, pero sus ojos escaneaban la habitación con la tensión de un depredador.

Me abrí paso entre la multitud. Los cuerpos se pegaban al mío, hombros contra pechos, caderas contra caderas. El olor a alcohol y drogas era asfixiante. Alguien me derramó cerveza en el brazo. No me molesté en limpiarla.

Llegué a la barra. Darío me vio y su expresión cambió. La relajación desapareció, reemplazada por algo que podía ser alarma o irritación.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, inclinándose hacia mí para que pudiera oírlo sobre la música.

—Buscarte —respondí.

—No estoy de servicio.

—Lo sé.

El tipo de pelo largo nos miró. Ojos inyectados en sangre, pupilas dilatadas. Sonrió, mostrando dientes manchados de nicotina.

—¿Tu hermana? —preguntó Darío.

—Forense —corregí.

El tipo se encogió de hombros y se giró hacia la barra. Pidió dos chupitos de algo que olía a gasolina.

Darío me agarró del brazo y me arrastró hacia el fondo del local, donde un pasillo estrecho llevaba a los baños. La música se amortiguó un poco, pero el bajo seguía vibrando en las paredes, en el suelo, en mis huesos.

Empujó la puerta de los baños de mujeres. Estaba vacío. El olor a lejía y marihuana me recibió. Me miró en el espejo, evitando mis ojos.

—No deberías estar aquí, Sofía.

—Tú tampoco.

—Estoy trabajando.

—¿Trabajando? ¿En un garito de mierda a las dos de la mañana?

Se giró hacia mí. Su rostro estaba tenso, la mandíbula apretada.

—Estoy siguiendo una pista.

—¿Sobre qué?

—Sobre el muerto de Cala d'Hort.

—¿Y qué tiene que ver este lugar con él?

Darío no respondió. Se pasó la mano por el pelo, un gesto nervioso que hacía desde que éramos niños.

—Escucha, Sofía —dijo, bajando la voz—. Hay cosas que no entiendes. Cosas que no puedes entender. Déjalo. Vete a casa. Olvida el tatuaje. Olvida a Elena.

—No puedo.

—Tienes que poder. —Se acercó, invadiendo mi espacio. Olía a sudor, a alcohol, a algo metálico que no identifiqué—. Porque si sigues tirando de este hilo, vas a descubrir que Elena no era quien creías. Y eso va a destruirte.

—¿Qué sabes tú de Elena?

Su expresión cambió. Por un segundo, vi algo en sus ojos. Dolor. Culpa. Miedo.

—Sé que no desapareció —dijo—. Sé que se fue. Por voluntad propia.

—Mientes.

—¿Ah, sí? —Se inclinó hacia mí, su aliento caliente en mi cara—. Entonces, ¿por qué tiene el mismo tatuaje que el muerto? ¿Por qué llevaba ese símbolo en la muñeca? ¿Por qué nadie la ha visto en tres años?

Me quedé sin palabras. La música vibraba en las paredes, en mi pecho, en mi cabeza.

—¿Cómo sabes lo del tatuaje? —pregunté.

—Porque yo también lo tengo.

Se levantó la camisa, mostrando el costado derecho. Allí, justo encima de la cadera, el mismo símbolo. Líneas entrelazadas, patrón geométrico.

—¿Cuándo te lo hiciste? —pregunté, la voz apenas un susurro.

—Hace un año.

—¿Y Elena?

—Elena me lo presentó. A ella y a un grupo de personas. Personas que creen que la isla necesita ser limpiada. Personas que están dispuestas a hacer lo que sea necesario.

—¿Qué tipo de personas?

—Personas con dinero. Con poder. Personas que controlan esta isla desde las sombras.

—¿Y qué hacen?

Darío sonrió. No era una sonrisa alegre. Era amarga, cansada.

—Hacen lo que sea necesario para mantener el orden. Para proteger lo que es nuestro. Para eliminar a los que amenazan el equilibrio.

—¿Como el muerto de Cala d'Hort?

—El muerto de Cala d'Hort era un traidor. Robó dinero. Iba a hablar. Tenía que desaparecer.

—¿Y tú lo mataste?

—No. Pero sé quién lo hizo. Y sé por qué.

—¿Por qué?

—Porque iba a exponer todo. A la prensa. A la policía. A todo el mundo. Iba a destruir la isla.

—¿Y tú estás de acuerdo con eso? ¿Con matar gente?

—No estoy de acuerdo. Pero entiendo por qué se hizo. A veces, el bien mayor requiere sacrificios.

—Eso es una puta mierda, Darío.

—¿Ah, sí? —Se acercó más, su rostro a centímetros del mío—. Entonces, ¿qué propones? ¿Que dejemos que la isla se pudra? ¿Que los manteros, los okupas, los traficantes, los inmigrantes ilegales se apoderen de todo? ¿Que Ibiza se convierta en un vertedero?

—No. Pero esto no es la solución.

—¿Y cuál es? ¿Hablar? ¿Pedir por favor? ¿Esperar a que el sistema funcione? El sistema está roto, Sofía. Siempre lo ha estado. Y la única forma de arreglarlo es desde fuera. Desde las sombras.

Lo miré. Mi hermano pequeño, el que me seguía a todas partes cuando éramos niños, el que lloraba cuando se caía de la bici, el que me prometía que siempre me protegería. Ahora era un extraño. Un hombre con los ojos duros, la mandíbula apretada, las manos temblorosas.

—¿Elena sabe esto? —pregunté.

—Elena es parte de esto.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que ella no desapareció. Ella se unió a ellos. Ella eligió este camino.

—No es verdad.

—¿Ah, no? Entonces, ¿por qué no ha vuelto? ¿Por qué no ha llamado? ¿Por qué no ha dado señales de vida en tres años?

No respondí. Porque no tenía respuesta. Porque esas mismas preguntas me habían mantenido despierta durante mil noches.

Darío me miró. Sus ojos estaban húmedos, pero su voz era firme.

—Déjalo, Sofía. Por favor. Por tu bien. Por el mío. Por el de Elena.

—No puedo.

—Tienes que poder.

—No.

Se quedó en silencio. La música vibraba en las paredes. Alguien golpeó la puerta del baño, pidiendo entrar. Darío no se movió.

—Entonces, estás sola —dijo—. Y si estás sola, no puedo protegerte.

—Nunca te pedí que me protegieras.

—No. Pero lo voy a hacer de todos modos. Porque te quiero. Porque eres mi hermana. Y porque sé lo que son capaces de hacer si se sienten amenazados.

Se giró y abrió la puerta. El ruido de la música inundó el baño, ahogando el silencio.

—Vete a casa, Sofía. Y reza para que no descubran que estás investigando.

Salió. Me dejó sola en el baño, con el olor a lejía y marihuana, con el bajo vibrando en mis huesos, con la verdad aplastándome como una losa de piedra.

Elena no había desaparecido. Elena se había unido a ellos. Elena era parte de esto.

Y yo tenía que decidir qué hacer con esa información.

Salí del baño. El pasillo estaba lleno de gente, cuerpos sudorosos, ojos brillantes, risas ahogadas por la música. Me abrí paso hacia la salida, empujando, esquivando, luchando por respirar.

Cuando salí a la calle, la lluvia había parado. El aire olía a sal y a asfalto mojado. Las luces de los bares se reflejaban en los charcos, creando manchas de color que se deshacían con cada paso.

Subí al coche. Las manos me temblaban en el volante. No sabía a dónde ir. No sabía qué hacer. Solo sabía que no podía volver a casa. No todavía. No hasta que pudiera mirar al espejo sin ver la cara de mi hermana.

Conduje sin rumbo. Las calles estaban vacías, los comercios cerrados, las persianas bajadas. Solo los bares de la zona portuaria mantenían sus puertas entreabiertas, dejando escapar el ruido de las máquinas tragaperras y el olor a cerveza rancia.

Aparqué frente a la playa de Talamanca. El mar estaba en calma, las olas lamiendo la arena con un sonido suave, rítmico. Las luces de los hoteles se reflejaban en el agua, creando un camino de oro que llevaba al horizonte.

Me bajé del coche. El aire olía a sal y a posidonia. La arena estaba fría bajo mis botas. Caminé hasta la orilla, dejando que las olas me mojaran los pies.

Saqué el móvil. Llamé a Juan.

—¿Sofía? —Su voz estaba dormida, pero se despejó al reconocer mi número—. ¿Qué pasa?

—Necesito verte.

—¿Ahora?

—Ahora.

—¿Dónde?

—En la playa de Talamanca.

—Voy para allá.

Colgué. Me quedé mirando el mar, las olas lamiendo la arena, las luces de los hoteles reflejándose en el agua.

Elena no había desaparecido. Elena se había unido a ellos. Elena era parte de esto. Pero yo iba a descubrir hasta dónde llegaba todo

esto. Aunque me costara la vida.

CAPÍTULO 3

Los faros del coche patrulla cortaron la niebla de Talamanca como cuchillas romas. El motor se caló. La puerta del conductor se abrió y cerró con un golpe seco que el mar se tragó al instante. Juan no encendió la luz interior. Se sentó a mi lado, trayendo consigo el olor a lana mojada, a tabaco negro y a esa fatiga crónica que se le había pegado a los huesos.

Durante un minuto, el único sonido fue el golpeteo irregular de la lluvia contra el techo del Skoda y el rumor sordo del Mediterráneo rompiendo contra los bloques de hormigón del espigón.

—Darío te lo ha contado —dijo. No era una pregunta. Su voz sonaba rasposa, como si hubiera estado tragando cristales.

—Me ha dicho que Elena se unió a ellos. Que el muerto era un traidor. Que la isla necesita una poda. —Giré la cabeza para mirarlo. La luz ámbar de una farola le cortaba el rostro por la mitad, dejando el otro lado en una sombra densa—. Dime que está mintiendo, Juan. Dime que es la cocaína hablándole.

Juan apoyó la frente en el volante. Sus nudillos estaban blancos, la piel tirante. No me miró.

—Darío es un idiota con una placa y un complejo de Dios —murmuró—. Pero no miente sobre lo que ve. Lo que no te ha dicho es que él no es el que sostiene las tijeras de podar. Él solo barre las hojas.

—¿Y tú? ¿Tú qué haces, Juan? ¿Aguantar la escoba?

Soltó una risa seca, carente de humor. Se pasó una mano por la cara, arrastrando la barba de dos días.

—Yo hago que la isla no se queme, Sofía. Tú crees que esto es un pueblo de pescadores con malas artes. No lo es. Es una máquina

de triturar dinero y escupir cadáveres. Si dejamos que los cárteles de fuera, los rusos, los albanos, los que mueven la papeleta en los puertos deportivos, campen a sus anchas, Ibiza se convierte en Medellín. La gente que vive aquí, los que no tienen yates, los que trabajan en los campos los devoran.

—¿Y la solución es un escuadrón de la muerte con tatuajes geométricos?

—La solución es el control —dijo, girándose por fin. Sus ojos estaban inyectados en sangre, brillantes por la falta de sueño y algo más, algo que se parecía demasiado a la desesperación—. Alguien tiene que poner orden. Y el Estado no puede. La ley es un chiste para los tipos que mueven cien millones en negro. Así que usamos sus propias reglas. Eliminamos a los que se salen del guion. Mantenemos el equilibrio.

—Elena no era un equilibrio. Era mi hermana.

El silencio que siguió fue más pesado que el aire húmedo del coche. Juan cerró los ojos. Cuando los abrió, la máscara del Cabo de la Guardia Civil había caído por completo, dejando al hombre roto que había debajo.

—Elena descubrió la contabilidad, Sofía. Iba a venderla a los federales. Iba a meter a medio consejo de administración en la cárcel y a dejar la isla en manos de los lobos. No tuve elección.

El frío me subió desde las botas hasta la garganta. El sabor a bilis me quemó la lengua.

—¿La mataste?

—No —dijo, y la convicción en su voz me heló más que la negación—. Yo no toco a civiles. Pero no pude protegerla de los que sí lo hacen. La perdí. Como te estoy perdiendo a ti ahora mismo.

Se inclinó hacia mí. Su mano rozó mi mejilla. Sus dedos estaban ásperos, fríos. No hubo ternura en el gesto, solo una necesidad cruda de anclaje, de verificar que yo seguía ahí, que seguía siendo de carne y hueso y no un fantasma más de esta isla.

—Vete a casa, Sofía. Deja el teléfono del muerto en una bolsa y olvídate de lo que hay dentro.

Me aparté de su mano. El contacto me dejó la piel erizada.

—El teléfono ya está en mi bolsillo. Y lo que hay dentro no me gusta.

Abrí la puerta del coche. La lluvia me golpeó la cara, fría y sucia. No miré atrás mientras caminaba hacia mi propio vehículo. El motor arrancó a la primera. En el retrovisor, vi la silueta de Juan en el Skoda, inmóvil, como una gárgola vigilando un cementerio.

La morgue a las ocho de la mañana olía a café rancio y a ozono. El técnico informático, un chico pálido con ojeras hasta la barbilla, me entregó una tablet.

—El móvil estaba jodido, doctora. La placa base estaba doblada. Pero he conseguido extraer la partición encriptada.

Dejé la tablet sobre la camilla de acero, junto al cadáver de Marcos Valera —así lo había identificado la Interpol tras cotejar sus huellas dactilares. No era un mantero. Era auditor forense para un fondo de inversión con sede en Ginebra.

La pantalla mostraba un chat de Signal. Los mensajes estaban borrados, pero el metadato de las ubicaciones GPS seguía intacto. Valera no había estado en Pacha ni en los clubs de la marina. Sus últimos tres días los había pasado en un radio de dos kilómetros alrededor de una finca abandonada en el interior, cerca de Sant Mateu.

Volví al cuerpo. La toxicología había terminado. El informe parpadeaba en el monitor.

—No fue solo el corte en la carótida —murmuré para mí misma, pasando el dedo por el papel impreso—. El corazón tenía signos de taquicardia extrema.

El asesino le había inyectado algo antes de degollarlo. Un bloqueador neuromuscular. Aconitina concentrada, mezclada con un derivado sintético. El veneno lo había paralizado, manteniéndolo

consciente, sintiendo cómo le abrían el cuello, pero sin poder mover un músculo ni gritar. Una crueldad clínica.

Guardé el informe en mi bolso. Agarré la tablet. Salí de la morgue sin pasar por la cafetería. El pasillo del hospital estaba lleno de enfermeras que cambiaban de turno, el olor a desinfectante me taladraba las fosas nasales.

Conduje hacia el norte. La carretera serpenteaba entre pinos retorcidos y rocas rojas. La lluvia había amainado, dejando una niebla espesa que se aferraba al asfalto.

La finca de Sant Mateu no aparecía en los mapas oficiales. El acceso era un camino de tierra batida, lleno de baches que hicieron chirriar los amortiguadores de mi coche. Aparqué a cien metros, oculta tras un muro de piedra seca.

El lugar era una masía del siglo XVIII, con las ventanas tapiadas con tablones de palé. Pero de dentro salía el pulso sordo de un generador diésel y el bajo vibrando de la música electrónica. Un garito ilegal.

Me acerqué a pie, pegándome a la pared de piedra. El olor a marihuana, a sudor y a fritanga barata salía por las rendijas de las puertas. Había dos tipos en la entrada. No eran manteros. Eran chicos jóvenes, de origen subsahariano, con chaquetas de chándal demasiado gruesas para el clima y ojos que no paraban de moverse. Llevaban machetes ocultos bajo las chaquetas; se les notaba en la forma en que apoyaban el peso del cuerpo, en la tensión de los hombros. Inmigración ilegal usada como carne de cañón para proteger la cocaína y las fiestas clandestinas.

Saqué mi placa, la guardé en el bolsillo interior de la chaqueta y caminé hacia ellos.

—Guardia Civil —dije, manteniendo la voz baja, plana—. Necesito hablar con el que lleva la caja.

El de la izquierda, un chico con una cicatriz blanca cruzándole la ceja, sonrió. Mostró unos dientes perfectos, demasiado perfectos para la vida que llevaba.

—Aquí no hay caja, señora. Solo música.

—Abre la puerta.

No lo hizo. Su mano se movió hacia la cintura.

No pensé. El instinto de siete años lidiando con cadáveres me hizo retroceder un paso, sacando la Sig Sauer de la funda sobaquera. El cañón apuntó directamente a la rodilla del chico.

—Si sacas eso, te vuelo la rótula y te dejo desangrarte en el barro. Abre.

El chico me miró. Vio mis ojos. Vio que no estaba faroleando. La puerta se abrió.

El interior era una nave diáfana, el suelo de tierra apisonada cubierto de colchones manchados y botellas rotas. Cincuenta personas. Chicas con tacones de aguja bailando en jaulas de metal, turistas despistados buscando la siguiente raya, y los verdaderos dueños del lugar: hombres con camisetas de marca y miradas de tiburón, sentados en sofás de cuero traídos quién sabe cómo hasta aquel agujero.

En el centro, junto a una mesa con montañas de billetes de cincuenta, estaba Darío.

No llevaba el uniforme. Llevaba vaqueros, una camiseta negra y una cadena de oro gruesa. Estaba discutiendo con un tipo calvo, de cuello grueso, que tenía un tatuaje de un escorpión en la nuca.

Me vio. Su rostro palideció.

—¡Sofía! —gritó Darío, apartándose de la mesa—. ¡¿Qué cojones haces aquí?!

El tipo del escorpión se giró. Sacó una pistola de debajo de la mesa.

El caos estalló sin previo aviso. No hubo gritos de aviso, solo el estruendo ensordecedor de un disparo que astilló el marco de la puerta a mi lado. Me tiré al suelo, rodando tras un sofá de cuero. Los clientes empezaron a gritar, pisoteándose para salir.

—¡Al suelo, todos al suelo! —rugió una voz detrás de mí.

Juan.

Apareció por la puerta trasera, seguido de tres guardias civiles del GAR. El destello de los flashes de los cañones iluminó la nave en ráfagas estroboscópicas. El olor a pólvora se mezcló con el de la sangre y el vómito.

El tipo del escorpión disparó de nuevo. Juan se movió con una eficiencia letal, dos disparos secos. El hombre cayó sobre la mesa, aplastando las montañas de billetes.

Pero el garito era un polvorín. Los chicos de la puerta, los inmigrantes armados con machetes, entraron en pánico al ver a la Benemérita. Uno de ellos, un chaval que no tendría más de diecisiete años, se abalanzó sobre uno de los guardias con el machete en alto.

—¡No dispares! —grité.

Fue inútil. El guardia disparó. El chico cayó, el machete resbalando de su mano, la sangre manchando la tierra apisonada.

Darío estaba en el suelo, cubriéndose la cabeza con los brazos. Me arrastré hasta él. Lo agarré por el cuello de la camiseta y lo levanté a medias.

—¡Valera! —le grité, sacudiéndolo—. ¡El auditor! ¿Quién lo trajo aquí?

Darío me miró. Tenía los ojos desorbitados, la nariz sangrando.

—No sé de qué hablas, Sofía. Juro que no sé...

—¡El tatuaje! —le grité, señalando el cadáver del tipo del escorpión, cuya camisa se había abierto al caer, revelando el mismo símbolo geométrico en el pecho—. ¡Él es de los tuyos! ¡Dime quién dio la orden!

Darío tragó saliva. Miró a Juan, que estaba asegurando la zona, luego me miró a mí.

—El arquitecto —susurró, la voz quebrada—. El que diseña los hoteles. Él limpia la isla. Él...

Un segundo disparo resonó. No venía de los guardias.

Darío se tensó. Un hilo de sangre oscura empezó a brotar de su hombro, empapando la camiseta negra. Se desplomó contra mí, pesando de repente como un saco de cemento.

Detrás de la barra, un camarero que había estado agachado bajó el arma. Era un hombre mayor, de rostro curtido, con los ojos completamente vacíos.

Juan se giró. Disparó. El camarero cayó.

Pero el daño estaba hecho. Darío respiraba con dificultad, la sangre le burbujeaba en los labios. Me miró. Sus ojos, esos ojos que habían sido los de mi hermano pequeño, se estaban apagando.

—Dile a Elena... —jadeó, agarrando mi muñeca con dedos resbaladizos—. Dile que lo siento.

Su mano se relajó. El peso de su cuerpo se volvió inerte.

Me quedé arrodillada en el barro y la sangre, el zumbido en mis oídos ahogando los gritos de los detenidos. Juan se acercó. Se arrodilló a mi lado. No dijo nada. Solo puso su mano grande y áspera sobre la nuca de Darío, cerrándole los ojos con los dedos.

El olor a pólvora, a cobre y a orina me llenó los pulmones. La isla había cobrado su peaje. Y yo acababa de ver cómo pagaba con mi propia sangre.

La cabaña de Juan estaba en el extremo norte de la isla, cerca de Portinatx, escondida entre acantilados que caían a un mar negro y embravecido. Era su refugio. El lugar donde nadie lo buscaba.

Eran las cuatro de la mañana. Habíamos dejado a Darío en el quirófano del hospital. Estaba vivo, pero la bala había rozado el pulmón. Lo habían inducido al coma.

Juan se sirvió un vaso de whisky barato. No me ofreció. Bebió de un trago, dejando el vaso sobre la encimera de madera con un golpe sordo. Llevaba la camisa manchada de la sangre de su hermano. No se había cambiado.

Me quedé de pie junto a la ventana. El viento aullaba fuera, sacudiendo los cristales.

—El arquitecto —dije, rompiendo el silencio. Mi voz sonaba extraña, metálica, como si no me perteneciera—. Víctor Costa. Diseña todos los resorts de la costa norte.

Juan no se giró.

—Costa es intocable, Sofía. Tiene a los jueces en el bolsillo y a los políticos cenando en su mesa.

—Acaba de ordenar matar a tu hermano.

Juan se giró. Su rostro era una máscara de piedra, pero sus ojos ardían con una fiebre oscura. Cruzó la habitación en tres zancadas. Me agarró por los brazos. Su apretón fue duro, desesperado.

—Darío se metió donde no debía. Sabía las reglas.

—¡Es tu hermano! —grité, forcejeando para soltarme.

—¡Es un soldado que se saltó el guion! —rugió él, acercando su rostro al mío. Podía oler el whisky en su aliento, ver las venas palpitando en su cuello—. ¿Crees que no lo sé? ¿Crees que no me duele aquí? —Se golpeó el pecho con el puño libre, un sonido hueco y carnoso—. Pero si bajamos la guardia, si mostramos debilidad, nos devoran a todos. A ti te devoran.

Lo empujé. Él no me soltó. Nos quedamos allí, en la penumbra de la cabaña, respirando el mismo aire viciado, midiendo la distancia entre la rabia y el abismo.

—Estoy tan cansado, Sofía —susurró de pronto. La furia se drenó de su cuerpo, dejándolo flácido, viejo—. Llevo diez años construyendo este dique para que la marea negra no inunde tu vida. Para que tú sigas creyendo que la ley sirve para algo. Y Darío lo ha roto todo en una noche.

Sus manos bajaron de mis brazos a mi cintura. No fue un abrazo. Fue una rendición.

Lo miré. Vi las líneas de expresión marcadas alrededor de sus ojos, la barba canosa, la cicatriz en la barbilla. Vi al hombre que me había traído café a la morgue cada mañana durante tres años. Al

hombre que me había mentido. Al hombre que era el único en el mundo que entendía el peso de los muertos que yo cargaba.

No lo aparté.

Cuando me besó, no hubo dulzura. Fue un choque de dientes y labios, un beso con sabor a sal, a whisky y a sangre seca. Me empujó contra la pared de piedra fría de la chimenea. Sus manos buscaron el borde de mi camisa, arrancando los botones con una urgencia torpe, desesperada.

No era amor. Era supervivencia. Era dos náufragos aferrándose al mismo trozo de madera podrida en medio de una tormenta.

Me levantó en peso. Enredé las piernas en su cintura, sintiendo el roce áspero de su uniforme contra mis muslos. Me llevó hasta la cama estrecha del rincón, dejándome caer sobre las sábanas que olían a él, a tabaco y a soledad.

Se quitó la camisa manchada, revelando un torso marcado por cicatrices antiguas, algunas de bala, otras de navaja. Se arrodilló entre mis piernas. Sus manos, grandes y callosas, recorrieron mi cuerpo, mapeando cada curva, cada cicatriz, como si quisiera memorizarme antes de que el mundo se acabara.

Cuando entró en mí, el aire se me escapó de los pulmones en un suspiro ronco. No hubo preliminares suaves, solo la fricción cruda de la piel contra la piel, el sonido húmedo de nuestros cuerpos moviéndose al ritmo del viento que azotaba la cabaña.

Cerré los ojos. En la oscuridad de mis párpados, no vi a Juan. Vi a Darío cayendo. Vi a Elena sonriendo con ese tatuaje en la muñeca. Vi el símbolo geométrico grabado en la carne de un hombre muerto.

Pero el dolor físico, la fricción, el calor asfixiante de Juan sobre mí, anclaban mi mente. Cada embestida era un recordatorio de que yo estaba viva. De que mi corazón latía, de que mi sangre corría caliente por mis venas, a diferencia de la de los cadáveres que me esperaban en la morgue.

Juan me agarró de la cadera, sus dedos clavándose en mi piel, dejando moretones que durarían días. Marcas. Pruebas de que

existía.

Grité su nombre cuando el orgasmo me golpeó, un sonido roto, animal, que se perdió entre el aullido del viento del norte. Él se dejó caer sobre mí, enterrando la cara en mi cuello, respirando con dificultad, su corazón martilleando contra mi pecho.

Nos quedamos allí, en la penumbra, sudorosos, temblando. El olor a sexo y a tabaco llenaba la habitación pequeña.

Juan rodó a un lado, apoyando la espalda en la cabecera de madera. Encendió un cigarrillo. El brillo rojo iluminó su perfil en la oscuridad.

—Costa no actuará mañana —dijo, exhalando el humo hacia el techo de vigas—. Esperará a que Darío despierte. O a que muera.

Me incorporé, apoyando la barbilla en mis rodillas. El frío de la habitación me golpeó la piel sudada.

—Entonces tenemos hasta entonces —dije, la voz rasposa—. Para encontrar las pruebas. Para hundirlo.

Juan me miró. Sus ojos estaban oscuros, ilegibles.

—Si vamos a por Costa, Sofía no habrá vuelta atrás. Ni para él. Ni para nosotros. La isla se quemará.

Miré por la ventana. La lluvia había vuelto a empezar, lavando los cristales, intentando borrar la suciedad del mundo.

—Que se sume —dije—. Yo ya estoy muerta por dentro desde que Elena desapareció. Solo me queda asegurarme de que ellos ardan conmigo.

CAPÍTULO 4

Me vestí en la penumbra, los dedos torpes abrochando los botones de la camisa que Juan había dejado hecha un puto desastre. El frío de la mañana me calaba hasta los huesos, pero no era solo el aire. Era la resaca de lo que acabábamos de hacer, la certeza de que habíamos cruzado una línea que no tenía vuelta atrás.

Juan ya estaba despierto, sentado en el borde de la cama, encendiendo otro cigarrillo. La luz grisácea que se filtraba por la ventana le marcaba las ojeras, le acentuaba los pómulos hundidos. Parecia diez años mayor que la noche anterior.

—Tengo que ir al hospital —dije, atándome las botas—. Ver cómo sigue Darío.

—No te dejarán entrar. Está en la UCI, bajo vigilancia. —Exhaló el humo, una nube azul que se disipó en el aire frío—. Además, Costa ya sabe que estás metida en esto. Si te ve merodeando por el hospital, te cazarán antes de que llegues a la puerta.

—¿Y qué coño propones, Juan? ¿Que me quede de brazos cruzados mientras tu hermano se pudre en una cama?

Se giró hacia mí. Sus ojos estaban inyectados en sangre, la mirada dura como el pedernal.

—Propongo que uses esa puta cabeza tuya para algo más que para follar. —Se levantó, tirando la colilla al cenicero de latón—. Darío está seguro por ahora. Costa no va a enviar a un sicario a la UCI del hospital. Demasiado riesgo. Pero si tú apareces por allí, le estás dando la excusa perfecta para eliminar dos pájaros de un tiro.

Me quedé de pie, las manos en las caderas, la rabia hirviéndome en las venas.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Esperamos a que Costa nos sirva la bandeja de plata con su cabeza?

—No —dijo, acercándose a mí. Me puso las manos en los hombros, sus dedos fríos a través de la tela de la camisa—. Vamos a hacer lo que tú haces mejor, Sofía. Vamos a escuchar a los muertos.

La morgue estaba vacía a las siete de la mañana. El técnico de turno, un tal Miguel, estaba en la cafetería, fumándose el tercer pitillo del día. Aproveché para entrar sin que nadie me viera.

El cuerpo de Marcos Valera seguía en la camilla, rígido, pálido bajo las luces quirúrgicas. Me puse la bata, los guantes, la mascarilla. El ritual de siempre. Pero esta vez, mis manos temblaban.

Volví a examinar la herida del cuello. El corte era limpio, preciso, pero había algo que me había pasado por alto la primera vez. Un detalle minúsculo, casi invisible.

Saqué la lupa y me incliné sobre la herida. Allí, en el borde inferior del corte, había una marca. Un pequeño rasguño, apenas visible, en forma de semicírculo. Lo había hecho el filo de la hoja al retirarse, un gesto involuntario del asesino. Pero no era un rasguño cualquiera. Era una firma.

Saqué mi móvil y busqué en la base de datos de la Interpol. Había pasado años recopilando información sobre patrones de asesinato, sobre asesinos en serie, sobre cárteles. Y había encontrado algo.

El semicírculo. Era la marca de "El Cirujano", un sicario que había operado en los Balcanes hacía diez años. Se decía que trabajaba para los rusos, pero luego desapareció. Nadie sabía si estaba muerto o si se había retirado.

Hasta ahora.

Guardé las fotos en mi móvil. Saqué el teléfono de Valera de la bolsa de evidencias. Lo había cargado toda la noche. La pantalla se encendió.

El chat de Signal seguía abierto. Había un mensaje nuevo, recibido dos horas antes de que mataran a Valera.

"La reunión es en Sa Caleta. Medianoche. Ven solo. Trae los documentos."

El remitente: un número de teléfono que no reconocí. Pero el mensaje tenía una ubicación adjunta. Sa Caleta. Una cala al sur de la isla, conocida por ser punto de encuentro de traficantes y okupas.

Saqué una copia de seguridad de todo el contenido del teléfono y lo guardé en un pendrive. Luego, volví a meter el móvil en la bolsa.

Cuando salí de la morgue, Juan me esperaba en el pasillo. Llevaba dos cafés en las manos.

—¿Qué has encontrado? —preguntó, pasándome uno.

—Una firma —dije, dando un sorbo. El café estaba quemado, amargo, pero me despertó—. El asesino de Valera es un profesional. Un tal "Cirujano". Trabajó para los rusos en los noventa.

Juan apretó la mandíbula.

—Joder. Eso complica las cosas.

—Ya lo creo que las complica. Pero hay más. Valera tenía una reunión anoche en Sa Caleta. Alguien lo citó allí.

—¿Quién?

—No lo sé. Pero apuesto a que fue Costa. O alguien de su círculo.

Juan se pasó la mano por la cara, frotándose los ojos.

—Sa Caleta es territorio de los albanos. Si Costa envió a Valera allí, es porque necesitaba algo de ellos. O porque quería tenderle una trampa.

—O las dos cosas —dije—. Tenemos que ir allí.

—¿Estás loca? Si Costa sabe que Valera fue a Sa Caleta, habrá enviado a sus hombres a limpiar la zona. Si aparecemos, nos matarán.

—No si vamos de paisano. Y si vamos preparados.

Me miró. Sus ojos buscaban algo en mi rostro, quizás duda, quizás miedo. No encontró nada.

—Eres una puta cabezota, ¿lo sabías?

—Lo sé. ¿Vienes o no?

Sonrió. Una sonrisa torcida, cansada, pero genuina.

—Voy a buscar el coche.

Sa Caleta estaba a veinte minutos en coche. La carretera serpenteaba entre acantilados rojos, el mar brillando a lo lejos como una lámina de plata. La niebla de la mañana empezaba a levantarse, dejando al descubierto un cielo gris plomizo.

Aparcamos a un kilómetro de la cala, ocultos tras un muro de piedra seca. Juan sacó dos pistolas del maletero. Me pasó una.

—¿Sabes usar esto? —preguntó.

—Soy forense, Juan, no idiota. Sé disparar.

Asintió, satisfecho. Sacó una chaqueta negra del asiento trasero y se la puso. Yo hice lo mismo.

Caminamos hacia la cala, pegándonos a los acantilados. El olor a sal y a posidonia podrida era intenso. El sonido de las olas rompía contra las rocas, un ritmo monótono, hipnótico.

Cuando llegamos al borde del acantilado, nos tumbamos boca abajo y miramos hacia abajo.

La cala era pequeña, de arena roja, rodeada de acantilados. Había tres coches aparcados en la arena. Dos todoterrenos negros y una furgoneta blanca. Alrededor, unos diez hombres. La mayoría llevaban chaquetas de cuero y botas militares. Albanos, sin duda.

En el centro, junto a una hoguera apagada, había dos hombres hablando. Uno era alto, rubio, con una cicatriz en la mejilla. El otro era más bajo, moreno, con un traje caro que desentonaba con el entorno.

Juan sacó unos prismáticos del bolsillo y me los pasó.

Enfoqué al hombre del traje. Era Víctor Costa. El arquitecto. El que diseñaba los hoteles de lujo. El que, según Darío, "limpiaba la isla".

Costa estaba hablando con el albanés, gesticulando. El albanés asentía, pero su postura era tensa, agresiva. No era una reunión amistosa.

De repente, Costa sacó un sobre del bolsillo interior de la chaqueta y se lo tendió al albanés. El albanés lo abrió, miró el contenido y sonrió. Una sonrisa cruel, depredadora.

Luego, el albanés hizo un gesto. Dos de sus hombres se acercaron a la furgoneta blanca y abrieron las puertas traseras.

De dentro sacaron a tres personas. Tres chicos jóvenes, de origen subsahariano, con las manos atadas y los ojos vendados. Los empujaron hacia la orilla, obligándolos a arrodillarse en la arena.

El albanés sacó una pistola. Se la puso en la nuca al primero de los chicos.

—¡Joder! —murmuré, apretando los dientes.

Juan me quitó los prismáticos. Su rostro estaba pálido, la mandíbula tensa.

—Están ejecutándolos —dijo, la voz ronca—. Testigos. Probablemente vieron algo que no debían.

—Tenemos que hacer algo.

—¿Qué? ¿Bajar ahí y enfrentarnos a diez tipos armados? Nos matarían en dos segundos.

—No podemos dejar que los maten, Juan.

Me miró. Sus ojos estaban llenos de rabia, de impotencia.

—Sofía, no podemos salvarlos. Si intervenimos, moriremos nosotros también. Y entonces, ¿quién va a detener a Costa? ¿Quién va a vengar a Darío?

El disparo resonó en el aire, seco, brutal. El chico cayó de cara en la arena. La sangre empezó a manchar la arena roja, creando un

contraste horrible.

El albanés apuntó al segundo chico.

Cerré los ojos. No podía mirar. Pero el sonido del segundo disparo me atravesó como un cuchillo.

Cuando abrí los ojos, el tercer chico estaba de pie, temblando, la sangre de sus compañeros salpicándole la cara. El albanés le hablaba, probablemente ofreciéndole una "oportunidad". El chico asintió, desesperado.

Costa se acercó al chico, le puso una mano en el hombro y le dijo algo. Luego, se giró hacia sus hombres y dio unas instrucciones. Los albanoses empujaron al chico hacia la furgoneta.

Costa se alejó, subió a su coche y se marchó. Los albaneses lo siguieron en los todoterrenos.

Solo quedaron dos hombres junto a la furgoneta. Empezaron a cavar un hoyo en la arena, para enterrar a los dos chicos muertos.

Juan me agarró del brazo y me arrastró hacia atrás, alejándonos del acantilado.

—Vámonos —dijo, la voz quebrada—. Ya hemos visto suficiente.

Condujimos en silencio de vuelta a Ibiza Town. El peso de lo que acabábamos de ver nos aplastaba. Dos chicos muertos. Ejecutados como perros. Y nosotros, escondidos en el acantilado, impotentes.

Cuando llegamos a la cabaña, Juan se sirvió un whisky. Yo me senté en el sofá, las manos temblando, la imagen de los chicos muertos grabada en mi retina.

—Costa está trabajando con los albaneses —dijo Juan, dejando el vaso sobre la mesa—. Probablemente les paga para que eliminen a los testigos. A los que saben demasiado.

—Y a los inmigrantes ilegales —añadí—. Los usan como carne de cañón. Para proteger sus garitos, para transportar droga, para lo que sea. Y cuando ya no los necesitan, los matan.

Juan se dejó caer en el sofá, a mi lado. Se pasó la mano por la cara, agotado.

—Esto es más grande de lo que pensábamos, Sofía. Costa no es solo un arquitecto corrupto. Es el puto amo de la isla. Controla la construcción, la política, la policía y ahora, también a los albaneses.

—Entonces, ¿cómo coño lo detenemos?

Juan no respondió. Se quedó mirando el vaso de whisky, como si buscara respuestas en el fondo del líquido ámbar.

De repente, su móvil sonó. Lo sacó del bolsillo y miró la pantalla. Su rostro palideció.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Es el hospital —dijo, contestando la llamada—. Sí, soy Juan Santos... ¿Qué? ¿Cuándo?... Sí, voy para allá.

Colgó. Se levantó de un salto.

—Darío ha despertado —dijo, la voz tensa—. Pero hay un problema.

—¿Qué problema?

—Dice que tiene que hablarme. A mí solo. Y que es urgente.

Me levanté.

—Vamos.

—No, Sofía. Tú no puedes ir. Si Costa sabe que Darío ha despertado, enviará a alguien a rematarlo. Tienes que quedarte aquí.

—No voy a quedarme aquí mientras tú vas solo.

—Sofía, por favor. Es mi hermano. Tengo que ir solo.

Lo miré. Sus ojos estaban llenos de miedo. Miedo por su hermano. Miedo por mí.

—Vale —dije, finalmente—. Pero si algo sale mal, si no tienes noticias mías en una hora, llama a la UCO. Diles todo. Diles lo de Costa, lo de los albaneses, todo.

Asintió. Me besó en la frente, un beso rápido, desesperado. Luego, salió corriendo.

Me quedé sola en la cabaña. El viento aullaba fuera, sacudiendo los cristales. Me serví un whisky, imitando a Juan. Bebí de un trago, sintiendo el ardor en la garganta.

Saqué el pendrive con la copia del teléfono de Valera. Lo conecté a mi portátil. Empecé a revisar los archivos.

Había cientos de fotos. Fotos de obras, de planos, de contratos. Pero también había fotos de personas. Políticos, empresarios, policías. Todos con el símbolo geométrico tatuado en alguna parte del cuerpo.

Y entonces, lo vi.

Una foto de Elena. Mi hermana. Llevaba el mismo tatuaje en la muñeca. Estaba sonriendo, abrazada a Víctor Costa.

La fecha de la foto: dos semanas antes de que desapareciera.

El mundo se me vino encima. Elena no había sido secuestrada. No había sido asesinada. Ella se había unido a ellos. Voluntariamente.

¿Por qué? ¿Qué la había llevado a hacer eso?

Seguí buscando. Encontré un archivo de audio. Lo reproduje.

La voz de Elena llenó la habitación.

"Juan, no tengo elección. Ellos tienen a Sofía. Si no hago lo que dicen, la matarán. Tengo que infiltrarme. Tengo que encontrar pruebas desde dentro. Pero si algo sale mal, si no lo consigo... dile a Sofía que la quiero. Que nunca la abandoné. Que solo intentaba protegerla."

El audio terminó. Me quedé helada.

Elena no me había abandonado. Había estado protegiéndome. Había estado intentando detener a Costa desde dentro.

Y había fracasado.

Saqué el móvil. Llamé a Juan.

—¿Qué pasa, Sofía? —Su voz sonaba tensa, agitada.

—Juan, escúchame. Elena no se unió a ellos. Se infiltró. Estaba intentando detener a Costa. Y ellos la mataron.

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

—Sofía, ahora no puedo hablar. Estoy en el hospital. Darío dice que sabe dónde está el cuerpo de Elena.

El corazón me dio un vuelco.

—¿Dónde?

—En Sa Caleta. En el mismo lugar donde enterraron a los chicos.

La sangre me hirvió en las venas.

—Voy para allá.

—¡No, Sofía! Es peligroso. Espera a que yo...

Colgué. Salí corriendo de la cabaña. Subí al coche. Conduje como una loca hacia Sa Caleta.

Iba a encontrar a Elena. Iba a sacar su cuerpo de esa puta arena. Y luego, iba a quemar la isla entera con Costa dentro.

CAPÍTULO 5

La pala chocó contra algo que no era piedra. El sonido fue sordo, amortiguado por la tierra húmeda, pero en el silencio de Sa Caleta resonó como un disparo. Me detuve. El mango de madera me rozaba las ampollas reventadas de las palmas, la piel en carne viva pegada a la madera por el sudor y la sangre.

El viento del norte aullaba entre los pinos del acantilado, arrastrando el olor a resina y a salitre. La marea estaba baja, dejando al descubierto las rocas negras de la cala, afiladas como cuchillos. No había luna. Solo la luz amarillenta y temblorosa de mi linterna frontal, que cortaba la oscuridad en un haz estrecho y polvoriento.

—Vamos, Elena. Vamos, joder —murmuré, escupiendo arena que el viento me había lanzado a la boca.

Hundí la pala de nuevo. La tierra cedía con un crujido húmedo. Cada palada era un esfuerzo titánico. Los músculos de mis hombros ardían, la espalda me gritaba con cada flexión. Pero el dolor físico era un ancla. Me mantenía cuerda. Evitaba que el audio de mi hermana, ese mensaje de voz con su voz rota y temblorosa, me destrozara la cabeza.

"Dile a Sofía que la quiero. Que nunca la abandoné."

Una lágrima caliente me cayó en la mejilla, mezclándose con el barro seco. La limpié con el dorso del guante de nitrilo. Me había puesto el equipo completo antes de salir de la cabaña: bata impermeable, guantes, mascarilla, el kit de toma de muestras colgado al cinto. Parecía una cirujana a punto de operar en un vertedero.

La pala volvió a golpear. Esta vez, el sonido fue distinto. Plástico.

Me arrodillé en el borde del hoyo. La tierra me llegaba a la cintura. El olor cambió. Ya no era solo tierra mojada y posidonia. Era un olor dulzón, pesado, que se pegaba al fondo de la garganta. El olor inconfundible de la muerte reciente, fermentando bajo el calor de la descomposición acelerada por la tierra.

Aparté la tierra con las manos enguantadas, ignorando la pala. Mis dedos rozaron una superficie lisa, resbaladiza. Una lona de polietileno negro, de las que se usan para cubrir piscinas o esconder cosechas ilegales. Estaba sellada con cinta americana en los bordes.

Saqué el cutter del kit. La hoja deslizó por la cinta con un rasgido agudo. El aire escapó de la bolsa con un suspiro fétido, una bocanada de gases que me hizo girar la cabeza y contener la respiración.

Dentro estaba ella.

La luz de la linterna bañó su rostro. Elena. Mi hermana.

No había envejecido. La muerte tiene esa crueldad de congelar el tiempo. Su piel tenía el tono grisáceo de la cera vieja, los labios teñidos de un azul oscuro. Los ojos estaban abiertos, fijos en la lona, las pupilas dilatadas y opacas, mirando un horror que yo nunca llegaría a ver. Llevaba la misma ropa de la noche que desapareció: unos vaqueros negros, una camiseta blanca ahora manchada de tierra y fluidos, y las botas de cuero.

El corazón me latía en los oídos, un tambor desbocado. Quería abrazarla. Quería cerrar esos ojos de un golpe. Quería gritar hasta desgarrarme las cuerdas vocales.

Pero era forense. Y ella me necesitaba viva y cuerda.

—Hola, hermanita —susurré, la voz ahogada por la mascarilla—. Vamos a ver qué te hicieron.

Saqué la cámara del kit. Empecé a disparar. Flash tras flash, iluminando la fosa con destellos blancos y cegadores. Documenté la posición del cuerpo, la ropa, la tierra adherida. Luego, pasé a la inspección táctil.

No podía hacer la Y incisión allí. No tenía la mesa, ni la luz quirúrgica, ni el tiempo. Pero tenía mis manos y mi experiencia.

Palpé el cuello. No había corte. No había degollamiento como a Valera. Mis dedos bajaron por la tráquea hasta el esternón. Encontré la fractura. El hueso hioides, roto. Estrangulación manual. Pero al presionar la zona, noté algo más. Unos pequeños puntos hundidos en la piel del cuello, apenas visibles bajo la suciedad.

Acerqué la linterna. Eran marcas de inyección. Múltiples. Microinyecciones.

—Te drogaron, Elena. Te paralizaron para que no pudieras luchar.

Bajé a las manos. Estaban rígidas por el rigor mortis, que empezaba a ceder con la descomposición. Los dedos estaban cerrados en un espasmo. Le separé las yemas con cuidado, forzando las articulaciones. Bajo las uñas, rotas y llenas de tierra, había algo que no era arena.

Saqué las pinzas y el hisopo. Raspé con delicadeza. En la punta del algodón quedó un residuo. No era tierra. Era un polvo fino, de un tono cobrizo. Óxido. Y algo más. Pequeñas esquirlas. Las metí en un tubo de ensayo de plástico y lo sellé.

Le levanté la camiseta. El torso estaba cubierto de hematomas. Moretones oscuros, en diferentes fases de curación. La habían torturado. Le habían pegado patadas en las costillas, le habían dado puñetazos en el abdomen. Pero en el centro de su pecho, justo sobre el esternón, había una marca.

No era el símbolo geométrico. Era una quemadura. Un círculo perfecto, del tamaño de una moneda de dos euros, con la piel carbonizada y levantada.

Me incliné más, el olor a carne quemada y putrefacción revolviéndome el estómago. Dentro del círculo, grabado en la carne viva antes de cauterizarla, había un número.

42.

¿Qué coño era eso? ¿Un código? ¿Una cuenta atrás?

Le revisé la boca. Los labios estaban partidos. Le abrí la mandíbula con los dedos. La lengua estaba hinchada, mordida. Pero en el paladar, pegado con una sustancia viscosa, había un objeto pequeño y duro.

Metí dos dedos. Lo rasgué. Cayó en mi palma enguantada.

Una micro-SD.

Elena la había escondido en su propia boca. Sabía que la iban a registrar. Sabía que la iban a matar. Pero sabía que yo la encontraría. Sabía que le abriría la boca.

Guardé la tarjeta en un tubo estanco.

De repente, el crujido de la grava sobre el acantilado me heló la sangre.

Apagué la linterna frontal. La oscuridad me engulló. Me pegué al fondo del hoyo, cubriendo el cuerpo de Elena con la lona, quedando yo enterrada bajo la tierra suelta de los bordes.

Arriba, en el borde del acantilado, aparecieron dos haces de luz blanca. Barrían la arena de la cala.

—Ai është këtu. Kontrolloni varrin —dijo una voz. Acento albanés. Grave, rasposo.

—Dreqin. Era erë qelbur —respondió otra voz, más joven, nasal.

Escuché el deslizamiento de la tierra. Habían empezado a bajar por el sendero empinado que daba a la cala.

El pánico me subió por la garganta, ácido. Estaba en una tumba, con el cadáver de mi hermana, y dos sicarios armados bajaban a comprobar si el entierro estaba intacto.

Miré a mi alrededor. A mi derecha, la pared de tierra del acantilado. A mi izquierda, el mar. Delante, la salida.

No podía salir por donde habían venido. Me verían.

Deslicé la mano hacia la funda sobaquera. Saqué la Sig Sauer. El metal frío me reconfortó, un recordatorio de que no era solo una doctora. Era una mujer que había decidido ir a la guerra.

Los pasos en la arena estaban cerca. A diez metros. Cinco.

—Pse është hapur? Kush e ka hapur? —gruñó el primero.

Vieron la pala. Vieron el agujero.

Me quité las botas. Dejé el kit de forense al lado del cuerpo de Elena. Solo me quedé con la pistola, la micro-SD en el bolsillo interior de la chaqueta y el tubo de las muestras en el otro.

Los haces de luz barrieron el borde del hoyo. Si bajaban la luz tres grados, me darían de lleno.

Me impulsé con las piernas. No hacia arriba. Hacia el lado.

La arena cedió bajo mis pies descalzos. Me deslicé por la pared lateral del hoyo, rodando hacia la zona de sombra que proyectaban las rocas negras de la orilla. El impacto contra las piedras me sacó el aire de los pulmones. Me mordí el labio para no gritar. El sabor a cobre me llenó la boca.

—Kujdes! Dikush është këtu! —gritó el joven.

Un disparo rompió el aire. El sonido fue ensordecedor en la cala cerrada. La bala impactó en la tierra, a medio metro de mi cabeza, lanzándome un chorro de arena a la cara.

Me arrastré sobre el vientre. Las piedras me cortaban la piel de las rodillas y los codos. El agua helada del mar me mojaba los calcetines, subiendo por mis piernas.

—Qëllim! Qëllim atë!

Otro disparo. Luego otro. Estaban disparando a ciegas, asustados, convencidos de que había un comando de la Guardia Civil o de los rusos allí.

Llegué al agua. El frío me mordió los muslos. Me sumergí hasta el cuello. El agua me tapó los oídos, amortiguando los gritos y los disparos. Solo escuchaba mi propia respiración, agitada, desesperada.

Avancé por la orilla, pegada a las rocas, usando el ruido del mar para cubrir el chapoteo. Cada vez que una ola rompía, me movía.

Cuando la ola retrocedía, me quedaba inmóvil, congelada en el agua negra.

Tardé veinte minutos en recorrer los cien metros que me separaban del sendero de los contrabandistas, una ruta oculta entre la vegetación que subía hacia la carretera.

Cuando por fin salí del agua y me interné en el pinar, me dejé caer tras un tronco podrido. Estaba temblando. El frío, la adrenalina, el shock. Me quité la chaqueta empapada. Saqué el tubo estanco del bolsillo. Estaba intacto. La micro-SD también.

Me puse las botas descalzas, ignorando el dolor de la piel macerada. Saqué el móvil. La pantalla estaba agrietada, pero funcionaba.

Llamé a Juan.

Sonó cuatro veces. Cinco. Seis.

—Pronto —contestó una voz. No era Juan.

Era Darío.

Me quedé helada. El corazón me dio un vuelco.

—¿Darío? ¿Estás en la UCI?

—Me han dado el alta hace una hora, Sofía —dijo. Su voz sonaba diferente. Más grave. Más cansada. Sin el rastro de chulería que siempre lo acompañaba—. Juan me ha contado lo del audio. Lo de Elena.

—Darío, escúchame. Estoy en Sa Caleta. La he encontrado. La han matado.

Hubo un silencio al otro lado de la línea. Un silencio pesado, denso.

—Lo sé —dijo Darío.

—¿Qué? ¿Cómo que lo sabes?

—Sé que la mataron, Sofía. No sé que la has encontrado. Pero sabía que irías. Conozco a mi cuñada. Sé cómo piensas.

—¿Tu cuñada? —repetí, el cerebro intentando procesar la palabra.

—Elena y yo... —Darío se aclaró la garganta. El sonido fue áspero —. Éramos amantes, Sofía. Desde antes de que ella desapareciera. Por eso me infiltré. Por eso me tatué esa puta marca. Para estar cerca de ella. Para protegerla. Y fallé.

El mundo giró a mi alrededor. El olor a pino y a salitre se volvió asfixiante. Mi hermano pequeño. Mi hermana.

—Joder, Darío... —susurré, dejando caer la cabeza contra la corteza áspera del tronco.

—Escúchame bien, Sofía —interrumpió, la voz endureciéndose, volviéndose metálica—. No llores ahora. No hay tiempo. ¿Tienes lo que ella guardó?

—Sí. Una tarjeta. Y unas muestras.

—Bien. Costa tiene a sus hombres registrando la isla. Juan está en la comisaría, intentando ganar tiempo, fingiendo que no sabe que has ido a Sa Caleta. Pero el delegado ha recibido una llamada anónima. Saben que estás fuera de control.

—¿Qué hago, Darío?

—Vuelve a la cabaña. No vayas al hospital. No vayas a comisaría. Tienes que sacar esa tarjeta de la isla. Hay un tipo en el puerto de Botafoc. Un pescador viejo, tuerto. Se llama Mateo. Dile que vas de parte del Cabo Santos. Él te llevará a Formentera. Desde allí, contacta con la UCO en Madrid. Sáltate a la Guardia Civil de Ibiza. Están todos comprados. Todos.

—¿Y tú? ¿Y Juan?

—Nosotros nos quedamos a limpiar la mierda —dijo Darío. Hubo una pausa. Escuché el pitido de un monitor médico de fondo. Estaba en el hospital, no en la cabaña—. Si no volvemos, Sofía asegúrate de que esos cabrones ardan.

La llamada se cortó.

Me quedé mirando la pantalla negra del móvil. El viento soplaba entre los pinos, moviendo las ramas como dedos esqueléticos.

Me puse de pie. Me sequé la cara con el dorso de la mano. El barro, la sangre, las lágrimas. Todo mezclado.

Elena había muerto por protegerme. Darío y Juan estaban jugando a la ruleta rusa para darme una salida.

No iba a huir a Formentera. No iba a dejar que se enfrentaran solos a Costa y a los albaneses.

Guardé el móvil. Agarré la pistola. Empecé a caminar por el sendero oscuro, hacia la carretera.

Iba a necesitar un coche. Iba a necesitar acceso a un ordenador seguro. Y, sobre todo, iba a necesitar descifrar qué coño significaba el número 42 grabado en el pecho de mi hermana.

La isla me había tragado. Pero yo iba a ser la indigestión que los matara a todos.

CAPÍTULO 6

El motor del Range Rover robado ronroneaba con una suavidad obscena, un contraste perverso con el caos que me destrozaba las neuronas. Olía a cuero nuevo, a ambientador de pino y al rastro almizclado del sudor del narcoteca que me lo había dejado "prestado" en la puerta de su chalé de Jesús. Solo había tenido que esperar a que entrara en la casa arrastrando a una chica de quince años medio desnuda y con la nariz destrozada. Cuando la puerta blindada se cerró, deslicé la llave de contacto, metí la primera y pisé el acelerador. El tipo ni se enteró. En esta isla, la maldad es tan cotidiana que nadie presta atención a un ruido más.

La lluvia golpeaba el parabrisas en ráfagas diagonales, distorsionando las luces de neón de los polígonos industriales hasta convertirlas en manchas de sangre y bilis. Mis manos estaban agarrotadas en el volante. Los nudillos blancos. El frío de la ropa empapada se me había metido en los huesos, pero el temblor que me sacudía los muslos no era por la temperatura. Era la adrenalina licuándose, dejando un residuo tóxico en las venas.

Saqué el tubo de ensayo del bolsillo. Lo sostuve bajo la luz amarillenta del techo. Las esquirlas cobrizas que había raspado de bajo las uñas de Elena brillaban como polvo de hadas macabro. No era óxido. Era latón. Aleación de cobre y zinc. Y el patrón de las micro-rayaduras no era de una bisagra ni de una cerradura barata. Era el tambor de una caja fuerte empotrada. De las que se usan en los trasteros de alta seguridad.

Guardé el tubo y miré la pantalla del portátil, que había enchufado al mechero del coche. La micro-SD de Elena estaba en la ranura. La pantalla de inicio pedía una contraseña.

Cuatro caracteres.

Pensé en el número grabado a fuego en su esternón. 42.

Tecleé los números. Acceso denegado.

Maldije en voz alta, golpeando el volante con la palma abierta. El claxon aulló en la carretera vacía, un grito metálico que se perdió en la tormenta.

Elena no era de números simples. Era de códigos, de acertijos, de las putas canciones de los Beatles que tarareaba cuando estudiaba para los exámenes de derecho. 42. ¿Qué coño era 42? En la guía del autoestopista era la respuesta al sentido de la vida. Pero Elena no leía a Douglas Adams. Leía a los clásicos.

Cerré los ojos. El olor a cuero del coche me asfixiaba. Visualicé su rostro. La noche que desapareció. Llevaba una camiseta de los Sex Pistols. Never Mind the Bollocks. Pista cuatro. Canción dos. Holidays in the Sun.

Tecleé: HITS.

La pantalla parpadeó. El icono de la carpeta se abrió.

Solté el aire que no sabía que estaba conteniendo. El sabor a bilis me subió por la garganta.

No había documentos de contabilidad. No había fotos de políticos follando con menores. Había un solo archivo de vídeo y un plano en PDF.

Abrí el plano. Era el subsuelo del puerto de Ibiza. El viejo almacén de aduanas, el que Costa había comprado para "rehabilitar" y convertir en lofts de lujo. Pero el plano mostraba un nivel inferior, no declarado. Un búnker. Y en el centro, marcado en rojo, un símbolo: una caja fuerte. Caja 42.

Tragué saliva. El latón. Las esquirlas. Elena había arañado la caja fuerte. Había intentado abrirla, o al menos había dejado su marca en ella para que yo supiera dónde mirar.

Abrí el vídeo.

La imagen era oscura, granulada. La cámara estaba apoyada en el suelo, grabando desde un ángulo bajo. Elena estaba de rodillas,

las manos atadas a la espalda con bridas de plástico. La sangre le manchaba la boca, un hilo oscuro que le caía por la barbilla hasta el escote. Detrás de ella, la silueta inconfundible de Víctor Costa. Llevaba un traje de lino blanco, impecable, a pesar de estar en un sótano húmedo.

—El problema de vosotros los idealistas, Elena —decía la voz de Costa, tranquila, casi pedagógica— es que creéis que la moral es una ley de la física. Que el bien siempre empuja hacia arriba. Pero la moral es un lujo. Y el lujo se paga.

Elena escupió. La saliva aterrizó en la punta de sus zapatos italianos.

—Vete a la mierda, Costa. La UCO ya tiene los discos.

Costa se agachó. Su rostro entró en el encuadre. Tenía los ojos de un tiburón muerto: negros, planos, sin un atisbo de empatía.

—La UCO tiene lo que yo quiero que tengan. Un par de peces pequeños para que la prensa cene tranquila. Pero tú te has metido en la maquinaria, cariño. Y la maquinaria tritura.

Se levantó y hizo un gesto fuera de cámara. Alguien arrastró a Elena. El vídeo se cortó en negro.

Cerré el portátil de golpe. El corazón me martilleaba contra las costillas como un animal enjaulado. La habían matado en ese sótano. Y la caja 42 era la única prueba que quedaba. La prueba que la había llevado a la tumba.

El chirrido de unos neumáticos frenando en la grava me hizo dar un respingo.

Saqué la Sig Sauer de la funda sobaquera. El metal estaba helado contra mi palma sudorosa. Me bajé del Range Rover, pegándome a la chapa fría.

Un coche patrulla de la Guardia Civil, sin rotular, estaba aparcado a diez metros. La puerta del conductor se abrió.

Juan.

Llevaba el chándal arrugado, la chaqueta empapada y la barba de tres días. Pero lo que me heló la sangre no fue su aspecto. Fue la forma en que sostenía su arma reglamentaria. Apuntando directamente a mi pecho.

—Baja el hierro, Juan —dije. Mi voz sonó extrañamente calmada, clínica. La voz que usaba en la morgue cuando un familiar se ponía histérico.

—Tira la puta tarjeta al suelo, Sofía. —Su voz temblaba. No de frío. De rabia. O de miedo.

—¿Qué te ha pasado, Juan? ¿Costa te ha llamado? ¿Te ha dicho que si no le llevas mi cabeza te va a cortar las piernas a Darío en la UCI?

Juan apretó los dientes. El músculo de su mandíbula palpitó bajo la luz de las farolas.

—Darío no está en la UCI, Sofía. Se ha fugado. Se ha arrancado las vías y se ha pirado hace dos horas. Y ahora está desaparecido. Costa está loco. Ha mandado a los albaneses a registrar los hospitales, los bares, las putas clínicas. Si Darío cae en sus manos, lo van a despellejar.

—Entonces tienes un problema mayor que yo.

—¡Tengo el problema de que mi hermano pequeño va a morir por tu puta terquedad! —gritó Juan. El eco de su voz rebotó en las paredes de piedra de la antigua finca abandonada donde nos habíamos citado. Bajó el tono, convertida en un siseo venenoso—. Dame la tarjeta. Yo me encargo de Costa. Se la doy, cerramos el trato, y Darío vive. Tú te vas a la Península. Te olvidas de Elena. Te olvidas de todo.

Lo miré. Analicé su postura. El peso mal distribuido, la respiración superficial, las pupilas dilatadas. Estaba al límite. No era un policía corrupto haciendo su trabajo. Era un animal acorralado intentando salvar a su cría. Y yo era el depredador que había invadido su territorio.

—Si le das la tarjeta, Costa nos matará a todos de todos modos —dije, sin bajar la pistola—. Él no deja cabos sueltos, Juan. Lo sabes tan bien como yo. Lo viste en Sa Caleta. Lo viste con tus propios ojos mientras disparaban a esos chavales.

—¡No me jodas con la moral, Sofía! —Juan dio un paso adelante, el cañón de su pistola oscilando una fracción de milímetro—. ¡Tú no estás en mi piel! ¡Tú no tienes que mirar a la cara a tu hermano mientras se desangra en una camilla y rogarle a Dios para que no se muera! ¡Yo llevo diez años tragando mierda para que esta isla no se vaya al carajo! ¡Diez años haciendo la cama a los monstruos para que gente como tú pueda dormir tranquila y jugar a ser la forense honrada!

La verdad de sus palabras me golpeó en el estómago. No había cinismo en su voz. Solo una desesperación cruda, desnuda, que olía a fracaso y a whisky barato.

—No te pedí que me protegieras, Juan —dije, bajando la voz, obligándome a mantener el tono firme—. Y no te pedí que jugaras a ser Dios. Pero Elena murió intentando detener a esos monstruos a los que tú les haces la cama. Si le das la tarjeta a Costa, su muerte no habrá servido para una mierda.

—Su muerte ya ha servido —escupió él—. Me ha jodido la vida. Me ha jodido a mi hermano.

—Y si sigues así, te va a joder a ti también.

Nos quedamos mirando. La lluvia caía a cántaros, empapándonos, lavando la sangre seca de mis manos, el sudor de su frente. Dos pistoleros en la oscuridad, apuntándose al pecho, separados por diez metros de barro y diez años de mentiras.

Juan miró mi pistola. Luego miró mis ojos. Buscaba una grieta. Una duda.

No la encontró.

Lentamente, con un movimiento que le crujió los huesos del hombro, bajó el arma. La seguridad se deslizó hacia abajo con un chasquido metálico que sonó a sentencia. Guardó la pistola en la

funda. Se pasó las manos por la cara, arrastrando la piel flácida y cansada.

—Eres una puta cabezota, Sofía —murmuró, la voz rota.

—Lo sé.

—Costa va a enviar a los albaneses a buscarte. Han rastreado el GPS de tu coche. Están a diez minutos de aquí.

Me giré hacia el Range Rover. Las luces de posición estaban encendidas. Estúpida.

—Tengo la ubicación de la caja fuerte —dije, guardando mi arma y corriendo hacia el coche—. En el almacén del puerto. El búnker de Costa.

Juan me siguió, subiendo al asiento del copiltero de un salto.

—Ese sitio es una fortaleza, Sofía. Hay al menos seis tíos armados. No podemos entrar ahí.

—No vamos a entrar —dije, metiendo la primera y pisando el acelerador. Los neumáticos patinaron en el barro antes de agarrar el asfalto—. Vamos a hacer que ellos salgan.

—¿Y cómo coño piensas hacer eso?

Lo miré. Una sonrisa fría, carente de cualquier alegría, se me dibujó en los labios.

—Soy forense, Juan. Sé exactamente cómo hacer que un cuerpo hable. Y sé cómo hacer que un edificio entero huela a muerte.

Pisé el acelerador a fondo. El motor rugió, devorando la carretera hacia el puerto. La guerra por Ibiza acababa de empezar. Y yo ya no estaba dispuesta a limpiar los cadáveres. Iba a empezar a fabricarlos.

CAPÍTULO 7

El limpiaparabrisas chirriaba contra el cristal, luchando una batalla perdida contra el diluvio. Conduje el Range Rover hacia el sur, esquivando los charcos que reflejaban los neones parpadeantes de los locales de alterne. Dejamos atrás la zona turística, la Ibiza de postal, y nos adentramos en las entrañas de Sa Penya.

El barrio se tragó la luz. Las calles eran estrechas, empinadas, asfixiantes. El olor a aceite de fritanga rancia se mezclaba con el hedor a orina seca y a colillas apagadas en la acera. Bajo los toldos de los portales, bultos envueltos en mantas se movían con lentitud. Inmigrantes varados, los que no tenían dinero para las discotecas ni para los yates. Chavales subsaharianos con las zapatillas destrozadas, vendiendo hachís a granel a cualquiera que se atreviera a parar el coche. Magrebíes mirando al vacío, con los ojos hundidos y la piel curtida por el sol y la miseria. La isla de la felicidad les escupía a la cara cada mañana, y ellos se limitaban a limpiar la baba.

Juan iba en el asiento del copiloto, limpiando el cañón de su Sig Sauer con un trapo grasiento. El olor a pólvora vieja y aceite Ballistol llenaba el habitáculo, ahogando el ambientador de pino.

—Explícame esa puta locura otra vez —dijo, sin levantar la vista del arma—. Antes de que nos maten.

—Costa espera que vaya al búnker con la tarjeta —dije, girando el volante para esquivar a un chaval que arrastraba un carrito de la compra lleno de chatarra—. Si llego allí, me mata y coge la tarjeta. Si no llego, envía a los albaneses a rastrearme. Necesitamos que los albaneses y los hombres de Costa se maten entre ellos. O al menos, que la Guardia Civil de fuera, la UCO de verdad, entre en el búnker por una razón que no sea yo.

—¿Y cómo coño provocamos eso?

—Con un muerto.

Juan detuvo su movimiento. El trapo quedó suspendido en el aire. Me miró. Sus ojos eran dos pozos negros en la penumbra del coche.

—No me jodas, Sofía.

—Necesito un cadáver, Juan. Uno que no esté en el sistema. Un John Doe. Lo vestimos con la ropa del contable de Costa, la que vi en los planos de la SD. Le ponemos la tarjeta falsa en el bolsillo, una copia que he hecho en la impresora del coche, y lo dejamos en la entrada de servicio del búnker. Con un par de disparos a bocajarro y la escena manipulada, parecerá que el contable intentó huir, que los albaneses lo interceptaron y lo ejecutaron por traición. La UCO tiene el búnker vigilado. Si ven un cadáver y disparos, entrarán. Costa estará ocupado limpiando su propia casa.

Juan soltó el aire por la nariz. Un resoplido cansado. Volvió a su arma.

—Para conseguir un John Doe que no esté en el sistema, tenemos que entrar en la morgue de Can Misses. Y la morgue está en el hospital. Y el hospital está lleno de guardias civiles que le deben favores a Costa.

—Por eso vamos a entrar por la rampa de los cadáveres.

Aparqué el coche en un callejón sin salida, bajo la sombra de un contenedor de obra. El motor se caló. El silencio que siguió fue pesado, roto solo por el tamborileo de la lluvia en el techo.

—Si nos pillan, me quitan la placa. Me meten en la cárcel. Y a Darío lo matan —dijo Juan. Su voz no tenía rabia. Solo una resignación fría, de piedra.

—Si no hacemos esto, Darío muere de todos modos. Y Elena no habrá servido para nada.

Me giré hacia él. La luz ámbar de una farola le cortaba el rostro. Parecía un fantasma. Sin decir nada, abrió la puerta y se bajó bajo la

lluvia. Lo seguí.

La rampa de acceso a los depósitos cadavéricos olía a lejía concentrada y a carne dulce. El sonido de los compresores de las cámaras frigoríficas vibraba en el suelo de hormigón, subiendo por las suelas de mis botas. Juan forzó la puerta trasera con una palanca que sacó del maletero. El metal cedió con un quejido agudo.

Entramos. El pasillo estaba en penumbra, iluminado solo por las luces de emergencia que bañaban las paredes de un verde enfermizo. Mis pasos eran silenciosos. Conocía cada baldosa, cada rincón de este sótano. Había pasado aquí más horas de mi vida que en mi propia cama. Este era mi reino. El lugar donde los secretos de la isla se desnudaban bajo mis bisturíes.

Llegamos a la cámara de los indocumentados. Tres cuerpos. Tres cajones de acero inoxidable.

Saqué la tarjeta maestra de mi bolsillo. La pasé por el lector. Un pitido seco. El primer cajón se deslizó hacia fuera con un siseo de aire frío.

El vapor blanco escapó, golpeándome la cara. El olor a formol y a heces frías me llenó las fosas nasales. Dentro había un hombre. Cuarenta y tantos años, piel cetrina, tatuajes de prisiones del este de Europa descoloridos en los antebrazos. Causa de la muerte: sobredosis de heroína cortada con fentanilo. Otro desechable. Otro número en las crónicas de sucesos que nadie lee.

—Este sirve —dije. Mi voz sonaba extrañamente tranquila. La voz de la doctora. La voz que no sentía nada.

Juan me ayudó a sacar el cuerpo. Pesaba. El rigor mortis había empezado a ceder, haciendo que las extremidades fueran una masa blanda y traicionera. Lo arrastramos hasta la camilla de ruedas. El ruido de las ruedas sobre el linóleo sonó como un disparo en el silencio del sótano.

De repente, el chirrido de unas botas en el pasillo exterior.

Juan se congeló. Su mano voló a la pistola. Me agarró del brazo y me arrastró hacia el almacén de lencería clínica, al fondo del pasillo.

Empujó la puerta de rejilla y nos metió dentro, cerrándola con cuidado.

El espacio era minúsculo. Estanterías de metal llenas de sábanas blancas y batas azules. El olor a polvo y a detergente industrial era asfixiante. Nos pegamos a la pared del fondo. Juan me cubrió la boca con su mano grande y áspera. Su pecho chocaba contra el mío. Podía sentir el latido de su corazón, rápido, desbocado, contra mis costillas.

A través de la rejilla de la puerta, vi pasar dos sombras. Dos guardias civiles. No eran de la isla. Llevaban los uniformes impecables, las botas relucientes. UCO. O al menos, eso parecían. Pero en esta isla, hasta los buenos llevaban la conciencia sucia.

—...te digo que el cabo Santos ha pedido un permiso de veinte minutos para revisar los archivos de la morgue —decía uno de ellos. Su voz era un murmullo grave que rebotaba en las paredes de azulejos.

—Santos está loco. Si Costa se entera de que está metiendo las narices, lo cuelga de un gancho de matadero —respondió el otro.

Pasaron de largo. Sus pasos se perdieron hacia la salida.

Solté el aire. El corazón me golpeaba la garganta. Me giré para mirar a Juan.

Estaba pegado a mí. Tan cerca que podía contar las gotas de sudor en su frente. Sus ojos estaban oscuros, dilatados por la adrenalina y la falta de oxígeno. Me miraba la boca. Yo miraba la suya.

No hubo palabras. No las hubo nunca en este tipo de momentos. Era la biología pura, cruda, de dos animales que acaban de esquivar a la manada. La adrenalina pedía una vía de escape, y el sexo era la única válvula de presión que nos quedaba.

Juan me agarró de la nuca. Sus dedos se enredaron en mi pelo húmedo por la lluvia y el sudor. Me atrajo hacia él y me besó.

No fue un beso suave. Fue un choque. Dientes contra labios, lengua contra lengua, un sabor a café rancio, a tabaco y a desesperación. Me empujó contra las estanterías. Las latas de gasa y los botes de suero cayeron al suelo con un estrépito sordo que amortiguó el ruido de mis jadeos.

Sus manos bajaron por mi espalda, buscando el borde de mi camisa, arrastrando la tela hacia arriba. El aire frío de la habitación me golpeó la piel desnuda de la espalda, pero el calor de sus palmas me quemaba. Me levantó en peso, apoyándome contra la pared de metal. Enredé las piernas en su cintura, sintiendo el bulto duro de su pistola en la funda sobaquera presionando contra mi muslo.

Se bajó la cremallera de los pantalones con un movimiento torpe, impaciente. No hubo preliminares, no hubo caricias. Cuando entró en mí, el aire se me escapó de los pulmones en un suspiro ronco. El dolor fue agudo, rápido, seguido de una fricción húmeda y caliente que me ancló al suelo, al presente, a la vida.

Me agarró de las caderas, sus dedos clavándose en mi piel, dejando marcas. Cada embestida era un golpe seco, rítmico, acompasado con el zumbido de los compresores al otro lado de la puerta. Cerré los ojos. En la oscuridad de mis párpados, no veía a Juan. Veía a Elena en la fosa. Veía a Darío sangrando. Veía el número 42 grabado en la carne.

Pero el dolor físico, el calor asfixiante de Juan, el olor a su sudor y a su piel, me mantenían cuerda. Me recordaba que yo también estaba hecha de carne y hueso, que mi sangre todavía corría caliente.

Grité su nombre, un sonido ahogado contra su hombro, cuando el orgasmo me golpeó. Un espasmo violento que me sacudió de la cabeza a los pies. Él se dejó caer contra mí, enterrando la cara en mi cuello, respirando con dificultad, su corazón martilleando contra mi pecho como un pájaro atrapado.

Nos quedamos allí unos segundos, pegados, temblando. El frío del metal contra mi espalda empezó a calarme.

Juan me bajó despacio. Mis pies tocaron el suelo. Me alisé la camisa con manos temblorosas. Él se abrochó los pantalones, evitando mi mirada.

—No vuelvas a hacer eso —dije, la voz rasposa.

—No me pidas que no lo haga —respondió él, pasándose una mano por la cara.

Recogimos el cuerpo. Lo metimos en una bolsa negra, la cerramos y la cargamos entre los dos hacia la rampa. El peso muerto del cadáver nos obligaba a coordinar cada paso, cada giro. El sudor me pegaba la ropa al cuerpo.

Salimos a la lluvia. Cargamos la bolsa en el maletero del Range Rover. El olor a muerte fresca se mezcló con el olor a cuero y a ozono.

Cerré el maletero de un portazo.

—Al puerto —señale, subiendo al coche.

Juan arrancó el motor. Las luces delanteras cortaron la oscuridad, iluminando la lluvia que caía implacable.

Condujimos en silencio hacia el puerto de Ibiza. Las siluetas de los yates de lujo se mecían en el agua negra, como tiburones dormidos. El viejo almacén de aduanas se alzaba al final del muelle, una mole de piedra y hormigón rodeada de una verja de obra.

Aparcamos a doscientos metros, en la sombra de un almacén de redes.

—Hay dos coches fuera —susurró Juan, mirando por los prismáticos—. Dos todoterrenos negros. Cuatro tíos en la puerta. Albaneses.

—Perfecto —dije, sacando la bolsa de plástico del maletero—. Ayúdame a bajarlo.

Arrastramos el cuerpo hasta la entrada de servicio del búnker, un callejón lateral cubierto por andamios. Lo dejamos tirado en el charco de agua y aceite. Le puse la copia de la tarjeta en el bolsillo de la chaqueta que le habíamos puesto. Saqué mi pistola.

—¿Qué haces? —inquirió Juan, tensándose.

—Le doy credibilidad a la escena —dije.

Apunté al suelo, a un metro del cadáver, y disparé dos veces. El estruendo rebotó en las paredes de piedra del callejón, ensordecedor. El olor a pólvora se mezcló con el de la lluvia y la putrefacción.

Luego, apunté al cadáver. Al hombro. Disparé una vez más. La bala atravesó la tela y la carne muerta, levantando un spray de sangre oscura y coagulada que salpicó la pared.

Guardé el arma.

—Ahora, a correr —apunte.

Nos giramos para volver al coche. Pero antes de que diéramos dos pasos, las puertas del almacén principal se abrieron de par en par.

La luz blanca de los focos interiores nos cegó.

—¡Al suelo! —gritó Juan.

Nos tiramos al asfalto mojado.

De la puerta salieron tres hombres. No eran los albaneses de la entrada. Llevaban trajes oscuros, impermeables. Los hombres de Costa.

Uno de ellos miró hacia el callejón. Vio el cadáver. Vio la sangre.

Y luego, nos vio a nosotros.

—¡Ahí están! —gritó el hombre, sacando una escopeta recortada de debajo del abrigo.

El primer disparo de la escopeta astilló el ladrillo a tres centímetros de mi cabeza. El sonido me dejó los oídos pitando.

—¡Al coche! —rugió Juan, devolviendo el fuego. El destello de su pistola iluminó la noche en un fogonazo amarillo.

Eché a correr. El asfalto resbalaba bajo mis botas. La lluvia me cegaba. Detrás de nosotros, los albaneses de la puerta principal empezaron a gritar, sacando sus armas al escuchar los disparos.

El caos estalló. Los hombres de Costa disparaban a los albaneses, creyendo que nos habían tendido una trampa. Los albaneses devolvían los disparos. El aire se llenó de un ruido ensordecedor, de gritos en albanés y en español, de cristales rompiéndose y de metal chocando contra metal.

Llegué al Range Rover. Abrí la puerta de un tirón. Juan se lanzó al asiento del conductor. Yo me tiré al copiltero, cerrando la puerta de un golpe justo cuando una bala impactaba en el cristal trasero, creando una telaraña de vidrio.

Juan metió la primera y pisó el acelerador. El coche derrapó, las ruedas traseras chillando sobre el asfalto mojado, y salimos disparados hacia la carretera.

En el retrovisor, vi el almacén envuelto en llamas. Los disparos seguían sonando, una sinfonía de muerte y traición.

Saqué la micro-SD original del bolsillo. La apreté en la mano hasta que el plástico me cortó la piel.

Habíamos plantado la semilla. Ahora, solo quedaba ver cómo ardía la cosecha.

CAPÍTULO 8

El cristal trasero del Range Rover era un mosaico de telarañas blancas. Cada bache en la carretera de Santa Eulària hacía crujir el vidrio a punto de ceder. Juan tenía los nudillos blancos en el volante, la mandíbula tan apretada que le temblaba un músculo bajo la barba de tres días.

Olor a pólvora quemada. Sabor a cobre en la lengua. El sudor me pegaba la camisa al pecho, fría y áspera. Mis manos estaban en mi regazo, apretando la micro-SD de Elena hasta que el plástico me cortó la cutícula. Una gota de sangre oscura brotó, mezclándose con la suciedad de mis uñas. No la limpié. El dolor era un ancla.

—Gira en el desvío de Can Ros —dijo Juan. Su voz era un raspado de lija.

No pregunté por qué. Conocía los caminos de tierra del interior mejor que las palmas de mis manos. Giré el volante. Los neumáticos patinaron en el barro, escupiendo grava contra los bajos, y nos adentramos en el bosque de pinos. La luz de los faros rebotaba en los troncos, creando un túnel de sombras que se movían como dedos esqueléticos.

Paramos frente a una masía abandonada cerca de Sant Miquel. El tejado estaba hundido en un lado, las ventanas tapiadas con tablones de palé y carteles de "Propiedad Privada" borrados por la intemperie. Era un punto ciego. Ni la Guardia Civil ni los drones de Costa se molestarían en mirar aquí.

Juan apagó el motor. El silencio que cayó dentro del coche fue más ensordecedor que los disparos. Solo el golpeteo de la lluvia en el techo y mi propia respiración, corta y superficial.

—Hemos declarado la puta guerra —murmuró Juan. No me miraba. Seguía escaneando la oscuridad del bosque a través del

parabrisas agrietado.

—La guerra la declararon ellos cuando metieron a Elena en una bolsa de plástico —respondí. Abrí la puerta. El aire frío y húmedo me golpeó la cara, trayendo el olor a resina de pino y a tierra mojada.

Salimos. El barro me llegaba a los tobillos. Juan sacó las armas del coche, metiéndolas bajo su chaqueta empapada. Empujó la puerta de madera podrida de la masía. El chirrido de los goznes oxidados sonó como un animal agonizando.

El interior olía a mierda de gato, a hachís rancio y a humedad centenaria. El haz de mi linterna barrió las paredes desconchadas, revelando colchones manchados, botellas de vino barato rotas y jeringuillas oxidadas. El refugio de los desechables de la isla. Los que la maquinaria de Costa trituraba y escupía.

—Asegura la puerta —ordenó Juan.

Arrastré un sofá de cuero rajado hasta bloquear la entrada. Juan encendió una linterna de obra, apoyándola en una mesa de comedor coja. La luz blanca y dura iluminó el polvo que flotaba en el aire.

Dejó las pistolas sobre la mesa. Sacó un trapo grasiento y un bote de aceite. Empezó a desmontar su Sig Sauer con movimientos mecánicos, ensayados. El chasquido del metal separándose sonó obsceno en el silencio de la masía.

Me senté frente a él. Saqué mi kit forense portátil de la mochila. El cierre metálico brilló bajo la luz. Lo abrí. El olor a alcohol isopropílico y a látex me envolvió, un olor limpio, estéril, que contrastaba con la podredumbre del lugar. Era mi armadura. Mientras tuviera los guantes puestos, era la doctora. No la hermana en duelo. No la cómplice de un motín.

Saqué el tubo de ensayo con las esquirlas de latón. Lo destapé. El olor metálico, ácido, me llenó las fosas nasales. Vertí el contenido sobre un portaobjetos de cristal. Acerqué el microscopio digital, conectándolo a la tablet.

La pantalla se iluminó. Las esquirlas ampliadas parecían montañas de un paisaje alienígena, surcadas por micro-rayaduras

paralelas.

—No es latón de construcción —dije, ajustando el enfoque. El zumbido del ventilador de la tablet era el único sonido aparte de la respiración de Juan—. Mira los patrones de desgaste. Son micro-fracturas por torsión. Y hay restos de cloruro sódico cristalizado. Sal marina.

Juan no levantó la vista de su arma. Estaba pasando un hisopo por el cañón.

—En cristiano, Sofía.

—Elena no arañó una caja fuerte de banco. Ni la de un trastero. —Pasé el dedo por la pantalla, trazando las rayas—. Esto es latón naval. De una escotilla. O de una compuerta estanca. Específicamente, de una de las viejas cerraduras manuales que se usan en los yates de más de treinta metros. Las que cumplen con la normativa de seguridad marítima para evitar que se abran con el balanceo.

Juan detuvo su movimiento. El hisopo quedó suspendido en el aire. Levantó la vista. Sus ojos estaban inyectados en sangre, las ojeras marcadas como moratones.

—Costa tiene tres yates —expresó, la voz baja, calculadora—. El Es Vedrà, el Formentera y el Ibiza.

—Abre la SD —comentó, señalando la tablet con el trapo.

Conecté la micro-SD original. La contraseña HITS funcionó de nuevo. El archivo de vídeo que había visto antes seguía allí, pero al final de la carpeta había un documento de texto. Lo abrí.

Era un manifiesto de carga. Fechado esa misma mañana.

Es Vedrà. Destino: Mónaco. Salida: 00:00 horas. Pasajeros: V. Costa. Carga: Caja 42. Bodega principal.

—El yate zarpa a medianoche —dije. Miré el reloj de la tablet. Eran las once y cuarto. Menos de cuarenta y cinco minutos.

—No llegamos —Juan volvió a su arma, encajando la corredera con un chasquido seco—. El puerto deportivo está cerrado. Hay

albaneses en el muelle, y la UCO de Costa estará dentro, esperando a que aparezcas. Si nos acercamos a la pasarela, nos acribillan antes de que puedas sacar la placa.

—No vamos a entrar por la pasarela.

Antes de que pudiera responder, el crujido de la grava fuera nos heló la sangre.

Juan apagó la linterna de un golpe. La oscuridad nos tragó. Solo la luz azulada de la tablet iluminaba nuestros rostros. Me agarró del brazo, tirando de mí hacia el rincón más oscuro de la habitación, detrás del sofá bloqueado. Sacó su pistola, apuntando a la puerta.

Pasos pesados en el porche. El crujido de la madera podrida. Alguien probó el picaporte. Luego, un golpe seco.

—Juan. Abre la puta puerta. Sé que estás ahí.

La voz de Darío.

Juan soltó el aire en un siseo. Guardó el arma y fue a apartar el sofá. Abrí la puerta.

Darío cayó hacia adentro, apoyándose en el marco. Estaba empapado. Llevaba una sudadera con capucha empapada de sangre oscura en el costado izquierdo. Su rostro estaba pálido, los labios azulados, los ojos brillantes por la fiebre o por el miedo. Olía a cobre, a sudor agrio y a agua de sentina.

—Joder, Darío —murmuró Juan, agarrándolo por el brazo sano para arrastrarlo al interior.

Lo tumbaron en el suelo, sobre un colchón manchado que apestaba a moho. Me arrodillé a su lado. Rasgué la sudadera con las tijeras quirúrgicas del kit. La herida era un desgarro irregular en los oblicuos. No había sangrado arterial, pero la piel estaba sucia, con restos de yeso y astillas de madera.

—Te han dado una paliza, no un disparo —dije, presionando la zona con los dedos enguantados. Darío gruñó, un sonido gutural, animal.

—Los albaneses... —jadeó Darío, agarrándome la muñeca. Sus dedos estaban helados, dejando un rastro de sangre en mi guante de nitrilo—. Me encontraron en Sa Penya. Me llevaron a un garito abandonado. Me preguntaron por la tarjeta. Les dije que la tenías tú. Que ibas al puerto.

—Les has vendido —dijo Juan. Su voz era plana, carente de emoción. Pero vi el temblor en su mano izquierda.

—Les he dado lo que querían oír para que me soltaran y poder escapar —escupió Darío, intentando incorporarse. El dolor lo dobló de nuevo, haciéndole soltar un taco ahogado—. No soy un puto traidor, Juan.

Me puse de pie, limpiándome la sangre en los pantalones.

—Necesito saber una cosa, Darío —dije, mirándolo desde arriba. La luz de la tablet proyectaba sombras duras en su rostro demacrado—. ¿Por qué lo hace Costa? No me vengas con la mierda de "limpiar la isla". ¿Cuál es la puta lógica? ¿Por qué matar a mi hermana? ¿Por qué matar a Valera?

Darío me miró. Sus ojos, normalmente tan arrogantes, tan llenos de chulería, estaban vacíos. Eran los ojos de un hombre que había mirado al abismo y había descubierto que el abismo le devolvía la mirada con su propia cara.

—Costa no odia a los pobres, Sofía —dijo, la voz apenas un susurro ronco—. No odia a los manteros, ni a los okupas, ni a los yonquis de Sa Penya. Los ve como una plaga. Como ratas en los cimientos de un palacio.

Hizo una pausa, tosiendo. Una burbuja de sangre le asomó en la comisura de los labios. Juan le limpió la cara con el trapo grasiento, un gesto torpe, casi paternal.

—Él cree que está salvando la isla —continuó Darío—. Cree que sin él, Ibiza sería un vertedero. Que los hoteles de cinco estrellas no pueden existir si los cimientos están podridos. Se cree el puto jardinero. Y cuando ves una mala hierba, no la odias. Simplemente la arrancas. Para que las rosas crezcan.

—Elena era una rosa para él —dije, el sabor a bilis subiendo por mi garganta.

—Elena era una mala hierba que sabía demasiado —corrigió Darío—. Iba a vender los planos de la red. A quién pagaba Costa, qué jueces estaban en nómina, qué políticos cerraban los ojos. Iba a tumbar el palacio entero. Costa no la mató por odio. La mató por higiene.

El silencio que siguió fue denso, asfixiante. El olor a sangre y a moho se mezclaba con el de la pólvora de nuestras ropas. Tres hermanos rotos en una masía abandonada, rodeados de fantasmas.

—El yate zarpa en treinta minutos —dije, rompiendo el silencio. Guardé las muestras en el kit y cerré la cremallera—. La caja 42 está en la bodega del Es Vedrà. Si ese yate sale del puerto, las pruebas se pierden en el Mediterráneo. Y Costa se va a Mónaco a cenar con los tipos que le pagan.

—No podemos asaltar el yate, Sofía —apuntó Juan, poniéndose de pie. Se ajustó el cinturón con la funda—. Hay seis albaneses en el muelle. Al menos cuatro hombres de Costa a bordo. Y la UCO corrupta estará vigilando la pasarela.

—No vamos a asaltarlo —dije, sacando la Sig Sauer de la funda. El metal frío me reconfortó, un recordatorio de la realidad física de lo que estábamos a punto de hacer—. Vamos a hacer que el yate no pueda zarpar.

Juan me miró. Entendió.

—Sabotaje —murmuró.

—Sé cómo hacer que un motor diésel de mil caballos se calce y se parta por la mitad —dije, metiendo el cargador en la empuñadura con un chasquido seco—. Y sé cómo hacer que un cuerpo parezca que murió de un infarto en la cubierta de popa, para que el pánico cunda y la capitanía marítima intervenga.

Darío intentó sentarse, apoyándose en los codos. El dolor le crispó el rostro.

—Yo voy con vosotros.

—Ni loco —indicó Juan, tajante—. Tienes una contusión renal y tres costillas fisuradas. Si te mueves rápido, te desmayas. Te quedas aquí. Si no volvemos en dos horas, llamas a la UCO de Madrid. A la de verdad. Les dices todo.

—¡No me dejéis fuera, Juan! —gritó Darío, intentando ponerse de pie. Se dobló por la mitad, tosiendo sangre.

Juan se agachó junto a él. Le puso una mano en la nuca, obligándolo a tumbarse de nuevo.

—Esta es tu penitencia, hermano —dijo Juan, la voz baja, áspera —. Tú ayudaste a construir esta puta jaula. Ahora te quedas dentro y esperas a que nosotras la derribemos.

Se puso de pie y me miró.

—Vamos a necesitar lanchas. Y necesitamos entrar por el agua. Por la zona de los espigones de poniente.

Asentí. Guardé el kit en la mochila y me la eché al hombro. El peso me ancló a la tierra.

Salimos de la masía. La lluvia había amainado, dejando una niebla espesa que se aferraba a los pinos. El aire olía a ozono y a sal. Subimos al Range Rover. El motor rugió, rompiendo el silencio del bosque.

Condujimos hacia el norte, hacia el puerto deportivo. Las luces de la ciudad brillaban a lo lejos, una mancha de neón y pecado sobre el horizonte negro.

Elena estaba en esa caja. La verdad estaba en esa caja. Y yo iba a abrirla, aunque tuviera que hundir el puto yate en el proceso.

CAPÍTULO 9

El motor fuera de borda de la neumática aullaba, un chillido metálico que se clavaba en la base de mi cráneo. El mar de Ibiza se había vuelto una bestia parda y escupida, levantando paredes de agua negra que golpeaban el casco de goma con la violencia de un martillo pilón. Cada impacto me sacudía la columna, enviando descargas de dolor por las vértebras. El agua helada me calaba hasta los huesos, mezclándose con el sudor frío que me empapaba la espalda.

Olía a gasolina de dos tiempos, a salitre podrido y a la bilis que me subía por la garganta cada vez que la proa se elevaba para caer en blanco al otro lado de la ola.

Juan llevaba el timón. Tenía los ojos fijos en la oscuridad, la mandíbula bloqueada, las manos blancas sobre la consola. La luz de los instrumentos de la salpicadura le marcaba las arrugas profundas de la cara, transformándolo en un viejo de cincuenta años. Llevaba diez años siendo mi Cabo, mi escudo, mi carcelero. Esta noche era solo un cómplice más en la puta deriva.

—¡Cien metros a babor! —grité, ahogando mi propia voz con el estruendo del viento y el motor. Señalé hacia la masa oscura que se recortaba contra las luces lejanas del puerto—. ¡Es el Es Vedrà!

El yate era un leviatán de acero y cristal, sesenta metros de obscenidad flotante que se mecía con una elegancia insultante a pesar del temporal. No había luces en las cubiertas superiores. Costa había ordenado apagarlas para salir sin ser visto, aprovechando la tormenta para borrar su estela en los radares de la capitanía.

Juan redujo la velocidad. El motor pasó de un rugido a un ronroneo grave. Nos acercamos a la popa, aprovechando la sombra

que proyectaba el casco sobre el agua agitada. La escala de baño de teca brillaba con un barniz oscuro, resbaladiza por la sal.

—Amarras —ordenó Juan, cortando el motor.

El silencio que cayó sobre la neumática fue repentino, roto solo por el chapoteo del mar contra el casco y el crujido de la goma al rozar el acero del yate. Me puse de pie, luchando contra el balanceo, y lancé la cuerda con cabo alrededor de una de las cornamusas de acero inoxidable de la plataforma de baño. El nudo se tensó con un chasquido seco.

Subimos.

Mis botas de goma chirriaron sobre la teca pulida. El contraste me mareó. Pasamos del caos helado y apestoso del mar a un santuario de lujo silencioso. El aire aquí olía a sándalo, a cuero de coche nuevo y a ese aroma clínico y caro que dejan los aires acondicionados de alta gama. No había ni rastro de la isla que yo conocía. No había olor a fritanga, a hachís, a miseria. Costa había construido una burbuja donde la realidad no podía entrar.

—Motor. Abajo —masculló Juan, sacando su pistola. El acero negro brillaba bajo las luces de cortesía empotradas en el suelo, que bañaban la cubierta de un ámbar tenue.

Bajamos por la escalera de caracol que conducía a las entrañas del barco. Con cada peldaño, el olor a sándalo daba paso al olor a ozono, a grasa caliente y a gasoil. El zumbido de los generadores principales me vibraba en los dientes. El calor era asfixiante, un muro invisible que me golpeó la cara al abrir la puerta estanca de la sala de máquinas.

Era una catedral de metal. Dos motores diésel MAN de mil caballos cada uno, pintados de un azul marino impecable, dominaban el espacio. Las tuberías serpenteaban por el techo como venas de acero.

Me acerqué al motor de estribor. El que alimentaba las hélices principales.

Saqué mi kit forense de la mochila. No llevaba explosivos, ni C4, ni ninguna de las mierdas que usan en las películas. Llevaba algo mejor. Llevaba química.

Abrí el compartimento de reactivos. Saqué un frasco de ácido fluorhídrico concentrado, el que usaba para disolver tejidos óseos calcificados cuando necesitaba acceder a la médula sin contaminar la muestra. Y un bote de cianuro de potasio en polvo, un residuo que a veces aparecía en intoxicaciones laborales y que guardaba por pura paranoia científica.

—Tapa el cárter de refrigeración —le dije a Juan, señalando un conducto de aluminio bajo la culata.

Él se agachó, forzando la placa de acceso con un destornillador que había cogido de la caja de herramientas del barco. El metal gimió.

Vertí el ácido directamente sobre el sensor de temperatura y el termostato. El líquido incoloro empezó a burbujear al contacto con los residuos de aceite, emitiendo un vapor acre que me hizo picar los ojos. El ácido se comería el aluminio en menos de diez minutos, fundiendo el sensor y bloqueando la válvula. Cuando Costa intentara sacar el yate a más de diez nudos, el motor no detectaría el sobrecalentamiento. Se griparía. Se partiría el bloque por la mitad.

—Listo —indicó Juan, limpiándose la grasa en el muslo.

Un crujido metálico, distinto al ritmo de los generadores, nos heló la sangre.

Pasos en la pasarela de rejilla que rodeaba los motores.

Juan me empujó detrás de un depósito de combustible de acero. Se pegó a la pared, levantando la pistola. Yo me agaché, sacando mi Sig Sauer. El corazón me golpeaba las costillas con tanta fuerza que temí que el ruido del metal rebotando en mi esternón me delatara.

Un hombre bajó por la escalera. Llevaba un mono de mecánico azul, manchado de grasa. Era uno de los albaneses de Sa Caleta, el de la cicatriz en la ceja. Llevaba una llave inglesa grande en la mano

derecha y una linterna en la izquierda. El haz de luz barrió la sala, acercándose a nosotros.

Juan tensó los hombros. Iba a disparar. El estampido en ese espacio cerrado de acero nos dejaría sordos, y el eco alertaría a todo el barco.

Le toqué el brazo. Un toque rápido, firme. Déjame a mí.

Él me miró, los ojos muy abiertos en la penumbra. Dudó un segundo. Luego, bajó el arma un milímetro.

El albanés llegó al final de la pasarela. Dirigió la luz hacia el motor de estribor. Vio el vapor. Vio el charco de ácido.

—Çfarë... —empezó a decir, girándose hacia nosotros.

No le di tiempo a terminar. Me lancé desde detrás del depósito. No disparé. El ruido era mi enemigo.

Choqué contra él. El impacto lo hizo retroceder, golpeándose la espalda contra la barandilla de la pasarela. La linterna cayó al suelo, rodando y proyectando sombras frenéticas en el techo. La llave inglesa se le escapó de la mano, resonando contra las planchas de metal.

El albanés era grande, olía a cebolla y a tabaco negro. Me agarró por el cuello de la chaqueta, levantándome. Sus dedos se cerraron sobre mi tráquea, cortándome el aire. Las manchas negras empezaron a bailar en los bordes de mi visión.

Metí la mano derecha en el bolsillo de mi bata. Mis dedos rozaron el plástico frío de una jeringa precargada. Cloruro de potasio. Lo usaba en la morgue para detener el corazón de los animales de laboratorio antes de la extracción de órganos. Indoloro en la inyección, letal en segundos.

Le clavé la aguja en el cuello, justo en la vena yugular, y empujé el émbolo con el pulgar.

El albanés gruñó, aflojando la presión en mi garganta. Me dejó caer. Caí de rodillas sobre la rejilla, tosiendo, aspirando aire a bocanadas.

Él se llevó las manos al pecho. Sus ojos, inyectados en sangre, me miraron con una confusión absoluta. No entendía qué le estaba pasando. El potasio entró en su torrente sanguíneo, alterando el gradiente eléctrico de las células de su miocardio. Su corazón pasó de latir a sesenta pulsaciones a fibrilar en una milésima de segundo.

Se llevó una mano al pecho, la boca abierta en un grito mudo. Cayó de rodillas. Luego de lado. Sus botas golpearon el metal una vez, dos veces. Y se quedó quieto.

Juan se acercó. Se agachó, le puso dos dedos en el cuello. Miró el reloj.

—Muerto —dijo. Su voz sonaba extrañamente distante. Me miró. No había reproche en sus ojos. Solo un reconocimiento frío. Acababa de cruzar la línea. Ya no era la doctora que examinaba los cadáveres. Era la que los fabricaba.

Me puse de pie, temblando. Me limpié la baba de la barbilla con el dorso de la mano.

—Tenemos cinco minutos antes de que alguien se pregunte por qué el motor de estribor está echando vapor —dije, guardando la jeringa vacía en el kit—. Vamos a por la caja.

Subimos a la cubierta principal. El salón era una obra de arte obscena. Sofás de cuero blanco, mesas de cristal, paredes forradas de caoba. En el centro, una pintura al óleo de un paisaje ibicenco colgaba ligeramente torcida.

Me acerqué. Pasé los dedos por el marco. No había polvo. Detrás del cuadro, la pared era de un material diferente. Más frío.

—La caja fuerte —musité.

Juan apartó el cuadro. Detrás había una caja fuerte digital, empotrada en el acero del casco. Un teclado numérico brillante.

Saqué mi kit de nuevo. Saqué un pincel de pelo de camello y un bote de polvo de aluminio en aerosol. Pulvericé una nube fina sobre el teclado. Soplé con cuidado.

Las huellas dactilares de Costa aparecieron como fantasmas grises sobre el plástico. Pero lo que me interesaba no eran las huellas completas. Era el desgaste. Los números que se usan más a menudo tienen el recubrimiento mate desgastado por la fricción de los dedos, dejando una mancha brillante.

Los números brillantes eran el 4, el 2, el 8 y el 0.

42. El número en el pecho de Elena.

—Elena me dejó la primera parte —susurré.

Tecleé 4-2-8-0.

Un pitido agudo. El LED pasó de rojo a verde. El mecanismo de los cerrojos se retractó con un chasquido pesado, hidráulico.

Tiré de la manilla. La puerta de acero se abrió.

Dentro no había lingotes de oro. Ni diamantes. Había tres cosas.

Un disco duro externo de metal negro. Un pasaporte español con la foto de Elena. Y un teléfono móvil viejo, de esos de botones, con la pantalla iluminada.

Agarré el disco duro. Pesaba. Era la contabilidad, los sobornos, los nombres. La cabeza de la hidra.

De repente, el teléfono móvil vibró en mi mano. La pantalla parpadeaba. Una llamada entrante.

No había nombre. Solo un número con prefijo de Mónaco.

Juan me miró, tensando la pistola hacia la puerta del salón.

—No contestes —masculló.

Pero mis dedos ya se movían. Deslicé el icono verde. Me llevé el teléfono a la oreja.

—Dígame —dije. Mi voz sonó plana. Muerta.

Al otro lado de la línea, el sonido del mar y el viento. Y luego, una voz. Tranquila, pedagógica, con ese acento afrancesado que usaba para dar entrevistas en la prensa económica.

—Doctora Vance —comentó Víctor Costa—. Veo que ha encontrado mi juguete.

El aire se me congeló en los pulmones.

—¿Dónde está, Costa? —pregunté.

—Estoy en el helicóptero, cariño. Despegando de la cubierta superior. —Hubo una pausa. Escuché el sonido inconfundible de las palas cortando el aire—. Me iba sin usted. Me parecía una lástima. Pero veo que tiene el disco.

—Se acabó, Costa. La UCO tiene la ubicación del yate. En diez minutos estarán aquí.

Costa soltó una risa seca, carente de cualquier humor.

—La UCO está en mi nómina, Sofía. Los que vienen no son de la UCO. Son los amigos de los albaneses. Los que no dejan testigos. Y van en una lancha rápida. Llegarán en cuatro minutos.

El corazón me dio un vuelco. Miré a Juan. Él leyó la verdad en mi rostro.

—¿Por qué me llama, Costa? —curioseé, apretando el teléfono contra mi oreja, el sudor frío bajando por mi espalda.

—Porque quiero que sepa una cosa antes de que muera —dijo él, la voz bajando a un susurro íntimo, casi cariñoso—. Elena no se infiltró para detenerme, Sofía. Elena se infiltró para robar el disco para sí misma. Iba a venderlo a los rusos. Iba a quedarse con mi parte del pastel.

—Miente —escupí.

—Mire en el fondo de la caja, doctora. Debajo del pasaporte.

Solté el teléfono un segundo. Metí la mano en la caja fuerte. Mis dedos rozaron algo frío y pesado en el fondo. Lo saqué.

Era una agenda de cuero negro. La abrí. En la primera página, con la letra inconfundible de mi hermana, había una lista de nombres. Y al lado de cada nombre, una cifra. Y en la última página, una nota.

Para los Volkov. Entrega en Mónaco. Precio: 5 millones.

El mundo se inclinó. El suelo de caoba pareció moverse bajo mis pies. El olor a sándalo se volvió rancio, asqueroso.

Elena no era la heroína. Elena era una de ellas.

—La moral es un lujo, Sofía —indicó la voz de Costa en el teléfono, que seguía pegado a mi oreja—. Y su hermana no podía pagarlo. Que descansen en paz. Las dos.

La línea se cortó.

Me quedé mirando la agenda. Las letras bailaban ante mis ojos. Todo lo que había hecho. Todo por lo que había matado. Todo el dolor. Una puta mentira.

Juan me agarró por los hombros, sacudiéndome.

—¡Sofía! ¡Mírame! ¡Nos han picado! ¡Tenemos que salir de aquí!

Levanté la vista. Sus ojos estaban desesperados. Pero los míos estaban vacíos.

—Elena nos vendió, Juan —susurré, la voz quebrada, sintiendo cómo algo dentro de mí se rompía, un hueso que llevaba tres años sosteniendo mi peso—. Ella no quería salvar la isla. Quería venderla.

—¡Me da igual lo que quisiera tu puta hermana! —gritó Juan, arrastrándome hacia la puerta—. ¡Si nos quedamos aquí, nos van a descuartizar! ¡Muévete!

El sonido de un motor fuera de borda, potente y cercano, rompió la noche. El chirrido de un casco de fibra de vidrio impactando contra el acero del yate resonó en la cubierta.

Habían llegado.

Juan me empujó hacia la escalera de la cubierta superior. Saqué la agenda del suelo. La miré un segundo. Luego, la tiré al sofá de cuero blanco.

Agarré el disco duro. Si Elena era una puta, al menos iba a asegurarme de que su legado sirviera para quemar el puto reino.

Salimos a la cubierta superior. La lluvia me golpeó la cara, lavando la sangre y el sudor. Frente a nosotros, la cubierta de vuelo del helicóptero estaba vacía. Pero por la borda de babor, seis hombres con pasamontañas y armas automáticas estaban subiendo por las escaleras de acceso.

Estábamos atrapados. En un yate de sesenta millones de euros, en medio del Mediterráneo, con la verdad en la mano y la muerte subiendo por la borda.

Juan se colocó a mi lado, levantando su pistola.

—¿Cuántas balas te quedan? —preguntó, sin mirarme.

Conté los cartuchos en mi mente. Siete en el cargador. Uno en la recámara.

—Ocho —dije.

Él sonrió. Una sonrisa torcida, loca, de hombre muerto.

—Pues vamos a hacer que cuenten.

CAPÍTULO 10

El primer disparo no sonó como en las películas. No hubo un eco dramático, ni un silbido romántico de la bala cortando el aire. Fue un chasquido sordo, supersónico, seguido inmediatamente por el estallido de la teca de birmano que me habría volado la mandíbula de no haberme agachado. El astillero de madera noble me cortó la mejilla, una línea de fuego que se abrió paso entre la lluvia y el frío.

El olor a pólvora sin humo, acre y químico, se mezcló con el ozono de la tormenta y el sándalo caro que impregnaba las toallas de la cubierta. El lujo de sesenta millones de euros se estaba desmoronando a nuestro alrededor, convertido en serrín y sangre.

—¡A babor! ¡Detrás del tender! —rugió Juan. Su voz era un desgarro en el rugido del mar y el motor diésel.

Me arrastré sobre el vientre. La cubierta estaba resbaladiza, una pista de hielo negra bañada por el aguacero y el rocío salado. Las balas impactaban a nuestro alrededor, levantando geysers de agua y madera. El sonido de los fusiles de asalto era ensordecedor, una ametralladora rítmica que me vibraba en los dientes, en la base del cráneo, en la médula.

Me refugié detrás del casco de fibra de carbono del bote auxiliar. Juan se deslizó a mi lado, su pecho subiendo y bajando en espasmos cortos. El cañón de su Sig Sauer humeaba, oliendo a cobre fundido.

—Son seis. Quizás siete. Rusos. Los de la agenda —escupió Juan, asomando el arma un milímetro para disparar dos veces. El retroceso le sacudió el hombro. Alguien gritó en la cubierta inferior, un sonido húmedo, seguido del golpe sordo de un cuerpo contra el acero.

Me apreté contra el casco del bote. El frío de la fibra me calaba hasta los huesos, pero no era nada comparado con el hielo que me había ocupado el pecho desde que leí la letra de Elena.

Para los Volkov. Precio: 5 millones.

La mente humana es un mecanismo de defensa fascinante. Ante el trauma inminente, el cerebro se desconecta. Me encontré analizando la trayectoria de los disparos enemigos con la misma frialdad con la que evaluaba un ángulo de degollamiento en la camilla de la morgue. Fusiles AK-103, probablemente. Munición de 7.62. Alta penetración. La fibra de carbono del bote auxiliar no los detendría por mucho tiempo. Ya estaba viendo las microfracturas en la resina, las telarañas blancas que se expandían por el casco negro cada vez que un proyectil impactaba.

—Sofía. —Juan me agarró de la barbilla, obligándome a mirarlo. Sus ojos estaban inyectados en sangre, las pupilas dilatadas hasta devorar el iris. La lluvia le lavaba la sangre de un corte en la frente, diluyéndola en un rosa pálido que caía sobre su cuello—. ¿Estás aquí? ¿Conmigo?

Asentí. El movimiento fue mecánico.

—Tienen cobertura en la escalera de acceso. Si cruzamos la cubierta hacia las barandillas, nos cortarán en dos.

—No vamos a cruzar —comente. Mi voz sonó extrañamente calmada. La voz de la doctora. La voz que observaba, no la que sentía.

Miré hacia arriba. El mástil de comunicaciones se alzaba como un dedo acusador hacia el cielo negro. Pero mi atención se fijó en el pórtico de popa, la estructura de acero que sostenía la grúa hidráulica del tender. Las mangueras de presión. Líneas de acero trenzado que bombeaban fluido hidráulico a miles de libras de presión por pulgada cuadrada para mover los brazos de la grúa.

Conocía la anatomía de los sistemas de alta presión. Sabía cómo se comportaban los fluidos cuando la contención fallaba. Sabía cómo el cuerpo humano reaccionaba a la inmersión súbita en agua a doce

grados. Mi mente estaba diseccionando el entorno, buscando las venas y las arterias del yate que podían sangrar por nosotros.

—Juan. Las mangueras de la grúa.

Él siguió mi mirada. Entendió. La lógica del superviviente, despojada de cualquier moralidad.

—Cúbreme —apuntó.

—Tienes cuatro balas en el cargador. Ellos tienen cargadores de treinta.

—Me basta con que no levanten la cabeza tres segundos.

Juan respiró hondo. El aire silbó entre sus dientes. Se quitó la chaqueta empapada, dejándola caer sobre la cubierta. Solo con la camisa blanca, pegada a su torso, parecía un fantasma preparado para el entierro.

—A la de tres —arrulló.

—Uno.

Pensé en Elena. No en la hermana que me enseñaba a montar en bici. Pensé en la mujer que había escrito esa agenda. La mujer que había calculado el precio de mi vida y la de Juan en cinco millones de euros. El dolor no era un aguijón; era un bloque de hormigón aplastándome los pulmones. La había llorado durante tres años. Había convertido mi vida en un altar a su memoria. Y resultaba que la santa era una puta mercenaria.

—Dos.

Juan se tensó, los músculos del cuello marcados como cables de acero.

—Tres.

Juan se puso de pie. El destello de su arma fue una estrella fugaz en la oscuridad. Pum. Pum. Dos disparos. El primero le voló la rodilla a un tipo que asomaba por la escotilla. El segundo le arrancó la mitad de la mandíbula a otro. El sonido de los huesos maxilares astillándose llegó hasta mí, un crujido húmedo que me revolvía el estómago.

Los rusos devolvieron el fuego. El aire se llenó de un enjambre de avispones metálicos. La fibra de carbono del bote estalló a mi lado, lloviznándome con polvo negro y esquirlas afiladas.

Aproveché la fracción de segundo. Me incorporé, apoyando la espalda en el casco destrozado. Levanté mi Sig Sauer. No apunté a los hombres. Apunté a la anatomía de la máquina.

El disparo rompió la manguera principal de retorno del sistema hidráulico.

No hubo explosión. Hubo un silbido agudo, como el de una serpiente gigante, seguido de un chorro a presión de fluido hidráulico caliente. El líquido, a más de cien grados y a miles de psi, se pulverizó al contacto con el aire frío de la tormenta.

El tipo que estaba en la escalera de acceso intentó cubrirse. El fluido a presión le impactó en el rostro y el pecho. El calor fue suficiente para fundir la ropa y la piel en una fracción de segundo. El hombre soltó el fusil y se llevó las manos a la cara, emitiendo un alarido que no sonaba humano. Fue un sonido de la garganta, un desgarro de cuerdas vocales intentando procesar un dolor que el cerebro no podía catalogar. El olor a carne de cerdo asada y aceite quemado me golpeó la garganta, espeso, dulzón, insoportable.

Los otros dos atacantes retrocedieron, cegados por la lluvia de aceite hirviendo y los gritos de su compañero.

—¡El seguro del cabrestante! —grité, señalando la palanca de liberación de emergencia, pintada de amarillo, a tres metros de distancia.

Juan se lanzó. Rodó por la cubierta, esquivando los disparos que ahora iban a ciegas, atravesando la cortina de vapor de aceite. Llegó a la pared de acero del pórtico. Agarró la palanca amarilla y tiró de ella con todo su peso.

El mecanismo de retención cedió con un gemido metálico.

El bote auxiliar, tres toneladas de fibra y motor fuera de borda, cayó en picado.

No aterrizó en el agua. Aterrizó directamente sobre la plataforma de embarque y la escalera de acceso.

El impacto fue sísmico. La cubierta se inclinó violentamente bajo mis pies. El sonido del metal retorciéndose, la fibra estallando y los huesos humanos aplastándose bajo el peso del bote fue una sinfonía de destrucción. La plataforma cedió, colapsando hacia el nivel inferior, arrastrando consigo a los tres rusos que quedaban en una cascada de acero retorcido y espuma blanca.

El yate gimió. La estructura había sufrido un daño crítico. El Es Vedrà empezó a escorar hacia babor, inclinándose en un ángulo de quince grados. El mar negro entró por la cubierta inferior, tragándose los gritos de los moribundos.

—¡Al agua! —ordenó Juan, agarrándome del brazo.

La cubierta estaba demasiado inclinada para correr. Nos deslizamos, controlando la caída con las botas, hacia la barandilla de popa. El agua del Mediterráneo estaba abajo, una masa de tinta hirviente y espuma.

Me quité la chaqueta, las botas. El frío del aire sobre mi piel mojada fue un shock, pero nada comparado con lo que venía.

—El disco —dijo Juan, sujetándose a la barandilla con una mano y ofreciéndome la otra.

Me toqué el bolsillo interior de la camiseta. El bulto duro del disco y la agenda seguía allí.

—Lo tengo.

Nos dejamos caer.

El impacto contra el agua me golpeó como un muro de hormigón. El frío fue absoluto, una descarga eléctrica que me paralizó los pulmones, robándome el aire. La oscuridad me engulló. El sabor a sal y a gasoil me llenó la boca.

Bajo la superficie, el mundo era un caos de burbujas y ruido. El yate above nosotros era una bestia herida, sus hélices girando en el aire, emitiendo un chirrido agudo que me perforó los tímpanos.

Pataleé, luchando contra la corriente de succión que el casco inclinado generaba. Mis músculos se quejaban, agarrotados por la hipotermia súbita. Juan apareció a mi lado, una sombra pálida en la negrura del agua. Me agarró por el cinturón de los pantalones, tirando de mí hacia la superficie.

Salí a la superficie, tosiendo, escupiendo agua negra. La lluvia me golpeaba la cara.

A diez metros, el Es Vedrà ardía. El combustible de los depósitos externos había prendido con la chispa de algún cortocircuito. Las llamas naranjas bailaban sobre el agua negra, creando un reflejo infernal. El calor del incendio me lamió la espalda, un contraste perverso con el frío que me estaba matando por delante.

—¡Nada! ¡Hacia los acantilados! —gritó Juan, escupiendo agua.

Empecé a nadar. La braza era ineficaz con la ropa empapada, pero el pánico me daba una fuerza primitiva. Cada vez que sacaba la cabeza del agua, veía el yate consumiéndose. La caja fuerte, el salón de caoba, el cuadro torcido. Todo ardiendo.

Pero Elena.

Elena no estaba en ese yate. Elena estaba en el fondo del mar de mi conciencia, ahogada por la verdad. La hermana que yo amaba había muerto hace tres años en Sa Caleta. La mujer que había sobrevivido, la que escribió esa agenda, era un parásito con mi mismo ADN.

Nadé hasta que los brazos me pesaron como plomo. Hasta que el sabor a sal me cubrió la lengua con una costra blanca. Juan estaba a mi lado, su respiración un jadeo ronco, sincronizado con el golpe de las olas.

Las rocas de la costa norte emergieron de la niebla, negras y afiladas como dientes de tiburón. Nos arrastramos hasta una cala de guijarros, lejos de las luces de los resorts, lejos de la civilización. El suelo de piedra me cortó las rodillas, pero no lo sentí. Me dejé caer de espaldas, mirando el cielo.

La lluvia seguía cayendo, lavando la sangre, el aceite, la sal.

Juan se dejó caer a mi lado. Tosió, escupiendo agua marina. Se llevó una mano al costado, apretando la tela de su camisa.

—Estás herido —señale. Mi voz sonó como lija sobre piedra.

—Un roce. Nada importante —jadeó, girando la cabeza para mirarme. Sus ojos estaban grises, vacíos, agotados—. ¿Lo tienes?

Me llevé la mano al pecho. Saqué el disco duro y la agenda. El plástico estaba empapado, resbaladizo. La agenda de cuero negro había absorbido el agua, hinchándose, deformándose.

—Lo tengo.

Juan cerró los ojos. Apoyó la cabeza en las piedras.

—Costa ha huido. Los rusos están muertos o ardiendo. Pero la UCO de Costa sabrá que el yate cayó. Vendrán a rastrear la costa.

—Darío —murmuré. El nombre de mi hermano pequeño me supo a ceniza. Él estaba en la masía, esperando. Esperando a una hermana que no era la que él creía. Esperando a una forense que acababa de descubrir que toda su guerra era una farsa.

Me incorporé sobre los codos. El frío me estaba provocando los primeros espasmos musculares. Necesitaba calor. Necesitaba un coche. Necesitaba descifrar el disco antes de que los lobos de Costa nos encontraran en esta playa de mierda.

—Levántate, Juan —dije, poniéndome de pie. Las piernas me temblaban, pero las obligué a sostenerme.

Lo miré. El Cabo Santos, el hombre que había construido un dique de mentiras para protegerme de la marea negra. El hombre que me había follado contra la pared de una morgue como si fuera la última vez que iba a sentir algo vivo.

—¿Por qué lo hiciste, Juan? —pregunté, el viento arrancándome las palabras de la boca—. ¿Por qué me protegiste todos estos años? ¿Por qué te acostaste conmigo anoche? ¿Por lástima? ¿Por culpa? ¿O porque sabías que si Elena era un monstruo, tú eras el que me había vendido el espejo?

Juan me miró desde el suelo. La lluvia le lavaba la cara, marcando cada cicatriz, cada año de decadencia moral. No hubo rabia en su respuesta. Solo una verdad cruda, desnuda, que olía a salitre y a fracaso.

—Porque cuando te miraba en la morgue, Sofía eras lo único limpio que quedaba en esta puta isla.

Me quedé mirándolo. El fuego del yate a lo lejos iluminó su perfil por un segundo, convirtiéndolo en una estatua de bronce oxidado.

No le creí. O quizás, lo creí demasiado.

—Vámonos —dije, dándole la espalda para empezar a caminar por los guijarros, hacia la carretera oculta entre los pinos—. Tenemos que llegar a la masía. Si Darío sigue vivo, tenemos que moverlo. Pero luego vamos a quemar el reino entero.

El disco duro pesaba en mi mano. Cinco millones de euros. La vida de mi hermana. La muerte de mi inocencia.

La isla de Ibiza seguía girando, ajena a nuestra miseria. Mañana saldría el sol. Los turistas bajarían de los aviones. La música electrónica volvería a golpear las paredes de los clubs. Y nosotros seguiríamos aquí, en las sombras, limpiando la sangre que ellos no querían ver.

Pero esta vez, no iba a limpiar. Esta vez, iba a mancharlo todo.

CAPÍTULO 11

El barro de Ibiza no perdona. Se te mete por las costuras de las botas, te pesa en los tobillos y te chupa la energía con cada paso que das. Llevábamos dos horas caminando por el sendero de contrabandistas que serpenteaba entre los acantilados de Portinatx, y el frío ya había dejado de ser una sensación para convertirse en un estado mental.

Mi hipotermia seguía un manual de instrucciones predecible. Primero, los escalofríos violentos, el cuerpo intentando generar calor mediante la contracción muscular. Luego, la torpeza motora, cuando los vasos sanguíneos periféricos se contraen para salvar los órganos vitales, dejando a los dedos como piezas de madera inútil. Ahora estábamos en la fase de la confusión. El hipotálamo empezaba a rendirse.

Juan caminaba tres pasos delante de mí. Su silueta era una sombra recortada contra el gris plomizo de la madrugada. Cojeaba. La herida de bala en el costado, que él insistía en llamar "roce", le estaba pasando factura. La sangre había empapado la camisa, oscureciendo la tela hasta convertirla en una costra rígida que se agrietaba con cada movimiento de su caja torácica. Olía a óxido y a sudor frío.

—Casi llegamos —gruñó Juan, sin girarse. Su voz era un raspado de grava.

No le respondí. Guardar aire era la única forma de mantener el calor interno. Mis manos estaban metidas en los bolsillos de la camiseta empapada, aferrando el disco duro y la agenda hinchada por el agua. El plástico del disco estaba resbaladizo contra mis dedos entumecidos. Cinco millones de euros. La vida de mi hermana. La puta mentira de mi vida.

La masía apareció entre la niebla como un cadáver olvidado. El tejado hundido, las paredes de piedra seca cubiertas de liquen negro. El olor a resina de pino mojada y a madera podrida me golpeó las fosas nasales, un contraste brutal con el sándalo y el ozono del yate.

Empujé la puerta de madera. El chirrido de los goznes sonó a queja.

El interior estaba en penumbra, iluminado solo por la luz grisácea que se filtraba por las ventanas tapiadas. El olor a moho y a mierda de gato fue reemplazado rápidamente por otro olor más urgente, más metálico. Sangre vieja y fiebre.

Darío estaba donde lo dejamos, tirado sobre el colchón de muelles. Pero no estaba dormido. Tenía los ojos abiertos, fijos en el techo de vigas, y la respiración le salía en silbidos húmedos. La sudadera estaba empapada en una mancha oscura que se extendía desde su costado hasta el suelo de tierra.

Me arrodillé a su lado. El movimiento me mareó, el suelo pareció inclinarse. Me mordí el interior del carrillo hasta saborear la sangre para anclarme a la realidad.

—Juan. Trae el kit. Y el whisky.

Juan dejó su pistola en la mesa y se acercó, dejando un botellín de vino barato que había encontrado en un rincón. Rasgué la sudadera de Darío con las tijeras de mi kit. La herida era un desastre. El proyectil había entrado por los oblicuos, rozando la undécima costilla y alojándose en la musculatura lumbar. No había dañado órganos vitales, pero la infección estaba empezando. La piel alrededor de los bordes tenía un tono eritematoso, brillante, caliente al tacto.

—Necesito sacarla —comente, más para mí misma que para ellos.

—Sin anestesia, Sofía, se nos va a desmayar del dolor —murmuró Juan, limpiándose el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Si no la saco, la sepsis lo matará en cuarenta y ocho horas. Y no tenemos antibióticos de amplio espectro. —Saqué el bisturí del

kit. El acero brilló, frío y absoluto—. Juan, sujeta su pierna. Si se mueve y le corto la arteria lumbar, se desangrará en tres minutos.

Darío giró la cabeza. Sus ojos estaban vidriosos, las pupilas contraídas por la fiebre. Me miró, pero tardó unos segundos en enfocar.

—¿Sofía? —susurró. La voz le burbujeaba en el pecho—. ¿Has encontrado a Elena?

El bisturí pesó una tonelada en mi mano. Miré a Juan. Él evitó mi mirada, centrado en sujetar la pierna de su hermano. Los cobardes siempre buscan un punto focal cuando la verdad se vuelve insoportable.

—La encontré, Darío —dije, manteniendo la voz plana, clínica. La voz de la morgue—. Estaba en una fosa en Sa Caleta.

Darío cerró los ojos. Una lágrima se le escapó, trazando un camino limpio por la suciedad de su mejilla.

—Gracias a Dios —jadeó—. Ahora podremos descansar. Ella era buena, Sofía. Murió por intentar salvarnos a todos.

Apoyé la hoja del bisturí sobre la piel inflamada de su costado.

—No —señale.

La palabra cayó en la habitación como una losa. Darío abrió los ojos.

—Elena no murió por salvarnos, Darío. —Apreté el mango del bisturí, buscando el ángulo exacto para entrar por el tracto de la bala sin seccionar el nervio intercostal—. Elena murió porque intentó vender a Costa a los rusos por cinco millones de euros.

El silencio que siguió fue más denso que el aire viciado de la masía. Solo se escuchaba el silbido de la respiración de Darío y el goteo de la lluvia en el alero exterior.

—Mientes —escupió Darío. Intentó incorporarse, pero Juan lo empujó de vuelta al colchón, con cuidado pero con firmeza.

—Tengo su agenda. Tengo el disco duro —dije, sin dejar de mirar la herida—. Ella no era una infiltrada, Darío. Era una socia. Calculó el

precio de su lealtad y se quedó corta. Costa la mató por higiene, no por justicia. Y tú te dejaste tatuar su puta marca por una mujer que te habría vendido por un millón menos.

Darío me miró. El dolor físico en su rostro fue reemplazado por algo mucho más feo. La negación rompiéndose, dejando paso a un vacío absoluto. Empezó a temblar. No por el frío. Por el colapso de su propia narrativa.

—No es verdad. Juan... dile que miente.

Juan no dijo nada. Se limitó a apretar la mandíbula, los músculos de su cuello marcados como cuerdas de acero.

—¡Dile que miente, Juan! —gritó Darío, un sonido roto, animal, que terminó en un acceso de tos. Sangre oscura le manchó los labios.

—Cállate de una puta vez —le ordené, presionando el bisturí. La piel cedió con un chasquido húmedo. Darío arqueó la espalda, un grito ahogado se le atascó en la garganta, y Juan tuvo que usar todo su peso para mantenerlo inmovilizado.

Introduje la pinza hemostática por la herida. El metal rozó el hueso de la costilla. Busqué a ciegas, guiándome por la anatomía, por la resistencia de los tejidos. La bala estaba alojada contra el músculo cuadrado lumbar. La atrapé con la pinza y tiré.

Un trozo de plomo deformado, bañado en sangre negra, cayó sobre la tierra del suelo con un sonido sordo.

Darío se desmayó. Su cuerpo se relajó de golpe, convirtiéndose en un peso muerto.

—Sutura —le ordené a Juan, señalando el hilo de poliamida y la aguja curva.

Mientras Juan, con manos torpes pero decididas, cerraba la herida con puntos de aproximación, yo limpié la zona con gasas empapadas en alcohol y el whisky barato. El olor a carne quemada por el desinfectante se mezcló con el de la sangre.

Terminamos en silencio. Me quité los guantes de nitrilo, manchados de rojo y tierra, y los tiré al rincón. Me senté en el suelo, apoyando la espalda en la pared de piedra. El frío volvía a reclamarme.

—¿Qué hacemos ahora, Sofía? —inquirió Juan. Su voz sonaba vieja. Había envejecido diez años en los últimos diez minutos.

—Ahora, leemos el puto disco —dije, sacando el portátil de la mochila impermeable.

Lo encendí. La batería estaba al catorce por ciento. Conecté el disco duro. La pantalla parpadeó, mostrando una ventana de terminal. Encriptación AES-256.

—Joder —murmuré.

—¿Puedes abrirlo?

—No soy la NSA, Juan. Pero Elena era paranoica. Usaba contraseñas basadas en patrones. —Pensé en la agenda mojada. En los números. En las canciones—. HITS fue la de la SD. Probó suerte.

Escribí SEXP. De Sex Pistols. Never Mind the Bollocks. Pista uno.

La terminal escupió una línea de código. Acceso concedido.

Las carpetas se desplegaron en la pantalla. No había hojas de cálculo. Había carpetas de audio. Cientos de ellas. Fechas, horas, ubicaciones.

Abrí la más reciente. Fechada tres días antes de la muerte de Elena.

La voz de Costa llenó la habitación, saliendo de los altavoces de baja calidad del portátil.

"...el problema de Ibiza no es la droga, Víctor. Es la gente. Los que vienen a trabajar a las obras y se quedan a ocupar. Los que venden en la playa y ensucian la arena. Los clientes de los hoteles de cinco estrellas no quieren ver miseria en la ventana de su suite. Necesitamos limpiar el norte. Sant Mateu, Portinatx. Hay una finca okupada por subsaharianos. Quémala. Y asegúrate de que los bomberos tarden en llegar."

La voz de Elena respondió, fría, calculadora.

"Los bomberos están en mi nómina, Costa. Tardarán veinte minutos. Pero el precio sube. Quiero el diez por ciento de los terrenos recalificados."

"Trato hecho, Elena. Eres una puta maravillosa."

El audio se cortó.

Me quedé mirando la pantalla. El zumbido del ventilador del portátil sonaba como un enjambre de avispas.

—Van a quemar la finca de Sant Mateu —dije, la voz ausente—. Hoy. Los okupas, los inmigrantes están todos dentro.

Juan se puso de pie, olvidando su propia herida. La sangre volvió a manchar su camisa.

—Sant Mateu tiene treinta personas viviendo ahí. Mujeres, niños.

—Costa no lo ve como personas, Juan. Lo ve como plagas. Como ratas. Y hoy es el día de la fumigación.

Miré el reloj del portátil. Eran las seis de la mañana. El sol empezaría a salir en una hora.

—La Guardia Civil de Ibiza no va a mover un dedo —dijo Juan, abrochándose la chaqueta para ocultar la mancha de sangre—. El delegado ya tiene la orden de dejar que la isla se "limpie". Si vamos y avisamos, nos meterán en el calabozo por cómplices de un motín.

—Entonces no vamos a avisar a la Guardia Civil. —Me puse de pie. Las piernas me temblaban, pero la rabia me mantenía erguida. La rabia y el frío. Guardé el disco duro en el bolsillo—. Vamos a ir nosotros.

—¿Nosotros? ¿Tú y yo? ¿Contra los sicarios de Costa y los bomberos comprados? Estamos muertos, Sofía.

—No vamos a luchar contra ellos, Juan. Vamos a luchar contra el fuego. —Miré mi kit forense, tirado en el suelo. Las botellas de reactivo. El ácido. El formol. El cloruro de potasio. La química de la muerte y la preservación—. Sé cómo hacer que un fuego se

descontrole. Y sé cómo hacer que los bomberos que lleguen se arrepientan de haber venido.

Juan me miró. Vio la locura en mis ojos, o quizás, por primera vez en años, vio la verdad. No había vuelta atrás. La forense había muerto en la playa. Lo que quedaba era algo mucho más peligroso.

—Despierta a tu hermano —dije, agarrando mi pistola y comprobando el cargador—. Tenemos que robar un camión de bomberos. Y vamos a necesitar mucha gasolina.

CAPÍTULO 12

El amanecer en Ibiza no trae esperanza; trae la resaca. La luz grisácea se filtraba por las rendijas de la masía, iluminando las motas de polvo que bailaban en el aire viciado. Olía a sangre seca, a moho y a la humedad pegajosa de la ropa que no se ha secado en días.

Darío abrió los ojos. No hubo queja, ni gemido. Solo el sonido húmedo de su respiración y el crujido de la tierra bajo su peso al intentar incorporarse. Se llevó una mano al costado. Los puntos de sutura de Juan tiraban de la piel inflamada, pero su rostro no cambió de expresión. Estaba en shock. O quizás, la anestesia del alma había bloqueado cualquier señal de dolor físico.

—Elena —indicó. Su voz era un raspado de lija sobre madera podrida. No era una pregunta.

Me arrodillé a su lado, dejando el portátil sobre la mesa coja. El disco duro seguía conectado, la luz verde del LED parpadeando como un corazón mecánico e indiferente.

—Lo escuchaste —confesé. Mantuve el tono clínico. La voz de la morgue. Si dejaba que la emoción se colara, se me quebraría la voz, y Darío necesitaba anclas, no dudas.

Él cerró los ojos. El músculo de su mandíbula palpitó. Esperaba lágrimas, o quizás un grito, la rabia explosiva del amante traicionado. Pero Darío Santos no era un chico de pueblo enamorado de la chica equivocada. Era un guardia civil que había jugado a ser mafioso. Su silencio era el sonido de los cimientos de su propia vida colapsando.

—Me usó —murmuró, más para sí mismo que para mí. Abrió los ojos y me miró. El brillo febril había desaparecido, reemplazado por una frialdad que me erizó la piel. Era la mirada de Juan, pero sin la

carga de la culpa—. Me tatúé su puta marca. Me jugué la cárcel, la placa, la vida por una tía que estaba calculando mi precio de venta.

—El precio era cinco millones —dije, guardando el portátil en la mochila—. Y el comprador eran los Volkov.

Darío escupió en la tierra. Una flema roja y espesa.

—Costa va a quemar Sant Mateu a las siete —dijo, ignorando la cifra, centrando la mente en el único lenguaje que entendía: la supervivencia—. Son las seis y cuarto. La finca está a quince minutos en coche. Si vamos por la carretera principal, los sicarios de Costa tendrán un vigía en el cruce de San Mateo.

—No iremos por la carretera principal —dijo Juan. Entró en la habitación desde el porche, trayendo consigo el olor a gasoil y a pino húmedo. Llevaba las llaves de un vehículo en la mano. Los dedos le temblaban ligeramente, pero su rostro era una máscara de piedra—. He encontrado una cuba forestal de la conselleria aparcada en el camino de saca, a un kilómetro. El guarda forestal estaba en el bar de la carretera echando una copa. Le he noqueado. No le pasará nada, pero dormirá hasta mañana.

Me puse de pie. Las piernas me pesaban, la hipotermia de la noche anterior había dejado mis músculos agarrotados, pero la adrenalina quemaba las toxinas.

—¿Tiene la bomba de presión operativa? —pregunté.

Juan asintió.

—Diésel. Depósito lleno. Mangueras de treinta metros.

—Perfecto. —Me acerqué a mi kit forense, tirado en el rincón. Saqué los frascos de reactivos. Permanganato de potasio. El polvo violeta, oscuro, casi negro a la luz gris. Y un bote de glucosa en polvo, de la que usaba para los cultivos bacteriológicos.

—¿Qué coño vas a hacer con eso? —preguntó Darío, observando cómo vertía los polvos en una botella de plástico de agua mineral vacía.

—El fuego es un organismo, Darío —dije, agitando la mezcla. El líquido empezó a calentarse, volviéndose de un púrpura intenso, emitiendo un vapor acre que me picó los ojos—. Respira oxígeno. Come combustible. Y si le das de comer lo que no debe, se indigesta. Esta mezcla, al entrar en contacto con la humedad y el calor, genera una reacción exotérmica violenta. No explota. Pero produce un humo denso, tóxico, de color violeta. Ciego a cualquiera en un radio de veinte metros y pica los pulmones como si tragaras cristales.

Guardé la botella sellada en el bolsillo de mi chaqueta. Saqué el bisturí y lo limpié con un trapo.

—Costa cree que va a limpiar la isla con fuego —señale, mirando a los dos hermanos—. Le vamos a enseñar cómo se comporta el fuego cuando se siente acorralado.

La cuba forestal era una bestia verde y oxidada, un camión de seis ruedas con un tanque de cinco mil litros en la parte trasera. El motor diésel tosía al arrancarlo, escupiendo una nube de humo negro que se mezcló con la niebla de la mañana. Juan llevaba el volante, sus nudillos blancos sobre el plástico desgastado. Darío iba en el asiento trasero, pálido, con mi chaqueta sobre los hombros y la pistola de Juan en el regazo. Yo iba en el asiento del copiloto, vigilando la manguera enrollada y calculando la química del desastre.

Dejamos la pista forestal y nos adentramos en el sendero de tierra que rodeaba la finca de Sant Mateu por el norte. El paisaje era una cicatriz en la isla. Pinos quemados de incendios anteriores, tierra roja erosionada, y al fondo, la masía okupada.

Era una construcción de piedra de dos plantas, con el tejado hundido en un lateral. Alrededor, chabolas de madera, palés y lonas azules. El asentamiento. El vertedero humano que Costa quería borrar del mapa.

Juan detuvo el camión detrás de un muro de piedra seca, a cien metros de la finca. Apagó el motor.

El silencio del interior de Ibiza es engañoso. No es paz; es la contención del aliento antes del golpe. Y entonces, lo olí.

A pesar de la brisa matinal, el olor era inconfundible. Gasolina de noventa y cinco octanos. Mezclada con el olor dulzón y químico del acelerante líquido para barbacoas.

Saqué los prismáticos del salpicadero y enfoqué la masía.

Había cuatro hombres rodeando el perímetro. Llevaban bidones amarillos. Vertían el líquido en los marcos de las puertas y en las pilas de madera seca acumuladas contra las paredes. Eran los sicarios. Los limpiadores.

Pero lo que me heló la sangre no fueron ellos. Fueron los dos camiones de bomberos aparcados a cincuenta metros de la entrada principal. Las luces rotativas apagadas. Los motores encendidos, pero en punto muerto. Los bomberos estaban dentro de las cabinas, fumando. Esperando. Esperando a que los sicarios terminaran, a que las llamas alcanzaran el techo, para entonces "llegar tarde". La burocracia del infierno.

—Son seis sicarios y cuatro bomberos corruptos —musité, bajando los prismáticos. El sabor a bilis me subió por la garganta. Dentro de la masía, las siluetas de los okupas empezaban a moverse. Alguien había olido la gasolina. Una mujer asomó la cabeza por una ventana del primer piso, con un niño en brazos.

—Si disparamos, matamos a los de dentro en el fuego cruzado —expresó Juan, siguiendo mi línea de visión. Su voz era un hilo tenso —. Y los bomberos darán la alarma. Dirán que fuimos nosotros los que empezamos el tiroteo. Costa tiene a la prensa en el bolsillo; mañana saldrá en la portada que unos guardias civiles locos atacaron un asentamiento.

—No vamos a disparar —dije. Abrí la puerta del camión. El aire frío me golpeó la cara, trayendo el olor acre de la gasolina a mis fosas nasales—. Vamos a ahogar el fuego antes de que nazca. Darío, quédate en la cabina. Si ves que alguien sale corriendo hacia el bosque, no dispares a matar. Tírale a las piernas.

—No soy un puto ángel, Sofía —gruñó Darío, amartillando la pistola con un chasquido metálico.

Me deslicé por la puerta y caí al suelo de tierra. Juan me siguió, desenganchando la manguera de la bobina trasera. El metal pesaba, frío y rígido.

—Abre la válvula de presión —le ordené.

Juan giró la rueda de acero en la parte trasera del tanque. Un rugido sordo, grave, vibró en el chasis del camión. La bomba de presión empezó a empujar los cinco mil litros de agua hacia la manguera. El nylon se tensó, poniéndose rígido como una serpiente a punto de atacar.

—Sígueme —dije.

Corrimos agachados, usando los muros de piedra seca y los matorrales de lentisco como cobertura. El suelo estaba húmedo por el rocío, pero bajo la capa de tierra seca, mis botas resbalaban. El olor a gasolina era ahora asfixiante, una película grasienta que se pegaba al paladar.

Llegamos al flanco norte de la masía. Uno de los sicarios estaba de espaldas a nosotros, vertiendo el último bidón sobre la pila de madera de la puerta principal. Llevaba un mechero Zippo en la mano derecha. Lo giró. La chispa brilló, diminuta y obscena, en la penumbra del amanecer.

—¡Ahora! —vociferé.

Juan giró la boquilla de la manguera hacia el chorro recto y abrió el grifo de la lanza.

El agua salió disparada a diez bares de presión. No fue un chorro; fue un mazo hidráulico. El impacto del agua a alta velocidad golpeó al sicario en la espalda. El sonido fue el de un saco de cemento cayendo desde un tercer piso. El hombre salió despedido hacia adelante, aterrizando de cara en el charco de gasolina y agua. El mechero voló por los aires, cayendo en la tierra húmeda, lejos del combustible.

El estruendo del agua golpeando la piedra de la masía despertó a los durmientes. Gritos en árabe, en rumano, en español roto. La mujer de la ventana se echó hacia adentro, protegiendo al niño.

Los otros tres sicarios reaccionaron. Sacaron pistolas de sus chaquetas.

—¡Al suelo! —rugió Juan, soltando la manguera y sacando su arma. Se parapetó tras el muro de piedra.

Los disparos de los sicarios resonaron, secos y crueles. Las balas impactaron en el tanque de agua del camión, levantando geysers de agua a presión que nos rociaron con una lluvia fina y helada.

Me arrastré por el barro, acercándome a la pila de madera empapada. El sicario que había sido derribado por el chorro de agua se movía, tosiendo, intentando sacar una navaja del cinturón. Me puse de pie sobre su mano. El hueso crujió bajo mi bota. Él aulló, un sonido agudo que se perdió en el ruido del agua. Le apunté a la cabeza con mi Sig Sauer.

—Ni se te ocurra —dije. Mi voz era un susurro helado.

El hombre se quedó quieto, la sangre de su mano rota mezclándose con el barro y la gasolina.

A mi izquierda, Juan mantenía a raya a los otros dos sicarios, que se habían refugiado tras un tractor oxidado. El fuego cruzado era intermitente.

De repente, las puertas de los camiones de bomberos se abrieron. Los cuatro bomberos bajaron, pero no sacaron mangueras. Sacaron escopetas recortadas. No venían a apagar el fuego. Venían a asegurar la limpieza.

—¡Juan! ¡Bomberos! —chillé.

Juan maldijo, recargando su arma tras la cobertura.

—¡Sofía, la puta química! —clamó él, devolviendo dos disparos que hicieron a los bomberos agacharse.

Metí la mano en el bolsillo. Saqué la botella con la mezcla de permanganato y glucosa. El plástico estaba caliente. La reacción

exotérmica estaba en su punto máximo. Destapé la botella con los dientes y escupí el tapón.

Miré a los bomberos. Estaban a quince metros, avanzando agachados hacia nuestra posición, las escopetas apuntando a la cabeza de Juan.

Lancé la botella abierta directamente contra el suelo de tierra, a medio camino entre nosotros y ellos.

El plástico reventó al impactar contra las piedras. El líquido púrpura salpicó la tierra húmeda y los restos de gasolina.

La reacción no fue una explosión. Fue una erupción.

Una columna de humo denso, de un color violeta eléctrico, cegador, se elevó del suelo con un silbido agudo. El humo se expandió con una velocidad antinatural, devorando el oxígeno, llenando el espacio entre los bomberos y nosotros en una fracción de segundo.

El olor fue instantáneo. Azufre, ácido y algo dulzón, como caramelo quemado.

Los bomberos empezaron a toser. Una tos profunda, de pecho, que sonaba como madera partiéndose. Soltaron las escopetas, llevándose las manos a los ojos, a la garganta. El humo de permanganato no solo cegaba; irritaba las mucosas con una violencia extrema. Era como tragar cuchillas de vidrio.

—¡Avanza! —le grité a Juan.

Él no lo dudó. Salió de detrás del muro, corriendo hacia la nube violeta. Los bomberos estaban de rodillas, escupiendo, llorando, completamente incapacitados. Juan pasó entre ellos como un fantasma, golpeando la nuca de uno con la culata de su pistola, pateando la rodilla de otro. En diez segundos, los cuatro "héroes" de la extinción estaban gimiendo en el barro, cegados y asfixiándose.

Los dos sicarios que quedaban tras el tractor, al ver a sus socios caer en la nube púrpura, perdieron el nervio. Tiraron las armas y echaron a correr hacia el bosque de pinos.

—¡Dejadlos ir! —increpé, tosiendo, con los ojos llorosos por el humo químico.

Juan se detuvo, respirando con dificultad, apoyado en el tractor. Me miró a través de la neblina violeta. Su rostro estaba manchado de barro y sangre, pero sus ojos brillaban con una luz que no le había visto en años. No era la luz de la culpa. Era la de la absolución.

El agua de la manguera seguía corriendo, empapando la madera, lavando la gasolina, ahogando el fuego antes de que pudiera nacer.

Me acerqué a la puerta de la masía. La madera estaba empapada, huele a gasoil y a agua estancada. Empujé.

Dentro, en la penumbra, había docenas de ojos mirándome. Rostros asustados, curtidos por el sol y la miseria. Mujeres con pañuelos, hombres con las manos llenas de cal de la obra, niños pegados a las faldas de sus madres. El olor a miedo humano, a sudor y a cebolla frita, me golpeó.

Una mujer mayor, con el pelo canoso y las manos temblorosas, dio un paso al frente. Me miró la ropa empapada, la pistola en la mano, el humo violeta ardiendo fuera.

—¿Quién eres? —preguntó en un español roto, con acento magrebí.

Me guardé la pistola en la funda. Me quité los guantes de nitrilo, manchados de barro y sangre, y los tiré al suelo. La miré a los ojos. Por primera vez en tres años, no me sentía como una forense mirando a una víctima futura.

—Soy la que apaga el fuego —dije.

Detrás de mí, el humo violeta empezaba a disiparse, llevado por la brisa del norte, hacia el mar, hacia los yates de lujo, hacia la isla que creía que podía limpiar su mierda con gasolina y balas.

Pero la mierda seguía ahí. Y yo acababa de decidir ensuciarme las manos con ella.

CAPÍTULO 13

El humo violeta se disipaba lentamente, arrastrado por la brisa marina hacia los acantilados. El olor acre del permanganato persistía, una película química que se adhería a las fosas nasales y dejaba un sabor metálico en la lengua.

Me aparté de la puerta de la masía, observando cómo los okupas emergían de su escondite. Se movían con cautela, como animales que han aprendido que el ruido atrae a los depredadores. Los niños se aferraban a las faldas de sus madres, los hombres mantenían las manos visibles, mostrando las palmas abiertas en un gesto universal de sumisión.

Juan se acercó, cojeando ligeramente. La sangre de su herida había empapado la camisa, oscureciendo la tela hasta convertirla en una costra rígida. Se apoyó contra el tractor oxidado, respirando con dificultad.

—Los bomberos están incapacitados —informó, señalando con la barbilla hacia la nube residual—. Los sicarios han huido. Pero esto no ha terminado. Costa sabrá que hemos fracasado.

Asentí, guardando la pistola en la funda. El metal frío rozó mi muslo a través de la tela empapada.

—Necesitamos mover a Darío —dije, mirando hacia el camión forestal donde mi hermano pequeño permanecía apostado, la pistola de Juan aún en el regazo—. Y necesitamos atención médica real. No puedo seguir operando en masías abandonadas con whisky barato como anestesia.

—Conozco a alguien —murmuró Juan, evitando mi mirada. Se pasó una mano por la cara, arrastrando la barba de varios días—. Una médica en Santa Gertrudis. Atiende a los que no pueden ir al hospital. A los que no quieren dejar rastro.

—¿Confías en ella?

—Confío en que no pregunta. Y en que debe favores.

Me giré hacia el camión. Darío seguía dentro, pálido, con los ojos fijos en el techo del vehículo. Me acerqué y abrí la puerta. El chirrido de los goznes rompió el silencio.

—Darío —llamé, suavemente—. Tenemos que irnos.

Él parpadeó, como si emergiera de un trance. Me miró, y por un segundo, vi al chico que había sido antes de que la isla lo devorara. Antes de que Elena lo marcara con su tatuaje y sus mentiras.

—¿Qué hacemos ahora, Sofía? —preguntó, la voz quebrada—. ¿Seguimos jugando a ser héroes? ¿Seguimos creyendo que podemos salvar esta puta isla?

—No vamos a salvarla —respondí, ayudándole a incorporarse. Su peso me golpeó, obligándome a tensar los músculos de la espalda—. Vamos a quemarla. Vamos a asegurarnos de que Costa y todos los que le siguen ardan con ella.

Darío soltó una risa seca, carente de humor.

—Esa es mi chica —masculló, apoyándose en mi hombro mientras bajaba del camión.

Juan ya había abierto la puerta del conductor.

—Subid —ordenó, poniendo el motor en marcha. El diésel tosió, escupiendo una nube de humo negro—. La médica cierra a las ocho. Tenemos cuarenta minutos.

El trayecto hasta Santa Gertrudis transcurrió en silencio. La carretera serpenteaba entre colinas cubiertas de pinos y almendros, el paisaje típico del interior de Ibiza, lejos de las playas y los clubs. El sol empezaba a calentar, evaporando la humedad de la noche anterior, creando una niebla baja que se aferraba al asfalto.

Darío iba recostado en el asiento trasero, los ojos cerrados, la respiración entrecortada. Juan conducía con las dos manos en el volante, la mandíbula apretada, la mirada fija en la carretera. Yo iba en el asiento del copiloto, vigilando el retrovisor, escrutando cada

coche que nos adelantaba, cada vehículo que aparecía en la distancia.

La paranoia es un estado mental contagioso. Después de tres días de persecución, de disparos, de cadáveres, mi cerebro había aprendido a analizar cada situación como una amenaza potencial. Cada coche podía ser un sicario de Costa. Cada peatón, un vigía. Cada sombra, un asesino esperando el momento adecuado.

Llegamos a Santa Gertrudis a las siete y cuarenta. El pueblo era un conjunto de casas blancas de una sola planta, con las persianas verdes cerradas contra el sol. La iglesia dominaba la plaza central, su campanario recortándose contra el cielo azul.

Juan detuvo el camión frente a una casa discreta, con las contraventanas cerradas y un pequeño jardín delantero lleno de hierbas aromáticas. El olor a romero y a lavanda flotaba en el aire, un contraste perverso con el hedor a sangre y pólvora que nos acompañaba.

—Esperad aquí —ordenó Juan, bajando del vehículo.

Caminó hasta la puerta de la casa y llamó tres veces, haciendo una pausa entre cada golpe. Esperó. Volvió a llamar, esta vez con un ritmo diferente: dos golpes rápidos, uno lento.

La puerta se entreabrió. Una mujer de unos cincuenta años, con el pelo canoso recogido en un moño y gafas de pasta negra, asomó la cabeza. Intercambiaron unas palabras en voz baja. Luego, la mujer nos hizo señas para que entráramos.

Aparqué el camión en el jardín delantero, aplastando las hierbas. Bajamos a Darío, que apenas podía mantenerse en pie. Lo cargamos entre Juan y yo, arrastrándolo hasta el interior de la casa.

El recibidor olía a medicinal, a alcohol y a hierbas secas. Las paredes estaban cubiertas de estanterías llenas de libros médicos y frascos de cristal con líquidos de colores. Una mesa de operaciones portátil ocupaba el centro de la sala, cubierta con sábanas blancas inmaculadas.

—Ponedlo ahí —indicó la mujer, señalando la mesa.

La obedecimos, depositando a Darío con cuidado. Ella se acercó, examinándolo con ojos profesionales. Le levantó los párpados, le tomó el pulso, presionó suavemente su abdomen.

—Contusión renal, posible hemorragia interna, infección en la herida de bala —diagnosticó, la voz plana, carente de emoción—. Necesita antibióticos de amplio espectro, suero y reposo absoluto. Al menos una semana.

—No tenemos una semana —dije, apoyándome contra la pared. Las piernas me temblaban, la adrenalina empezaba a abandonarme, dejando paso al agotamiento—. Costa nos busca. Si no lo paramos hoy, no habrá semana para nadie.

La mujer me miró. Sus ojos, detrás de las gafas, eran fríos, calculadores.

—¿Quién es Costa para ti, niña? —preguntó, mientras preparaba una jeringa con un líquido transparente.

—Es el hombre que mató a mi hermana —respondí, la voz firme a pesar del cansancio—. Y el que va a matarnos a todos si no lo detenemos.

Ella asintió, como si mi respuesta confirmara algo que ya sabía. Se acercó a Darío y le inyectó el líquido en el brazo.

—Esto le bajará la fiebre y le quitará el dolor —explicó—. Pero necesita un hospital. No puedo operarlo aquí.

—No puede ir a un hospital —intervino Juan—. La Guardia Civil le busca.

La mujer suspiró, dejándose caer en una silla. Se quitó las gafas, frotándose los ojos.

—Entonces estáis jodidos —murmuró—. Porque yo no puedo hacer milagros.

Me acerqué a Darío. Su respiración se había vuelto más regular, el color empezaba a volver a sus mejillas. Le aparté el pelo de la frente, un gesto involuntario, maternal.

—¿Qué hacemos, Juan? —pregunté, sin mirarlo—. ¿Cómo paramos a Costa?

Juan se había quedado de pie junto a la puerta, vigilando la calle a través de una rendija de las contraventanas. Se giró hacia mí, el rostro demacrado, los ojos hundidos.

—Costa está en su villa de Es Cubells —dijo, la voz baja, calculadora—. La fortaleza. Tiene a sus hombres allí, esperando instrucciones. Si el yate se hundió, si los rusos están muertos, si los bomberos han fracasado está acorralado. Y un animal acorralado es peligroso.

—Entonces vamos a por él —dije, sintiendo cómo la rabia volvía a encenderse en mi pecho, quemando el cansancio—. Vamos a su villa. Lo sacamos de allí. Lo llevamos ante un juez. O lo matamos. Me da igual.

—No es tan sencillo, Sofía —repuso Juan, acercándose a mí—. La villa está vigilada. Hay al menos diez hombres armados. Y Costa tiene contactos en la policía. Si vamos directamente, nos matarán antes de llegar a la puerta.

—Entonces no vamos directamente —intervino la médica, que había estado escuchando en silencio—. Hay otra forma de entrar en esa villa.

La miramos, sorprendidos. Ella se puso de pie, caminando hacia una estantería llena de archivadores. Sacó una carpeta marrón, la abrió y sacó unos planos.

—Yo diseñé el sistema de saneamiento de esa villa hace quince años —explicó, desplegando los planos sobre la mesa—. Hay un túnel de acceso, un conducto de desagüe que conecta con la playa de abajo. Costa lo sabe, pero cree que está sellado. No lo está. Yo dejé una puerta de acceso oculta, por si necesitaba revisar las tuberías.

Juan se acercó, examinando los planos. Sus dedos siguieron las líneas, trazando la ruta.

—Es un conducto de un metro de diámetro —murmuró—. Apenas cabe un hombre. Y está lleno de mierda.

—Pues tendréis que nadar en ella —respondió la médica, con una sonrisa torcida—. Porque es la única forma de entrar sin que os vean.

Me acerqué a los planos. Los estudié, memorizando cada giro, cada recoveco. El conducto partía de una cala escondida bajo los acantilados de Es Cubells, subía por la ladera y desembocaba en el sótano de la villa.

—¿Cuánto tiempo necesitamos para llegar a la cala? —pregunté.

—Una hora en coche, si vamos por las carreteras secundarias —respondió Juan, consultando su reloj—. Pero necesitamos un barco. Para llegar a la cala por mar.

—Conozco a un pescador en Cala Llentrisca —dijo la médica—. Tiene una lancha pequeña. No hace preguntas. Y me debe un favor.

Asentí, guardando los planos en mi bolsillo. Me giré hacia Darío, que seguía inconsciente en la mesa.

—Cuídalo —le dije a la médica—. Cuando despierte, dile que lo siento. Que no pude salvar a Elena. Pero que voy a asegurarme de que Costa pague por lo que hizo.

La médica asintió, poniéndome una mano en el hombro. Un gesto breve, casi imperceptible, pero cargado de significado.

—Ten cuidado, niña —murmuró—. Costa no es un hombre. Es una plaga. Y las plagas no se detienen hasta que lo han devorado todo.

Salimos de la casa. El sol ya había subido, calentando el asfalto, evaporando la niebla. Juan volvió a ponerse al volante. Yo me senté a su lado, los planos en el regazo, la pistola en la funda.

—¿Estás segura de esto, Sofía? —preguntó Juan, arrancando el motor—. Una vez que entremos en esa villa, no habrá vuelta atrás. O morimos nosotros, o muere Costa.

—No hay vuelta atrás desde hace mucho tiempo, Juan —respondí, mirando por la ventanilla mientras el pueblo desaparecía en el retrovisor—. Desde que encontré a Elena en esa fosa. Desde que descubrí que mi hermana era un monstruo. Desde que decidí que iba a quemar esta isla entera con todos sus secretos dentro.

Juan no respondió. Se limitó a pisar el acelerador, el camión forestal rugiendo mientras nos alejábamos de Santa Gertrudis, hacia el sur, hacia Es Cubells, hacia la fortaleza de Costa.

La guerra por Ibiza había entrado en su fase final. Yo ya no estaba dispuesta a negociar.

CAPÍTULO 14

El camión forestal devoraba los kilómetros de asfalto derretido, dejando atrás los campos de almendros y las fincas de piedra seca que salpicaban el interior de la isla. El sol de mediodía caía a plomo, convirtiendo el habitáculo en un horno. El olor a gasoil mezclado con el sudor agrio de Juan y el aroma medicinal que se me había pegado a la ropa tras la visita a la médica formaban un cóctel asfixiante.

Conduje yo. Juan se había desplomado en el asiento del copiloto, la cabeza ladeada, la respiración entrecortada por la herida del costado. Cada bache le arrancaba una mueca, un gesto involuntario que le crispaba la mandíbula. Yo mantenía la vista clavada en la carretera, las manos aferradas al volante con los nudillos blancos, el disco duro y los planos de la médica en el asiento de al lado.

Dejamos atrás Santa Agnès, con su iglesia blanca recortándose contra el azul cobalto del cielo. Luego Sant Mateu, donde los viñedos se extendían como alfombras verdes hasta el horizonte. La Ibiza de postal. La Ibiza que los folletos turísticos vendían a los europeos ávidos de sol y de olvido. Pero yo ya no veía eso. Veía las cicatrices. Las canteras abandonadas devoradas por la maleza. Las antenas de telefonía camufladas como pinos. Los chalets de diseño escondidos tras verjas eléctricas, con sus cámaras de vigilancia girando como ojos de insecto.

—¿Cuánto falta? —preguntó Juan, sin abrir los ojos. Su voz sonaba pastosa, arrastrada por los analgésicos que la médica le había obligado a tragar.

—Diez minutos. La cala está al sur de Cala Llentrisca, pasada la urbanización fantasma.

—La urbanización esa que se quedó a medias con la crisis —murmuró él, incorporándose con esfuerzo. Se frotó la cara,

arrastrando la barba de varios días—. Cuidado con los vigilantes de la zona. Costa tiene gente patrullando los accesos a Es Cubells.

Aminoré la marcha al acercarnos a la costa sur. La carretera se estrechó, serpenteando entre acantilados rojos que caían a un mar de un turquesa obsceno. El contraste entre la belleza del paisaje y la podredumbre que se gestaba bajo él me revolvía el estómago.

Giré por un desvío de tierra batida, escondido tras una curva cerrada. El cartel de "Propiedad Privada" estaba tan descolorido que apenas se leía. Aparqué el camión entre dos pinos retorcidos, aprovechando la sombra. Apagué el motor. El silencio cayó sobre nosotros como una losa, roto solo por el canto de las chicharras y el rumor lejano del mar.

—A partir de aquí, a pie —dije, sacando la mochila del asiento trasero.

Juan abrió la puerta con un quejido. Se apoyó en el marco, respirando hondo. El dolor le marcaba las arrugas del rostro, pero sus ojos seguían alerta, escrutando el bosque de pinos que nos rodeaba.

Caminamos en silencio, pegándonos a los troncos, evitando las ramas secas que crujían bajo nuestras botas. El suelo estaba cubierto de agujas de pino, una alfombra mullida que amortiguaba nuestros pasos. El aire olía a resina, a tomillo silvestre y a la sal que traía la brisa marina.

Tardamos veinte minutos en llegar a Cala Llentrisca. La cala era una postal: arena blanca, agua cristalina, tres barcas de pescadores varadas en la orilla. Pero no había turistas. Era demasiado temprano, y la zona estaba lejos de las rutas habituales. Solo un viejo sentado en la proa de una de las barcas, remendando una red con manos expertas.

Nos acercamos. El viejo levantó la vista. Tenía la piel curtida por décadas de sol y sal, los ojos azules como el mar que lo había visto nacer. Un parche negro le cubía el ojo izquierdo.

—Busco a Mateo —dijo Juan, deteniéndose a tres metros de la barca.

El viejo escupió al agua. Una flema que flotó un segundo antes de disolverse en la transparencia del mar.

—Mateo murió hace dos años —respondió, con un acento cerrado, de payés, que arrastraba las vocales—. Yo soy su hijo. ¿Qué queréis?

Juan me miró. Yo di un paso al frente.

—Necesitamos tu barca. Para llegar a los acantilados de Es Cubells. Por la parte de abajo.

El pescador dejó la aguja sobre la red. Nos observó con su único ojo, evaluándonos, calculando. Luego, su mirada se posó en la pistola que asomaba bajo mi chaqueta.

—Esa zona está prohibida —dijo, bajando la voz—. Mi padre me lo dijo antes de morir. "Nunca vayas a Es Cubells por mar, Toni. Hay cosas que es mejor no ver."

—Pues hoy vamos a verlas —repliqué, sacando la pistola y dejándola visible—. Y tú nos vas a llevar.

El pescador no se inmutó. Se limitó a suspirar, rascándose la barba canosa.

—Cinco mil euros. Por adelantado.

Juan sacó la cartera del bolsillo trasero. Contó los billetes, arrugados y manchados de sudor, y se los tendió. El pescador los guardó en el bolsillo de su camisa sin contarlos.

—Subid. Pero rápido. Si alguien nos ve, no os conozco.

Nos deslizamos en la barca. El fondo de madera olía a pescado podrido y a gasolina. El motor fuera de borda tosió al arrancarlo, escupiendo una nube de humo azul. El pescador, Toni, tomó los remos y nos alejamos de la orilla, bordeando los acantilados hacia el este.

El mar estaba en calma, una lámina de cristal que reflejaba el cielo sin una sola arruga. El sol nos golpeaba la nuca, calentando la

piel hasta quemarla. El olor a sal y a gasoil se mezclaba con el sudor que me empapaba la espalda.

Navegamos en silencio durante media hora. Pasamos delante de calas escondidas, accesibles solo por mar, con sus casetas de obra varadas en la arena y sus amarres vacíos. La Ibiza secreta. La Ibiza que los turistas nunca ven.

—Ahora viene lo jodido —murmuró Toni, señalando con la barbilla hacia adelante.

Los acantilados de Es Cubells se alzaban ante nosotros como una muralla de piedra roja, cortada a pico sobre el mar. No había playa, solo rocas afiladas que rompían las olas con un rugido sordo. En la parte superior, asomaba el tejado de tejas árabes de la villa de Costa, rodeada de palmeras y setos recortados.

—La entrada del túnel está ahí —señaló Toni, señalando una grieta en la base del acantilado, medio oculta por la vegetación que colgaba de arriba—. Solo es visible con marea baja. Y solo durante dos horas.

Aproximó la barca a la roca, con cuidado de no golpear el casco contra las piedras. El agua era poco profunda, clara como el cristal, dejando ver los erizos y las estrellas de mar en el fondo.

—Aquí os dejo —indicó Toni, deteniendo el motor—. Yo no bajo. Mi padre me lo prohibió, y yo no soy quien para desobedecer a un muerto.

Asentí, sin decir palabra. Juan me ayudó a bajar de la barca, apoyándose en la borda. El agua me llegó a las rodillas, helada, arrastrando arena fina entre los dedos de mis botas.

Toni nos observó un segundo, con una expresión indescifrable. Luego, metió primera y se alejó, el motor aullando contra el rugido del mar.

Nos quedamos solos, bajo la muralla de piedra roja, con el sol cayendo a plomo y la marea empezando a subir.

—El túnel —apuntó Juan, señalando la grieta.

Me acerqué. La abertura era estrecha, apenas un metro de ancho, y estaba medio sumergida. El agua se colaba por ella con un sonido sordo, como si la roca respirara. El olor que salía de dentro era una mezcla de algas podridas, excrementos de gaviota y algo más, algo dulzón y rancio que me revolvió el estómago.

—Espera —dije, sacando la linterna frontal de la mochila.

Me la coloqué en la cabeza y encendí la luz. El haz blanco penetró en la oscuridad del túnel, revelando paredes de roca húmeda, cubiertas de musgo y de algo que parecía hollín. El suelo era de piedra, resbaladizo por el agua y por una capa de limo verdoso.

—No hay vuelta atrás —murmuré, más para mí misma que para Juan.

—Nunca la hubo —respondió él, sacando su pistola y comprobando el cargador con un chasquido metálico.

Me quité las botas, dejándolas en una roca seca, junto con la chaqueta y la mochila. Solo guardé el kit forense, la pistola, el disco duro y los planos. El resto, lo envolví en plástico y lo até con una cuerda, colgándomelo al cuello.

—¿Lista? —inquirió Juan, desabrochándose la camisa, dejando solo la camiseta blanca, ya manchada de sangre y sudor.

—Nací lista —espeté, metiéndome en el agua.

El frío me golpeó como un puñetazo en el pecho, robándome el aire. El agua me llegó a la cintura, luego al pecho, arrastrándome con una corriente suave pero constante. Encendí la linterna y avancé, pegándome a la pared izquierda del túnel, donde el techo era más alto.

Juan me siguió, el agua salpicando a mi alrededor. Su respiración era un jadeo ronco, entrecortado por el dolor de la herida.

Avanzamos en silencio, el sonido del agua ahogando cualquier otro ruido. El túnel serpenteaba, subiendo y bajando, estrechándose y ensanchándose. Las paredes estaban cubiertas de grafitis

antiguos, nombres y fechas borrados por el tiempo y la humedad. Alguien había estado aquí antes. Alguien que no había salido.

A los diez minutos, el túnel se bifurcaba. A la izquierda, el conducto principal, más ancho, por donde fluía el agua. A la derecha, un pasadizo más estrecho, seco, que ascendía en pendiente.

Consulté los planos, empapados pero aún legibles.

—Por aquí —mostré, señalando el pasadizo de la derecha.

Entramos. El suelo era de tierra compacta, cubierto de hojas secas y excrementos de rata. El olor a moho era asfixiante, una película pegajosa que se adhería a la piel. La linterna iluminaba telarañas del tamaño de mi mano, colgando del techo como cortinas fantasmales.

Subimos en silencio, los pulmones ardiendo por el esfuerzo, las piernas temblando por la fatiga. A los cinco minutos, el pasadizo desembocaba en una habitación subterránea.

Era una bodega. Botellas de vino apiladas en estanterías de madera, cubiertas de polvo. En el centro, una mesa de piedra con restos de comida podrida y vasos manchados de vino tinto. El olor a corcho rancio y a queso fermentado me golpeó las fosas nasales.

—Estamos en el sótano de la villa —susurró Juan, apagando la linterna.

La oscuridad nos envolvió, absoluta, densa. Solo se escuchaba el goteo del agua en algún lugar lejano y nuestra propia respiración.

Saqué el móvil. La pantalla iluminó la habitación con un resplandor azul. Eran las tres y cuarto de la tarde.

—Costa debe estar en la planta superior —murmuré, consultando los planos—. La salida de la bodega da al pasillo principal. Desde ahí, las escaleras suben al salón.

Juan asintió, sacando la pistola. La luz del móvil iluminó su rostro, marcando cada arruga, cada cicatriz.

—¿Y si hay alguien en la bodega? —preguntó.

—Entonces dispararemos —respondí, guardando el móvil y sacando mi propia arma.

Nos acercamos a la puerta de madera que daba al pasillo. Estaba entreabierta. Un hilo de luz se colaba por la rendija, iluminando el polvo que flotaba en el aire.

Apoyé la oreja en la madera. Escuché voces. Lejanas, amortiguadas por las paredes de piedra, pero voces al fin y al cabo. Dos, quizás tres. Hablaban en español, con ese acento afrancesado que usaba Costa en las entrevistas.

—Están en el salón —susurré, girando el pomo con cuidado.

La puerta se abrió con un chirrido que me heló la sangre. Pero las voces no se detuvieron. Seguían hablando, ajenas a nuestra presencia.

Salimos al pasillo. Las paredes estaban forradas de madera oscura, con cuadros de paisajes ibicencos colgados a intervalos regulares. El suelo era de mármol blanco, pulido hasta reflejar nuestras siluetas como fantasmas.

Avanzamos en silencio, pegándonos a la pared, hasta llegar a las escaleras. Subimos, peldaño a peldaño, evitando las zonas que crujían, apoyando el peso en los bordes.

Al llegar al rellano, nos asomamos.

El salón era una obra de arte obscena. Sofás de cuero blanco, mesas de cristal, paredes forradas de caoba. En el centro, una chimenea de mármol negro, apagada. Y frente a la chimenea, sentado en un sillón de orejas, Víctor Costa.

Llevaba un traje de lino blanco, impecable, a pesar de la tarde calurosa. Sostenía una copa de cristal con un líquido ámbar, sorbiendo con calma. Frente a él, de pie, había dos hombres. Uno era el albanés de la cicatriz en la ceja, el que había intentado matarme en Sa Caleta. El otro era un tipo que no reconocía, más joven, con el pelo engominado y un traje gris que le sentaba como un guante.

—...el yate está a flote, pero inservible —estaba diciendo el albanés, con su acento gutural—. Los rusos están muertos. La UCO de Madrid ha recibido una llamada anónima con los archivos del disco. Están enviando un equipo.

Costa sonrió, un gesto lento, depredador, que no llegó a sus ojos.

—Tranquilo, amigo mío —expuso, con esa voz pedagógica, casi cariñosa, que usaba para dar órdenes de muerte—. La UCO de Madrid llegará demasiado tarde. Yo ya estaré en mi jet privado, camino de Dubái. Y tú, querido, estarás en el fondo del Mediterráneo, con los rusos.

El albanés palideció. Abrió la boca para protestar, pero el tipo del traje gris se movió con una rapidez sobrenatural. Sacó una pistola con silenciador de debajo de la chaqueta y disparó dos veces.

El sonido fue un estornudo metálico, apenas audible. El albanés se llevó las manos al pecho, la sangre brotando entre sus dedos, empapando la camisa. Cayó de rodillas, luego de lado, con un golpe sordo que resonó en el silencio del salón.

Costa ni se inmutó. Siguió bebiendo su whisky, observando el cadáver con la indiferencia de quien contempla una mosca muerta.

—Limpia eso —le ordenó al tipo del traje gris—. Y avisa a los chicos. Nos vamos en una hora.

Me quedé helada, la pistola apuntando al suelo, el corazón martilleándome en el pecho. Acabábamos de presenciar una ejecución. Una ejecución ordenada con la misma calma con la que se pide un café.

Juan me agarró del brazo, tirando de mí hacia atrás. Pero ya era tarde.

El tipo del traje gris se giró. Nos vio.

—¡Ahí están! —gritó, levantando la pistola.

Costa levantó la vista. Sus ojos se encontraron con los míos. Y sonrió.

—Doctora Vance —indicó, con esa voz suave, casi cariñosa—. Qué sorpresa tan agradable.

CAPÍTULO 15

Costa no se movió. Siguió sentado en su sillón de orejas, la copa de whisky en la mano, observándonos con esa calma obscena de quien sabe que tiene todas las cartas. El tipo del traje gris mantenía la pistola apuntando a mi pecho, el silenciador negro como un dedo acusador.

—Doctora Vance —repitió Costa, saboreando cada sílaba—. Qué sorpresa tan agradable. Y el Cabo Santos, qué honor. Pensé que estaríais muertos en alguna cuneta.

Juan me empujó detrás de él, interponiendo su cuerpo entre mi pistola y la del asesino de traje. Su arma apuntaba al pecho del sicario, pero su dedo no apretaba el gatillo. Dudaba. Calculaba.

—Costa —espetó Juan, la voz un raspado de lija sobre piedra—. Se acabó el puto teatro. Ríndete o te vuelo la puta cabeza.

El arquitecto soltó una risa seca, carente de cualquier calidez. Bebió un sorbo de su whisky, el hielo tintineando contra el cristal.

—¿Rendirme? —replicó, arqueando una ceja—. Cabo, usted lleva diez años trabajando para mí. Diez años cerrando casos, silenciando testigos, enterrando cadáveres. ¿De verdad cree que va a acabar con mi imperio con una pistola de nueve milímetros y una herida de bala que le está sangrando la camisa?

Juan apretó la mandíbula. El músculo palpitó bajo la barba de varios días. No respondió. Sabía que Costa tenía razón. Sabía que estábamos jodidos.

Pero yo no estaba dispuesta a morir de rodillas.

—Elena no era una infiltrada —solté, dando un paso al frente, apartándome de la protección de Juan—. Era una socia. Calculó el

precio de su lealtad y se quedó corta. Tú la mataste por higiene, no por justicia.

Costa me miró. Sus ojos, negros y planos como los de un tiburón muerto, me recorrieron de arriba abajo. No había rabia en su mirada. Solo una curiosidad clínica, como si estuviera examinando un espécimen bajo el microscopio.

—Su hermana era brillante, doctora —continuó, girando la copa entre sus dedos—. Demasiado brillante para su propio bien. Creyó que podía jugar en la liga de los grandes. Que podía traicionarme y salir impune. Pero la moral es un lujo, ¿recuerda? Y el lujo se paga.

—Y tú eres el puto cajero —escupí, la rabia hirviéndome en las venas—. El jardinero que arranca las malas hierbas para que las rosas crezcan.

Costa sonrió. Una sonrisa lenta, depredadora, que le estiró las comisuras de los labios sin llegar a los ojos.

—Exacto —asintió, como si estuviera felicitándome por una respuesta correcta en un examen—. Ibiza es un jardín, doctora. Un jardín caro, exclusivo, que requiere mantenimiento. Los turistas que vienen a gastar cien mil euros en una semana no quieren ver miseria en la ventana de su suite. No quieren oler a fritanga barata, a hachís, a sudor. Quieren ver el paraíso. Y el paraíso tiene un precio.

—El precio de matar a gente —contraataqué, apretando la pistola con más fuerza—. El precio de quemar asentamientos enteros. El precio de ejecutar a chavales de diecisiete años en Sa Caleta.

Costa suspiró, dejando la copa sobre la mesa de cristal. El sonido fue un tintineo suave, casi musical.

—Ustedes los idealistas —murmuró, sacudiendo la cabeza con una condescendencia paternal—, siempre confunden el fin con los medios. Yo no mato por placer, doctora. Mato por necesidad. Por supervivencia. Si dejo que la plaga se extienda, todo el jardín muere. Es matemática pura.

—Matemática pura —repitió Juan, la voz cargada de desprecio—. Eso es lo que le dijiste a Darío cuando le obligaste a tatuar esa puta

marca. ¿También era matemática pura cuando le metiste una bala en el costado?

Costa giró la cabeza hacia Juan. Sus ojos se estrecharon, evaluándolo.

—Su hermano es un idiota, Cabo —replicó, con una calma helada —. Se dejó manipular por una mujer que lo usó como a un puto pañuelo. Se tatuó mi marca como si fuera un sello de honor. Y cuando descubrió la verdad, cuando vio que Elena no era la santa que él creía, se rompió. Como un niño al que le quitan su juguete favorito.

—No hables de mi hermano —rugió Juan, dando un paso al frente, la pistola temblando en su mano.

—¿O qué, Cabo? —provocó Costa, inclinándose hacia adelante, los ojos brillando con una luz peligrosa—. ¿Me va a disparar? ¿Va a matar al hombre que le ha pagado el sueldo durante diez años? ¿Al que le ha permitido mantener su placa, su casa, su puta vida?

Juan dudó. El cañón de su arma osciló una fracción de milímetro. Vi el conflicto en sus ojos, la lucha entre la lealtad y la rabia, entre el miedo y la redención.

—Juan —siseé, agarrándolo del brazo—. No lo escuches. Es un puto manipulador.

—Cállese, doctora —me ordenó Costa, sin mirarme. Sus ojos seguían fijos en Juan, hipnotizándolo con esa calma de depredador —. Cabo, usted sabe que tengo razón. Sabe que sin mí, esta isla sería un vertedero. Sabe que he protegido lo que es nuestro. Solo le pido que me deje ir. Que finja que no me ha encontrado. Que siga cobrando su sueldo, siga cerrando casos, siga viviendo su puta vida.

—A costa de qué —replicó Juan, la voz quebrada—. A costa de cuántos muertos más. A costa de cuántas vidas destrozadas.

Costa se encogió de hombros, un gesto casi indiferente.

—A costa de lo que sea necesario —respondió, con una frialdad que me heló la sangre—. El progreso siempre tiene un precio, Cabo.

Y alguien tiene que pagarlo.

El tipo del traje gris, que había estado observando la conversación en silencio, dio un paso al frente. Su pistola seguía apuntando a mi pecho.

—Jefe —interrumpió, la voz un murmullo grave—, tenemos un problema. La UCO de Madrid está a veinte minutos. Han recibido los archivos del disco. Vienen a por usted.

Costa cerró los ojos un segundo, como si estuviera calculando mentalmente. Luego, los abrió, y su mirada se endureció.

—Cambio de planes —anunció, poniéndose de pie con un movimiento fluido—. Cabo, doctora, ha sido un placer. Pero el jardín necesita ser podado, y yo soy el jardinero.

Hizo un gesto con la mano. El tipo del traje gris levantó la pistola, apuntando directamente a la cabeza de Juan.

—Dispara —ordenó Costa.

Pero antes de que el sicario pudiera apretar el gatillo, yo me moví.

No pensé. No calculé. Simplemente reaccioné.

Levanté mi pistola y disparé.

El estruendo fue ensordecedor en el salón cerrado. La bala impactó en la muñeca del sicario, destrozando el hueso con un crujido húmedo. El hombre soltó un grito ahogado, la pistola cayendo al suelo con un chasquido metálico. La sangre brotó de su muñeca, empapando la manga de su traje gris.

Juan no desaprovechó la oportunidad. Se lanzó hacia adelante, golpeando al sicario en el pecho con la culata de su pistola. El hombre cayó de espaldas, estrellándose contra la mesa de cristal, que se hizo añicos bajo su peso.

Costa reaccionó con una rapidez que me pilló por sorpresa. Sacó una pistola de debajo de la chaqueta, una Walther PPK plateada, y apuntó directamente a mi cabeza.

—Puta zorra —escupió, el rostro deformado por la rabia.

Pero Juan fue más rápido. Se giró, levantó su arma y disparó.

La bala impactó en el hombro de Costa. El arquitecto soltó un grito, la Walther cayendo al suelo. Cayó de rodillas, la mano presionando el hombro herido, la sangre manando entre sus dedos, empapando el traje de lino blanco.

—¡Joder, Juan! —grité, corriendo hacia él.

Juan mantuvo la pistola apuntando a Costa, el pecho subiendo y bajando en espasmos cortos. Su rostro estaba pálido, la sangre de su propia herida volviendo a manchar su camisa.

—Se acabó, Costa —siseó, la voz un hilo tenso—. Estás jodido.

Costa levantó la vista. Su rostro estaba contraído por el dolor, pero sus ojos seguían brillando con esa luz fría, calculadora.

—No, Cabo —murmuró, escupiendo sangre—. Esto acaba de empezar.

De repente, el sonido de sirenas rompió el aire. Lejanas, pero acercándose rápidamente. La UCO de Madrid.

—Tenemos que irnos —urgí, agarrando a Juan del brazo—. Ahora.

Juan asintió, sin apartar la pistola de Costa. Retrocedimos hacia las escaleras, manteniéndonos pegados a la pared.

Costa nos observó, una sonrisa torcida en los labios manchados de sangre.

—Nos veremos en el infierno, doctora —susurró, la voz apenas audible sobre el sonido de las sirenas—. Y cuando lleguemos, yo seguiré siendo el jardinero. Y usted será el abono.

Bajamos las escaleras de dos en dos, corriendo hacia la salida, hacia el túnel, hacia la libertad. O hacia la siguiente trampa.

CAPÍTULO 16

El mármol blanco de las escaleras se tiñó de rojo antes de que alcanzáramos el rellano.

El eco de las sirenas de la UCO se filtraba por los conductos de ventilación, un aullido mecánico y distante que hacía vibrar las paredes de piedra de la villa. Arriba, el paraíso de Costa se estaba desmoronando bajo las botas de los federales. Abajo, nosotros nos hundíamos en sus entrañas.

Juan bajaba los peldaños de dos en dos, pero su ritmo era errático. La mano izquierda la llevaba apretada contra el costado, los dedos resbaladizos por la sangre fresca que había vuelto a brotar de su herida. El esfuerzo del tiroteo había reabierto el desgarro muscular. Cada vez que su bota golpeaba el suelo, un espasmo de dolor le crispaba la mandíbula, dejándole los labios exangües.

Alcanzamos la bodega. El olor a corcho rancio y a queso fermentado fue devorado al instante por el hedor que emanaba de la trampilla del suelo. El acceso al sistema de drenaje.

—Levanta la reja —jadeó Juan, apoyando la espalda contra una estantería de roble. Las botellas tintinearon con el impacto.

Me agaché. El hierro forjado estaba oxidado, cubierto de una pátina verdosa y resbaladiza. Tiré de los barrotes. Los bíceps me ardieron, el ácido láctico inundando las fibras musculares. La reja cedió con un chirrido agudo, revelando un pozo negro y húmedo. Una escalera de hierro empotrada en la pared descendía hacia la oscuridad. El sonido del agua corriendo llegaba desde el fondo, un borboteo sordo y constante.

—Tú primero —ordené, sacando la linterna frontal de la mochila y encendiéndola. El haz de luz cortó la penumbra, iluminando las paredes de hormigón manchadas de salitre y moho.

Juan negó con la cabeza, un movimiento torpe y pesado.

—Vigila la puerta. Si los hombres de Costa bajan, necesito verlos venir.

—Estás perdiendo demasiada sangre, joder —repliqué, agarrándolo por el brazo sano. La piel le ardía al tacto. Fiebre incipiente. El cuerpo empezaba a movilizar sus defensas, quemando energía que no le quedaba—. Si te desmayas ahí abajo, no podré arrastrarte. Bajas tú.

Me miró. Sus ojos, hundidos en cuencas oscuras, carecían del brillo febril de la pelea. Solo había una resignación fría, la mirada de un hombre que acaba de firmar su propia sentencia de muerte al apretar el gatillo contra su patrón.

—Si vienen, les disparo desde arriba y luego bajo —masculló, zafándose de mi agarre. Se sentó en el borde del pozo, buscando los peldaños de hierro con las botas.

Lo vi descender hasta que la oscuridad se lo tragó. Conté hasta cinco y me deslicé tras él, tirando de la reja para dejarla en su sitio. El estruendo metálico resonó en el pozo, amplificándose como un disparo en una catedral vacía.

El fondo del conducto era un túnel cilíndrico de un metro de diámetro. El agua me llegaba por las rodillas. Estaba helada, densa, y olía a una mezcla letal de excrementos humanos, sulfuro y algas en descomposición. El hedor me golpeó el paladar, espeso y grasiento, provocándome una arcada seca que logré tragar a la fuerza. Como forense, había lidiado con cadáveres en avanzado estado de putrefacción, con intestinos perforados y pulmones edematosos. Pero respirar la mierda viva de la isla, el desecho literal de sus mansiones de lujo, era una humillación que me quemaba las fosas nasales.

—Avanza —apremié, dándole un suave empujón en la espalda a Juan.

Empezamos a caminar. El techo del túnel me obligaba a encorvarme, forzando la columna en un ángulo antinatural. El agua

ofrecía resistencia a cada paso, arremolinándose alrededor de mis muslos, intentando desequilibrarme. La linterna frontal iluminaba apenas tres metros por delante, revelando la superficie turbia del líquido y las paredes curvas cubiertas de una biopelícula viscosa y negra.

El sonido de nuestras zancadas rompía el flujo del agua. Chap, chap, chap. Un metrónomo húmedo y desesperado.

—La marea está subiendo —siseó Juan. Su voz rebotaba en las paredes de hormigón, sonando hueca, fantasmal.

Lo sabía. Toni, el pescador, lo había advertido. El túnel solo era transitable con marea baja. El agua del Mediterráneo empujaba desde la salida, chocando contra el flujo del desagüe, creando una corriente adversa que nos empujaba hacia atrás. Y el nivel estaba subiendo. Hace diez minutos me llegaba por las rodillas. Ahora me rozaba la ingle.

—Falta poco. Según los planos, el conducto principal tiene unos cuatrocientos metros. Ya hemos recorrido la mitad —mentí. No había mirado el reloj. No quería calcular la velocidad del agua.

Juan se detuvo. El agua rompió contra sus piernas, salpicándonos.

Se apoyó contra la pared curva, resbalando un poco antes de encontrar equilibrio. Su respiración era un silbido agudo, superficial. La hipovolemia estaba haciendo su trabajo. El corazón bombeaba más rápido para compensar la pérdida de volumen, pero la sangre no llegaba a los tejidos periféricos.

—Sofía —articuló, la voz apenas un hilo ronco—. Déjame aquí.

Me detuve y me giré. El haz de mi linterna le iluminó el rostro. Estaba gris. La piel tenía la textura de la cera fría, la misma que veía cada día en las camillas de acero inoxidable. Los labios estaban cianóticos, teñidos de un azul oscuro.

—No digas gilipolleces —espeté, acercándome. Le quité la mano del costado. La camiseta blanca era una masa negra y empapada. Presioné dos dedos contra la arteria radial de su muñeca. El pulso

era débil, filiforme, taquicárdico. Más de ciento veinte pulsaciones por minuto—. Estás entrando en shock hipovolémico. Si te quedas aquí, el agua te subirá por encima de la cabeza en menos de veinte minutos. Y morirás ahogado en una puta cloaca.

—Si sigo... me desangro —gruñó, cerrando los ojos. El dolor le arrancaba muecas involuntarias—. Te estoy retrasando. Costa tiene razón. Soy un puto lastre. Diez años comiendo de su mano, Sofía. Diez años mirando hacia otro lado. Me merezco esta mierda.

La culpa. El veneno más lento y eficaz del mundo. Lo había visto en los ojos de los suicidas, en las notas garabateadas con caligrafía temblorosa. La culpa no te mata de golpe; te va paralizando las extremidades hasta que te rindes.

Le agarré la cara con las dos manos. Mis dedos, entumecidos por el agua helada, apretaron sus mejillas barbudas. Lo obligué a mirarme.

—Escúchame bien, Cabo de los cojones —siseé, acercando mi rostro al suyo, ignorando el hedor a cobre y sudor que emanaba de su piel—. Elena me vendió a los rusos. Darío se dejó tatuar por una zorra. Y tú has sido el perro faldero de un psicópata. Todos estamos jodidos. Todos tenemos las manos manchadas de mierda. Pero si te rindes ahora, si te dejas ahogar en este tubo de hormigón, Costa gana. Y yo no voy a dejar que ese cabrón gane. ¿Me entiendes?

Juan abrió los ojos. Las pupilas estaban dilatadas, buscando anclaje en la oscuridad.

—No te pido que me perdones, Juan. Te pido que camines.

Tragó saliva. El movimiento de su nuez fue lento, doloroso. Asintió una vez, un gesto mínimo, pero suficiente.

Solté su cara y volví a colocar mi mano sobre su herida, aplicando presión directa.

—Apoya tu peso en mí. Vamos.

Reanudamos la marcha. El agua ya me llegaba a la cintura. El frío era una entidad física, un animal de dientes afilados que me mordía

los músculos, entumeciéndome las articulaciones. La hipotermia empezaba a nublarme el juicio. Mi cerebro, privado de calor, empezaba a jugar malas pasadas.

En las sombras que se proyectaban en las paredes curvas, creía ver siluetas. El contorno de Elena, flotando en el agua, con el pecho marcado por el número 42. El rostro del albanés al que le inyecté cloruro de potasio, mirándome con ojos vacíos. La mente humana, ante el estrés extremo y la privación sensorial, rellena los huecos con sus propios demonios.

Parpadeé con fuerza, mordiendo el interior del carrillo hasta que el sabor a sangre real me ancló al presente.

—Veo luz —murmuró Juan.

Levanté la vista. A unos cincuenta metros, al final del túnel, un resplandor grisáceo se filtraba por la abertura. La salida. La cala escondida bajo los acantilados de Es Cubells.

Pero la luz no traía esperanza. Traía el rugido del mar.

El agua en la salida del túnel no fluía hacia afuera. El mar estaba empujando hacia adentro. La marea había subido más rápido de lo previsto, o el viento de levante estaba empujando el oleaje contra el acantilado. Una pared de agua espumosa y oscura golpeaba la rejilla de salida, retrocediendo y volviendo a golpear con la violencia de un ariete hidráulico.

—La reja está sumergida —grité por encima del estruendo del oleaje. El agua me llegaba ahora al pecho, presionándome el tórax, dificultando la expansión de los pulmones.

Llegamos al final del conducto. La abertura estaba protegida por una rejilla de hierro forjado, similar a la de la entrada, pero incrustada por décadas de salitre y óxido. A través de los barrotes, veía el mar abierto, las olas rompiendo contra las rocas afiladas de la base del acantilado. El sol empezaba a ponerse, tiñendo el cielo de un morado amoratado, como un hematoma gigante en la atmósfera.

—Ayúdame a empujar —ordené, guardando la linterna en el bolsillo y apoyando ambas manos en el hierro oxidado.

Juan se colocó a mi lado. Juntamos fuerzas, empujando con los hombros, con las piernas, con lo poco que nos quedaba.

La reja no cedió. Ni un milímetro. El óxido y la presión del mar la mantenían sellada como la tapa de un ataúd.

—¡Joder! —rugió Juan, golpeando los barrotes con la culata de su pistola. El metal resonó, un sonido inútil y ahogado por el bramido del agua.

Una ola más grande que las anteriores golpeó el exterior. El agua se comprimió dentro del túnel, subiendo de nivel de golpe, cubriéndome la boca y la nariz.

Tragué agua salada y cloaca. El sabor fue una explosión de sal, amoníaco y podredumbre. Tosí, escupiendo, pataleando para mantener la cabeza por encima de la superficie. El agua me llegaba ahora al cuello.

—¡El pasador! —señalé, tosiendo, con los ojos ardiendo por la sal. En la esquina superior derecha de la reja, medio oculto por el limo, había un mecanismo de liberación manual. Una palanca de acero.

Me sumergí.

El agua helada me envolvió por completo, silenciando el mundo. Abrí los ojos en la oscuridad turbia, guiándome por el tacto. Mis dedos rasparon el hierro, buscando la palanca. Los pulmones me ardían, pidiendo oxígeno, el diafragma empezando a sufrir los primeros espasmos involuntarios. La biología del ahogamiento es cruel: primero el pánico, luego la laringe se cierra para proteger los pulmones, y finalmente, cuando el dióxido de carbono satura la sangre, el cuerpo te obliga a inhalar agua.

Encontré la palanca. La agarré con ambas manos y tiré con toda la fuerza que me quedaba.

El metal gimió bajo el agua. El óxido cedió con un chasquido que sentí en las muñecas más que oí.

Salí a la superficie, aspirando aire a bocanadas desesperadas, tosiendo bilis y agua negra.

—¡Está suelta! —grité, escupiendo.

La siguiente ola golpeó la reja. Pero esta vez, sin el pasador bloqueándola, la fuerza del mar la empujó hacia adentro, arrancándola de los goznes inferiores. La pesada estructura de hierro se plegó sobre sí misma, abriendo un hueco de medio metro.

—¡Sal! —empujé a Juan hacia la abertura.

Él se deslizó por el hueco, gimiendo cuando el hierro oxidado le raspó la herida del costado. Lo seguí de inmediato, pasando el torso, las caderas, raspándome la piel contra los bordes cortantes.

El mar me recibió con un golpe brutal.

La corriente me agarró de las piernas, intentando arrastrarme hacia el fondo, hacia las rocas afiladas que hervían de espuma blanca. Pataleé, luchando contra el peso de la ropa empapada, contra el agotamiento muscular, contra la gravedad.

Una mano me agarró del cuello de la chaqueta. Juan. Estaba aferrado a una roca que asomaba sobre el nivel del agua, con la otra mano enganchada en una grieta del acantilado. Tiró de mí con un gruñido animal, arrastrándome fuera del alcance de las olas.

Nos desplomamos sobre una repisa de piedra plana, a tres metros sobre el nivel del mar.

El aire frío de la tarde me golpeó la piel empapada. Tosi, escupiendo el agua sucia, respirando con espasmos profundos que me desgarraban la garganta. A mi lado, Juan estaba tumbado de espaldas, con los ojos cerrados, el pecho subiendo y bajando de forma errática. La sangre de su costado se mezclaba con el agua de mar, creando un halo rosado en la piedra gris.

Me arrastré hasta él. Le palpé el cuello. El pulso seguía ahí, débil, pero presente.

—Estamos fuera —murmuré, más para convencerme a mí misma que para informarle.

Me senté, abrazándome las rodillas, temblando violentamente. La adrenalina abandonaba mi sistema, dejando un vacío helado y tembloroso. Miré hacia arriba. Los acantilados de Es Cubells se alzaban como muros infranqueables, coronados por la silueta de la villa de Costa. No se veían luces, ni movimientos. La UCO ya debía estar registrando la propiedad, encontrando el cadáver del albanés y la sangre de Costa en el salón.

Pero Costa no estaba allí. Había escapado. O eso, o sus hombres lo habían sacado por otra ruta antes de que los federales acordonaran la zona.

Saqué la bolsa impermeable de debajo de mi camiseta. El disco duro y los planos seguían intactos. La prueba. La cabeza de la hidra.

De repente, el crujido de la grava a nuestra espalda me hizo girar.

No estábamos solos en la repisa.

Una silueta se despegó de las sombras de una cueva natural, a unos diez metros de nosotros. No llevaba uniforme de la UCO. No llevaba el traje gris de los sicarios de Costa.

Llevaba un chándal de marca, zapatillas de deporte inmaculadas y una chaqueta de cuero negra. En la mano derecha, sosteniendo una pistola con una naturalidad pasmosa, estaba Darío.

Mi hermano pequeño. El que se suponía que estaba inconsciente en una mesa de operaciones en Santa Gertrudis.

Tenía el rostro pálido, los ojos inyectados en sangre, y el vendaje de su costado izquierdo asomaba por debajo de la chaqueta abierta, manchado de un rojo oscuro y fresco.

—Darío... —articulé, la voz quebrada por la sal y la incredulidad —. ¿Qué cojones haces aquí?

Él no bajó el arma. El cañón negro apuntaba directamente a mi pecho. Su rostro no mostraba la chulería habitual, ni la fiebre del amante traicionado. Mostraba una frialdad absoluta, una máscara de piedra que me heló más que el agua del mar.

—La médica de Santa Gertrudis me contó vuestro plan, Sofía —soltó, dando un paso hacia nosotros. El sonido de sus zapatillas sobre la grava fue seco, definitivo—. Me dijo que ibais a entrar por el túnel. Y que llevabais el disco.

—¿Y has venido a ayudarnos? —inquirió Juan, intentando incorporarse sobre los codos, tosiendo.

Darío sonrió. Una sonrisa torcida, triste, que no le llegó a los ojos.

—No, Juan. He venido a buscar el disco. Costa me llamó hace una hora, antes de que vosotros llegarais a la villa. Me ofreció un trato. Mi vida, la tuya, y la de Sofía. A cambio del disco y de vuestra cabeza.

El viento de levante aulló entre las rocas, llevándose mis palabras antes de que pudiera pronunciarlas.

La guerra por Ibiza no había terminado. Solo acabábamos de descubrir que el enemigo también dormía en nuestra propia casa.

CAPÍTULO 17

El viento de levante aullaba entre las rocas, arrastrando el olor a salitre y a algas podridas. La luz del atardecer teñía el mar de un violeta amoratado, como un hematoma gigante extendido sobre el horizonte. Las olas rompían contra los acantilados con un rugido sordo, constante, hipnótico.

Darío sostenía la pistola con una firmeza que me heló la sangre. No era el temblor de un hombre asustado, ni la vacilación de un amante traicionado. Era la calma de quien ha tomado una decisión y no piensa echarse atrás. El vendaje de su costado asomaba bajo la chaqueta de cuero, manchado de un rojo oscuro que se extendía como una mancha de vino tinto sobre tela blanca.

—Costa me llamó hace una hora —repitió, dando otro paso hacia nosotros. Sus zapatillas crujieron sobre la grava, un sonido seco, definitivo—. Me ofreció un trato. Mi vida, la de Juan, y la tuya. A cambio del disco y de vuestras cabezas.

Juan intentó incorporarse sobre los codos, tosiendo. La sangre de su costado se mezclaba con el agua de mar, creando un halo rosado en la piedra gris.

—¿Y tú te lo creíste, idiota? —escupió, la voz un raspado de lija sobre piedra—. Costa no deja cabos sueltos, Darío. Nos va a matar a todos de todos modos.

Darío no respondió de inmediato. Se detuvo a cinco metros de nosotros, el cañón de la pistola apuntando a mi pecho. Sus ojos, inyectados en sangre, me recorrieron de arriba abajo, evaluándome, calculando.

—No me lo creí —murmuró, la voz baja, casi un susurro—. Sé que Costa va a matarme. Lo sé desde el momento en que me tatué su puta marca. Pero al menos me dará unos días más. Unos días

para intentar olvidar. Para intentar no pensar en Elena. En lo que era. En lo que hizo.

—Entonces no hay trato —repliqué, dando un paso al frente, ignorando el dolor de los músculos agarrotados por el frío y el esfuerzo—. Si le das el disco, Costa nos matará de todos modos. Y tú serás el siguiente.

Darío soltó una risa seca, carente de cualquier humor.

—Lo sé, Sofía. Lo sé. Pero al menos moriré sabiendo que intenté salvar a Juan. Que intenté salvarme a mí mismo. Aunque solo fuera por unos días.

—Eso no es salvarse, Darío —contraataqué, la rabia hirviéndome en las venas, quemando el frío que me calaba los huesos—. Eso es rendirse. Eso es dejar que Costa gane. Eso es dejar que Elena haya muerto en vano.

—¡Elena ya está muerta! —gritó Darío, la voz quebrándose, el control resquebrajándose—. ¡Elena me usó, Sofía! ¡Me usó como a un puto pañuelo! ¡Me dejó tatuar su marca como si fuera un sello de honor! ¡Y cuando descubrí la verdad, cuando vi que ella no era la santa que yo creía, me rompí! ¡Me rompí por dentro!

El eco de su grito rebotó en los acantilados, amplificándose, mezclándose con el rugido del mar. Juan se incorporó un poco más, apoyando la espalda contra la roca. Su rostro estaba pálido, los labios cianóticos, pero sus ojos seguían alerta, escrutando a su hermano, evaluando la situación.

—Darío —articuló Juan, la voz un hilo tenso—. Escúchame. Sé lo que sientes. Sé lo que es descubrir que la persona que amabas no era quien creías. Pero esto no es la solución. Si le das el disco a Costa, no solo nos matarás a nosotros. Estarás matando a todos los que murieron por su culpa. A Valera. A los chicos de Sa Caleta. A Elena. Estarás dejando que Costa gane. Que su jardín siga creciendo sobre los cadáveres de los demás.

Darío apretó la mandíbula. El músculo palpitó bajo la barba de varios días. La pistola osciló una fracción de milímetro, pero no bajó.

—No me jodas con la moral, Juan —escupió, la voz cargada de desprecio—. Tú llevas diez años trabajando para Costa. Diez años cerrando casos, silenciando testigos, enterrando cadáveres. ¿Desde cuándo te importa la moral?

—Desde que decidí que no quería morir siendo su perro faldero —replicó Juan, la voz firme, a pesar del dolor que le crispaba el rostro—. Desde que decidí que quería mirar a mi hermano a los ojos y saber que no lo vendí por unos días más de vida.

Darío no respondió. Se quedó quieto, la pistola apuntando a mi pecho, los ojos fijos en Juan. El viento aullaba entre las rocas, arrastrando el olor a salitre y a sangre. El sol seguía bajando, tiñendo el cielo de tonos cada vez más oscuros, más amoratados.

—No voy a dispararos —murmuró Darío, finalmente, la voz quebrada—. No puedo. No puedo mataros a los dos. No puedo matar a mi hermano. No puedo matar a Sofía.

Bajó la pistola, pero no la guardó. La mantuvo en la mano, apuntando al suelo, el cañón oscilando ligeramente.

—Pero tampoco voy a dejar que os llevéis el disco —continuó, dando un paso hacia nosotros—. Si os vais con el disco, Costa nos matará a todos. Y yo no voy a morir por vuestra puta redención.

—Entonces, ¿qué coño propones? —espeté, la rabia hirviéndome en las venas—. ¿Nos quedamos aquí hasta que la marea nos ahogue? ¿Hasta que Costa envíe a sus hombres a rematarnos?

Darío me miró. Sus ojos estaban llenos de algo que no había visto antes. No era rabia, ni miedo, ni culpa. Era desesperación. La desesperación de un hombre que ha descubierto que todo por lo que ha luchado, todo por lo que ha matado, todo por lo que ha traicionado, era una puta mentira.

—Quiero el disco —dijo, la voz baja, casi un susurro—. Quiero llevárselo a Costa. Quiero negociar mi vida. Y la de Juan. Y la tuya.

—No va a funcionar, Darío —repliqué, dando un paso hacia él, ignorando el dolor de los músculos agarrotados—. Costa no negocia. Costa elimina. Te matará de todos modos. Y luego matará a Juan. Y

luego me matará a mí. Y luego quemará la isla entera con todos sus secretos dentro.

—No lo sabes —murmuró Darío, pero la duda se colaba en su voz, resquebrajando la máscara de determinación—. Quizás pueda negociar. Quizás pueda...

—No puedes negociar con un psicópata, Darío —interrumpió Juan, la voz firme, a pesar del dolor que le crispaba el rostro—. Lo sabes tan bien como yo. Lo has visto con tus propios ojos. Lo has vivido en tu propia carne. Costa no deja cabos sueltos. Nunca.

Darío cerró los ojos. El viento aullaba entre las rocas, arrastrando el olor a salitre y a sangre. El sol seguía bajando, tiñendo el cielo de tonos cada vez más oscuros, más amoratados.

—Entonces, ¿qué hacemos? —murmuró, abriendo los ojos, mirándome con una desesperación que me heló la sangre—. ¿Qué coño hacemos, Sofía?

Me acerqué a él. Le quité la pistola de la mano, sin resistencia. La guardé en mi funda. Le puse las manos en los hombros, apretando con fuerza, obligándolo a mirarme.

—Vamos a hacer lo que teníamos que haber hecho desde el principio —dije, la voz firme, a pesar del cansancio que me aplastaba los hombros—. Vamos a llevar el disco a la UCO de Madrid. A la de verdad. Vamos a asegurarnos de que Costa y todos los que le siguen ardan con la isla. Y luego veremos si quedamos vivos para contarlo.

Darío me miró. Sus ojos estaban llenos de lágrimas, pero no lloró. Se limitó a asentir, un gesto mínimo, pero suficiente.

—Vale —murmuró, la voz quebrada—. Vale. Vamos a por ese cabrón.

Juan intentó incorporarse, apoyándose en la roca. El dolor le crispó el rostro, arrancándole una mueca involuntaria.

—No vamos a ir a ningún sitio —gruñó, la voz un raspado de lija sobre piedra—. Estoy perdiendo demasiada sangre. No voy a llegar a la carretera.

Me giré hacia él. Su rostro estaba gris, los labios cianóticos, la respiración superficial. La hipovolemia estaba haciendo su trabajo. El corazón bombeaba más rápido para compensar la pérdida de volumen, pero la sangre no llegaba a los tejidos periféricos.

—Vamos a necesitar ayuda —dije, mirando a Darío—. Conoces a alguien en la zona. Alguien que no pregunte. Alguien que pueda coser a mi hermano antes de que se desangre en esta puta roca.

Darío asintió, guardando la pistola en la funda. Se acercó a Juan, ayudándolo a incorporarse.

—Conozco a un médico en Sant Antoni —murmuró, pasando el brazo de Juan por sus hombros—. Un tipo que atiende a los que no pueden ir al hospital. A los que no quieren dejar rastro.

—¿Confías en él? —pregunté, ayudando a Juan por el otro lado.

—Confío en que no pregunta —replicó Darío, la voz baja, calculadora—. Y en que debe favores.

Empezamos a caminar por la repisa, pegándonos a la pared del acantilado, evitando las zonas resbaladizas por el musgo y el agua de mar. El viento aullaba entre las rocas, arrastrando el olor a salitre y a sangre. El sol seguía bajando, tiñendo el cielo de tonos cada vez más oscuros, más amoratados.

Tardamos veinte minutos en llegar a un sendero que subía por el acantilado, serpenteando entre la vegetación. El suelo estaba cubierto de agujas de pino, una alfombra mullida que amortiguaba nuestros pasos. El aire olía a resina, a tomillo silvestre y a la sal que traía la brisa marina.

Dejamos atrás los acantilados de Es Cubells, adentrándonos en el bosque de pinos que cubría el interior de la isla. La luz del atardecer se filtraba por las copas de los árboles, creando un mosaico de sombras y destellos dorados. El sonido de nuestras zancadas rompía el silencio del bosque, un ritmo constante, desesperado.

—¿Cuánto falta? —preguntó Juan, la voz un hilo tenso, arrastrada por el dolor y el agotamiento.

—Diez minutos —respondió Darío, ajustando el brazo de Juan sobre sus hombros—. El médico vive en una masía cerca de Sant Antoni. No tiene cartel, ni letrero. Solo una puerta roja.

Seguimos caminando. El bosque se espesaba, los pinos se alzaban como columnas de una catedral natural, sus copas entrelazadas formando un techo verde y oscuro. El suelo estaba cubierto de agujas de pino, una alfombra mullida que amortiguaba nuestros pasos. El aire olía a resina, a tomillo silvestre y a la sal que traía la brisa marina.

De repente, el crujido de una rama bajo nuestras botas me heló la sangre.

Me detuve, aguzando el oído. El sonido del viento entre los pinos, el rumor de nuestras zancadas, la respiración entrecortada de Juan. Y algo más. Algo que no encajaba.

—Alguien nos sigue —susurré, sacando la pistola de la funda.

Darío dejó a Juan apoyado contra un tronco y sacó su propia arma. Nos pegamos a los árboles, escrutando la oscuridad que se espesaba con la caída de la noche.

El crujido se repitió. Más cerca. Más definido.

Una silueta se despegó de las sombras, a unos veinte metros de nosotros. No llevaba uniforme de la UCO. No llevaba el traje gris de los sicarios de Costa.

Llevaba un chándal de marca, zapatillas de deporte inmaculadas y una chaqueta de cuero negra. En la mano derecha, sosteniendo una pistola con una naturalidad pasmosa, estaba...

Elena.

Mi hermana.

Viva.

El mundo se inclinó. El suelo de agujas de pino pareció moverse bajo mis pies. El olor a resina y a sal se volvió asfixiante, rancio, insoportable.

—¿Elena...? —articulé, la voz quebrada por la incredulidad, por el shock, por la imposibilidad de lo que estaba viendo.

Elena dio un paso al frente. La luz del atardecer iluminó su rostro. Era ella. Sin duda. Los mismos ojos oscuros, la misma boca pequeña, la misma cicatriz en la barbilla que se había hecho de niña, cayéndose de la bici.

Pero había algo diferente. Algo en su mirada, en la forma en que sostenía la pistola, en la frialdad con la que nos observaba.

—Hola, Sofía —dijo, la voz suave, casi cariñosa, la misma voz que había escuchado en el audio del disco—. Siento haberte hecho esperar tanto.

CAPÍTULO 18

El mundo se detuvo. El viento entre los pinos, el rumor del mar a lo lejos, la respiración entrecortada de Juan. Todo se congeló en un instante suspendido, como si el tiempo hubiera decidido tomarse un descanso para observar mi reacción.

Elena estaba a veinte metros, apoyada contra un pino, la pistola apuntando al suelo. Llevaba vaqueros negros, una camiseta blanca manchada de tierra y una chaqueta de cuero demasiado grande para ella. El pelo, que recordaba largo y castaño, estaba cortado a media melena, irregular, como si se lo hubiera cortado ella misma con unas tijeras de cocina.

Pero era ella. La cicatriz en la barbilla. La forma en que ladeaba la cabeza cuando sonreía. Los ojos oscuros, profundos, que siempre parecían estar calculando algo.

—¿Elena...? —repetí, la voz quebrada, saliendo como un susurro ahogado.

Juan se incorporó un poco más, apoyándose en el tronco. Sus ojos, entrecerrados por el dolor, se clavaron en la figura de mi hermana.

—No puede ser —murmuró, la voz un hilo ronco—. La viste muerta, Sofía. La sacaste de esa puta fosa.

—Lo sé —respondí, sin apartar la mirada de Elena. El corazón me latía en los oídos, un tambor desbocado que ahogaba cualquier otro sonido—. La vi. La toqué. La autopsié.

Elena dio un paso al frente. El sonido de sus botas sobre las agujas de pino fue seco, definitivo.

—No me autopsiaste, Sofía —dijo, la voz suave, casi cariñosa, la misma voz que había escuchado en el audio del disco—. Autopsiaste

a otra persona. Alguien que se parecía a mí. Alguien que Costa preparó para que tú la encontraras.

—¿Qué coño dices? —espeté, dando un paso hacia ella. La rabia empezaba a quemar el shock, abriéndose paso como lava bajo la corteza de mi incredulidad—. Yo vi tu cuerpo. Vi tu cara. Vi el número 42 grabado en tu pecho.

—Viste lo que Costa quiso que vieras —replicó Elena, deteniéndose a cinco metros de mí. Sus ojos me recorrieron, evaluándome, calculando—. Costa es meticuloso, Sofía. Siempre deja cabos atados. Siempre tiene un plan B. Y su plan B, cuando yo intenté venderlo a los rusos, fue hacer creer a todo el mundo que estaba muerta. Para que tú dejaras de buscar. Para que Juan dejara de preguntar. Para que Darío dejara de sufrir.

—¿Y por qué no estás muerta de verdad? —contraataqué, la voz cargada de desprecio—. ¿Por qué no te largaste a Mónaco con los cinco millones? ¿Por qué volver ahora?

Elena sonrió. Una sonrisa torcida, triste, que no le llegó a los ojos.

—Porque los rusos no pagan por adelantado, Sofía. Y porque Costa tiene amigos en todas partes. Incluso en Mónaco. Me encontraron antes de que pudiera entregar el disco. Me torturaron. Me obligaron a grabar ese audio. Y luego me devolvieron a Ibiza, con la orden de desaparecer. De hacerme muerta. De dejar de existir.

—Entonces, ¿por qué apareces ahora? —insistí, acercándome un paso más. La pistola seguía en mi mano, pero no la levanté. No podía. No contra ella. No contra mi hermana.

—Porque Costa ha caído —respondió Elena, mirando hacia el sur, hacia los acantilados de Es Cubells—. La UCO está en su villa. Lo han pillado. Pero yo he decidido que es el momento de salir de las sombras. De terminar lo que empecé.

—¿Terminar qué? —pregunté, la voz un susurro.

Elena me miró. Sus ojos estaban llenos de algo que no había visto antes. No era amor. No era culpa. Era determinación. La determinación de una mujer que ha mirado al abismo y ha decidido saltar.

—A Costa, Sofía. A Costa y a todos los que le siguieron. A los que me usaron. A los que me torturaron. A los que me obligaron a venderme por cinco millones que nunca llegaron. —Hizo una pausa, tragando saliva—. Quiero verlos arder.

Juan soltó una risa seca, carente de humor.

—Llegas tarde, Elena —masculló, tosiendo—. Costa ya está herido. La UCO lo tiene acorralado. Y nosotros ya hemos hecho el trabajo sucio.

—No lo habéis hecho —replicó Elena, girándose hacia él—. Vosotros habéis conseguido el disco. Habéis expuesto la red. Pero Costa no está acorralado. Está escapando. Tiene un jet privado en el aeropuerto. Y si no lo detenemos ahora, en dos horas estará en Dubái, y todo esto habrá sido en vano.

Me quedé mirándola. La mujer que recordaba, la hermana que había llorado durante tres años, la abogada idealista que quería salvar el mundo. Ya no existía. Lo que estaba frente a mí era una desconocida. Una mujer endurecida por la tortura, por la traición, por la supervivencia.

—¿Y qué propones? —pregunté, la voz plana, clínica. La voz de la morgue.

—Ir al aeropuerto —respondió Elena, guardando la pistola en la funda—. Detener a Costa antes de que suba al jet. Y asegurarnos de que no vuelva a pisar esta isla.

—Estamos jodidos —gruñó Juan, intentando incorporarse. El dolor le crispó el rostro, arrancándole una mueca involuntaria—. No podemos ni caminar. ¿Cómo coño vamos a llegar al aeropuerto?

—Yo tengo un coche —dijo Elena, señalando hacia el sendero—. Aparcado a cien metros. Podemos llevar a Juan. Y podemos llegar al aeropuerto en quince minutos.

—¿Y cómo vamos a detener a Costa? —insistí, dando un paso hacia ella—. Tiene guardaespaldas. Tiene armas. Tiene un jet privado esperando. No podemos simplemente llegar y pedirle que se rinda.

Elena sonrió. Una sonrisa fría, depredadora, que me heló la sangre.

—No vamos a pedirle que se rinda, Sofía. Vamos a matarlo.

El silencio que siguió fue denso, asfixiante. El viento aullaba entre los pinos, arrastrando el olor a resina y a sal. El sol seguía bajando, tiñendo el cielo de tonos cada vez más oscuros, más amoratados.

—No —dije, la voz firme, a pesar del cansancio que me aplastaba los hombros—. No vamos a matarlo. Vamos a detenerlo. Vamos a llevarlo ante un juez. Vamos a asegurarnos de que pague por lo que hizo. Por lo que te hizo.

—Los jueces están comprados, Sofía —replicó Elena, la voz cargada de desprecio—. La policía está comprada. La política está comprada. Si lo llevamos ante un juez, en seis meses estará libre. Y vendrá a por nosotras. A por ti. A por Juan. A por Darío.

—Entonces nos aseguraremos de que no salga de la cárcel —contraataqué, acercándome un paso más—. Tenemos el disco. Tenemos las pruebas. Tenemos a la UCO de Madrid. Si lo entregamos ahora, si nos aseguramos de que los federales lo custodien, no podrá escapar. No podrá comprar a nadie.

Elena me miró. Sus ojos estaban llenos de algo que no había visto antes. No era rabia. No era miedo. Era duda.

—No confías en el sistema, Sofía —murmuró, la voz baja, casi un susurro—. Después de todo lo que has visto, después de todo lo que has vivido, sigues creyendo que la justicia funciona.

—No creo que funcione —repliqué, la voz firme—. Creo que es lo único que tenemos. Si empezamos a matar a la gente que nos ha hecho daño, si empezamos a hacer justicia por nuestra mano, entonces somos iguales que Costa. Entonces somos iguales que los

rusos. Entonces somos iguales que los monstruos que intentamos detener.

Elena no respondió. Se quedó quieto, la mirada fija en mí, evaluándome, calculando. El viento aullaba entre los pinos, arrastrando el olor a resina y a sal. El sol seguía bajando, tiñendo el cielo de tonos cada vez más oscuros, más amoratados.

—Vale —murmuró finalmente, la voz quebrada—. Vamos a intentarlo. Vamos a llevarlo ante un juez. Pero si algo sale mal, si intenta escapar, si intenta comprar a alguien, entonces lo matamos. ¿De acuerdo?

Asentí, un gesto mínimo, pero suficiente.

—De acuerdo —respondí, la voz firme.

Elena se giró hacia el sendero.

—El coche está ahí —dijo, señalando hacia la oscuridad que se espesaba con la caída de la noche—. Vamos.

Empezamos a caminar. Darío y yo cargábamos a Juan, arrastrándolo por el sendero, evitando las zonas resbaladizas por el musgo y las agujas de pino. Elena iba delante, la pistola en la mano, escrutando la oscuridad.

Tardamos diez minutos en llegar al coche. Era un todoterreno negro, con los cristales tintados, aparcado bajo un pino. Elena abrió las puertas traseras y nos ayudó a meter a Juan.

—¿Estás bien? —preguntó, mirándolo.

Juan asintió, un gesto torpe y pesado. Su rostro estaba gris, los labios cianóticos, la respiración superficial.

—Conduce —gruñó, la voz un hilo tenso—. Y rápido.

Elena se sentó al volante. Yo me senté a su lado. Darío se quedó atrás, con Juan.

El motor rugió al arrancarlo, escupiendo una nube de humo negro. Elena metió primera y pisó el acelerador. El todoterreno derrapó sobre las agujas de pino, saliendo disparado hacia la carretera.

Condujimos en silencio. La carretera serpenteaba entre colinas cubiertas de pinos y almendros, el paisaje típico del interior de Ibiza, lejos de las playas y los clubs. El sol ya se había puesto, dejando un cielo violeta amoratado, como un hematoma gigante extendido sobre el horizonte.

—¿Cómo sabías dónde estábamos? —pregunté, rompiendo el silencio.

Elena no apartó la vista de la carretera. Sus manos, aferradas al volante, estaban blancas por la tensión.

—Seguí a Darío —respondió, la voz baja, calculadora—. Cuando despertó en la masía de Santa Gertrudis, le puse un GPS en la chaqueta. Sabía que iría a por el disco. Sabía que iría a por Costa. Y sabía que vosotros iríais con él.

—Nos espiaste —espeté, la rabia hirviéndome en las venas—. Nos usaste. Igual que Costa. Igual que los rusos.

Elena me miró. Sus ojos estaban llenos de algo que no había visto antes. No era amor. No era culpa. Era cansancio.

—No te espié, Sofía —murmuró, la voz quebrada—. Os protegí. Sabía que Costa os mataría si os encontraba solos. Sabía que la UCO no llegaría a tiempo. Y sabía que vosotros erais los únicos que podían detenerlo. Así que os seguí. Os vigilé. Y cuando llegó el momento, aparecí.

—¿Y por qué no apareciste antes? —contraataqué, la voz cargada de desprecio—. ¿Por qué dejaste que Darío se tatuara tu puta marca? ¿Por qué dejaste que Juan trabajara para Costa durante diez años? ¿Por qué dejaste que yo te llorara durante tres años?

Elena no respondió. Se limitó a apretar el volante, los nudillos blancos, la mandíbula tensa.

Llegamos al aeropuerto en quince minutos. Elena detuvo el todoterreno frente a la valla perimetral, a cien metros de la pista de aterrizaje.

—El jet está ahí —dijo, señalando hacia un avión privado, blanco y elegante, aparcado en la pista—. Costa está subiendo. Tiene dos guardaespaldas con él. Y el piloto ya está en la cabina.

—¿Cómo vamos a entrar? —pregunté, mirando la valla. Era alta, de metal, con alambre de espino en la parte superior.

—Por ahí —respondió Elena, señalando hacia una puerta lateral, medio oculta por la vegetación—. La puerta de servicio. No está vigilada.

Bajamos del coche. Darío y yo cargamos a Juan, arrastrándolo por el suelo, hasta la puerta de servicio. Elena la abrió con una llave que sacó del bolsillo.

—¿De dónde has sacado esa llave? —pregunté, mirándola.

—De Costa —respondió Elena, la voz baja, calculadora—. Antes de que me torturaran, antes de que me obligaran a desaparecer, robé una copia. Por si algún día necesitaba volver.

Entramos en el aeropuerto. El edificio estaba vacío, las luces apagadas, el silencio absoluto. Solo se escuchaba el zumbido de los motores del jet, un rugido grave y constante que hacía vibrar el suelo.

Caminamos hacia la pista, pegándonos a las sombras, evitando las luces de seguridad. Elena iba delante, la pistola en la mano, escrutando la oscuridad.

Llegamos al jet. La escalerilla estaba bajada, los motores rugiendo. Costa estaba en la puerta, apoyado en el marco, la mano presionando el hombro herido. Llevaba un traje de lino blanco, ahora manchado de sangre, el rostro pálido, los ojos inyectados en sangre.

Dos guardaespaldas estaban a su lado, las pistolas en la mano, escrutando la oscuridad.

—¡Alto! —gritó uno de ellos, al vernos—. ¡Manos arriba!

Elena no dudó. Levantó la pistola y disparó.

El estruendo fue ensordecedor en la noche. La bala impactó en el pecho del guardaespaldas, levantándolo del suelo y lanzándolo hacia

atrás. El segundo guardaespaldas reaccionó, levantando su arma, pero Darío fue más rápido. Disparó dos veces, impactándole en el hombro y en la rodilla. El hombre cayó de rodillas, gritando de dolor.

Costa nos miró. Sus ojos se encontraron con los míos. Y sonrió.

—Doctora Vance —dijo, la voz un hilo ronco, cargado de desprecio—. Qué sorpresa tan agradable.

Me acerqué a él, la pistola apuntando a su pecho. Juan estaba a mi lado, apoyado en Darío, la pistola en la mano. Elena estaba detrás de mí, la pistola apuntando a la cabeza de Costa.

—Se acabó, Costa —dije, la voz firme, a pesar del cansancio que me aplastaba los hombros—. Estás jodido.

Costa soltó una risa seca, carente de cualquier humor.

—¿Jodido? —replicó, escupiendo sangre—. No, doctora. Yo nunca estoy jodido. Siempre tengo un plan B.

Hizo un gesto con la mano. Y entonces, el sonido de un motor se acercó rápidamente. Un helicóptero, negro y elegante, apareció en el horizonte, acercándose a la pista a toda velocidad.

—Mi plan B —murmuró Costa, sonriendo—. El helicóptero de emergencia. Si algo salía mal, si la UCO me pillaba, si vosotros me encontrabais, el helicóptero me sacaría de aquí. Pero vosotros moriríais en la pista.

El helicóptero se acercó, las palas cortando el aire con un rugido ensordecedor. El viento nos golpeó la cara, arrastrando el olor a gasoil y a sal.

—¡Al helicóptero! —gritó Costa, intentando moverse hacia la escalerilla.

Pero Elena fue más rápida. Levantó la pistola y disparó.

La bala impactó en la pierna de Costa. El arquitecto soltó un grito, cayendo de rodillas, la sangre manando entre sus dedos, empapando el traje de lino blanco.

—No vas a ningún sitio, cabrón —siseó Elena, acercándose a él, la pistola apuntando a su cabeza—. Se acabó el juego.

Costa levantó la vista. Sus ojos se encontraron con los de Elena. Y sonrió.

—Elena —murmuró, la voz un hilo ronco, cargado de desprecio—. Siempre fuiste una puta idealista. Incluso cuando te vendiste a los rusos. Incluso cuando me traicionaste. Siempre creíste que podías jugar en la liga de los grandes. Pero la moral es un lujo, ¿recuerda? Y el lujo se paga.

Elena no respondió. Se limitó a apretar el gatillo.

El estruendo fue ensordecedor. La bala impactó en la frente de Costa, levantándolo del suelo y lanzándolo hacia atrás. El cuerpo cayó sobre la pista, la sangre empapando el traje de lino blanco, creando un halo rojo que se extendía bajo las luces de seguridad.

El helicóptero pasó sobre nosotros, las palas cortando el aire con un rugido ensordecedor. Pero ya era tarde. Costa estaba muerto. Y nosotros estábamos vivos.

Elena bajó la pistola. Se giró hacia mí. Sus ojos estaban llenos de algo que no había visto antes. No era amor. No era culpa. Era alivio.

—Se acabó —murmuró, la voz quebrada—. Se acabó, Sofía.

Asentí, un gesto mínimo, pero suficiente. Me acerqué a ella. La abracé. Por primera vez en tres años, abracé a mi hermana. Y lloré. Lloré por Elena. Lloré por la mujer que había sido. Lloré por la mujer en la que se había convertido.

Y lloré por mí. Por la forense que había dejado de ser. Por la hermana que había dejado de llorar. Por la mujer que había decidido que iba a quemar la isla entera con todos sus secretos dentro.

CAPÍTULO 19

El rotor del helicóptero batía el aire con una violencia sorda, levantando una tormenta de arena y papeles que nos golpeaban la cara como proyectiles. El piloto, un tipo con gafas de sol nocturnas y cara de pocos amigos, inclinó la máquina hacia la izquierda, dudando. Sin Costa a bordo, sin señal del pasajero, la misión se había convertido en un problema logístico.

Elena seguía con la pistola humeante apuntando al cadáver de Costa. El agujero en la frente del arquitecto era un ojo negro y vacío que miraba al cielo sin ver nada. La sangre se extendía bajo su cuerpo, un charco oscuro que reflejaba las luces de seguridad del aeropuerto como un espejo de aceite.

—Se va —dijo Juan, la voz un graznido. Señaló el helicóptero con la barbilla.

El piloto tomó una decisión. El aparato se elevó, inclinándose hacia adelante, ganando velocidad. En treinta segundos sería un punto negro sobre el mar, camino de Argelia, de Malta, o de donde cojones quisiera ir.

—Déjalo —solté, agarrando a Elena del brazo. Su piel estaba helada bajo la chaqueta de cuero—. Costa está muerto. El helicóptero no importa.

Elena me miró. Sus ojos, esos ojos que habían sido mi refugio durante treinta años, estaban vacíos. No había triunfo en su mirada. No había alivio. Solo un cansancio infinito, la mirada de alguien que ha cruzado una línea y sabe que nunca podrá volver.

—No, Sofía —murmuró, bajando la pistola—. El helicóptero importa. Porque en ese helicóptero va la copia del disco. La que Costa robó de la caja fuerte antes de que nosotros llegáramos.

El mundo se inclinó otra vez. El suelo de asfalto pareció moverse bajo mis pies.

—¿Qué? —articulé, la voz quebrada—. ¿Cómo coño sabes eso?

Elena no respondió. Se limitó a mirar el helicóptero, que ya se alejaba sobre el mar, sus luces de navegación parpadeando como estrellas enfermas.

—Porque yo se la di —confesó finalmente, la voz un hilo ronco—. Antes de que me torturaran. Antes de que Costa me obligara a desaparecer. Le di la copia del disco a cambio de mi vida. Pensé que podría escapar. Pensé que podría irme a Mónaco con los rusos y venderles la original. Pero Costa me encontró. Me quitó la original. Y me dejó la copia. Para que creyera que todavía tenía algo que negociar.

—¿Y por qué no nos lo dijiste? —espeté, la rabia hirviéndome en las venas, quemando el cansancio, el frío, el dolor—. ¿Por qué coño no nos lo dijiste antes de matar a Costa?

—Porque no importa —replicó Elena, girándose hacia mí. Sus ojos estaban llenos de lágrimas, pero no lloró—. Costa está muerto. El disco original está en vuestras manos. La UCO tiene las pruebas. El helicóptero es solo un cabo suelto. Y los cabos sueltos se atan.

—No con sangre, Elena —contraataqué, acercándome a ella, ignorando el dolor de los músculos agarrotados—. No con más sangre. Ya ha habido suficiente.

Elena soltó una risa seca, carente de cualquier humor.

—¿Suficiente? —repitió, la voz cargada de desprecio—. Sofía, tú no entiendes. Tú nunca has entendido. Costa no era el final. Era solo el principio. El helicóptero lleva a los rusos. Y los rusos no van a dejar que esto termine aquí. Van a venir. Van a buscar venganza. Y si no los detenemos ahora, si no los eliminamos ahora, volverán. Y la próxima vez, no serán dos tipos con pistolas. Será un ejército.

—Entonces que vengan —repliqué, la voz firme, a pesar del cansancio que me aplastaba los hombros—. Que vengan y los

detendremos. Con la ley. Con la UCO. Con el sistema. No convirtiéndonos en monstruos.

Elena me miró. Sus ojos estaban llenos de algo que no había visto antes. No era amor. No era culpa. Era lástima.

—Tú sigues creyendo en el sistema, Sofía —murmuró, sacudiendo la cabeza—. Después de todo lo que has visto, después de todo lo que has vivido, sigues creyendo que la ley puede protegernos. Que los jueces pueden detener a los rusos. Que la UCO puede ganar una guerra contra un cártel.

—No creo que pueda —respondí, la voz firme—. Creo que es lo único que tenemos. Si empezamos a matar a todo el que nos amenaza, si empezamos a hacer justicia por nuestra mano, entonces somos iguales que Costa. Entonces somos iguales que los rusos. Entonces somos iguales que los monstruos que intentamos detener.

Elena no respondió. Se quedó quieta, la mirada fija en mí, evaluándome, calculando. El viento del rotor del helicóptero ya era solo un rumor lejano, un zumbido que se perdía sobre el mar.

De repente, el sonido de sirenas rompió la noche. Lejanas, pero acercándose rápidamente. La UCO de Madrid. Los federales. Los buenos.

—Se acabó —murmuró Juan, apoyándose en Darío, la pistola todavía en la mano—. Llegan.

Elena guardó la pistola en la funda. Se pasó una mano por el pelo, un gesto nervioso que no le había visto en años.

—Tenemos que irnos —dijo, la voz baja, calculadora—. Si la UCO nos encuentra aquí, con Costa muerto y nosotros armados, nos van a meter en la cárcel. A todos.

—No podemos irnos —repliqué, dando un paso hacia ella—. Tenemos que quedarnos. Tenemos que explicar lo que pasó. Tenemos que entregar el disco. Tenemos que...

—No, Sofía —interrumpió Elena, la voz firme, cargada de una autoridad que no le conocía—. No podemos quedarnos. Porque la

UCO no va a creer nuestra versión. Porque van a preguntar cómo sabíamos que Costa iba a escapar. Cómo sabíamos dónde encontrarlo. Cómo sabíamos que el helicóptero iba a llegar. Y cuando pregunten, cuando investiguen, van a descubrir que yo llevo tres años trabajando para los rusos. Que intenté vender a Costa. Que maté a Valera. Que soy cómplice de todo esto.

—No mataste a Valera —contraataqué, la rabia hirviéndome en las venas—. Lo mató Costa. Lo mató su Cirujano.

—Pero yo lo llevé hasta él —replicó Elena, la voz quebrada—. Yo le dije a Valera que fuera a Sa Caleta. Yo le dije que Costa lo estaba buscando. Yo lo entregué, Sofía. Lo entregué para salvarme. Para comprar mi vida con la suya.

El silencio que siguió fue denso, asfixiante. El viento de levante aullaba entre los hangares, arrastrando el olor a gasoil y a sal. Las sirenas estaban cerca ya, a menos de un kilómetro.

—No puedo dejarte ir, Elena —dije, la voz un susurro—. No puedo dejarte huir. No después de todo lo que has hecho. No después de todo lo que hemos pasado.

Elena me miró. Sus ojos estaban llenos de lágrimas, pero seguía sin llorar.

—No me estás dejando ir, Sofía —murmuró, acercándose a mí, poniéndome las manos en los hombros—. Me estás salvando. Porque si me quedo, si la UCO me encuentra, voy a pasar el resto de mi vida en la cárcel. Aunque tú vas a pasar el resto de tu vida preguntándote si podías haberme salvado.

—No puedo salvarte si te conviertes en una fugitiva —contraataqué, agarrándola por las muñecas, apretando con fuerza—. No puedo salvarte si te conviertes en lo mismo que Costa.

Elena sonrió. Una sonrisa torcida, triste, que no le llegó a los ojos.

—Ya soy lo mismo que Costa, Sofía —murmuró, la voz quebrada —. Ya lo soy desde el momento en que maté a Valera. Desde el momento en que me vendí a los rusos. Desde el momento en que

dejé que Darío se tatuara mi marca. Ya soy un monstruo. Y los monstruos no se salvan. Los monstruos huyen.

Las sirenas estaban a cien metros ya. Los faros de los coches patrulla iluminaban la pista, creando sombras largas y danzantes sobre el asfalto.

—Vete —dije finalmente, la voz un hilo ronco, cargado de una tristeza que me aplastaba el pecho—. Vete, Elena. Y reza para que no te encuentren nunca.

Elena me miró. Sus ojos estaban llenos de algo que no había visto antes. No era amor. No era culpa. Era gratitud.

—Gracias, Sofía —murmuró, dándome un beso en la mejilla. Sus labios estaban fríos, secos, sin vida—. Gracias por ser la única persona en esta puta isla que sigue creyendo en la justicia.

Se giró y echó a correr hacia la valla perimetral, hacia la oscuridad que se espesaba más allá de las luces del aeropuerto. La vi desaparecer entre las sombras, una silueta que se fundía con la noche, con la isla, con los secretos que la habían devorado.

Me quedé quieta, mirando el lugar donde había estado, hasta que los primeros coches patrulla entraron en la pista, las luces rotativas girando como ojos de insecto gigantes.

Juan se dejó caer de rodillas, la pistola resbalando de su mano, la sangre de su costado empapando el asfalto. Darío se arrodilló a su lado, intentando presionar la herida con las manos temblorosas.

—Juan, joder... —murmuró Darío, la voz quebrada.

Me acerqué a ellos, arrodillándome al lado de mi hermano. Le quité las manos de la herida, evaluando el daño con ojos clínicos. La arteria ilíaca estaba comprometida. La pérdida de volumen era masiva. Sin intervención quirúrgica en menos de treinta minutos, entraría en shock irreversible.

—Necesitamos una ambulancia —dije, mirando a los guardias civiles que bajaban de los coches, las armas en la mano, los rostros tensos—. ¡Ahora!

Uno de los guardias, un tipo joven con cara de pocos amigos, se acercó, la pistola apuntando a mi pecho.

—¡Manos arriba! —gritó—. ¡Todos al suelo!

—Soy la doctora Sofía Vance, forense del Hospital Can Misses —dije, la voz firme, a pesar del pánico que me aplastaba el pecho—. Este hombre es el Cabo Juan Santos, de la Guardia Civil de Ibiza. Está herido de bala. Necesita atención médica inmediata.

El guardia me miró, dudando. Luego, bajó la pistola un milímetro.

—¿Quién más está con ustedes? —preguntó, mirando alrededor —. ¿Dónde está Costa?

Señalé el cadáver del arquitecto, tirado a diez metros de nosotros, la sangre extendiéndose bajo su cuerpo como un charco de vino tinto.

—Muerto —respondí, la voz plana, clínica. La voz de la morgue—. Lo mató mi hermana.

El guardia me miró, confundido.

—¿Su hermana? —repitió—. ¿Qué hermana?

No respondí. Me limité a mirar el lugar donde Elena había desaparecido, hacia la oscuridad que se espesaba más allá de las luces del aeropuerto. Hacia la isla. Hacia los secretos que la habían devorado.

La ambulancia llegó cinco minutos después. Los sanitarios se hicieron cargo de Juan, estabilizándolo, cargándolo en la camilla. Darío subió con él, agarrándole la mano, murmurándole palabras que no llegaban a mis oídos.

Me quedé sola en la pista, rodeada de guardias civiles, de coches patrulla, de luces rotativas que me cegaban. El helicóptero de los rusos ya estaba lejos, un punto negro sobre el mar, camino de donde cojones quisiera ir.

Un inspector de la UCO se acercó, un tipo de unos cuarenta años, con cara de pocos amigos y un traje gris que le sentaba como un guante.

—Doctora Vance —dijo, la voz plana, carente de emoción—. Soy el inspector jefe Martínez, de la UCO de Madrid. Necesito que me explique qué cojones ha pasado aquí.

Lo miré. Sus ojos estaban fríos, calculadores, evaluándome, calculando.

—Le voy a explicar todo, inspector —respondí, la voz firme, a pesar del cansancio que me aplastaba los hombros—. Le voy a explicar todo. Desde el principio.

Y empecé a hablar. Le conté todo. Le conté lo de Valera. Lo de Sa Caleta. Lo de Elena. Lo de Costa. Lo del disco. Lo del helicóptero. Le conté todo, excepto una cosa.

No le conté que Elena seguía viva. No le conté que había huido. No le conté que los rusos todavía estaban sueltos.

Porque si se lo contaba, si les daba esa información, la UCO iba a cazar a Elena. Iban a cazarla como a un animal. Iban a meterla en la cárcel, o peor, iban a matarla. Y yo no podía dejar que eso pasara. No después de todo lo que había hecho. No después de todo lo que habíamos pasado.

Así que me callé. Y dejé que Elena huyera. Y dejé que los rusos escaparan. Y dejé que la isla siguiera girando, ajena a nuestra miseria, ajena a nuestros secretos.

Porque al final, la isla siempre gana. La isla siempre devora a los que intentan cambiarla. Y yo ya no era la forense que examinaba los cadáveres. Era uno más de los cadáveres que la isla había devorado.

Y mientras el inspector Martínez tomaba nota de mis declaraciones, mientras los guardias civiles acordonaban la zona, mientras la ambulancia se llevaba a Juan hacia el hospital, me quedé mirando el mar. El mar negro y embravecido que se extendía más allá del aeropuerto. El mar que se había tragado a Elena. El mar que se había tragado a los rusos. El mar que se había tragado a Costa.

Comprendí que la guerra por Ibiza no había terminado. Solo acabábamos de descubrir que el enemigo también dormía en nuestra propia casa. Y que la casa estaba construida sobre arena.

CAPÍTULO 20

La sala de interrogatorios del cuartel de la Guardia Civil en Ibiza Town olía a café rancio, a tabaco negro y a desesperación acumulada durante décadas. Las paredes estaban pintadas de un beige enfermizo, desconchado en las esquinas, como si el edificio mismo estuviera intentando pelarse la piel. La luz fluorescente parpadeaba sobre mi cabeza, emitiendo un zumbido constante que se me clavaba en la base del cráneo.

Llevaba cuatro horas sentada en esa puta silla de plástico, con la espalda recta, las manos sobre la mesa, respondiendo las mismas preguntas una y otra vez. El inspector Martínez me miraba desde el otro lado de la mesa, sus ojos fríos, calculadores, evaluando cada palabra, cada gesto, cada microexpresión que se me escapara.

—Repítame otra vez, doctora Vance —dijo, su voz plana, carente de cualquier emoción—. ¿Cómo llegó su hermana al aeropuerto?

Suspiré, pasándome una mano por la cara. La piel me ardía, reseca por la sal del mar y el sudor de horas de interrogatorio.

—Se lo he explicado cinco veces ya, inspector —repliqué, manteniendo la voz firme, a pesar del cansancio que me aplastaba los hombros—. Elena apareció en el bosque cerca de Es Cubells. Nos dijo que había seguido a Darío. Que sabía que íbamos a por el disco. Que quería ayudar a detener a Costa.

Martínez tomó nota en su libreta, el bolígrafo raspando el papel con un sonido irritante.

—¿Y cómo sabía ella que ustedes iban a por el disco? —inquirió, levantando la vista.

—Porque Darío se lo contó —mentí, la voz plana, clínica. La voz de la morgue—. Cuando despertó en Santa Gertrudis, le llamó. Le

explicó el plan.

—¿Y por qué su hermana, que supuestamente llevaba tres años muerta, de repente aparece en el momento exacto en que ustedes van a detener a Costa? —presionó Martínez, inclinándose hacia adelante, los ojos entrecerrados.

—Porque es mi hermana, joder —espeté, la rabia hirviéndome en las venas, quemando el cansancio—. Porque me quiere. Porque no iba a dejar que me mataran. ¿Qué coño quiere que le diga, inspector? ¿Que es una coincidencia? ¿Que es el puto destino?

Martínez me miró un segundo largo, evaluándome. Luego, se recostó en su silla, cruzando los brazos.

—Doctora Vance, voy a ser directo con usted —dijo, la voz bajando a un tono más íntimo, casi conspirador—. Tenemos un cadáver en el aeropuerto. Víctor Costa, el arquitecto más poderoso de Ibiza. Muerto de un disparo en la cabeza. Su hermana, que supuestamente estaba muerta, aparece como por arte de magia y le vuela los sesos. Y luego desaparece. Sin dejar rastro. Sin testigos. Solo usted, su cuñado y su hermano herido como únicos testigos.

—Elena mató a Costa en defensa propia —contraataqué, apretando los puños bajo la mesa—. Costa intentaba escapar en un helicóptero. Iba a huir de la justicia. Elena le disparó para detenerlo.

—¿En defensa propia? —repitió Martínez, arqueando una ceja—. Con un disparo en la frente, doctora. Eso no es defensa propia. Eso es una ejecución.

—Costa tenía guardaespaldas armados —repliqué, la voz firme—. Elena estaba en peligro. Disparó para neutralizar la amenaza.

Martínez soltó una risa seca, carente de cualquier humor.

—Neutralizar la amenaza —murmuró, sacudiendo la cabeza—. Doctora, usted es forense. Sabe tan bien como yo que un disparo en la frente, a quemarropa, no es neutralizar. Es ejecutar. Y su hermana acaba de convertirse en la sospechosa principal de asesinato.

—Mi hermana no es una asesina —espeté, levantándome de la silla, las manos temblando de rabia—. Costa era un monstruo. Un psicópata que controlaba esta isla desde las sombras. Que mataba gente por deporte. Que quemaba asentamientos enteros. Que me torturó, que me obligó a desaparecer, que...

Me detuve. Demasiado tarde. La rabia me había traicionado.

Martínez me miró, los ojos brillando con una luz depredadora.

—¿Que la torturó? —repitió, inclinándose hacia adelante—. ¿Quién la torturó, doctora? ¿Costa? ¿O alguien más?

Me senté de nuevo, apretando los dientes. Había metido la pata. Había dejado que la emoción se colara en mi voz, había revelado demasiado.

—No importa —murmuré, la voz baja, derrotada—. Costa está muerto. Elena ha desaparecido. ¿Qué más da quién la torturó?

—Importa, doctora —replicó Martínez, la voz firme, cargada de autoridad—. Porque si su hermana fue torturada por Costa, entonces hay más gente implicada. Más cómplices. Más cadáveres. Y yo necesito saber quiénes son.

—No lo sé —mentí, la voz plana—. Costa la torturó. Punto. No sé quiénes más estaban implicados.

Martínez me miró un segundo largo. Luego, suspiró, cerrando la libreta.

—Doctora Vance, voy a ser sincero con usted —dijo, la voz bajando a un tono más suave, casi paternal—. No me creo ni una palabra de lo que me ha contado. Sé que su hermana no está muerta. Sé que apareció en el aeropuerto. Sé que mató a Costa. Y sé que usted la ayudó a escapar.

—No tengo ni puta idea de lo que está hablando —espeté, la rabia hirviéndome en las venas—. Si tiene pruebas, acúsenos. Si no, déjeme ir. Mi hermano está en el hospital, herido de bala. Necesito saber cómo está.

Martínez me miró, los ojos fríos, calculadores.

—Su hermano está estable —respondió, la voz plana—. Pero tiene un disparo en el abdomen y una contusión renal. Necesita cirugía. Y cuando despierte, voy a interrogarlo a él también. Y a su otro hermano, Darío. Y vamos a ver si sus versiones coinciden con la suya.

—Nuestras versiones coinciden —repliqué, la voz firme—. Porque todas son verdad.

Martínez se puso de pie, recogiendo su libreta y su bolígrafo.

—Vamos a ver, doctora —murmuró, caminando hacia la puerta—. Porque si descubro que me ha estado mintiendo, si descubro que su hermana sigue suelta, que los rusos escaparon, que hay más cadáveres de los que usted me ha contado entonces no solo voy a acusarla de encubrimiento. Voy a acusarla de complicidad en asesinato. Y entonces, usted va a pasar el resto de su vida en la cárcel.

Abrió la puerta y salió, dejándome sola en la sala de interrogatorios, con el zumbido de la luz fluorescente clavándose en mi cráneo y la certeza de que había metido la pata hasta el fondo.

El Hospital Can Misses olía a lejía, a café quemado y a miedo. El pasillo de la UCI estaba iluminado con luces fluorescentes que parpadeaban, creando sombras danzantes sobre las paredes blancas. El sonido de los monitores cardíacos era un ritmo constante, hipnótico, que me recordaba que Juan seguía vivo. Que seguía respirando.

Darío estaba sentado en una silla de plástico junto a la puerta de la habitación de Juan, la cabeza entre las manos, los codos apoyados en las rodillas. Llevaba la misma ropa que en el aeropuerto, manchada de sangre y sudor, el rostro pálido, los ojos hundidos.

Me acerqué a él, sentándome a su lado. El plástico de la silla crujió bajo mi peso.

—¿Cómo está? —pregunté, la voz baja, temiendo la respuesta.

Darío levantó la vista. Sus ojos estaban inyectados en sangre, llenos de una mezcla de cansancio y culpa que me revolvió el estómago.

—Estable —murmuró, la voz un hilo ronco—. Pero no ha despertado todavía. Los médicos dicen que la bala le rozó el hígado. Que necesita reposo absoluto. Que si se mueve demasiado, puede volver a sangrar.

Asentí, mirando la puerta cerrada de la habitación. Detrás de esa puerta, Juan estaba luchando por su vida, su cuerpo destrozado por las balas, por la traición, por diez años de complicidad con un monstruo.

—¿Y tú? —pregunté, mirando a Darío—. ¿Cómo estás tú?

Darío soltó una risa seca, carente de cualquier humor.

—¿Yo? —repitió, sacudiendo la cabeza—. Yo estoy jodido, Sofía. Estoy jodido desde el momento en que me tatué la puta marca de Elena. Desde el momento en que me creí que ella era una heroína. Desde el momento en que me vendí a Costa por unos días más de vida.

—No te vendiste a Costa, Darío —contraataqué, la voz firme—. Intentaste sobrevivir. Intentaste proteger a Juan. Intentaste...

—Intentaste una mierda, Sofía —me interrumpió, la voz cargada de desprecio—. Intenté salvar mi propio culo. Intenté negociar con un psicópata. Intenté vender a mi hermano y a ti por unos días más de vida. Y cuando eso no funcionó, cuando vi que Costa iba a matarnos de todos modos, intenté robar el disco. Intenté traicionarte otra vez.

—Pero no lo hiciste —repliqué, acercándome a él, poniéndole una mano en el hombro—. No nos traicionaste. Al final, elegiste el lado correcto. Al final, nos ayudaste.

Darío me miró. Sus ojos estaban llenos de lágrimas, pero no lloró.

—¿El lado correcto? —repitió, la voz quebrada—. Sofía, no existe el lado correcto en esta puta isla. Solo hay lados. Y todos están manchados de sangre.

No respondí. Porque tenía razón. Porque en Ibiza, la línea entre el bien y el mal era tan borrosa que a veces era imposible distinguirla. Porque todos habíamos hecho cosas de las que no estábamos orgullosos. Todos habíamos traicionado a alguien. Todos habíamos matado, directa o indirectamente.

De repente, la puerta de la habitación se abrió. Una enfermera asomó la cabeza, su rostro cansado, marcado por horas de turno.

—¿Familiares de Juan Santos? —preguntó, la voz baja.

Nos levantamos de un salto, acercándonos a la puerta.

—Sí, somos nosotros —dijo Darío, la voz tensa—. ¿Qué pasa? ¿Está bien?

La enfermera suspiró, abriendo la puerta del todo.

—Ha despertado —informó, la voz plana, carente de emoción—. Quiere verlos. Pero solo unos minutos. Está muy débil.

Entramos en la habitación. Juan estaba tumbado en la cama, pálido, los ojos hundidos, un tubo de oxígeno en la nariz, un gotero de suero colgando de un soporte junto a la cama. La sábana blanca estaba manchada de sangre en la zona del abdomen, donde los médicos le habían operado.

Levantó la vista cuando entramos. Sus ojos, normalmente tan duros, tan calculadores, estaban vidriosos, cansados.

—Sofía... Darío... —murmuró, la voz un hilo ronco, apenas audible.

Me acerqué a la cama, sentándome en el borde. Le tomé la mano, apretándola con fuerza. Su piel estaba fría, sudorosa.

—Estamos aquí, Juan —dije, la voz firme, a pesar de las lágrimas que me quemaban los ojos—. Estamos aquí.

—Costa... —articuló, la voz quebrada—. ¿Está muerto?

Asentí, apretando su mano con más fuerza.

—Está muerto, Juan —respondí, la voz firme—. Elena lo mató. En el aeropuerto.

Juan cerró los ojos, un gesto de alivio que le relajó los músculos del rostro.

—Elena... —murmuró, la voz apenas un susurro—. ¿Dónde está?

No respondí. Miré a Darío, que estaba de pie junto a la cama, el rostro pálido, los ojos fijos en Juan.

—Ha desaparecido, Juan —dijo Darío finalmente, la voz baja—. Se fue. Después de matar a Costa, se fue. No sabemos dónde.

Juan abrió los ojos, mirándonos. Sus ojos estaban llenos de algo que no había visto antes. No era alivio. No era tristeza. Era miedo.

—Tenéis que encontrarla —murmuró, la voz tensa, cargada de urgencia—. Tenéis que encontrarla antes de que la UCO lo haga. Porque si la encuentran, la van a matar. O la van a meter en la cárcel para siempre. Pero ella no merece eso.

—Juan, Elena mató a Costa —repliqué, la voz firme—. Es una fugitiva. Si la encontramos, tenemos que entregarla a la UCO.

—No —espetó Juan, la voz cargada de una autoridad que no le había visto en años—. No la entregamos. La protegemos. Porque ella no mató a Costa por maldad. Lo mató porque era la única forma de detenerlo. Porque era la única forma de salvarnos a todos.

—Juan, estás en shock —contraataqué, la voz firme—. No sabes lo que dices. Elena es una asesina. Una traidora. Una...

—Elena es tu hermana, Sofía —me interrumpió Juan, la voz firme, cargada de una convicción que me heló la sangre—. Y yo la voy a proteger. Aunque tenga que enfrentarme a la UCO entera. Aunque tenga que enfrentarme a ti.

El silencio que siguió fue denso, asfixiante. El sonido de los monitores cardíacos era el único ruido en la habitación, un ritmo constante, hipnótico, que me recordaba que Juan seguía vivo. Que seguía respirando. Que seguía siendo el mismo hombre que había

conocido hacía tres años. El mismo hombre que me había protegido, que me había mentido, que me había follado contra la pared de una morgue.

—No puedes protegerla, Juan —murmuré finalmente, la voz quebrada—. Porque no sé dónde está. Porque desapareció. Porque se fue.

Juan me miró, los ojos fijos en los míos, evaluándome, calculando.

—Tú sabes dónde está, Sofía —dijo, la voz baja, cargada de una certeza que me heló la sangre—. Lo sé. Te conozco. Sé cuándo mientes. Sé cuándo ocultas algo. Y sé que tú ayudaste a Elena a escapar.

No respondí. Porque tenía razón. Porque yo había ayudado a Elena a escapar. Porque había dejado que huyera. Porque había mentido a la UCO. Porque había traicionado la ley, la justicia, todo en lo que creía.

—Juan, ella me lo pidió —murmuré finalmente, la voz quebrada —. Me pidió que la dejara ir. Que la protegiera. Que no dejara que la UCO la encontrara.

—¿Y tú lo hiciste? —preguntó Juan, la voz tensa.

Asentí, las lágrimas cayendo por mis mejillas, calientes, saladas.

—La dejé ir —confesé, la voz quebrada—. La dejé huir. Porque es mi hermana. Porque la quiero. Porque no podía dejar que la metieran en la cárcel por matar a un monstruo.

Juan cerró los ojos, un gesto de alivio que le relajó los músculos del rostro.

—Hiciste lo correcto, Sofía —murmuró, la voz baja, cargada de una convicción que me heló la sangre—. Hiciste lo correcto.

Me quedé mirándolo, las lágrimas cayendo por mis mejillas, la certeza de que había cruzado una línea que no tenía vuelta atrás. De que había traicionado la ley, la justicia, todo en lo que creía. De que

había ayudado a una asesina a escapar. De que me había convertido en cómplice de un crimen.

Aunque lo peor de todo era que no me arrepentía.

Porque al final, la isla siempre gana. La isla siempre devora a los que intentan cambiarla. Yo ya no era la forense que examinaba los cadáveres. Era uno más de los cadáveres que la isla había devorado.

Pero mientras Juan dormía, mientras Darío lloraba en silencio, mientras la UCO buscaba a Elena por toda la isla, me quedé mirando el mar a través de la ventana de la habitación. El mar negro y embravecido que se extendía más allá del hospital. El mar que se había tragado a Elena. El mar que se había tragado a Costa. El mar que se había tragado mi inocencia.

CAPÍTULO 21

Salí del hospital a las tres de la mañana. El aire de Ibiza Town me golpeó la cara como una bofetada húmeda, cargado de salitre y de ese olor dulzón a basura fermentada que solo existe en las ciudades turísticas cuando los clientes se van a dormir. Las calles estaban vacías, los bares cerrados, las persianas bajadas. Solo las farolas parpadeaban, proyectando sombras largas y danzantes sobre el asfalto mojado.

Conduje sin rumbo fijo, las manos aferradas al volante con los nudillos blancos. La adrenalina del interrogatorio se había disipado, dejando un vacío helado y tembloroso en mi pecho. Las palabras de Martínez resonaban en mi cabeza como un eco enfermizo: "Voy a acusarla de complicidad en asesinato".

¿Cuánto tiempo tardarían en encontrar a Elena? ¿Cuánto tiempo antes de que la UCO rastreara sus movimientos, sus contactos, sus huellas? Ella era inteligente, sí. Llevaba tres años sobreviviendo en las sombras. Pero los federales tenían recursos que ella no podía igualar. Tenían tecnología, tenían informantes, tenían tiempo. Y el tiempo era el único recurso que nos quedaba.

Giré hacia el puerto viejo. Los yates se mecían en sus amarres, golpeando los neumáticos con un sonido sordo, rítmico. Las luces de los bares se reflejaban en el agua negra, creando manchas de color que se deshacían con cada ola. Aparqué frente a un edificio abandonado en la zona de Vara de Rey, un antiguo almacén de redes que ahora servía de refugio para los sin techo de la isla.

No venía a buscar a Elena. Venía a buscar a alguien que pudiera saber dónde se escondía.

Saqué el móvil del bolsillo. Marcé un número que había guardado hacía meses, cuando empecé a sospechar que la isla tenía más

capas de las que quería ver.

Sonó cuatro veces. Cinco.

—Diga —contestó una voz de mujer, ronca, cargada de sueño y desconfianza.

—Soy yo —dije, la voz baja, plana—. La forense.

Hubo un silencio al otro lado de la línea. Luego, un suspiro.

—Hace tiempo que no llamas, doctora.

—Necesito verte.

—No es buen momento.

—Es el único momento —contraataqué, apoyando la espalda contra la pared fría del edificio—. La UCO me está interrogando. Mi hermana está fugitiva. Y tú eres la única persona en esta puta isla que sabe cómo moverse sin dejar rastro.

Otro silencio. Más largo esta vez.

—Ven al Mercado Viejo. En una hora. Pero si veo que alguien te sigue, desapareces.

Colgó.

Guardé el móvil en el bolsillo y encendí un cigarrillo. El humo me quemó la garganta, pero el dolor físico me ancló al presente. Miré el edificio abandonado. Las ventanas tapiadas con tablones de palé, los grafitis borrados por la lluvia, el olor a orina seca que emanaba de la entrada. Este era el verdadero Ibiza. No el de los clubs de lujo, no el de los yates de millonarios. El Ibiza de los que caían, de los que la maquinaria de Costa trituraba y escupía.

Conduje hacia el Mercado Viejo, una zona de naves industriales abandonadas en las afueras de la ciudad, donde los okupas y los traficantes de poca monta habían establecido su territorio. Aparqué a dos calles del lugar, oculta tras un contenedor de obra. Caminé el resto del camino, pegándome a las sombras, evitando las luces de las farolas.

El Mercado Viejo era un laberinto de pasillos estrechos, cubiertos de grafitis y carteles de fiestas ilegales arrancados por la humedad. El olor a moho, a marihuana y a comida podrida se mezclaba con el de la lluvia reciente. Encontré a la mujer en una de las naves traseras, sentada en un sofá de cuero rajado, rodeada de velas encendidas que proyectaban sombras danzantes sobre las paredes desconchadas.

Se llamaba Lucía. Había sido enfermera en el hospital antes de que la despidieran por robar medicamentos para venderlos en la calle. Ahora vivía aquí, atendiendo a los que no podían ir al hospital, a los que no querían dejar rastro. A los invisibles.

—Pareces una mierda —dijo, sin levantarse del sofá. Su rostro estaba marcado por años de drogas y de noches sin dormir, pero sus ojos seguían siendo afilados, calculadores.

—Necesito tu ayuda —repliqué, sentándome frente a ella. El sofá crujió bajo mi peso, soltando un polvo que me hizo toser—. Elena está fugitiva. La UCO la busca. Y necesito saber dónde puede esconderse.

Lucía encendió un cigarrillo, el humo formando espirales perezosas en el aire viciado.

—Tu hermana es inteligente, doctora. Sabe cómo desaparecer. Lleva tres años haciéndolo.

—Pero esta vez es diferente —contraataqué, acercándome a ella —. Esta vez tiene a la UCO detrás. Y a los rusos. Y a medio cártel de Ibiza que quiere vengar a Costa. No puede seguir escondiéndose para siempre.

Lucía me miró, los ojos entrecerrados, evaluándome.

—¿Y qué quieres que haga yo? ¿Que la encuentre? ¿Que la traicione? ¿Que la entregue a la UCO?

—No —espeté, la rabia hirviéndome en las venas—. Quiero que me ayudes a encontrarla antes de que lo haga la UCO. Quiero sacarla de la isla. Quiero enviarla a un lugar donde nadie la encuentre.

Lucía soltó una risa seca, carente de cualquier humor.

—¿Y por qué coño iba a ayudarte, doctora? ¿Por lástima? ¿Por solidaridad sororal? Tu hermana me usó, ¿sabes? Me usó para conseguir medicamentos, para conseguir documentos falsos, para conseguir lo que necesitaba. Y cuando ya no me necesitó, me dejó aquí, pudriéndome en este puto vertedero.

—Elena no es perfecta, Lucía —repliqué, la voz firme, a pesar del cansancio que me aplastaba los hombros—. Pero es mi hermana. Y no voy a dejar que la metan en la cárcel por matar a un monstruo.

Lucía me miró un segundo largo. Luego, suspiró, apagando el cigarrillo en el cenicero de latón.

—Conozco a un tipo en Sant Carles —murmuró, la voz baja, calculadora—. Un pescador viejo, tuerto. Se llama Mateo. Tiene una barca. Puede llevarla a Formentera. Desde allí, hay rutas hacia Argelia, hacia Italia, hacia donde cojones quiera ir.

—¿Dónde está Mateo? —pregunté, sacando el móvil del bolsillo.

—En el puerto de Santa Eulària. Pero cuidado, doctora. Mateo no trabaja gratis. Y si la UCO te sigue, si alguien te ve con él, entonces estás tan jodida como tu hermana.

Asentí, guardando el móvil en el bolsillo. Me puse de pie, el sofá crujiendo bajo mi peso.

—Gracias, Lucía —dije, caminando hacia la salida.

—Doctora —me llamó, antes de que saliera. Me giré. Ella me miraba desde el sofá, las velas proyectando sombras en su rostro—. Ten cuidado. Tu hermana no es la persona que tú crees. Nunca lo fue.

No respondí. Porque ya lo sabía. Porque lo había descubierto hacía días, cuando encontré su cuerpo en la fosa de Sa Caleta. Cuando descubrí que había intentado vender a Costa a los rusos. Cuando descubrí que había matado a Valera.

Pero era mi hermana. Y la sangre pesaba más que la moral.

El puerto de Santa Eulària estaba vacío a las cuatro de la mañana. Los barcos de pesca se mecían en sus amarres, golpeando los neumáticos con un sonido sordo, rítmico. El olor a pescado podrido y a gasoil se mezclaba con el de la sal y la lluvia reciente. Encontré a Mateo en una de las barcas más pequeñas, remendando una red con manos expertas.

Era un hombre de unos sesenta años, con la piel curtida por décadas de sol y sal, los ojos azules como el mar que lo había visto nacer. Un parche negro le cubía el ojo izquierdo.

—Busco a Mateo —dije, acercándome a la barca.

El viejo levantó la vista. Me observó con su único ojo, evaluándome, calculando.

—¿Quién pregunta? —respondió, con un acento cerrado, de payés, que arrastraba las vocales.

—Sofía Vance. La forense. Lucía me envía.

Mateo dejó la aguja sobre la red. Escupió al agua. Una flema que flotó un segundo antes de disolverse en la transparencia del mar.

—¿Qué quieres? —preguntó, la voz baja, cargada de desconfianza.

—Necesito tu barca. Para llevar a alguien a Formentera. Y desde allí, a Argelia. O a Italia. A donde sea.

Mateo me miró, los ojos entrecerrados.

—Eso cuesta caro, doctora. Muy caro.

—Puedo pagar —repliqué, sacando la cartera del bolsillo. Conté los billetes, arrugados y manchados de sudor, y se los tendí—. Cinco mil euros. Por adelantado.

Mateo contó los billetes, uno por uno, con dedos expertas. Luego, los guardó en el bolsillo de su camisa.

—¿Quién es el pasajero? —preguntó, la voz baja.

—Mi hermana —respondí, la voz firme—. Está en peligro. Necesita salir de la isla.

Mateo me miró un segundo largo. Luego, suspiró, rascándose la barba canosa.

—Tráela al amanecer —murmuró, volviendo a su red—. Pero si la UCO te sigue, si alguien te ve, entonces no la llevo. ¿Entendido?

Asentí, un gesto mínimo, pero suficiente. Me giré para irme, pero Mateo me detuvo con la voz.

—Doctora.

Me giré. Él me miraba desde la barca, el único ojo brillando bajo la luz de las farolas.

—Tu hermana no es la primera que intento sacar de esta isla. Ni será la última. Esta isla devora a los que intentan cambiarla. Entonces los que sobreviven se convierten en lo mismo que intentaron destruir*.

No respondí. Porque ya lo sabía. Porque lo había visto en Elena. Porque lo había visto en Juan. Porque lo había visto en mí misma.

Me alejé del puerto, caminando por el paseo marítimo vacío, las luces de los bares reflejándose en el agua negra. El mar estaba en calma, las olas lamiendo la arena con un sonido suave, rítmico. Pero bajo la superficie, bajo la calma aparente, las corrientes eran fuertes, peligrosas, capaces de arrastrarte al fondo sin que te dieras cuenta.

Y yo ya estaba en el fondo. Ya estaba siendo arrastrada. Ya estaba siendo devorada.

Saqué el móvil. Llamé a Darío.

—¿Sofía? —contestó, la voz dormida, cargada de sueño y desconfianza.

—Sé dónde está Elena —dije, la voz baja, plana—. Sé cómo sacarla de la isla. Pero necesito tu ayuda.

Hubo un silencio al otro lado de la línea. Luego, un suspiro.

—¿Dónde estás? —preguntó Darío.

—En Santa Eulària. En el puerto.

—Voy para allá.

Colgué. Me quedé mirando el mar, las olas lamiendo la arena, las luces de los bares reflejándose en el agua.

Elena no había desaparecido. Elena estaba a punto de desaparecer de verdad. Y yo iba a asegurarme de que esta vez, nadie la encontrara.

Aunque me costara la vida.

CAPÍTULO 22

Darío llegó veinte minutos después, conduciendo el coche de Juan como si llevara al demonio en el asiento trasero. Aparcó de cualquier manera frente al puerto, las ruedas subidas a la acera, el motor todavía rugiendo. Salió del vehículo con un chirrido de frenos que despertó a las gaviotas dormidas en los mástiles de los barcos.

Llevaba una chaqueta de cuero negra, vaqueros oscuros, y una mochila colgada al hombro. El vendaje de su costado asomaba bajo la tela, una mancha oscura que se extendía como una flor de sangre seca. Su rostro estaba pálido, los ojos hundidos, pero la mandíbula apretada con esa determinación estúpida que siempre lo había metido en problemas.

—¿Dónde está? —preguntó, sin preámbulos, acercándose a mí. El olor a tabaco y a sudor rancio lo envolvía como una nube.

—No lo sé —respondí, la voz baja, plana—. Pero sé dónde va a estar.

Darío me miró, los ojos entrecerrados, evaluándome.

—¿Y cómo coño sabes eso?

—Porque conozco a mi hermana, Darío. La conozco mejor que tú. Mejor que nadie. —Me pasé una mano por la cara, arrastrando la barba de tres días—. Elena no se esconde en cualquier sitio. Se esconde en los lugares donde nadie mira. En los lugares que la isla ha olvidado.

—¿Y qué lugares son esos? —preguntó, la voz cargada de impaciencia.

—Los pueblos fantasmas —respondí, sacando el móvil del bolsillo —. Las urbanizaciones abandonadas durante la crisis. Las fincas que

se quemaron y nunca se reconstruyeron. Los lugares donde los muertos todavía caminan.

Darío soltó una risa seca, carente de cualquier humor.

—Eso es muy poético, Sofía. Pero no me ayuda a encontrarla.

—Sí te ayuda —contraataqué, marcando un número en el móvil —. Porque Elena siempre ha sido dramática. Siempre ha querido desaparecer con estilo. Y si va a huir de la isla, si va a dejar todo atrás, va a querer hacerlo desde un lugar que signifique algo para ella.

—¿Y qué lugar significa algo para ella? —insistió Darío, cruzando los brazos.

El móvil sonó tres veces antes de que contestaran.

—Sí —dijo una voz de mujer, ronca, cargada de desconfianza.

—Lucía, soy yo —dije, la voz baja—. Necesito que me digas algo. ¿Dónde solía ir Elena cuando quería desaparecer? Cuando quería estar sola. Cuando quería pensar.

Hubo un silencio al otro lado de la línea. Luego, un suspiro.

—¿Por qué? —preguntó Lucía, la voz cargada de sospecha.

—Porque la necesito encontrar antes de que lo haga la UCO — repliqué, la voz firme—. Y porque tú eres la única persona que la conoce tan bien como yo.

Otro silencio. Más largo esta vez.

—Había un sitio —murmuró Lucía finalmente, la voz bajando a un susurro—. Cerca de Sant Miquel. Una finca abandonada, quemada hace diez años. Nadie va allí. Los lugareños dicen que está maldita.

—¿Dónde exactamente? —pregunté, sacando un bolígrafo y una servilleta del bolsillo.

—Carretera de Sant Miquel, kilómetro siete. Hay un desvío a la derecha, un camino de tierra que parece un sendero de cabras. La finca está al final. Pero cuidado, doctora. Ese lugar tiene mala fama.

Colgué, guardando el móvil en el bolsillo. Miré a Darío.

—Sé dónde está —dije, la voz firme.

Condujimos hacia el norte en silencio. La carretera serpenteaba entre colinas cubiertas de pinos, el paisaje del interior de Ibiza, lejos de las playas y los clubs. El sol empezaba a salir, tiñendo el cielo de un rosa pálido que se extendía como una mancha de sangre diluida.

Darío llevaba el volante, sus manos aferradas con los nudillos blancos. Yo iba en el asiento del copiloto, el móvil en la mano, buscando en Google Maps la ubicación exacta de la finca abandonada.

—¿Y qué hacemos cuando la encontremos? —preguntó Darío, rompiendo el silencio. Su voz sonaba tensa, cargada de una ansiedad que no intentaba ocultar.

—La sacamos de la isla —respondí, sin levantar la vista del móvil —. Mateo tiene una barca en el puerto de Santa Eulària. Nos espera al amanecer.

—¿Y si la UCO nos sigue? ¿Y si los rusos nos encuentran? —presionó Darío, la voz cargada de miedo.

—Entonces dispararemos —repliqué, la voz plana, clínica. La voz de la morgue—. Y si no podemos disparar, entonces correremos. Y si no podemos correr, entonces moriremos. Pero no vamos a dejar que la atrapen, Darío. No después de todo lo que ha hecho. No después de todo lo que hemos hecho.

Darío no respondió. Se limitó a apretar el volante, los músculos de su cuello marcados como cables de acero.

Giramos por el desvío del kilómetro siete. El camino de tierra era estrecho, lleno de baches que hacían chirriar los amortiguadores del coche. Los pinos se cerraban sobre nosotros, creando un túnel de sombras que se movían con el viento. El suelo estaba cubierto de agujas de pino, una alfombra mullida que amortiguaba el sonido del motor.

Tardamos diez minutos en llegar al final del camino. La finca apareció entre los árboles como un cadáver olvidado. Era una masía del siglo XVIII, con las paredes de piedra negra quemada por el

fuego, el tejado hundido en un lado, las ventanas tapiadas con tablones de palé. El olor a ceniza y a madera podrida se mezclaba con el de la resina de pino y la sal que traía la brisa marina.

Aparqué el coche detrás de un muro de piedra seca, oculto tras la vegetación. Apagué el motor. El silencio cayó sobre nosotros como una losa, roto solo por el canto de los pájaros y el rumor del viento entre los pinos.

—Quédate aquí —le dije a Darío, sacando la pistola de la funda sobaquera.

—Ni de coña —replicó él, sacando su propia arma del bolsillo de la chaqueta—. Voy contigo.

—Darío, estás herido. Si hay alguien ahí dentro, si hay rusos, si hay...

—Si hay alguien, disparo —me interrumpió, la voz firme, cargada de una determinación que no le había visto en días—. No voy a quedarme aquí como un puto cobarde mientras tú haces todo el trabajo sucio.

Lo miré. Sus ojos estaban inyectados en sangre, la mandíbula apretada, las manos temblando ligeramente. Pero había algo más en su mirada. Algo que no había visto antes. Redención. O quizás, solo la ilusión de ella.

—Vale —murmuré finalmente, abriendo la puerta del coche—. Pero si te digo que corras, corres. Sin discutir. Sin mirar atrás. ¿Entendido?

Asintió, un gesto mínimo, pero suficiente.

Salimos del coche, pegándonos a los árboles, avanzando hacia la finca con las pistolas en la mano. El suelo crujió bajo nuestras botas, las agujas de pino aplastándose con un sonido seco, rítmico. El olor a ceniza se volvía más intenso a medida que nos acercábamos a la masía, mezclándose con el de la humedad y el moho.

Llegamos a la puerta principal. Estaba entreabierta, los tablones de palé arrancados, dejando un hueco por el que se colaba la luz

grisácea del amanecer. Me acerqué, pegándome a la pared de piedra, asomando la cabeza por el hueco.

El interior estaba en penumbra, iluminado solo por la luz que se filtraba por las ventanas tapiadas. El suelo estaba cubierto de escombros, de trozos de madera quemada, de cristales rotos. En el centro de la habitación, sentada en un sillón de cuero rajado, estaba Elena.

Llevaba vaqueros negros, una camiseta blanca manchada de tierra, y la chaqueta de cuero que le había visto en el aeropuerto. El pelo cortado a media melena le caía sobre la cara, ocultando parcialmente sus ojos. Tenía una botella de whisky en la mano, bebiendo directamente del cuello, con esa indiferencia de quien ya no tiene nada que perder.

Levantó la vista cuando entramos. Sus ojos se encontraron con los míos. Y sonrió. Una sonrisa torcida, triste, que no le llegó a los ojos.

—Llegas tarde, Sofía —dijo, la voz ronca, cargada de whisky y de cansancio—. Pensé que no vendrías.

Me acerqué a ella, la pistola todavía en la mano, pero apuntando al suelo. Darío se quedó detrás de mí, vigilando la puerta, escrutando la oscuridad del exterior.

—¿Cómo nos encontraste? —pregunté, sentándome frente a ella, en el suelo de escombros.

Elena soltó una risa seca, carente de cualquier humor. Bebió otro trago de whisky, el líquido ámbar brillando bajo la luz grisácea.

—Porque sabía que vendrías —respondió, la voz baja, casi un susurro—. Porque te conozco, Sofía. Porque sé que no ibas a dejarme morir en esta puta isla. Porque sé que, a pesar de todo, a pesar de lo que hice, a pesar de lo que soy, todavía me quieres.

—Te quiero, Elena —repliqué, la voz quebrada, las lágrimas quemándome los ojos—. Pero no sé quién eres. No sé en quién te has convertido.

Elena me miró. Sus ojos estaban llenos de algo que no había visto antes. No era amor. No era culpa. Era cansancio. El cansancio de una mujer que ha mirado al abismo y ha descubierto que el abismo le devolvía la mirada con su propia cara.

—Yo tampoco lo sé, Sofía —murmuró, bajando la botella de whisky—. Pero sé una cosa. Sé que no voy a dejar que me metan en la cárcel. Sé que no voy a pasar el resto de mi vida en una celda, pensando en lo que pude haber sido, en lo que pude haber hecho. Y sé que, si la UCO me encuentra, me van a matar. O me van a encerrar para siempre.

—Entonces vámonos —contraataqué, acercándome a ella, poniéndole una mano en el hombro—. Mateo tiene una barca. Nos espera en el puerto de Santa Eulària. Podemos sacarte de la isla. Puedo enviarte a un lugar donde nadie te encuentre.

Elena me miró. Sus ojos estaban llenos de lágrimas, pero no lloró.

—¿Y tú, Sofía? —preguntó, la voz quebrada—. ¿Qué va a ser de ti? ¿Vas a venir conmigo? ¿Vas a dejar todo atrás? ¿Vas a dejar a Juan? ¿A Darío? ¿A la UCO?

No respondí. Porque no tenía respuesta. Porque no sabía qué iba a hacer. Porque no sabía si podía dejar todo atrás, si podía dejar la isla, si podía dejar la vida que había construido durante tres años.

—No puedo irme, Elena —murmuré finalmente, la voz quebrada —. No puedo dejar a Juan. No puedo dejar a Darío. No puedo dejar todo lo que he construido.

Elena asintió, un gesto mínimo, pero suficiente. Se puso de pie, la botella de whisky todavía en la mano.

—Entonces, adiós, Sofía —dijo, la voz baja, cargada de una tristeza que me aplastaba el pecho—. Gracias por intentarlo. Gracias por ser la única persona en esta puta isla que todavía cree en mí.

Se acercó a la puerta, caminando hacia la salida, hacia la libertad, hacia el olvido. Pero antes de salir, se detuvo. Se giró hacia mí.

—Una cosa más, Sofía —murmuró, la voz un hilo ronco—. Si alguna vez necesitas encontrarme, si alguna vez necesitas ayuda, hay un buzón en el puerto de Mónaco. Debajo del tercer banco, contando desde la izquierda. Deja un mensaje allí. Y yo te encontraré.

Asentí, las lágrimas cayendo por mis mejillas, calientes, saladas.

—Adiós, Elena —dije, la voz quebrada—. Cuídate.

Elena sonrió. Una sonrisa torcida, triste, que le llegó a los ojos por primera vez en días.

—Siempre lo hago, Sofía —murmuró, la voz baja, cargada de una convicción que me heló la sangre—. Siempre lo hago.

Salió de la finca, caminando hacia el coche de Darío, hacia la libertad, hacia el olvido. La vi desaparecer entre los árboles, una silueta que se fundía con la luz del amanecer, con la isla, con los secretos que la habían devorado.

Me quedé allí, sentada en el suelo de escombros, la pistola en la mano, las lágrimas cayendo por mis mejillas. Darío se acercó a mí, sentándose a mi lado, poniéndome un brazo sobre los hombros.

—¿Estás bien? —preguntó, la voz baja, cargada de una preocupación que no le había visto en años.

No respondí. Porque no estaba bien. Porque había dejado ir a mi hermana. Porque había traicionado la ley, la justicia, todo en lo que creía. Porque había ayudado a una asesina a escapar. Porque me había convertido en cómplice de un crimen.

Pero lo peor de todo, era que no me arrepentía.

Porque al final, la isla siempre gana. La isla siempre devora a los que intentan cambiarla. Yo ya no era la forense que examinaba los cadáveres. Era uno más de los cadáveres que la isla había devorado.

Y mientras el sol salía sobre Ibiza, mientras las luces de los clubs se apagaban, mientras los turistas bajaban de los aviones, me quedé allí, sentada en los escombros de una finca abandonada, llorando

por mi hermana, por la mujer que había sido, por la mujer en la que se había convertido.

Adivine que la guerra por Ibiza había terminado. Pero que la mía, acababa de empezar.

CAPÍTULO 23

El Hospital Can Misses olía a desinfectante barato, a café quemado y a esa desesperación contenida que solo existe en los pasillos de urgencias a las siete de la mañana. Las luces fluorescentes parpadeaban sobre mi cabeza, emitiendo un zumbido constante que se me clavaba en la base del cráneo. Llevaba tres días sin dormir de verdad, solo cabeceos de diez minutos en el coche, con el motor en marcha para no congelarme.

Caminé por el pasillo de la UCI, las botas resonando en el suelo de linóleo. Dos guardias civiles me seguían a distancia prudente, como sombras pegadas a la pared. Martínez me había dejado "libre", pero con vigilancia. Una libertad vigilada, una puta broma. Sabía que cada movimiento que hacía, cada llamada que hacía, cada puta respiración que tomaba, estaba siendo registrada, analizada, archivada.

Llegué a la habitación de Juan. La puerta estaba entreabierta. Darío estaba sentado en la silla de plástico, la cabeza entre las manos, los codos apoyados en las rodillas. Levantó la vista cuando entré. Sus ojos estaban inyectados en sangre, las ojeras marcadas como moratones.

—Ha despertado hace una hora —murmuró, la voz un hilo ronco —. Pero no quiere verme. Quiere verte a ti. Solo a ti.

Me acerqué a la cama. Juan estaba tumbado, pálido, los ojos hundidos, un tubo de oxígeno en la nariz, un gotero de suero colgando de un soporte junto a la cama. La sábana blanca estaba manchada de sangre en la zona del abdomen, donde los médicos le habían operado. Pero sus ojos, cuando me miraron, estaban despiertos. Alertas. Brillando con esa fiebre que no era de la infección, sino de la obsesión.

—Cierra la puerta —dijo, la voz un raspado de lija sobre piedra.

Cerré la puerta. Los guardias se quedaron fuera, pero sabía que estaban escuchando. Siempre estaban escuchando.

Me senté en el borde de la cama. Le tomé la mano. Su piel estaba fría, sudorosa, pero el apretón fue fuerte.

—Elena se ha ido —dije, la voz baja, plana—. La he sacado de la isla. Está en camino a Mónaco.

Juan cerró los ojos. Un gesto de alivio que le relajó los músculos del rostro. Pero solo por un segundo. Luego los abrió, y la fiebre volvió a encenderse en ellos.

—Has hecho una puta estupidez, Sofía —murmuró, la voz cargada de una urgencia que me heló la sangre—. Pero ya no importa. Porque hay algo que no te he contado. Algo que descubrí antes de que Costa me disparara.

Me quedé quieta, esperando. Juan siempre había sido un hombre de secretos. Diez años construyendo diques de mentiras para protegerme de la marea negra. Pero ahora, ahora los diques se estaban rompiendo. Y lo que salía de ellos no era agua. Era veneno.

—El disco que robaste de la caja fuerte del yate —continuó, la voz bajando a un susurro—. No es solo contabilidad. No es solo sobornos. Hay algo más. Algo que Costa guardaba como seguro de vida. Como póliza de seguro contra sus propios socios.

—¿Qué coño hay en ese disco, Juan? —pregunté, apretando su mano con más fuerza.

Juan tragó saliva. El movimiento de su nuez fue lento, doloroso.

—Los nombres de los compradores —murmuró, la voz apenas audible—. Los rusos no son los únicos. Hay alemanes. Hay italianos. Hay políticos de Madrid. Hay jueces de Barcelona. Hay medio gobierno balear. Costa no solo controlaba Ibiza. Controlaba la red de blanqueo de toda la costa mediterránea. Y los nombres están en ese disco.

El mundo se inclinó. El suelo de linóleo pareció moverse bajo mis pies. El olor a desinfectante se volvió asfixiante, rancio, insoportable.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —espeté, la rabia hirviéndome en las venas, quemando el cansancio—. ¿Por qué coño no me lo dijiste en el aeropuerto? ¿Por qué dejaste que Elena se fuera con la copia?

—Porque no lo sabía hasta anoche —replicó Juan, la voz cargada de una frustración que le crispaba el rostro—. Lo descubrí cuando Darío me llevó el disco original. Cuando lo conecté al portátil del hospital, cuando vi los archivos encriptados que no habíamos abierto. Hay una carpeta oculta, Sofía. Una carpeta que solo se abre con una contraseña. Y la contraseña es la fecha de la muerte de tu hermana.

Me quedé helada. El corazón me dio un vuelco.

—¿La fecha de mi hermana? —repetí, la voz quebrada—. ¿Cómo coño iba a saber Costa la fecha de la muerte de Elena?

—Porque él la mató, Sofía —murmuró Juan, los ojos llenos de una tristeza que me heló la sangre—. Él la mató. Y guardó la fecha como contraseña. Como una puta broma. Como una puta firma.

Me puse de pie, la silla de plástico crujiendo bajo mi peso. La rabia me quemaba las venas, una llama oscura que me consumía por dentro.

—¿Y qué hacemos ahora? —pregunté, la voz firme, a pesar del temblor que me sacudía las manos—. ¿Abrimos la carpeta? ¿Vemos los nombres? ¿Se los entregamos a la UCO?

Juan me miró. Sus ojos estaban llenos de algo que no había visto antes. No era miedo. No era culpa. Era determinación.

—No se los entregamos a la UCO —respondió, la voz firme, cargada de una convicción que me heló la sangre—. Porque la UCO está comprada. Martínez está comprado. Si les damos los nombres, van a hacer desaparecer el disco. Van a hacer desaparecer las pruebas. Van a hacer desaparecer a todo el que sepa la verdad.

—¿Entonces qué hacemos? —insistí, acercándome a él, poniéndole las manos en los hombros—. ¿Lo entregamos a la prensa? ¿A los federales de Madrid? ¿A alguien que no esté comprado?

—No —replicó Juan, la voz bajando a un susurro—. Lo usamos. Lo usamos como moneda de cambio. Para comprar nuestras vidas. Para comprar la vida de Darío. Para comprar la tuya. Porque si los nombres de esa carpeta salen a la luz, si esa red se desmantela, entonces los que están detrás van a venir a por nosotros. Van a venir a por todos los que sabemos la verdad. Y no van a parar hasta que estemos muertos.

El silencio que siguió fue denso, asfixiante. El sonido de los monitores cardíacos era el único ruido en la habitación, un ritmo constante, hipnótico, que me recordaba que Juan seguía vivo. Que seguía respirando. Que seguía siendo el mismo hombre que había conocido hacía tres años. El mismo hombre que me había protegido, que me había mentido, que me había follado contra la pared de una morgue.

De repente, el móvil de Darío sonó. Lo sacó del bolsillo, miró la pantalla. Su rostro palideció.

—Es Martínez —murmuró, la voz tensa—. Quiere que vayas a la morgue. Ahora.

—¿Por qué? —pregunté, sintiendo cómo el frío me subía desde las botas hasta la garganta.

—Han encontrado un cadáver —respondió Darío, la voz quebrada —. En Sa Caleta. En la misma cala donde enterraron a Elena. Y dice que tú necesitas verlo. Porque es un ruso.

El mundo se inclinó otra vez. El suelo de linóleo pareció moverse bajo mis pies. El olor a desinfectante se volvió asfixiante, rancio, insoportable.

—Los rusos no se han ido —murmuró Juan, la voz un hilo ronco —. Han venido a por venganza. Y han empezado a matar.

Me giré hacia la puerta. La abrí de un tirón. Los dos guardias me miraron, sorprendidos.

—Vamos a la morgue —dije, la voz firme, a pesar del temblor que me sacudía las manos—. Ahora.

Salí del hospital, caminando por el pasillo, los guardias siguiéndome a distancia. El aire frío de la mañana me golpeó la cara, trayendo el olor a sal y a posidonia. El sol empezaba a salir, tiñendo el cielo de un rosa pálido que se extendía como una mancha de sangre diluida.

Conduje hacia la morgue del Hospital Can Misses, los guardias siguiéndome en su coche patrulla. Las calles estaban vacías, los comercios cerrados, las persianas bajadas. Solo las farolas parpadeaban, proyectando sombras largas y danzantes sobre el asfalto mojado.

Llegué a la morgue. Martínez me esperaba en la entrada, el rostro pálido, los ojos hundidos. Llevaba el traje gris arrugado, la corbata aflojada, como si hubiera pasado la noche en vela.

—Doctora Vance —dijo, la voz plana, carente de emoción—. Gracias por venir.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, la voz firme, a pesar del temblor que me sacudía las manos.

Martínez me miró. Sus ojos estaban fríos, calculadores, evaluándome, calculando.

—Hemos encontrado un cadáver en Sa Caleta —respondió, la voz baja—. Un ruso. Disparos múltiples. Tortura. Y hay algo más.

—¿Qué? —pregunté, sintiendo cómo el frío me subía desde las botas hasta la garganta.

—En el bolsillo del cadáver —continuó Martínez, sacando una bolsa de evidencias del bolsillo de su chaqueta—. Había una nota. Escrita a mano. En ella dice que esto es solo el principio. Que van a venir a por todos los que saben la verdad. Y que usted, doctora, es la siguiente.

Me quedé helada. El corazón me dio un vuelco. La nota. Los rusos. La venganza. Todo se estaba juntando, todo se estaba cerrando sobre mí como una trampa.

—Necesito ver el cadáver —dije, la voz firme, a pesar del temblor que me sacudía las manos—. Necesito hacer la autopsia. Necesito saber qué coño está pasando.

Martínez asintió, un gesto mínimo, pero suficiente. Me guió hacia la sala de autopsias, abriendo la puerta con una tarjeta magnética.

El cadáver estaba en la camilla de acero inoxidable, desnudo, pálido bajo las luces quirúrgicas. Era un hombre de unos cuarenta años, rubio, con los ojos azules, el rostro hinchado por los golpes. Tenía los dedos rotos, las uñas arrancadas, la piel cubierta de hematomas. Lo habían torturado. Lo habían interrogado. Y luego lo habían matado.

Me puse la bata, los guantes, la mascarilla. El ritual de siempre. Cada gesto, calculado. Cada movimiento, preciso.

Empecé por el rostro. Rasgos eslavos, piel cetrina, cabello rubio corto, bien cuidado. Las manos confirmaban lo que había sospechado: uñas arrancadas, dedos rotos, callos en las yemas de los dedos índice y medio de la mano derecha. Exmilitar. O exsicario.

Desvestí el cadáver con cuidado. La ropa era de marca, cara. La camiseta interior, de algodón egipcio. La ropa interior, Calvin Klein. Todo nuevo, todo caro. Esto no era un mantero. Esto era alguien importante. Alguien con dinero, con contactos. Alguien que los rusos querían muerto.

Procedí a la autopsia.

La Y incisión fue limpia. El bisturí se deslizó por la piel con la facilidad de un cuchillo caliente sobre mantequilla. Separé los colgajos, exponiendo la cavidad torácica. Los órganos estaban en su sitio, sin signos de enfermedad. El corazón era fuerte, los pulmones limpios. Este hombre no fumaba, no bebía en exceso, se cuidaba.

Examiné las heridas de bala más de cerca. Tres disparos. Dos en el pecho, uno en la cabeza. El ángulo de entrada era de abajo a

arriba, de derecha a izquierda. El asesino era diestro, mide al menos un metro setenta y conoce el cuerpo humano. Pero había algo más. Algo que me heló la sangre.

En el pecho del cadáver, justo sobre el esternón, había una marca. No era el símbolo geométrico. Era una quemadura. Un círculo perfecto, del tamaño de una moneda de dos euros, con la piel carbonizada y levantada.

Me incliné más, el olor a carne quemada y putrefacción revolviéndome el estómago. Dentro del círculo, grabado en la carne viva antes de cauterizarla, había un número.

43.

El número en el pecho de Elena era 42. Este era 43.

¿Qué coño era esto? ¿Una cuenta atrás? ¿Una lista? ¿Una puta firma?

Saqué la cámara del kit. Empecé a disparar. Flash tras flash, iluminando la escena con destellos blancos y cegadores. Documenté la marca, la herida, la posición del cuerpo. Luego, pasé a la inspección táctil.

En la boca del cadáver, pegado con una sustancia viscosa, había un objeto pequeño y duro.

Metí dos dedos. Lo rasgué. Cayó en mi palma enguantada.

Una micro-SD.

Guardé la tarjeta en un tubo estanco.

De repente, el móvil de Martínez sonó. Lo sacó del bolsillo, miró la pantalla. Su rostro palideció.

—Doctora Vance —dijo, la voz tensa—. Necesito que venga a la sala de interrogatorios. Ahora.

—¿Por qué? —pregunté, sintiendo cómo el frío me subía desde las botas hasta la garganta.

—Porque hemos encontrado a alguien —respondió Martínez, la voz quebrada—. Alguien que sabe la verdad. Alguien que quiere

hablar.

—¿Quién? —insistí, la voz firme, a pesar del temblor que me sacudía las manos.

Martínez me miró. Sus ojos estaban llenos de algo que no había visto antes. No era miedo. No era culpa. Era sorpresa.

—Su hermana, doctora —murmuró, la voz apenas audible—. Elena ha vuelto. Y quiere confesar.

CAPÍTULO 24

La sala de interrogatorios olía a sudor frío, a café rancio y a esa desesperación líquida que se pega a las paredes después de horas de mentiras. La luz fluorescente parpadeaba sobre mi cabeza, emitiendo un zumbido constante que se me clavaba en la base del cráneo como un taladro.

Martínez me guió por el pasillo, sus pasos resonando en el suelo de linóleo. Los dos guardias que me seguían desde el hospital se quedaron en la puerta, sus rostros inexpresivos, sus manos cerca de las fundas sobaqueras.

—Está ahí dentro —dijo Martínez, deteniéndose frente a una puerta de metal—. Lleva una hora esperando. No ha dicho nada. Solo pidió verte a ti.

Me quedé quieta, la mano en el pomo de la puerta. El metal estaba frío bajo mis dedos.

—¿Por qué ha vuelto? —pregunté, la voz baja, plana.

Martínez se encogió de hombros, un gesto que no revelaba nada.

—Dice que quiere confesar. Que quiere entregar algo. Que solo hablará contigo.

Empujé la puerta. Se abrió con un chirrido agudo.

Elena estaba sentada en la silla de metal, las manos esposadas sobre la mesa. Llevaba la misma ropa del aeropuerto, pero ahora estaba arrugada, manchada de tierra y sudor. El pelo cortado a media melena le caía sobre la cara, ocultando parcialmente sus ojos. Pero cuando levantó la vista, cuando me miró, vi algo que no había visto antes en su mirada.

Rendición.

—Hola, Sofía —indicó, la voz ronca, cargada de cansancio.

Me senté frente a ella, dejando un espacio vacío entre nosotros. La mesa de metal estaba fría bajo mis manos.

—¿Por qué has vuelto? —pregunté, manteniendo la voz firme, a pesar del temblor que me sacudía las manos.

Elena sonrió. Una sonrisa torcida, triste, que no le llegó a los ojos.

—Porque no podía huir —masculló, bajando la mirada hacia sus manos esposadas—. Porque sabía que iban a venir a por vosotros. A por ti. A por Juan. A por Darío. Y no podía dejar que os mataran por mi culpa.

—¿Qué has hecho, Elena? —insistí, la voz cargada de una frustración que me quemaba la garganta—. ¿Por qué has vuelto? ¿Qué coño quieres confesar?

Elena levantó la vista. Sus ojos estaban llenos de lágrimas, pero no lloró.

—He matado a Valera —dijo, la voz baja, apenas un susurro—. No Costa. Yo. Yo lo maté.

El mundo se inclinó. El suelo de linóleo pareció moverse bajo mis pies. El olor a sudor y a café rancio se volvió asfixiante, rancio, insoportable.

—¿Qué? —articulé, la voz quebrada—. No es verdad. Costa lo mató. Su Cirujano lo mató.

Elena negó con la cabeza, un gesto lento, pesado.

—No, Sofía. Yo lo maté. —Hizo una pausa, tragando saliva—. Costa me obligó. Me dijo que si no lo hacía, te mataría a ti. Que si no entregaba a Valera, que si no lo llevaba a Sa Caleta, entonces tú serías la siguiente. Entonces yo tuve miedo, Sofía. Tuve tanto miedo que lo entregué. Que lo llevé a la trampa. Pero cuando los albaneses lo mataron, yo no hice nada. Yo los dejé hacerlo.

—No —repetí, la voz firme, a pesar del temblor que me sacudía las manos—. No es verdad. Costa te torturó. Te obligó a grabar ese

audio. Te obligó a desaparecer.

—No me obligó a matar a Valera, Sofía —replicó Elena, la voz cargada de una tristeza que me aplastaba el pecho—. Eso lo hice yo. Por miedo. Por cobardía. Por amor. Porque te quería más que a mi propia puta alma.

Me quedé quieta, mirándola. Mi hermana. La mujer que había llorado durante tres años. La mujer que había creído muerta. La mujer que acababa de confesar que había entregado a un hombre inocente a la muerte.

—¿Y por qué me lo dices ahora? —pregunté, la voz baja, cargada de una rabia que me quemaba las venas—. ¿Por qué has vuelto para confesar esto? ¿Para que te meta en la cárcel? ¿Para que te juzguen? ¿Para que te maten?

Elena me miró. Sus ojos estaban llenos de algo que no había visto antes. No era amor. No era culpa. Era determinación.

—Porque quiero que entregues el disco a la UCO —murmuró, la voz firme, cargada de una convicción que me heló la sangre—. Quiero que entregues los nombres. Quiero que desmantelen la red. Quiero que Costa pague por lo que hizo. Por lo que me hizo. Por lo que te hizo. Pero quiero que tú seas libre, Sofía. Libre de esta isla. Libre de esta puta guerra. Libre de mí.

—No puedo hacer eso, Elena —contraataqué, la voz quebrada—. Si entrego el disco, si entrego los nombres, entonces los que están detrás van a venir a por nosotros. Van a venir a por todos los que sabemos la verdad. Y no van a parar hasta que estemos muertos.

—Entonces que vengan —replicó Elena, la voz firme, cargada de una rabia que no le había visto en años—. Que vengan y que ardan. Porque si no hacemos nada, si no los detenemos ahora, entonces van a seguir matando. Van a seguir destruyendo. Van a seguir devorando esta isla y a todos los que viven en ella. Yo no voy a dejar que eso pase. No después de lo que he hecho. No después de lo que soy.

Me quedé mirándola. La mujer que recordaba, la hermana que había llorado durante tres años, la abogada idealista que quería salvar el mundo. Ya no existía. Lo que estaba frente a mí era una desconocida. Una mujer endurecida por la culpa, por la traición, por la supervivencia.

—No puedo dejarte aquí, Elena —murmuré finalmente, la voz quebrada—. No puedo dejarte en la cárcel. No puedo dejarte morir.

Elena sonrió. Una sonrisa torcida, triste, que le llegó a los ojos por primera vez en días.

—Ya estoy muerta, Sofía —murmuró, la voz baja, cargada de una convicción que me heló la sangre—. Morí el día que entregué a Valera. Morí el día que me vendí a los rusos. Morí el día que dejé que Darío se tatuara mi marca. Ya soy un cadáver, Sofía. Solo que todavía no me he dado cuenta.

No respondí. Porque tenía razón. Porque Elena estaba muerta. Porque la mujer que había conocido, la hermana que había amado, había muerto hacía tres años en Sa Caleta. Lo que quedaba era un fantasma. Un eco. Una sombra de lo que había sido.

Me puse de pie, la silla de metal crujiendo bajo mi peso.

—Voy a hablar con Martínez —dije, la voz firme, a pesar del temblor que me sacudía las manos—. Voy a ver qué puedo hacer.

Elena asintió, un gesto mínimo, pero suficiente.

—Gracias, Sofía —murmuró, la voz quebrada—. Gracias por ser la única persona en esta puta isla que todavía cree en mí.

Salí de la sala de interrogatorios, cerrando la puerta detrás de mí. Martínez me esperaba en el pasillo, el rostro pálido, los ojos hundidos.

—¿Qué ha dicho? —preguntó, la voz baja, cargada de una urgencia que no intentaba ocultar.

—Ha confesado —respondí, la voz plana, clínica. La voz de la morgue—. Ha dicho que ella mató a Valera. Que ella lo entregó a los albaneses. Que Costa la obligó, pero que ella lo hizo por miedo.

Martínez me miró, los ojos entrecerrados, evaluándome.

—¿Y qué propone, doctora? —preguntó, la voz baja, cargada de una sospecha que me erizaba la piel—. ¿Cree que es verdad? ¿Cree que su hermana es una asesina?

—Creo que mi hermana está muerta —repliqué, la voz firme, a pesar del temblor que me sacudía las manos—. Creo que lo que queda de ella es un cadáver que todavía respira. Y creo que va a morir en esta puta isla si no hacemos algo.

Martínez me miró un segundo largo. Luego, suspiró, pasándose una mano por la cara.

—Doctora Vance, voy a ser sincero con usted —dijo, la voz bajando a un tono más íntimo, casi conspirador—. Su hermana ha cometido un crimen grave. Ha entregado a un hombre inocente a la muerte. Ha colaborado con un cártel. Ha traicionado a su propio país. Y si la llevamos a juicio, va a pasar el resto de su vida en la cárcel. O peor.

—¿Y qué propone? —pregunté, la voz baja, cargada de una desesperación que me aplastaba el pecho.

Martínez me miró. Sus ojos estaban fríos, calculadores, evaluándome, calculando.

—Propongo un trato —murmuró, la voz bajando a un susurro—. Su hermana testifica contra Costa. Contra los rusos. Contra toda la red. Entrega los nombres. Entrega las pruebas. Entonces a cambio yo me aseguro de que no pase el resto de su vida en la cárcel. A cambio yo me aseguro de que tenga un juicio justo. A cambio yo me aseguro de que salga de esta isla viva.

—¿Y si no acepto? —contraataqué, la voz firme, a pesar del temblor que me sacudía las manos.

—Entonces la acusamos de complicidad en asesinato —replicó Martínez, la voz plana, carente de emoción—. La acusamos de encubrimiento. La acusamos de traición. Y la metemos en la cárcel junto a su hermana. A usted, a Juan, a Darío. A todos.

Me quedé quieta, mirándolo. El inspector de la UCO. El hombre que representaba la ley. El hombre que debía hacer justicia. Y que acababa de amenazar con destruir a toda mi familia si no cooperaba.

—Necesito hablar con Juan —dije finalmente, la voz baja, cargada de una resignación que me aplastaba los hombros—. Necesito hablar con Darío. Necesito pensar.

Martínez asintió, un gesto mínimo, pero suficiente.

—Tiene veinticuatro horas —murmuró, caminando hacia la salida —. Después de eso, o aceptamos el trato, o los acusamos a todos.

Salí del cuartel de la Guardia Civil, caminando por el pasillo, los guardias siguiéndome a distancia. El aire frío de la mañana me golpeó la cara, trayendo el olor a sal y a posidonia. El sol empezaba a salir, tiñendo el cielo de un rosa pálido que se extendía como una mancha de sangre diluida.

Conduje hacia el hospital, las manos aferradas al volante con los nudillos blancos. La adrenalina del interrogatorio se había disipado, dejando un vacío helado y tembloroso en mi pecho. Las palabras de Martínez resonaban en mi cabeza como un eco enfermizo: "O aceptamos el trato, o los acusamos a todos".

Llegué al hospital. Subí a la UCI. Entré en la habitación de Juan. Darío estaba sentado en la silla de plástico, la cabeza entre las manos, los codos apoyados en las rodillas. Levantó la vista cuando entré. Sus ojos estaban inyectados en sangre, las ojeras marcadas como moratones.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, la voz tensa, cargada de una ansiedad que no intentaba ocultar.

Me acerqué a la cama. Juan estaba tumbado, pálido, los ojos hundidos, el tubo de oxígeno en la nariz, el gotero de suero colgando de un soporte junto a la cama. Pero sus ojos, cuando me miraron, estaban despiertos. Alertas. Brillando con esa fiebre que no era de la infección, sino de la obsesión.

—Elena ha vuelto —dije, la voz baja, plana—. Ha confesado que mató a Valera. Que lo entregó a los albaneses. Que Costa la obligó,

pero que ella lo hizo por miedo.

Juan cerró los ojos. Un gesto de dolor que le crispó el rostro. Pero solo por un segundo. Luego los abrió, y la fiebre volvió a encenderse en ellos.

—¿Y qué ha dicho Martínez? —preguntó, la voz un raspado de lija sobre piedra.

—Ha propuesto un trato —respondí, sentándome en el borde de la cama—. Elena testifica contra Costa. Contra los rusos. Contra toda la red. Entrega los nombres. Entrega las pruebas. Y a cambio, Martínez se asegura de que no pase el resto de su vida en la cárcel. De que tenga un juicio justo. De que salga de esta isla viva.

—¿Y si no aceptamos? —insistió Juan, la voz cargada de una urgencia que me heló la sangre.

—Entonces nos acusa a todos —repliqué, la voz firme, a pesar del temblor que me sacudía las manos—. De complicidad en asesinato. De encubrimiento. De traición. Y nos mete en la cárcel. A todos.

Juan me miró. Sus ojos estaban llenos de algo que no había visto antes. No era miedo. No era culpa. Era determinación.

—Entonces aceptamos el trato —murmuró, la voz firme, cargada de una convicción que me heló la sangre—. Porque si no lo hacemos, si no entregamos los nombres, si no desmantelamos la red, entonces van a seguir matando. Van a seguir destruyendo. Van a seguir devorando esta isla y a todos los que viven en ella. Yo voy a dejar que eso pase. No después de lo que he hecho. No después de lo que soy.

Me quedé mirándolo. El hombre que había conocido hacía tres años. El hombre que me había protegido, que me había mentido, que me había follado contra la pared de una morgue. El hombre que acababa de decidir que iba a entregar a su propia cuñada a la justicia. A cambio de la verdad. A cambio de la redención. A cambio de la puta isla.

—Vale —murmuré finalmente, la voz quebrada—. Aceptamos el trato.

Juan asintió, un gesto mínimo, pero suficiente. Cerró los ojos, exhausto, el cuerpo rindiéndose al cansancio, a la infección, a la muerte que lo estaba devorando por dentro.

Darío se puso de pie, acercándose a mí.

—¿Y ahora qué? —preguntó, la voz baja, cargada de una desesperación que me aplastaba el pecho.

—Ahora entregamos el disco —respondí, la voz firme, a pesar del temblor que me sacudía las manos—. Ahora entregamos los nombres. Ahora desmantelamos la red. Ahora quemamos la isla entera con todos sus secretos dentro.

—¿Y Elena? —insistió Darío, la voz quebrada—. ¿Qué va a ser de ella?

No respondí. Porque no tenía respuesta. Porque no sabía qué iba a ser de Elena. Porque no sabía si iba a sobrevivir a esto. Si iba a salir de la cárcel. Si iba a volver a verla. Si iba a volver a ser mi hermana.

Me acerqué a la ventana. Miré el mar. El mar negro y embravecido que se extendía más allá del hospital. El mar que se había tragado a Elena. El mar que se había tragado a Costa. El mar que se había tragado mi inocencia.

CAPÍTULO 25

La caja fuerte del cuartel de la Guardia Civil olía a metal frío y a secretos archivados. Martínez la abrió con una combinación que memoricé de reojo mientras firmaba los papeles de entrega. El disco duro de Costa, envuelto en una bolsa de evidencias plastificada, pasó de mis manos a las suyas con un chasquido seco que resonó en la sala como un disparo.

—Esto cambia todo, doctora —murmuró Martínez, examinando la bolsa contra la luz fluorescente. Sus dedos, largos y manicurados, rozaban el plástico con una delicadeza obscena—. Con esto, podemos desmantelar medio gobierno balear. Podemos meter a jueces, políticos, empresarios. Podemos limpiar esta isla de una puta vez.

—¿Y mi hermana? —pregunté, la voz plana, cargada de una resignación que me aplastaba el pecho—. ¿Qué va a ser de ella?

Martínez guardó el disco en la caja fuerte, cerrando la puerta con un golpe seco. Se giró hacia mí, los ojos fríos, calculadores.

—Su hermana va a testificar —respondió, la voz baja, cargada de una autoridad que no intentaba ocultar—. Va a confesar todo. Va a entregar a los rusos, a los albaneses, a todos los que colaboraron con Costa. Y a cambio, yo me aseguro de que tenga un juicio justo. De que no pase el resto de su vida en la cárcel. De que salga de esta isla viva.

—¿Y si no cumple su parte del trato? —contraataqué, la voz firme, a pesar del temblor que me sacudía las manos—. ¿Y si la mete en la cárcel de todos modos? ¿Y si la usa como chivo expiatorio?

Martínez me miró. Sus ojos estaban llenos de algo que no había visto antes. No era miedo. No era culpa. Era paciencia. La paciencia

de un hombre que ha aprendido a jugar el juego, a mover las piezas, a sacrificar peones para ganar la partida.

—Doctora Vance —murmuró, acercándose a mí, la voz bajando a un susurro—, en esta isla, nadie cumple su parte del trato. Ni usted, ni yo, ni su hermana, ni los rusos, ni los albaneses, ni nadie. Todos mentimos. Todos traicionamos. Todos hacemos lo que tenemos que hacer para sobrevivir. Y luego, cuando todo ha terminado, cuando los cadáveres se han enfriado, cuando las pruebas se han archivado, entonces decidimos quién merece la redención y quién merece el olvido.

Me quedé quieta, mirándolo. El inspector de la UCO. El hombre que representaba la ley. El hombre que debía hacer justicia. Y que acababa de admitir, sin ruborizarse, que todo era una puta farsa.

—Entonces, ¿en qué categoría me coloca? —pregunté, la voz baja, cargada de una rabia que me quemaba las venas—. ¿En la de los que merecen la redención? ¿O en la de los que merecen el olvido?

Martínez sonrió. Una sonrisa torcida, triste, que no le llegó a los ojos.

—Eso depende de usted, doctora —murmuró, caminando hacia la salida—. Depende de lo que haga a partir de ahora. Depende de si coopera. Depende de si mantiene la boca cerrada. Depende de si acepta las reglas del juego. Porque si no, entonces usted y su hermana van a terminar en la misma celda. Y yo no voy a poder hacer nada para evitarlo.

Salí del cuartel de la Guardia Civil, caminando por el pasillo, los guardias siguiéndome a distancia. El aire frío de la mañana me golpeó la cara, trayendo el olor a sal y a posidonia. El sol empezaba a salir, tiñendo el cielo de un rosa pálido que se extendía como una mancha de sangre diluida.

Conduje hacia el hospital, las manos aferradas al volante con los nudillos blancos. La adrenalina del interrogatorio se había disipado, dejando un vacío helado y tembloroso en mi pecho. Las palabras de

Martínez resonaban en mi cabeza como un eco enfermizo: "En esta isla, nadie cumple su parte del trato".

Llegué al hospital. Subí a la UCI. Entré en la habitación de Juan. Darío estaba sentado en la silla de plástico, la cabeza entre las manos, los codos apoyados en las rodillas. Levantó la vista cuando entré. Sus ojos estaban inyectados en sangre, las ojeras marcadas como moratones.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, la voz tensa, cargada de una ansiedad que no intentaba ocultar.

Me acerqué a la cama. Juan estaba tumbado, pálido, los ojos hundidos, el tubo de oxígeno en la nariz, el gotero de suero colgando de un soporte junto a la cama. Pero sus ojos, cuando me miraron, estaban despiertos. Alertas. Brillando con esa fiebre que no era de la infección, sino de la obsesión.

—He entregado el disco —dije, la voz baja, plana—. Martínez tiene los nombres. Tiene las pruebas. Tiene todo lo que necesita para desmantelar la red.

—¿Y Elena? —insistió Darío, la voz quebrada—. ¿Qué va a ser de ella?

—Va a testificar —respondí, sentándome en el borde de la cama —. Va a confesar todo. Y a cambio, Martínez se asegura de que tenga un juicio justo. De que no pase el resto de su vida en la cárcel.

—¿Y tú te lo crees? —contraatacó Darío, la voz cargada de una rabia que no intentaba ocultar—. ¿De verdad te crees que Martínez va a cumplir su parte del trato? ¿De verdad te crees que va a dejar que Elena salga de esta isla viva?

No respondí. Porque no tenía respuesta. Porque no sabía si Martínez iba a cumplir su parte del trato. Porque no sabía si Elena iba a salir de esta isla viva. Porque no sabía si nada de lo que habíamos hecho iba a servir para algo.

Juan cerró los ojos, un gesto de dolor que le crispó el rostro. Pero solo por un segundo. Luego los abrió, y la fiebre volvió a encenderse

en ellos.

—No importa lo que creamos, Darío —murmuró, la voz un raspado de lija sobre piedra—. Lo que importa es lo que vamos a hacer. Porque si no hacemos nada, si no seguimos adelante, si no desmantelamos la red, entonces todo esto habrá sido en vano. Entonces Elena habrá muerto en vano. Entonces Valera habrá muerto en vano. Entonces todos los que han muerto en esta puta isla habrán muerto en vano.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó Darío, la voz baja, cargada de una desesperación que me aplastaba el pecho—. ¿Cómo vamos a desmantelar la red? ¿Cómo vamos a detener a los rusos? ¿Cómo vamos a limpiar esta isla?

—Con la verdad —respondí, la voz firme, a pesar del temblor que me sacudía las manos—. Con la verdad que Elena va a entregar. Con los nombres que Martínez va a usar. Con las pruebas que vamos a asegurar. Porque si no hacemos nada, si no seguimos adelante, entonces vamos a terminar como ellos. Como Costa. Como Valera. Como todos los que han muerto en esta puta isla.

Darío me miró. Sus ojos estaban llenos de algo que no había visto antes. No era miedo. No era culpa. Era determinación. La determinación de un hombre que ha decidido que va a luchar, aunque sepa que va a perder.

—Vale —murmuró finalmente, la voz quebrada—. Vamos a hacerlo. Vamos a desmantelar la red. Vamos a limpiar esta isla. Vamos a asegurarnos de que Elena no haya muerto en vano.

Juan asintió, un gesto mínimo, pero suficiente. Cerró los ojos, exhausto, el cuerpo rindiéndose al cansancio, a la infección, a la muerte que lo estaba devorando por dentro.

Me acerqué a la ventana. Miré el mar. El mar negro y embravecido que se extendía más allá del hospital. El mar que se había tragado a Elena. El mar que se había tragado a Costa. El mar que se había tragado mi inocencia.

Y supe que la guerra por Ibiza había terminado. Pero que la mía acababa de empezar.

Dos días después, recibí la llamada.

Era de Martínez.

—Doctora Vance —dijo, la voz plana, carente de emoción—. Necesito que venga al cuartel. Ahora.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, la voz firme, a pesar del temblor que me sacudía las manos.

—Su hermana —respondió Martínez, la voz baja, cargada de una urgencia que no intentaba ocultar—. Ha intentado escapar.

El mundo se inclinó. El suelo de linóleo pareció moverse bajo mis pies. El olor a desinfectante se volvió asfixiante, rancio, insoportable.

—¿Qué? —articulé, la voz quebrada—. ¿Cómo coño ha intentado escapar?

—Esta mañana, cuando la llevaban a declarar —continuó Martínez, la voz tensa—. Empujó a uno de los guardias. Intentó correr. Intentó escapar del cuartel. Pero cuando la detuvimos dijo algo. Algo que necesito que usted escuche.

—¿Qué dijo? —pregunté, la voz baja, cargada de una desesperación que me aplastaba el pecho.

—Dijo que no era ella —murmuró Martínez, la voz apenas audible —. Dijo que usted sabía la verdad. Que usted sabía que ella no era la que había vuelto. Que usted sabía que la Elena que había vuelto no era su hermana.

Me quedé helada. El corazón me dio un vuelco. La nota. Los rusos. La venganza. Todo se estaba juntando, todo se estaba cerrando sobre mí como una trampa.

—Voy para allá —dije, la voz firme, a pesar del temblor que me sacudía las manos—. Ahora.

Colgué. Me quedé mirando el móvil, la pantalla negra reflejando mi rostro demacrado, mis ojos hundidos, mi boca apretada en una línea dura.

Elena no era Elena.

La mujer que había vuelto, la mujer que había confesado, la mujer que había intentado escapar no era mi hermana.

Era alguien más. Alguien que se hacía pasar por ella. Alguien que quería destruirnos. Alguien que quería vengarse.

Yo había ayudado a esa persona. Había entregado el disco. Había aceptado el trato. Había traicionado a mi hermana, a Juan, a Darío, a todos.

Porque al final, la isla siempre gana. La isla siempre devora a los que intentan cambiarla. Yo ya no era la forense que examinaba los cadáveres. Era uno más de los cadáveres que la isla había devorado.

Conduje hacia el cuartel de la Guardia Civil, las manos aferradas al volante con los nudillos blancos. La adrenalina del shock se había disipado, dejando un vacío helado y tembloroso en mi pecho. Las palabras de Martínez resonaban en mi cabeza como un eco enfermizo: "Dijo que usted sabía la verdad".

Llegué al cuartel. Subí a la sala de interrogatorios. Entré.

La mujer estaba sentada en la silla de metal, las manos esposadas sobre la mesa. Llevaba la misma ropa del aeropuerto, pero ahora estaba arrugada, manchada de tierra y sudor. El pelo cortado a media melena le caía sobre la cara, ocultando parcialmente sus ojos. Pero cuando levantó la vista, cuando me miró, vi algo que no había visto antes en su mirada.

No era Elena.

No era mi hermana.

Era una desconocida. Una actriz. Una impostora. Una mujer que se hacía pasar por Elena para destruirnos.

Yo la había ayudado. La había protegido. La había dejado escapar.

Porque al final, la isla siempre gana. La isla siempre devora a los que intentan cambiarla. Yo ya no era la forense que reconocía los cuerpos. Era uno más de los cadáveres que la isla había devorado.

—Hola, Sofía —dijo la mujer, la voz ronca, cargada de cansancio —. Siento haberte hecho esperar tanto.

Me quedé quieta, mirándola. La mujer que no era mi hermana. La mujer que se hacía pasar por ella. La mujer que había destruido todo por lo que había luchado.

—¿Quién eres? —pregunté, la voz baja, cargada de una rabia que me quemaba las venas—. ¿Quién coño eres?

La mujer sonrió. Una sonrisa torcida, triste, que no le llegó a los ojos.

—Soy Elena —murmuró, la voz baja, cargada de una convicción que me heló la sangre—. Siempre he sido Elena. Entonces tú Sofía, tú siempre lo supiste.

El mundo se inclinó. El suelo de linóleo pareció moverse bajo mis pies. El olor a sudor y a café rancio se volvió asfixiante, rancio, insoportable.

—No —repetí, la voz firme, a pesar del temblor que me sacudía las manos—. No es verdad. Tú no eres Elena. Elena está muerta. Elena murió en Sa Caleta. Yo la vi. Yo la toqué. Yo la autopsié.

La mujer me miró. Sus ojos estaban llenos de algo que no había visto antes. No era amor. No era culpa. Era lástima.

—No, Sofía —murmuró, la voz baja, cargada de una tristeza que me aplastaba el pecho—. No me autopsiaste. Autopsiaste a otra persona. A alguien que se parecía a mí. A alguien que Costa preparó para que tú la encontraras. Para que dejaras de buscar. Para que Juan dejara de preguntar. Para que Darío dejara de sufrir.

—¿Y por qué no estás muerta de verdad? —contraataqué, la voz cargada de desprecio—. ¿Por qué no te largaste a Mónaco con los cinco millones? ¿Por qué volver ahora?

La mujer sonrió. Una sonrisa torcida, triste, que le llegó a los ojos por primera vez en días.

—Porque los rusos no pagan por adelantado, Sofía —murmuró, la voz quebrada—. Y porque Costa tiene amigos en todas partes.

Incluso en Mónaco. Me encontraron antes de que pudiera entregar el disco. Me torturaron. Me obligaron a grabar ese audio. Y luego me devolvieron a Ibiza, con la orden de desaparecer. De hacerme muerta. De dejar de existir.

—Entonces, ¿por qué apareces ahora? —insistí, acercándome un paso más. La pistola seguía en mi mano, pero no la levanté. No podía. No contra ella. No contra mi hermana.

—Porque Costa ha caído —respondió la mujer, mirando hacia el sur, hacia los acantilados de Es Cubells—. La UCO está en su villa. Lo han pillado. Yo he decidido que es el momento de salir de las sombras. De terminar lo que empecé.

—¿Terminar qué? —pregunté, la voz un susurro.

La mujer me miró. Sus ojos estaban llenos de algo que no había visto antes. No era amor. No era culpa. Era determinación. La determinación de una mujer que ha mirado al abismo y ha decidido saltar.

—A Costa, Sofía —murmuró, la voz baja, cargada de una convicción que me heló la sangre—. A Costa y a todos los que le siguieron. A los que me usaron. A los que me torturaron. A los que me obligaron a venderme por cinco millones que nunca llegaron.

Me quedé mirándola. La mujer que recordaba, la hermana que había llorado durante tres años, la abogada idealista que quería salvar el mundo. Ya no existía. Lo que estaba frente a mí era una desconocida. Una mujer endurecida por la tortura, por la traición, por la supervivencia.

CAPÍTULO 26

El aire en la sala de interrogatorios se había vuelto espeso, casi viscoso. Olía a café rancio, a sudor frío y a ese olor metálico que deja el miedo en la piel cuando lleva horas sin ventilación. La luz fluorescente parpadeaba con un zumbido intermitente que me taladraba las sienes. Frente a mí, la mujer seguía sentada, las muñecas esposadas a la argolla de la mesa, la mirada fija en un punto invisible sobre mi hombro. No respiraba como Elena. O sí. No lo sabía. Mi mente era un campo minado de recuerdos superpuestos, de cadáveres que hablaban y de vivos que mentían.

Martínez apoyaba las caderas contra la pared de azulejos, los brazos cruzados, el rostro impasible. Esperaba. Calculaba. Medía mi reacción con la paciencia de un cirujano que observa cómo sangra una arteria antes de cerrar la incisión.

—Necesito pruebas —dije. La voz me salió plana, desprovista de cualquier temblor. No era una súplica. Era un dictamen—. No voy a tragar tu cuento de la doble, ni tu juego psicológico. Si afirmas ser ella, demuéstralo. Científicamente.

La mujer parpadeó. Un movimiento lento, arrastrado. Sus ojos, oscuros y vidriosos, se posaron en los míos. No hubo desafío en su mirada. Solo un cansancio infinito, esa fatiga que carcome los huesos cuando el alma lleva demasiado tiempo arrastrándose.

—Tengo miedo a las agujas, Sofía —susurró. La voz se quebró en la última sílaba, un hilo ronco que se deshilachó en el aire viciado.

—El miedo no altera el esmalte dental —repliqué—. No modifica las huellas dactilares. No reescribe la estructura ósea del pómulo. Martínez, necesito acceso al archivo de identificación de la Guardia Civil. Cotejo de registros dentales de Elena Vance, expediente trescientos doce. Y un kit de toma de muestras biológicas. Ahora.

El inspector no se movió de inmediato. Sus ojos se estrecharon, evaluando el peso de mi demanda, sopesando el riesgo. Finalmente, asintió con un gesto seco y salió de la sala. La puerta se cerró con un clic metálico que resonó como el cerrojo de una celda.

Me acerqué a la mesa. El linóleo crujió bajo mis botas. Me senté frente a ella. A menos de un metro, pude ver lo que antes había ignorado bajo el filtro de la adrenalina y la desesperación. La cicatriz en la barbilla no era la misma. La de Elena había sido una fractura vertical por caída infantil. Esta era oblicua, más fina, con bordes ligeramente elevados. Microsutura. Cirugía estética reciente. O reconstructiva. O ambas.

—Te operaron —dije, manteniendo la distancia clínica—. No solo el rostro. El cuerpo. Las manos. Las cuerdas vocales. Querían borrarte. Querían que dejaras de existir.

Ella no negó. No afirmó. Se limitó a tragar saliva, el movimiento de su nuez marcando la tensión en el cuello. Sus dedos tamborilearon contra la mesa, un ritmo irregular, nervioso. El tatuaje geométrico asomaba por el puño de la camisa, pero los bordes estaban difuminados, borroneados por láser o por ácido. Habían intentado eliminar la marca. Habían fallado.

Martínez regresó con una carpeta gruesa y una bolsa estéril sellada. La dejó sobre la mesa con un golpe seco.

—Tienes diez minutos, doctora —anunció, la voz baja, cargada de una advertencia que no admitía réplica—. Después, la traslado a la unidad de máxima seguridad. Y si los rusos llegan antes, responde por lo que ocurra.

No respondí. Abrí la bolsa. Saqué el hisopo estéril, la lámpara de Wood, las pinzas, el reactivo de ninhidrina para huellas latentes. Encendí la lámpara. La luz ultravioleta bañó sus manos, revelando lo que el ojo desnudo omitía.

Bajo la piel, trazos azulados. Microincisiones. Patrones de sutura quirúrgica. No era cirugía estética. Era modificación facial clandestina. De las que se practican en clínicas no reguladas, con

instrumental esterilizado a medias y anestesia local barata. Costa no solo mataba. Reconfiguraba. Creaba fantasmas con carne prestada.

—Abre la boca —ordené.

Ella obedeció. El olor a clorhexidina y a tabaco rancio me golpeó las fosas nasales. Iluminé la cavidad oral. Registré la arcada superior. Molares con reconstrucciones de amalgama. Incisivos con microfracturas por trauma contuso. El patrón coincidía. Exactamente. Con las radiografías dentales que Elena se hizo antes de desaparecer. Tres años atrás. En mi propia clínica de confianza.

Cerré los ojos un segundo. El zumbido de la luz fluorescente se amplificó, volviéndose un taladro en el cráneo. Abrí los ojos. Saqué el hisopo. Lo froté contra la mucosa yugal. Sellé la muestra en el tubo. La guardé en el bolsillo interior de la bata.

—Eres ella —dije. La voz me salió rasposa, cargada de un peso que me doblaba los hombros—. Pero te fracturaron. No solo la cara. La memoria. La identidad. El trauma disociativo no es un juego, Elena. Es una herida que te obliga a sobrevivir negándote a ti misma.

Ella no lloró. No sonrió. Solo asintió, un gesto mínimo, casi imperceptible. Como si confirmar su propio nombre le costara el último aliento que le quedaba.

Martízon dio un paso al frente. Sus botas resonaron en el linóleo.

—Bonita reconstrucción, doctora —masculló—. Pero no cambia el protocolo. Va a la unidad de máxima seguridad. Testifica. Cumple el trato. Y si sobrevive al proceso, quizás consiga una celda con ventana.

—No va a ninguna unidad —contraataqué, poniéndome de pie. La silla retrocedió con un chirrido metálico—. Va conmigo. A la morgue. Necesito verificar la muestra de ADN con el secuenciador portátil. Y necesito hacerlo fuera del alcance de sus hombres.

Martínez me miró. Sus ojos se volvieron hielo.

—Usted no da órdenes en este cuartel, Vance. Y menos cuando lleva tres días mintiendo a un inspector federal. Entregó el disco. Aceptó el trato. Ahora cúmplalo. O asuma las consecuencias.

El silencio se cerró sobre nosotros como una losa. Solo el zumbido de la luz y la respiración entrecortada de Elena rompían la tensión.

De repente, el móvil de Martínez vibró en su bolsillo. Lo sacó. Miró la pantalla. Su rostro palideció. La mandíbula se tensó. Los dedos apretaron el borde del dispositivo hasta blanquear los nudillos.

—¿Qué pasa? —pregunté, aunque ya lo sabía. Lo sentía en el aire. En la presión atmosférica que precede a la tormenta. En el olor a ozono que se filtra por las rendijas cuando algo se quiebra.

—El puerto —musitó Martínez, la voz un hilo tenso—. Han interceptado una lancha. Cuatro cuerpos. Rusos. Con documentación falsa. Pero en el maletero un explosivo de carga hueca. Calibrado para la zona de carga del cuartel.

No esperé a que terminara. Agarré a Elena por el brazo, la levanté de la silla. Las esposas tintinearon. Martínez reaccionó, pero yo ya había movido la silla entre nosotros, creando una barrera improvisada.

—Darío —grité hacia la puerta—. ¡Lleva el coche al muelle de servicio!

Mi hermano apareció en el umbral, la cara demacrada, el vendaje del costado manchado de un rojo oscuro y fresco. Llevaba una pistola en la mano derecha y las llaves del todoterreno en la izquierda. No preguntó. No dudó. Asintió.

Martínez desenfundó. El cañón negro apuntó directamente a mi pecho.

—Si da un paso más, doctora, le vuelo los sesos —siseó, la voz cargada de una rabia que le crispaba el rostro—. No soy su enemigo. Pero los rusos sí. Y si salen de aquí con la testigo, los arrastrarán a los tres a la puta fosa común.

—Usted ya está en la fosa, inspector —repliqué, sin retroceder—. Solo que aún no lo sabe. Martínez, escúcheme bien. Ese disco no era solo contabilidad. Era un seguro de vida. Y la contraseña no era la fecha de muerte de Elena. Era su propio número de identificación en la red de blanqueo. Si abre la carpeta oculta, verá su nombre. Verá las transferencias. Verá cómo financió la limpieza de Sa Caleta. Verá cómo pagó al forense que alteró el informe de Valera. No está limpiando esta isla. Está tapando sus propios crímenes.

Martínez no bajó el arma. Pero el cañón osciló una fracción de milímetro. La duda se coló en sus ojos, resquebrajando la máscara de autoridad.

—No sabe de qué habla —masculló, aunque la voz le tembló en la última sílaba.

—Sé exactamente de qué hablo —afirmé, acercándome un paso. El olor a pólvora fría y a sudor agrio me envolvió—. Porque lo descubrí cuando cotejé las cuentas del yate. Porque lo confirmé cuando analicé las microfracturas en el cráneo de Valera. Porque su firma está en cada cadáver que esta isla ha devorado. Y si los rusos llegan, si detonan ese explosivo, no solo morirán Elena y yo. Morirá usted. Y su nombre aparecerá en todos los informes de la UCO de Madrid. Como cómplice. Como encubridor. Como el arquitecto de su propia tumba.

Martínez tragó saliva. El movimiento de su nuez fue lento, doloroso. Bajó el arma un centímetro. Luego otro. La culata rozó su muslo. No la guardó. Pero dejó de apuntar.

—Tienen veinte minutos —rezongó, la voz ronca, cargada de una resignación que le encorvó los hombros—. Después, llamo a la unidad táctica. Entonces si no están fuera de la isla, los declaro fugitivos. Con orden de captura y disparo.

No respondí. Agarré a Elena de la muñeca, la arrastré hacia la puerta. Darío ya tenía el vehículo encendido, el motor rugiendo en el pasillo de acceso. Subimos. Las puertas se cerraron con un golpe seco. El todoterreno derrapó sobre el asfalto mojado, saliendo disparado hacia la salida trasera del cuartel.

La lluvia golpeaba el parabrisas como metralla. El limpiaparabrisas luchaba contra el diluvio, moviéndose con un ritmo hipnótico que no lograba despejar la cortina de agua. Miré por el retrovisor. Martínez seguía en el umbral, la figura recortada contra la luz fluorescente, inmóvil. Como una gárgola vigilando un cementerio.

—¿A dónde vamos? —preguntó Darío, las manos aferradas al volante, los nudillos blancos.

—A la clínica de Es Canar —respondí, secándome la lluvia de la cara con el dorso de la mano—. La que Costa financiaba en negro. Donde operan a los fantasmas. Donde guardan los expedientes de los que desaparecen y los que vuelven cambiados. Necesito acceder al archivo físico. Antes de que lo quemen.

—Los rusos van tras nosotros —murmuró Elena desde el asiento trasero. La voz le salía entrecortada, cada palabra un esfuerzo—. Los vi en el puerto. Llevan pasamontañas. Pistolas con silenciadores. No buscan el disco. Buscan sangre.

—Que la busquen —espeté, girándome hacia ella. La miré a los ojos. Ya no veía a la hermana idealista. Veía a una superviviente. A una mujer rota que había aprendido a caminar sobre cristales—. Pero no van a encontrarla en esta isla. Vamos a sacar las pruebas. Vamos a exponer la red. Pero luego quemamos los puentes.

Darío pisó el acelerador. El motor aulló, devorando la carretera hacia el sur. El paisaje se difuminaba tras la lluvia, una mancha de verde oscuro y gris plomizo. Los pinos se alzaban como columnas de una catedral en ruinas. El mar rugía a lo lejos, un animal herido que no perdonaba.

Me llevé la mano al bolsillo. El tubo con la muestra de ADN pesaba contra mi muslo. Frío. Real. Incontestable.

Elena estaba viva. Martínez estaba comprado. Los rusos cerraban el cerco. Yo ya no era la forense que examinaba cadáveres. Era la que los nombraba. La que los contaba. La que decidía quién merecía el olvido y quién merecía la verdad.

El todoterreno tomó la curva hacia Es Canar. Las luces del pueblo brillaban a lo lejos, débiles, parpadeantes. Como faros en una tormenta. Como advertencias.

Pisé el freno. El coche se detuvo frente a un edificio de cristal y hormigón, semioculto tras una verja de obra. La clínica. La fábrica de fantasmas.

—Esperad aquí —ordené, abriendo la puerta. La lluvia me golpeó la cara, helada, cortante—. Si no salgo en quince minutos, arrancad. Y no miréis atrás.

Darío no respondió. Solo asintió. Sus ojos brillaban con una determinación oscura, la misma que había visto en los muelles, en los túneles, en los ojos de los hombres que habían decidido cruzar la línea.

Caminé hacia la entrada. La puerta estaba entreabierta. Un hilo de luz amarilla se colaba por la rendija. Olía a éter, a plástico quemado y a ese olor dulzón que deja la carne cuando se deshace sin prisa.

Empujé. Entré.

La recepción estaba vacía. El mostrador de mármol negro brillaba bajo la luz tenue. Un teléfono sonaba en la oscuridad, un ring metálico que resonaba como una alarma. No contesté. Caminé hacia el pasillo lateral, pegándome a la pared. Mis pasos no hacían ruido. El linóleo absorbía el impacto. El corazón me latía en las sienes, un tambor sordo, constante, implacable.

Al final del pasillo, una puerta de acero. Sin letrero. Sin ventana. Solo un lector de tarjetas magnéticas. Saqué la llave que Lucía me había dado semanas atrás, antes de que todo se desmoronara. La deslicé por la ranura. El LED parpadeó en verde. El cerrojo se retractó con un clic suave.

Abrí la puerta.

El archivo ocupaba la habitación. Estanterías metálicas llenas de carpetas marrones, cajas de plástico, discos duros apilados. El olor a papel viejo y a tinta me golpeó las fosas nasales. Me acerqué a la

primera estantería. Abrí la primera carpeta. Fotografías. Nombres. Fechas. Cirugías. Modificaciones. Testimonios borroneados. La red de Costa no solo blanqueaba dinero. Blanqueaba identidades. Creaba fantasmas. Y los usaba como moneda de cambio, como escudos, como armas.

Busqué. Revisé. Cotejé. Hasta que encontré lo que necesitaba.

Una carpeta roja. Sin nombre. Solo un número grabado en la portada: 042.

La abrí.

Dentro, una radiografía dental. Un informe quirúrgico. Una fotografía de antes y después. Y una nota manuscrita, con la letra inconfundible de Costa:

"Sujeto Vance, E. Reconstrucción facial completa. Alteración vocal parcial. Inducción de amnesia disociativa mediante protocolo farmacológico de escopolamina y midazolam. Estado: operativo. Lealtad: condicionada. Riesgo de recuperación de memoria: alto. Protocolo de neutralización: activo en caso de fuga o delación."

Cerré la carpeta. La apreté contra el pecho. El papel crujía bajo mis dedos. La verdad pesaba. Y pesaba como el plomo.

De repente, un crujido en el pasillo. Pasos. Varios. Rápidos. Determinados. No eran de la Guardia Civil. Eran de hombres que sabían cómo moverse en silencio, cómo respirar sin hacer ruido, cómo matar sin dudar.

Los rusos.

Apagué la luz. Me pegué a la pared. Saqué la pistola de la funda. El metal estaba helado contra mi palma. Conté los pasos. Tres. Cuatro. Se detenían frente a la puerta.

El pomo giró.

No esperé a que abrieran. Disparé.

El estruendo rebotó en las paredes de acero. La puerta saltó hacia adentro. Un cuerpo cayó al suelo, la sangre empapando el linóleo. Los otros dos reaccionaron. Las balas impactaron en las

estanterías, levantando nubes de polvo y papel. Los archivos se dispersaron, volando por el aire como hojas muertas.

Me arrastré tras el mostrador. Disparé de nuevo. Impacto en el hombro. Grito ahogado. Caída. El tercero retrocedió, buscando cobertura. No se la di. Me incorporé. Apunté. Disparé.

Silencio.

Solo el goteo de la sangre y mi propia respiración, corta, superficial, acelerada. Olía a pólvora, a cobre, a éter rancio. Me incorporé. Caminé hacia los cuerpos. No los miré a la cara. No me importaban. Eran herramientas. Y las herramientas se rompen.

Volví a la estantería. Recogí la carpeta roja. La guardé en la chaqueta. Salí de la habitación. Caminé por el pasillo. La lluvia golpeaba el techo de cristal, un sonido sordo, constante, hipnótico.

Llegué a la entrada. Darío tenía el motor encendido. Elena estaba en el asiento trasero, la mirada fija en el vacío, las manos temblorosas. Subí. Cerré la puerta.

—Arranca —dije.

Darío pisó el acelerador. El todoterreno derrapó, saliendo disparado hacia la carretera. La lluvia nos envolvía, lavando la sangre, el polvo, la pólvora. El mar rugía a lo lejos. La isla seguía girando, ajena a nuestra miseria, ajena a nuestros secretos.

Pero ya no éramos los mismos. Ya no creíamos en la redención. Ya no confiábamos en la justicia. Ya solo nos quedaba la verdad. Y la verdad, en Ibiza, no se enterraba. Se quemaba.

Pero yo ya tenía el fósforo.

CAPÍTULO 27

El todoterreno devoraba la carretera hacia el norte, los neumáticos escupiendo grava contra los guardarraíles oxidados. La lluvia golpeaba el parabrisas con una violencia sorda, creando una cortina de agua que distorsionaba las luces de los pueblos lejanos hasta convertirlas en manchas de colores enfermos. El limpiaparabrisas chirriaba, luchando una batalla perdida contra el diluvio.

Darío llevaba las manos aferradas al volante, los nudillos blancos, la mandíbula bloqueada. Su perfil, iluminado por el parpadeo intermitente de las farolas, mostraba la tensión acumulada de tres días sin dormir, de tres días corriendo, disparando, matando. El vendaje de su costado había vuelto a sangrar, una mancha oscura que se extendía bajo la chaqueta de cuero, empapando la tela hasta convertirla en una costra rígida.

Elena iba en el asiento trasero, encogida, los brazos rodeando sus rodillas. La carpeta 042 descansaba en el regazo de Sofía, el papel amarillo bajo la luz tenue del habitáculo. Elena no miraba la carpeta. Miraba por la ventanilla, el rostro reflejado en el cristal, los ojos vacíos, perdidos en un punto invisible más allá de la lluvia y la oscuridad.

—¿Cómo te sientes? —pregunté, sin girarme. La voz me salió baja, cargada de una precaución que no intentaba ocultar.

Elena no respondió de inmediato. Tardó varios segundos, como si la pregunta hubiera tenido que atravesar capas de anestesia, de negación, de memoria fragmentada. Cuando finalmente habló, la voz le salió ronca, arrastrada, como si las palabras tuvieran que abrirse paso a través de un espesor viscoso.

—No sé quién soy —musitó—. Sé que me llamaron Elena. Sé que tuve una hermana. Sé que hubo un hombre, Costa, que me hizo cosas. Pero no lo recuerdo. No lo siento. Es como si me hablaran de otra persona.

Cerré los ojos un segundo. El zumbido del motor, el golpeteo de la lluvia, el crujido del limpiaparabrisas. Todo se mezclaba en una sinfonía mecánica que le taladraba las sienes.

—La amnesia disociativa no es un olvido, Elena —expliqué, manteniendo la voz plana, clínica—. Es un mecanismo de defensa. Tu cerebro te protegió. Borró lo que no podías soportar. Pero los recuerdos siguen ahí. Enterrados. Y van a volver.

—¿Y cuando vuelvan? —preguntó Elena, la voz quebrándose en la última sílaba—. ¿Qué hago con ellos, Sofía? ¿Cómo vivo con ellos?

No respondí. Porque no tenía respuesta. Porque ella misma estaba aprendiendo a vivir con los suyos. Con el recuerdo de Valera en la camilla de la morgue. Con el recuerdo de los chicos ejecutados en Sa Caleta. Con el recuerdo de Elena en la fosa, los ojos abiertos, mirando un horror que Sofía nunca llegaría a ver.

Darío rompió el silencio, la voz tensa, cargada de una urgencia que no intentaba ocultar.

—No podemos seguir así —indicó, los ojos fijos en la carretera, escrutando la oscuridad—. Los rusos nos están cazando. Martínez nos ha declarado fugitivos. Y Elena necesita atención médica real. No podemos seguir operando en clínicas clandestinas y masías abandonadas.

—Tengo un contacto en Formentera —murmuré, sacando el móvil del bolsillo. La pantalla se iluminó, revelando la lista de contactos. Marcó un número que había guardado hacía meses, cuando empecé a sospechar que la isla tenía más capas de las que quería ver.

Sonó cuatro veces. Cinco.

—Diga —contestó una voz de mujer, ronca, cargada de sueño y desconfianza.

—Soy yo —dije, la voz baja, plana—. La forense.

Hubo un silencio al otro lado de la línea. Luego, un suspiro.

—Hace tiempo que no llamas, doctora.

—Necesito verte —contraataqué, apoyando la espalda contra el asiento—. Tengo a mi hermana. Está herida. Necesita atención médica. Y necesito un lugar seguro. Donde nadie nos encuentre.

Otro silencio. Más largo esta vez.

—¿Quién te sigue? —preguntó Lucía, la voz cargada de sospecha.

—Los rusos. Y Martínez. Y medio cártel de Ibiza que quiere vengar a Costa —respondí, la voz firme, a pesar del temblor que me sacudía las manos—. Pero no pueden seguirnos si salimos de la isla.

—Formentera no es un escondite, doctora —replicó Lucía, la voz bajando a un susurro—. Es una trampa. Si los rusos llegan, si Martínez envía a sus hombres, no hay salida. Estás acorralada.

—Entonces necesitamos un barco —insistí, apretando el móvil contra mi oreja—. Uno que nos saque del Mediterráneo. Que nos lleve a Italia. A Grecia. A donde cojones sea.

Lucía suspiró, un sonido largo, cansado, que pareció arrastrar años de decepción y de noches sin dormir.

—Conozco a un tipo en La Savina —murmuró finalmente—. Un pescador viejo, borracho, que debe favores. Tiene un velero. Puede llevaros a Cerdeña. Pero cuesta caro. Muy caro.

—Puedo pagar —respondí, sacando la cartera del bolsillo. Conté los billetes arrugados, manchados de sudor y de sangre seca—. Cinco mil euros. Por adelantado.

—No es suficiente, doctora —replicó Lucía, la voz cargada de una advertencia que no admitía réplica—. Con los rusos detrás, con Martínez detrás, el precio sube. Diez mil. Y no pregunto de dónde salen.

Cerré los ojos. Diez mil euros. Era todo lo que me quedaba. Todo lo que había ahorrado en tres años de morgue, de autopsias, de cadáveres que hablaban y de vivos que mentían.

—Trato hecho —murmuré, la voz baja, cargada de una resignación que me aplastaba los hombros—. ¿Dónde nos esperamos?

—En el faro de La Savina. En dos horas. Pero si veo que alguien os sigue, si veo que alguien os reconoce, entonces no subís al barco. ¿Entendido?

—Entendido —respondí, colgando.

Guardé el móvil en el bolsillo. Miré a Darío.

—Necesitamos llegar a Formentera —dije, con la voz firme a pesar del temblor que me sacudía las manos—. Hay un pescador en La Savina que puede sacarnos de aquí.

Darío asintió, un gesto mínimo, pero suficiente. Giró el volante, tomando la salida hacia el puerto de Ibiza. El todoterreno derrapó sobre el asfalto mojado, corrigiendo el derrape con un movimiento brusco que hizo chirriar los neumáticos.

—¿Y Elena? —preguntó, la voz tensa—. ¿Cómo va a aguantar el viaje? Está en shock. Necesita atención médica.

—Aguantará —respondí, girándome hacia su hermana—. Porque no tiene otra opción.

Elena levantó la vista. Sus ojos estaban llenos de algo que Sofía no había visto antes. No era miedo. No era culpa. Era determinación. La determinación de una mujer que ha decidido que va a sobrevivir, aunque sepa que va a perder.

—Aguantaré —murmuró, la voz baja, cargada de una convicción que heló la sangre de Sofía—. Porque si no lo hago, si me rindo ahora, entonces todo esto habrá sido en vano. Entonces Valera habrá muerto en vano. Entonces todos los que han muerto en esta puta isla habrán muerto en vano.

No respondí. Porque tenía razón. Porque si se rendían ahora, si dejaban que los rusos los alcanzaran, si dejaban que Martínez los encerrara, entonces todo habría sido en vano. Entonces Elena habría sido modificada en vano. Entonces Costa habría ganado.

Yo no iba a dejar que Costa ganara. Ni en la muerte. Ni en la vida.

El puerto de Ibiza estaba vacío a las cuatro de la mañana. Los barcos de pesca se mecían en sus amarres, golpeando los neumáticos con un sonido sordo, rítmico. El olor a pescado podrido y a gasoil se mezclaba con el de la sal y la lluvia reciente. Las luces de los bares se reflejaban en el agua negra, creando manchas de color que se deshacían con cada ola.

Darío detuvo el todoterreno frente a un almacén abandonado, oculto tras una pila de contenedores de obra. Apagó el motor. El silencio cayó sobre ellos como una losa, roto solo por el golpeteo de la lluvia en el techo y el rumor lejano del mar.

—¿Cómo llegamos a Formentera? —preguntó Darío, sacando la pistola de la funda. La comprobó, metiendo la bala en la recámara con un chasquido seco.

—Hay un ferry que sale a las seis —respondí, consultando el móvil—. Pero no podemos arriesgarnos. Si Martínez tiene a sus hombres vigilando el puerto, si los rusos nos están esperando, entonces estamos muertos.

—Entonces necesitamos otro barco —insistió Darío, la voz cargada de una urgencia que no intentaba ocultar—. Uno que no pase por los controles. Uno que nos saque de aquí sin que nadie nos vea.

Pensé un segundo. Luego, asentí.

—Conozco a alguien —murmuré, sacando el móvil del bolsillo—. Un contrabandista en Cala Llentrisca. Tiene una lancha rápida. Puede llevarnos a Formentera en menos de una hora. Pero no va a ser barato.

—No tenemos dinero —replicó Darío, la voz tensa—. Gastamos todo en Lucía.

—Entonces pagaremos con información —respondí, tenía la voz firme, cargada de una determinación que no me había visto en días

—. Le daremos los nombres. Los nombres del disco. Los nombres de la red. A cambio, nos lleva a Formentera. Y luego a Cerdeña.

Darío la miró. Sus ojos estaban inyectados en sangre, las ojeras marcadas como moratones. Pero había algo más en su mirada. Algo que no había visto antes. Aceptación. La aceptación de un hombre que ha decidido que va a luchar, aunque sepa que va a perder.

—Vale —murmuró finalmente, la voz quebrada—. Hagámoslo.

Marqué un número en el móvil. Sonó tres veces antes de que contestaran.

—¿Sí? —dijo una voz de hombre, ronca, cargada de desconfianza.

—Soy la forense —respondí, con la voz baja, plana—. Necesito tu lancha. Para llegar a Formentera. Y luego a Cerdeña.

Hubo un silencio al otro lado de la línea. Luego, una risa seca, carente de cualquier humor.

—Eso cuesta caro, doctora. Muy caro.

—Puedo pagar con información —repliqué con voz firme—. Los nombres del disco. Los nombres de la red. Los nombres de los que blanquean dinero en Ibiza. A cambio, nos llevas a Formentera. Y luego a Cerdeña.

Otro silencio. Más largo esta vez.

—¿Qué nombres? —preguntó el contrabandista, la voz bajando a un susurro.

—Jueces. Políticos. Empresarios. Medio gobierno balear —respondí, la voz cargada de una advertencia que no admitía réplica. Si nos llevas a Formentera y si nos llevas a Cerdeña, entonces te doy los nombres. Todos. Y tú puedes venderlos al mejor postor. O usarlos como seguro de vida.

El contrabandista no respondió de inmediato. Sofía pudo escuchar su respiración al otro lado de la línea, corta, superficial, acelerada. Calculando. Sopesando el riesgo.

—Trato hecho —murmuró finalmente—. Pero rápido. La Guardia Civil está rastreando los puertos. Si nos pillan, entonces estamos jodidos.

—¿Dónde nos esperamos? —pregunté.

—En Cala Llentrisca. En una hora. Pero si veo que alguien os sigue, si veo que alguien os reconoce, entonces no subís al barco. ¿Entendido?

—Entendido —respondí, colgando.

Guardé el móvil en el bolsillo. Miré a Darío.

—Nos espera en Cala Llentrisca —dije, a pesar del temblor que me agitaba las manos—. En una hora.

Darío asintió, metiendo primera. El motor rugió, devorando la carretera hacia el sur. La lluvia nos envolvía, lavando la sangre, el polvo, la pólvora. El mar rugía a lo lejos. La isla seguía girando, ajena a nuestra miseria, ajena a nuestros secretos.

CAPÍTULO 28

Cala Llentrisca apareció entre los pinos como una herida abierta en la costa. La cala era pequeña, de arena oscura, rodeada de acantilados rojos que caían a un mar negro y embravecido. No había luces, ni edificios, ni señales de civilización. Solo el rugido del mar rompiendo contra las rocas y el olor a salitre y a resina de pino mojada.

Darío detuvo el todoterreno detrás de un muro de piedra seca, oculto tras la vegetación. Apagó el motor. El silencio cayó sobre nosotros como una losa, roto solo por el golpeteo de la lluvia en el techo y el rumor lejano del mar.

—¿Estás segura de esto? —preguntó Darío, la voz baja, cargada de una desconfianza que no intentaba ocultar—. Este tipo es un contrabandista. No sabemos si podemos confiar en él.

—No podemos confiar en nadie —repliqué, sacando la pistola de la funda. La comprobé, metiendo la bala en la recámara con un chasquido seco—. Pero no tenemos otra opción. Si esperamos al ferry, si intentamos pasar por los controles, entonces estamos muertos. Martínez tiene a sus hombres en todos los puertos. Los rusos nos están cazando. Necesitamos salir de aquí. Ahora.

Elena levantó la vista desde el asiento trasero. Sus ojos estaban vidriosos, las ojeras marcadas como moratones. La carpeta 042 descansaba en su regazo, el papel amarillo bajo la luz tenue del habitáculo.

—Tengo frío —murmuró, la voz quebrada—. Y miedo.

Me giré hacia ella. La miré a los ojos. Ya no veía a la hermana idealista. Veía a una superviviente. A una mujer rota que había aprendido a caminar sobre cristales.

—Lo sé, Elena —dije, acercándome a ella, poniéndole una mano en el hombro—. Pero vamos a salir de aquí. Vamos a llegar a Cerdeña. Después tenemos qué hacemos.

Elena asintió, un gesto mínimo, pero suficiente. Se envolvió en la chaqueta de cuero, apretándola contra su cuerpo como si pudiera protegerla del frío, del miedo, de los recuerdos que empezaban a volver.

Salimos del coche. La lluvia me golpeó la cara, helada, cortante. El aire olía a sal y a posidonia podrida. El suelo estaba cubierto de agujas de pino, una alfombra mullida que amortiguaba nuestros pasos.

Caminamos hacia la orilla, pegándonos a los acantilados, evitando las zonas expuestas. El mar rugía, las olas rompiendo contra las rocas con una violencia sorda, constante, hipnótica. La espuma blanca se extendía sobre la arena oscura, creando un contraste perverso con la negrura del agua.

A cien metros de la orilla, oculto tras una formación rocosa, vi el barco. Era una lancha rápida, de fibra de vidrio, con un motor fuera de borda que brillaba bajo la luz de la luna. No había luces encendidas. Solo la silueta oscura del casco meciéndose en el agua.

Un hombre estaba de pie junto al barco, fumando un cigarrillo. El brillo rojo del tabaco era lo único cálido en aquel paisaje de pizarra y salitre. Llevaba una chaqueta de cuero negra, vaqueros oscuros, y una gorra de béisbol calada hasta los ojos.

Nos acercamos. El hombre nos observó con desconfianza, el cigarrillo suspendido a medio camino de la boca.

—¿La forense? —preguntó, la voz ronca, cargada de tabaco y de años de noches sin dormir.

—Soy yo —respondí, deteniéndome a tres metros de él—. ¿Tienes el barco listo?

El hombre escupió al agua. Una flema que flotó un segundo antes de disolverse en la negrura del mar.

—Listo y esperando —murmuró, apagando el cigarrillo en la suela de la bota—. Pero primero, los nombres.

Saqué la carpeta 042 del bolsillo interior de la chaqueta. La abrí, pasando las páginas hasta llegar a la lista de nombres. Se la tendí.

El hombre la tomó, examinándola bajo la luz de la luna. Sus dedos, largos y callosos, rozaban el papel con una delicadeza obscena. Leyó en silencio, los labios moviéndose ligeramente, como si pronunciara cada nombre en voz baja.

—Esto vale mucho, doctora —dijo finalmente, guardando la carpeta en el bolsillo interior de la chaqueta—. Más de lo que tú crees.

—Entonces cumplimos el trato —repliqué, la voz firme, a pesar del temblor que me sacudía las manos—. Nos llevas a Formentera. Y luego a Cerdeña.

El hombre asintió, un gesto mínimo, pero suficiente. Hizo un gesto hacia el barco.

—Subid. Rápido. La marea está subiendo y no quiero estar aquí cuando salga el sol.

Ayudé a Elena a subir al barco. Darío me siguió, cojeando ligeramente, la mano apretada contra el costado. El vendaje había vuelto a sangrar, una mancha oscura que se extendía bajo la chaqueta.

El hombre arrancó el motor. El fuera de borda rugió, escupiendo una nube de humo azul. El barco se alejó de la orilla, cortando el agua negra con un chillido metálico.

Me senté en el banco de popa, abrazando a Elena. Ella se acurrucó contra mí, temblando, el frío y el miedo consumiéndola por dentro. Darío se sentó a mi lado, la pistola en el regazo, los ojos escrutando la oscuridad.

Navegamos en silencio. El mar estaba embravecido, las olas golpeando el casco con una violencia sorda, constante. El viento aullaba, arrastrando el olor a sal y a lluvia. La isla de Ibiza se alejaba

lentamente, sus luces parpadeando como estrellas enfermas en el horizonte.

—¿Cuánto falta? —pregunté, la voz baja, cargada de una ansiedad que no intentaba ocultar.

—Una hora hasta Formentera —respondió el contrabandista, sin girarse—. Luego, cuatro horas hasta Cerdeña. Si el tiempo nos respeta.

El tiempo no nos respetó.

A los veinte minutos de navegación, el cielo se oscureció. Las nubes se arremolinaron sobre nosotros, negras y densas, cargadas de lluvia y de relámpagos. El viento aumentó, levantando olas más grandes, más violentas, que golpeaban el casco con la fuerza de un martillo pilón.

—¡Agárrate! —gritó el contrabandista, luchando con el timón—. ¡Se viene una tormenta!

El barco se inclinó violentamente, escorando hacia babor. El agua entró por la borda, helada, salada, empapándonos en segundos. Elena gritó, aferrándose a mi brazo con una fuerza que me dejó marcas en la piel.

—¡Vamos a hundirnos! —gritó Darío, la voz cargada de pánico—. ¡El barco no aguanta!

—¡Cállate y ayuda! —rugió el contrabandista, luchando con el timón—. ¡Saca el agua! ¡Rápido!

Darío obedeció, sacando un cubo de plástico del compartimento de almacenamiento. Empezó a achicar el agua, lanzándola por la borda con movimientos frenéticos, desesperados.

Yo me quedé con Elena, abrazándola, protegiéndola con mi cuerpo. El barco se inclinaba, se enderezaba, se volvía a inclinar. Las olas nos golpeaban, cubriéndonos de agua, ahogándonos.

De repente, un relámpago iluminó el cielo. Y en ese destello cegador, vi algo que me heló la sangre.

A cien metros, a estribor, una lancha rápida nos seguía. No era una lancha de pesca. No era un barco de recreo. Era una lancha militar, negra, sin luces, con cuatro hombres a bordo. Todos llevaban pasamontañas. Todos llevaban armas automáticas.

Los rusos.

—¡Nos han encontrado! —grité, señalando la lancha—. ¡A babor! ¡Rápido!

El contrabandista giró el timón con violencia. El barco escoró, casi volcando, antes de enderezarse. La lancha rusa nos seguía, ganando terreno, acercándose con cada ola.

—¡No podemos escapar! —gritó Darío, dejando caer el cubo—. ¡Son más rápidos!

—Entonces peleamos —replicó el contrabandista, sacando una escopeta recortada de debajo del asiento—. ¡Agarraos! ¡Voy a hacer una maniobra!

El barco giró bruscamente, describiendo un círculo cerrado en el agua. La lancha rusa nos siguió, pero el giro la obligó a reducir la velocidad, a perder terreno.

El contrabandista levantó la escopeta. Apuntó. Disparó.

El estruendo fue ensordecedor, ahogado por el rugido del mar y el aullido del viento. La bala impactó en el casco de la lancha rusa, levantando un chorro de agua y metal. No fue un impacto letal. Pero fue suficiente para hacerlos dudar, para hacerlos reducir la velocidad, para hacerlos pensar dos veces antes de acercarse.

—¡No van a parar! —grité, aferrándome a Elena—. ¡Van a seguirnos hasta el infierno!

—Entonces los llevaremos con nosotros —replicó el contrabandista, recargando la escopeta con movimientos expertas—. ¡Agárrate, doctora! ¡Vamos a hacer algo estúpido!

El barco giró de nuevo, esta vez hacia la lancha rusa. El contrabandista pisó el acelerador, devorando la distancia entre nosotros y ellos.

—i¿Qué coño haces?! —gritó Darío, la voz cargada de pánico—. ¡Nos van a matar!

—¡No si los embestimos primero! —rugió el contrabandista, los ojos brillando con una locura que me heló la sangre—. ¡Agárrate!

El barco aceleró, lanzándose hacia la lancha rusa como un misil. Los rusos reaccionaron, disparando. Las balas impactaron en el agua, en el casco, en el motor. El ruido fue ensordecedor, una sinfonía de metal y de muerte.

A diez metros de la lancha rusa, el contrabandista giró el timón bruscamente. El barco escoró, casi volcando, antes de enderezarse. Pasamos rozando la lancha rusa, tan cerca que pude ver los rostros de los rusos, sus ojos inyectados en sangre, sus bocas abiertas en gritos de rabia.

El impacto fue brutal. Nuestra proa golpeó el casco de la lancha rusa, levantándola, haciéndola girar sobre sí misma. El agua entró por la borda, inundando el barco ruso. Los hombres gritaron, intentando mantener el equilibrio, intentando no caer al agua.

—¡Ahora! —gritó el contrabandista—. ¡Saltemos!

No esperé a que terminara de hablar. Agarré a Elena, la levanté del banco. Darío me siguió, cojeando, la mano apretada contra el costado. Saltamos al agua.

El frío me golpeó como un muro de hormigón. El agua me cubrió, ahogándome, arrastrándome hacia el fondo. Pataleé, luchando contra el peso de la ropa empapada, contra el agotamiento muscular, contra la gravedad.

Salí a la superficie, tosiendo, escupiendo agua negra. A mi lado, Elena luchaba por mantenerse a flote, los brazos agitándose en el agua. Darío apareció a mi izquierda, tosiendo, escupiendo. El contrabandista nadaba hacia la orilla, la escopeta en una mano, la otra agarrando una cuerda que había atado a un flotador.

Detrás de nosotros, la lancha rusa se hundía lentamente, los hombres gritando, intentando escapar del barco que se iba a pique.

Nadamos hacia la orilla. El agua estaba helada, arrastrándonos con una corriente suave pero constante. Mis músculos se quejaban, agarrotados por la hipotermia súbita. Elena estaba a mi lado, su respiración un jadeo ronco, sincronizado con el golpe de las olas.

Llegamos a la orilla. Nos arrastramos hasta la arena, dejando que las olas nos lameran los pies. El aire frío me golpeó la piel empapada. Tosi, escupiendo agua marina, respirando con espasmos profundos que me desgarraban la garganta.

A mi lado, Elena estaba tumbada de espaldas, con los ojos cerrados, el pecho subiendo y bajando de forma errática. Darío se dejó caer a su lado, la mano apretada contra el costado, la sangre empapando la chaqueta.

El contrabandista se acercó, la escopeta en la mano, el rostro pálido, los ojos hundidos.

—Estamos vivos —murmuró, la voz un hilo ronco—. Pero no por mucho tiempo. Los rusos van a llegar a la orilla. Y cuando lo hagan, van a matarnos a todos.

Me puse de pie, las piernas temblando, el frío calándome hasta los huesos. Miré hacia el mar. La lancha rusa ya no se veía. Solo las olas, negras y embravecidas, rompiendo contra las rocas.

—Tenemos que movernos —dije, la voz firme, a pesar del temblor que me sacudía las manos—. Tenemos que encontrar un lugar seguro. Tenemos que esperar a que amanezca. Luego veremos qué hacemos.

Darío se incorporó, apoyándose en Elena. Ella abrió los ojos, mirándome con una expresión que no había visto antes. No era miedo. No era culpa. Era determinación. La determinación de una mujer que ha decidido que va a sobrevivir, aunque sepa que va a perder.

—Vamos —murmuró Elena, la voz baja, cargada de una convicción que heló la sangre—. Vamos a salir de aquí.

Empezamos a caminar por la playa, pegándonos a los acantilados, evitando las zonas expuestas. El viento aullaba,

arrastrando el olor a sal y a lluvia. El mar rugía, las olas rompiendo contra las rocas con una violencia sorda, constante, hipnótica.

Y supe que la guerra por Ibiza no había terminado. Que la guerra por nuestras vidas no había terminado. Que la guerra por la verdad no había terminado.

Pero ya no éramos los mismos. Ya no creíamos en la redención. Ya no confiábamos en la justicia. Ya solo nos quedaba la verdad. Y la verdad, en Ibiza, no se enterraba. Se quemaba.

Yo ya tenía la cerilla.

CAPÍTULO 29

La arena de la playa de Migjorn se pegaba a mi piel empapada como una segunda epidermis, fría y granulosa. Cada paso era un esfuerzo titánico, los músculos de mis piernas protestando con espasmos involuntarios que me hacían tambalear. El viento del norte aullaba entre las dunas, arrastrando el olor a salitre y a posidonia podrida, creando una sinfonía de sonidos que se mezclaban con el jadeo entrecortado de Elena y el cojeo arrastrado de Darío.

El contrabandista iba diez metros por delante, la escopeta recortada en una mano, una linterna apagada en la otra. Su silueta se recortaba contra el cielo plomizo, una sombra más entre las sombras que devoraban la costa sur de Formentera. No había luces. No había edificios. Solo el rugido del mar y el crujido de la arena bajo nuestras botas.

—No podemos seguir así —mascullé, la voz raspada por la sal y el agotamiento—. Elena no va a aguantar mucho más. Y Darío se está desangrando.

El contrabandista se detuvo. Se giró, el rostro una máscara de sombras bajo la luz difusa del amanecer que empezaba a filtrarse por el horizonte. Sus ojos, hundidos en cuencas oscuras, me recorrieron de arriba abajo, evaluando, calculando.

—Hay una casa —dijo, la voz baja, cargada de una resignación que le encorvaba los hombros—. A dos kilómetros, tierra adentro. De un viejo amigo. Está vacía. Nadie va allí.

—¿Y tu amigo? —pregunté, apretando el brazo de Elena con más fuerza. Su piel estaba helada, los labios cianóticos, la respiración un silbido superficial que me erizaba la piel.

—Muerto —replicó el contrabandista, girándose de nuevo hacia el interior de la isla—. Hace tres años. De un infarto. La casa sigue ahí.

Las llaves también.

No pregunté más. No había tiempo para preguntas. Solo había tiempo para caminar, para sobrevivir, para mantener a Elena consciente, para evitar que Darío se desmayara, para no mirar atrás, hacia el mar, hacia los rusos que seguramente estaban llegando a la orilla, buscando sangre.

Caminamos en silencio, pegándonos a las dunas, evitando las zonas expuestas. El suelo cambiaba de arena a tierra compacta, luego a roca, luego a vegetación baja de sabinas y enebros que nos raspaban las piernas con sus ramas espinosas. El olor a resina se mezclaba con el de la sal, creando un aroma acre que me quemaba las fosas nasales.

A los veinte minutos, la casa apareció entre los árboles. Era una construcción baja, de piedra blanca, con el tejado de tejas árabes medio desplomado en un lateral. Las ventanas estaban tapiadas con tablones de palé, las puertas cerradas con cadenas oxidadas. No había luces, ni señales de vida. Solo el silencio denso, asfixiante, de un lugar abandonado durante años.

El contrabandista se acercó a la puerta principal. Sacó un llavero del bolsillo de la chaqueta, buscando entre las llaves con dedos temblorosos. Encontró la correcta, la deslizó en la cerradura. El metal gimió, oxidado, antes de ceder con un chasquido seco. Empujó la puerta. Se abrió con un chirrido que resonó en el silencio de la mañana.

El interior olía a moho, a madera podrida, a años de abandono. El suelo estaba cubierto de una capa de polvo y hojas secas que crujieron bajo nuestras botas. Las paredes estaban desconchadas, la pintura amarillenta cayendo en tiras como piel muerta. En el centro de la habitación, una mesa de madera coja, rodeada de sillas desvencijadas. En una esquina, un sofá de cuero rajado, el relleno asomando por las grietas como entrañas expuestas.

—Aquí —dijo el contrabandista, señalando el sofá—. Dejadla aquí.

Ayudé a Elena a sentarse. Se dejó caer, el cuerpo flácido, los ojos cerrados, la respiración entrecortada. Darío se sentó a su lado, la mano apretada contra el costado, la sangre empapando la chaqueta hasta convertirla en una costra rígida y oscura.

El contrabandista se acercó a una alacena en la esquina. La abrió, sacando una botella de whisky, dos vasos, y un botiquín de primeros auxilios viejo, manchado de óxido. Lo dejó sobre la mesa, junto a la botella.

—Limpia la herida —me ordenó, señalando a Darío—. Yo voy a vigilar la entrada. Si los rusos llegan, necesito verlos venir.

Asentí, sacando mi kit forense de la mochila impermeable. La abrí, sacando gasas estériles, alcohol, hilo de sutura, agujas. El olor a antiséptico me golpeó las fosas nasales, un contraste perverso con el hedor a moho y a abandono que impregnaba la casa.

Me arrodillé junto a Darío. Rasgué la chaqueta con las tijeras quirúrgicas, exponiendo el vendaje. La tela estaba empapada en sangre oscura, coagulada, pegada a la piel. La retiré con cuidado, tirando de los bordes para no arrancar los puntos que Juan le había puesto en la masía.

La herida era un desastre. Los puntos se habían abierto, la piel inflamada, los bordes enrojecidos, brillantes por la infección. La carne olía a pus y a carne dulce, ese olor inconfundible de la sepsis que empieza a devorar los tejidos.

—Necesito coser esto de nuevo —dije, la voz plana, clínica. La voz de la morgue—. Pero primero tengo que limpiar la infección. Va a doler.

Darío asintió, los dientes apretados, el sudor perlándole la frente. No dijo nada. Solo cerró los ojos, preparándose.

Vertí el alcohol sobre la herida. Darío gruñó, un sonido gutural, animal, que se le atascó en la garganta. Su cuerpo se tensó, los músculos del cuello marcados como cables de acero. Le agarré el hombro con una mano, inmovilizándolo, mientras con la otra limpiaba la herida con gasas empapadas en suero.

La sangre salió, oscura, espesa, mezclada con pus y restos de tejido necrótico. El olor era insoportable, una mezcla de cobre y de carne podrida que me revolvió el estómago. Pero no me detuve. Seguí limpiando, raspando, hasta que la herida quedó limpia, los bordes de la piel expuestos, rosados, vivos.

Saqué la aguja curva, el hilo de poliamida. Empecé a coser, punto a punto, la piel cerrándose bajo mis dedos con una precisión mecánica. Darío respiraba con dificultad, los ojos cerrados, el sudor cayendo por su rostro, empapando el cuello de la camisa.

—Ya está —murmuré finalmente, cortando el hilo con las tijeras —. Pero necesitas antibióticos. Si no, la infección va a volver. Y la próxima vez, no voy a poder coserte.

Darío abrió los ojos. Me miró. Sus ojos estaban vidriosos, las pupilas dilatadas por el dolor y la fiebre.

—Gracias —susurró, la voz un hilo ronco.

No respondí. Me puse de pie, limpiándome las manos en los pantalones. Me acerqué a Elena, que seguía sentada en el sofá, los ojos cerrados, la respiración entrecortada.

Me arrodillé a su lado. Le tomé el pulso. Débil, filiforme, taquicárdico. La hipotermia había hecho su trabajo, el cuerpo luchando por mantener el calor interno, sacrificando las extremidades, los órganos periféricos.

—Elena —llamé, suavemente—. Elena, despierta.

No respondió. Le levanté los párpados. Las pupilas estaban contraídas, reactivas a la luz. No había daño neurológico. Solo shock, agotamiento, y el trauma de la amnesia disociativa que empezaba a romperse, los recuerdos volviendo como una marea negra que amenazaba con ahogarla.

Saqué una manta de la mochila, la extendí sobre ella, cubriéndola hasta el cuello. Luego, vertí un poco de whisky en un vaso, me acerqué a sus labios.

—Bebe —ordené, la voz firme, cargada de una autoridad que no sentía—. Necesito que despiertes. Necesito que estés consciente.

Elena entreabrió los ojos. Me miró. Sus ojos estaban vacíos, perdidos, como si no me reconociera. Como si no supiera dónde estaba, quién era, qué había pasado.

—¿Sofía? —murmuró, la voz quebrada, cargada de una confusión que me aplastaba el pecho.

—Sí, soy yo —respondí, acercando el vaso a sus labios—. Bebe.

Elena obedeció, tragando el whisky con dificultad, el líquido ámbar bajando por su garganta con un sonido sordo. Tosió, escupiendo, pero luego tragó de nuevo, y de nuevo, hasta que el vaso estuvo vacío.

El color empezó a volver a sus mejillas, un rosa pálido que contrastaba con la palidez mortecina de su rostro. Sus ojos se enfocaron, reconociéndome, reconociendo la habitación, reconociendo a Darío sentado a su lado, la mano apretada contra el costado, el rostro pálido.

—¿Dónde estamos? —preguntó, la voz ronca, cargada de una desorientación que me heló la sangre.

—Formentera —respondí, sentándome a su lado, poniéndole una mano en el hombro—. Estamos en una casa abandonada. El contrabandista nos trajo aquí. Los rusos nos siguen. Martínez nos busca. Pero Elena, necesito que me escuches. Necesito que te concentres.

Elena me miró. Sus ojos estaban llenos de algo que no había visto antes. No era miedo. No era culpa. Era determinación. La determinación de una mujer que ha decidido que va a sobrevivir, aunque sepa que va a perder.

—Te escucho —murmuró, la voz firme, a pesar del temblor que le sacudía las manos.

—La carpeta 042 —dije, sacándola del bolsillo interior de la chaqueta—. La que robé de la clínica de Es Canar. Tiene tu

expediente. Tu cirugía. Tu amnesia. Todo. Y tiene los nombres. Los nombres de la red de Costa. Los nombres de los que blanquean dinero en Ibiza. Los nombres de los que mataron a Valera. De los que te torturaron. De los que intentaron borrarte del mapa.

Elena tomó la carpeta con manos temblorosas. La abrió, pasando las páginas, leyendo en silencio. Sus ojos se movían rápidamente, absorbiendo la información, procesándola, archivándola. Cuando llegó a la última página, cuando vio su propia fotografía, la de antes y la de después, la carpeta se le escapó de las manos, cayendo al suelo con un golpe sordo.

—Soy yo —murmuró, la voz quebrada—. Soy yo. Pero no soy yo.

—Eres tú —repliqué, acercándome a ella, poniéndole las manos en los hombros—. Eres Elena Vance. Y vas a testificar. Vas a entregar los nombres. Vas a desmantelar la red. Después vamos a ver si quedamos vivos para contarlo.

Elena me miró. Sus ojos estaban llenos de lágrimas, pero no lloró. Asintió, un gesto mínimo, pero suficiente.

—Vale —murmuró, la voz firme, cargada de una convicción que heló la sangre—. Vamos a hacerlo.

De repente, el crujido de la grava fuera nos heló la sangre. Pasos. Varios. Rápidos. Determinados. No eran de animales. Eran de hombres que sabían cómo moverse en silencio, cómo respirar sin hacer ruido, cómo matar sin dudar.

El contrabandista apareció en la puerta, la escopeta en la mano, el rostro pálido, los ojos hundidos.

—Han llegado —murmuró, la voz un hilo ronco—. Tres hombres. Armados. Rusos.

Me puse de pie, sacando la pistola de la funda. La comprobé, metiendo la bala en la recámara con un chasquido seco. Darío hizo lo mismo, cojeando hasta la ventana tapiada, asomando el cañón por una rendija.

—¿Cuántas balas tienes? —preguntó, la voz tensa.

—Siete en el cargador. Una en la recámara —respondí, pegándome a la pared, junto a la puerta.

—Yo tengo cuatro —murmuró Darío, la voz cargada de una resignación que me aplastaba el pecho.

—Y yo tengo seis en la escopeta —añadió el contrabandista, recargando con movimientos expertas—. Pero no van a ser suficientes.

—No necesitamos que lo sean —replicó Elena, poniéndose de pie, la carpeta 042 en la mano—. Solo necesitamos que nos den tiempo suficiente para escapar.

—¿Escapar? —repitió Darío, la voz cargada de incredulidad—. ¿Cómo coño vamos a escapar? Estamos rodeados.

—Por la ventana trasera —respondió Elena, señalando hacia el fondo de la habitación—. Hay una ventana tapiada, pero los tablones están podridos. Si los empujamos, podemos salir. Y luego correr hacia el bosque.

—No vamos a llegar al bosque —contraataqué, la voz firme, a pesar del temblor que me sacudía las manos—. Los rusos nos van a alcanzar antes de que lleguemos a los árboles.

—Entonces nos escondemos —insistió Elena, la voz cargada de una determinación que no le había visto en días—. Hay un sótano bajo la casa. Lo vi cuando entramos. La trampilla está bajo la alfombra.

Me giré hacia ella. Sus ojos estaban brillando con una luz que no había visto antes. No era miedo. No era culpa. Era memoria. Los recuerdos estaban volviendo. Los recuerdos de la casa. De los veranos de la infancia. De cuando veníamos a Formentera con nuestros padres, antes de que todo se desmoronara.

—Tú conoces esta casa —murmuré, la voz quebrada.

Elena asintió, un gesto mínimo, pero suficiente.

—Era de la abuela —murmuró, la voz baja, cargada de una nostalgia que me aplastaba el pecho—. Antes de que muriera. Antes

de que todo se pudriera.

No pregunté más. No había tiempo para preguntas. Solo había tiempo para sobrevivir.

Empujé la alfombra hacia un lado. La trampilla estaba ahí, de madera vieja, con un anillo de hierro oxidado. Tiré de ella. Se abrió con un chirrido agudo, revelando una escalera de piedra que descendía hacia la oscuridad.

—Baja —ordené, señalando a Elena—. Darío, tú también. Yo cubro la retirada.

—No voy a dejarte sola —replicó Darío, la voz cargada de una terquedad que me heló la sangre—. No después de todo lo que hemos pasado.

—No me estás dejando sola —contraataqué, acercándome a él, poniéndole las manos en el pecho—. Me estás protegiendo. Protegiendo a Elena. Protegiendo la verdad. Si nos pillan a todos, si nos matan a todos, entonces la carpeta se pierde. Entonces los nombres se pierden. Entonces todo esto habrá sido en vano.

Darío me miró. Sus ojos estaban llenos de algo que no había visto antes. No era miedo. No era culpa. Era aceptación. La aceptación de un hombre que ha decidido que va a luchar, aunque sepa que va a perder.

—Vale —murmuró finalmente, la voz quebrada—. Pero si no sales en cinco minutos, vuelvo a buscarte. Y te juro que te voy a matar yo mismo si te quedas ahí arriba esperando a que te maten.

Sonreí. Una sonrisa torcida, triste, que no me llegó a los ojos.

—Trato hecho —respondí, empujándolo hacia la trampilla.

Darío bajó, cojeando, ayudando a Elena. El contrabandista los siguió, la escopeta en la mano, el rostro pálido, los ojos hundidos.

Me quedé sola en la habitación, la pistola en la mano, la respiración entrecortada. Escuché los pasos de los rusos acercándose, el crujido de la grava bajo sus botas, el sonido metálico de las armas siendo amartilladas.

Respiré hondo. El aire olía a moho, a pólvora, a miedo. Me pegué a la pared, junto a la puerta, esperando.

Los pasos se detuvieron fuera. Silencio. Luego, el sonido de la puerta siendo pateada. La madera crujió, astillándose, antes de ceder con un estruendo que resonó en la habitación.

Los rusos entraron. Tres hombres, pasamontañas negros, armas automáticas en las manos. Se movieron con precisión militar, escaneando la habitación, buscando objetivos.

No les di tiempo a encontrarme.

Disparé.

El estruendo fue ensordecedor, ahogado por el silencio de la casa. La bala impactó en el pecho del primer ruso, levantándolo del suelo y lanzándolo hacia atrás. Los otros dos reaccionaron, disparando. Las balas impactaron en las paredes, levantando nubes de polvo y yeso.

Me arrastré tras el sofá, disparando de nuevo. Impacto en el hombro. Grito ahogado. Caída. El tercero retrocedió, buscando cobertura. No se la di. Me incorporé. Apunté. Disparé.

Silencio.

Solo el goteo de la sangre y mi propia respiración, corta, superficial, acelerada. Olía a pólvora, a cobre, a moho. Me incorporé. Caminé hacia los cuerpos. No los miré a la cara. No me importaban. Eran herramientas. Y las herramientas se rompen.

Bajé por la trampilla, cerrándola detrás de mí. La oscuridad me envolvió, absoluta, densa. Solo se escuchaba el goteo del agua en algún lugar lejano y nuestra propia respiración.

Encendí la linterna. El haz de luz iluminó el sótano. Era pequeño, de piedra, con las paredes húmedas, cubiertas de musgo y salitre. En el centro, una mesa de madera vieja, rodeada de sillas desvencijadas. En una esquina, un colchón manchado, cubierto con una manta raída.

Elena estaba sentada en el colchón, la carpeta 042 en el regazo, la mirada perdida en un punto invisible. Darío estaba a su lado, la mano apretada contra el costado, el rostro pálido. El contrabandista estaba de pie, junto a la escalera, la escopeta en la mano, escrutando la oscuridad.

—Estamos vivos —murmuré, guardando la pistola en la funda—. Pero no por mucho tiempo. Los rusos van a registrar la casa. Van a encontrar la trampilla. Y van a bajarnos a matar.

—Entonces necesitamos un plan —replicó Elena, la voz firme, a pesar del temblor que le sacudía las manos—. No podemos quedarnos aquí esperando a que nos maten.

—¿Y qué propones? —preguntó Darío, la voz cargada de una desesperación que me aplastaba el pecho—. ¿Cómo coño salimos de aquí?

Elena me miró. Sus ojos estaban llenos de algo que no había visto antes. No era miedo. No era culpa. Era determinación. La determinación de una mujer que ha decidido que va a sobrevivir, aunque sepa que va a perder.

—Conozco un túnel —murmuró, la voz baja, cargada de una nostalgia que me heló la sangre—. Conecta el sótano con la playa. La abuela lo usaba para esconderse de los contrabandistas. Para escapar cuando las cosas se ponían feas.

—¿Dónde está? —pregunté, acercándome a ella.

—En la pared del fondo —respondió Elena, señalando con la barbilla hacia el fondo del sótano—. Detrás de esa estantería.

Me acerqué a la estantería. Estaba pegada a la pared, llena de botellas viejas, polvo, y telarañas del tamaño de mi mano. La empujé. No se movió. Empujé con más fuerza. La madera crujió, antes de ceder, revelando una abertura oscura, estrecha, apenas lo suficiente para que pasara una persona.

—Es por aquí —murmuré, encendiendo la linterna.

El túnel era de piedra, bajo, estrecho, el suelo cubierto de arena y agua estancada. El olor a salitre y a moho era asfixiante, una película pegajosa que se adhería a la piel. Avancé, pegándome a la pared, el techo rozándome la cabeza, obligándome a encorvarme.

Los otros me siguieron, en silencio, la respiración entrecortada, los pasos amortiguados por la arena húmeda. El túnel serpenteaba, subiendo y bajando, estrechándose y ensanchándose. Las paredes estaban cubiertas de grafitis antiguos, nombres y fechas borrados por el tiempo y la humedad. Alguien había estado aquí antes. Alguien que no había salido.

A los diez minutos, el túnel desembocaba en una playa escondida, bajo los acantilados del sur de Formentera. No había nadie. Solo el rugido del mar, el viento aullando entre las rocas, y el olor a sal y a posidonia podrida.

Salimos del túnel, cayendo de rodillas en la arena, respirando con espasmos profundos que nos desgarraban la garganta. El aire frío nos golpeó la piel empapada, un contraste perverso con el calor asfixiante del túnel.

—Estamos vivos —murmuró Darío, la voz un hilo ronco—. Pero no por mucho tiempo. Los rusos van a seguirnos. Van a registrar la playa. Van a encontrarnos.

—Entonces necesitamos un barco —replicó Elena, poniéndose de pie, la carpeta 042 apretada contra el pecho—. Uno que nos saque de aquí. Que nos lleve a Cerdeña. O a Italia. O a donde cojones sea.

—No tenemos dinero —contraataqué, la voz firme, a pesar del temblor que me sacudía las manos—. Gastamos todo en el contrabandista. Y él nos traicionó.

—No nos traicionó —replicó Elena, la voz cargada de una convicción que heló la sangre—. Nos trajo aquí. A la casa de la abuela. Al túnel. Sabía lo que hacía. Sabía que íbamos a necesitar una salida.

—¿Y cómo coño sabes eso? —preguntó Darío, la voz cargada de incredulidad.

Elena no respondió. Se limitó a mirar el mar, las olas rompiendo contra las rocas con una violencia sorda, constante, hipnótica. El viento aullaba, arrastrando el olor a sal y a lluvia.

CAPÍTULO 30

La arena se me pegaba a las rodillas como una costra de sal y sangre. El viento del norte aullaba entre los acantilados, arrastrando el olor a posidonia podrida y a lluvia inminente. Me incorporé sobre los codos, las articulaciones crujiendo, los músculos protestando con espasmos involuntarios que me hacían temblar. A mi lado, Elena tosía, escupiendo agua negra, el rostro contraído en una mueca de dolor.

Darío se arrastró hasta nosotros, cojeando, la mano apretada contra el costado. El vendaje se había deshecho, la herida abierta, la sangre manando oscura y espesa sobre la arena. El contrabandista apareció detrás, la escopeta en una mano, una cuerda en la otra. Su rostro estaba pálido, los ojos hundidos, pero la mandíbula apretada con esa determinación de quien ha decidido que no va a morir hoy.

—No podemos quedarnos aquí —masculló, escupiendo arena—. Los rusos van a registrar la playa. Van a encontrar el túnel. Y van a bajarnos a matar.

Me puse de pie, las piernas temblando, el frío calándome hasta los huesos. Miré hacia el mar. Las olas rompían contra las rocas con una violencia sorda, constante, hipnótica. No había barcos a la vista. No había luces. No había esperanza.

—Necesitamos un barco —dije, la voz raspada por la sal y el agotamiento—. Uno que nos saque de aquí. Que nos lleve a Cerdeña. O a Italia. O a donde cojones sea.

El contrabandista escupió al agua. Una flema que flotó un segundo antes de disolverse en la negrura del mar.

—Conozco a un tipo en Es Pujols —murmuró, guardando la escopeta bajo la chaqueta—. Un pescador viejo, borracho, que debe

favores. Tiene una lancha. Puede llevarnos a Cerdeña. Pero no va a ser barato.

—No tenemos dinero —replicó Darío, la voz cargada de una desesperación que me aplastaba el pecho—. Gastamos todo en ti. Y tú nos trajiste a una casa abandonada con rusos detrás.

—Os traje a la casa de vuestra abuela —contraatacó el contrabandista, la voz cargada de una rabia que no intentaba ocultar —. Os traje al túnel. Os traje a un lugar donde nadie os encontraría. Si hubiera querido traicionaros, os habría dejado en la playa con los rusos.

Elena se incorporó, apoyándose en mi brazo. Sus ojos estaban vidriosos, las ojeras marcadas como moratones, pero la mirada era firme, cargada de una determinación que me heló la sangre.

—Tiene razón —murmuró, la voz baja, cargada de una convicción que me erizó la piel—. Nos trajo aquí. A la casa de la abuela. Sabía lo que hacía. Sabía que íbamos a necesitar una salida.

—¿Y cómo coño sabes eso? —preguntó Darío, la voz cargada de incredulidad—. ¿Desde cuándo conoces a este tío?

Elena no respondió. Se limitó a mirar al contrabandista, los ojos entrecerrados, evaluándolo, calculando. Luego, asintió, un gesto mínimo, pero suficiente.

—Lo conozco —murmuró, la voz baja, cargada de una nostalgia que me aplastaba el pecho—. De antes. De antes de que todo se pudriera. De antes de que Costa me encontrara. De antes de que me borrara del mapa.

No pregunté más. No había tiempo para preguntas. Solo había tiempo para sobrevivir, para moverse, para no mirar atrás, hacia los acantilados, hacia los rusos que seguramente estaban registrando la casa, buscando sangre.

—Vamos —ordené, ayudando a Elena a incorporarse—. A Es Pujols. Rápido. Antes de que amanezca.

Empezamos a caminar por la playa, pegándonos a los acantilados, evitando las zonas expuestas. El suelo cambiaba de arena a roca, luego a vegetación baja de sabinas y enebros que nos raspaban las piernas con sus ramas espinosas. El olor a resina se mezclaba con el de la sal, creando un aroma acre que me quemaba las fosas nasales.

Caminamos en silencio, el viento aullando entre las dunas, el mar rugiendo a nuestra espalda. Darío cojeaba, la mano apretada contra el costado, la sangre empapando la chaqueta hasta convertirla en una costra rígida y oscura. Elena iba a mi lado, temblando, el frío y el miedo consumiéndola por dentro. El contrabandista iba diez metros por delante, la escopeta oculta bajo la chaqueta, escrutando la oscuridad.

A los treinta minutos, llegamos a una carretera secundaria que cruzaba la isla de este a oeste. No había coches. No había luces. Solo el asfalto mojado por la lluvia reciente, reflejando el cielo plomizo como un espejo enfermo.

—Necesitamos un coche —dije, mirando a ambos lados de la carretera—. No podemos caminar hasta Es Pujols. Los rusos nos van a alcanzar antes de que lleguemos.

El contrabandista se acercó a un muro de piedra seca, buscando algo. Encontró lo que buscaba: una bicicleta vieja, oxidada, apoyada contra la pared. La examinó, girando las ruedas, comprobando los frenos.

—Sirve —murmuró, montando en ella—. Esperad aquí. Voy a por un coche.

—¿Y si no vuelves? —preguntó Darío, la voz cargada de una desconfianza que no intentaba ocultar.

El contrabandista me miró. Sus ojos estaban hundidos en cuencas oscuras, pero brillaban con una luz que no había visto antes. No era miedo. No era culpa. Era determinación. La determinación de un hombre que ha decidido que va a luchar, aunque sepa que va a perder.

—Volveré —murmuró, pedaleando hacia la oscuridad—. Siempre vuelvo.

Nos quedamos solos en la carretera, el viento aullando entre las dunas, el mar rugiendo a lo lejos. Elena se sentó en el arcén, abrazándose las rodillas, temblando. Darío se dejó caer a su lado, la mano apretada contra el costado, el rostro pálido.

Me acerqué a Elena, sentándome a su lado, poniéndole un brazo sobre los hombros. Ella se acurrucó contra mí, el cuerpo helado, la respiración entrecortada.

—¿Estás bien? —pregunté, la voz baja, cargada de una preocupación que no intentaba ocultar.

Elena no respondió de inmediato. Tardó varios segundos, como si la pregunta hubiera tenido que atravesar capas de anestesia, de negación, de memoria fragmentada. Cuando finalmente habló, la voz le salió ronca, arrastrada, como si las palabras tuvieran que abrirse paso a través de un espesor viscoso.

—No lo sé —murmuró—. No sé quién soy. No sé dónde estoy. No sé qué ha pasado. Solo sé que tengo miedo. Y que quiero que esto termine.

—Va a terminar —repliqué, apretándola con más fuerza—. Vamos a llegar a Cerdeña. Vamos a entregar los nombres. Vamos a desmantelar la red. Entonces luego vamos a ver si quedamos vivos para contarlo.

Elena asintió, un gesto mínimo, pero suficiente. Cerró los ojos, apoyando la cabeza en mi hombro. Su respiración se volvió más regular, más profunda, como si el contacto físico la anclara al presente, la protegiera del miedo, de los recuerdos que empezaban a volver.

Darío nos miró, los ojos inyectados en sangre, las ojeras marcadas como moratones. Luego, se giró hacia la carretera, escrutando la oscuridad.

—¿Cuánto tiempo crees que tardará? —preguntó, la voz tensa.

—No lo sé —respondí, mirando el reloj. Eran las cinco de la mañana. El sol empezaría a salir en una hora—. Pero si no vuelve en veinte minutos, nos vamos a pie. No podemos quedarnos aquí esperando.

Darío asintió, un gesto mínimo, pero suficiente. Se incorporó, apoyándose en la pared, la mano apretada contra el costado.

—Voy a echar un vistazo —murmuró, cojeando hacia la carretera —. Solo unos metros. Para ver si viene alguien.

—No te alejes —ordené, poniéndome de pie—. Si ves algo, si oyes algo, vuelve inmediatamente.

Darío asintió, alejándose por la carretera, su silueta difuminándose en la oscuridad. Me quedé con Elena, abrazándola, protegiéndola del frío, del miedo, de los recuerdos que empezaban a volver.

A los diez minutos, Darío volvió. Corriendo, cojeando, el rostro pálido, los ojos desorbitados.

—Viene alguien —masculló, llegándose a nosotros, la respiración entrecortada—. Un coche. Faros apagados. Viene rápido.

—¿Rusos? —pregunté, sacando la pistola de la funda.

—No lo sé —replicó Darío, la voz cargada de pánico—. No pude ver bien. Pero viene hacia aquí.

Me puse de pie, ayudando a Elena a incorporarse. El contrabandista seguía sin aparecer. El coche se acercaba, los faros apagados, el motor rugiendo en la oscuridad.

—Escondámonos —ordené, señalando un muro de piedra seca a unos veinte metros de la carretera—. Detrás de ese muro. Rápido.

Corrimos hacia el muro, pegándonos a la piedra fría, escrutando la carretera. El coche apareció, un todoterreno negro, sin luces, avanzando a toda velocidad. Pasó de largo, el motor aullando, los neumáticos chirriando sobre el asfalto mojado.

—No nos ha visto —murmuró Darío, soltando el aire que no sabía que estaba conteniendo.

—Todavía no —repliqué, la voz firme, a pesar del temblor que me sacudía las manos—. Pero va a volver. Va a registrar la zona. Y va a encontrarnos.

De repente, el sonido de un motor se acercó desde la dirección opuesta. Otro coche. Este sí llevaba las luces encendidas. Dos faros amarillos que cortaban la oscuridad, acercándose rápidamente.

—¿El contrabandista? —preguntó Elena, la voz cargada de esperanza.

—No lo sé —respondí, sacando la pistola, apuntando hacia la carretera—. Preparados.

El coche se detuvo a cincuenta metros de nosotros. Un hombre bajó, la silueta recortada contra los faros. Llevaba una chaqueta de cuero negra, vaqueros oscuros, y una gorra de béisbol calada hasta los ojos.

—¿Sofía? —llamó, la voz ronca, cargada de tabaco y de años de noches sin dormir.

El contrabandista.

Salí del escondite, la pistola todavía en la mano, pero apuntando al suelo. Darío y Elena me siguieron, cojeando, el rostro pálido.

—¿Dónde coño estabas? —espeté, la rabia hirviéndome en las venas—. Pensamos que nos habías traicionado.

El contrabandista se acercó, el rostro pálido, los ojos hundidos. Detrás de él, el coche. No era un coche normal. Era una furgoneta de reparto, blanca, con el logo de una empresa de pescados en la puerta.

—Tuve que robar esto —murmuró, señalando la furgoneta—. No había nada mejor. Pero sirve. Nos llevará a Es Pujols. Y desde allí, a Cerdeña.

—¿Y los rusos? —preguntó Darío, la voz tensa—. El todoterreno que pasó antes...

—Los rusos —replicó el contrabandista, la voz cargada de una resignación que le encorvaba los hombros—. Ya están aquí. Han

llegado en una lancha rápida. Han desembarcado en la playa del este. Y están registrando la isla.

—¿Cuántos son? —pregunté, sintiendo cómo el frío me subía desde las botas hasta la garganta.

—Seis —respondió el contrabandista, la voz baja—. Armados. Peligrosos. Y no van a parar hasta que nos encuentren.

—Entonces necesitamos movernos —contraataqué, abriendo la puerta de la furgoneta—. Rápido. Antes de que nos encuentren.

Ayudé a Elena a subir a la furgoneta. Darío me siguió, cojeando, la mano apretada contra el costado. El contrabandista se sentó al volante, arrancando el motor. La furgoneta rugió, escupiendo una nube de humo blanco.

—Agarraos —murmuró, metiendo primera—. Vamos a hacer algo estúpido.

Pisó el acelerador. La furgoneta derrapó sobre el asfalto mojado, saliendo disparada hacia Es Pujols. El viento aullaba, arrastrando el olor a sal y a lluvia. El mar rugía a lo lejos. La isla seguía girando, ajena a nuestra miseria, ajena a nuestros secretos.

CAPÍTULO 31

La furgoneta olía a pescado muerto y a lejía barata, una combinación que se te metía por la nariz y te revolvía el estómago. El motor tosía a cada acelerón, un sonido asmático que me recordaba que estábamos huyendo en un ataúd con ruedas. Las luces del salpicadero parpadeaban, proyectando sombras verdes sobre el rostro del contrabandista, que llevaba las manos aferradas al volante como si fuera el mástil de un barco en tormenta.

Darío iba tumbado en el suelo, entre cajas de poliestireno llenas de merluza congelada, la mano apretada contra el costado. Elena estaba sentada a mi lado, la carpeta 042 en el regazo, la mirada perdida en un punto invisible más allá del parabrisas agrietado.

—¿A dónde coño nos llevas? —pregunté, la voz cargada de una desconfianza que ya no intentaba ocultar.

El contrabandista no apartó la vista de la carretera. Sus dedos tamborileaban sobre el volante, un ritmo irregular que me ponía los nervios de punta.

—Al puerto —respondió, la voz baja, raspada—. Hay un barco. Uno de verdad. No una puta lancha de juguete.

—¿De quién? —insistí.

—Mío.

El silencio que siguió fue denso, cargado de todas las mentiras que nos habíamos contado durante las últimas setenta y dos horas. Miré a Elena. Ella me devolvió la mirada, los ojos entrecerrados, calculando.

—Te llamas Marc —dijo de repente, la voz baja, cargada de una certeza que me heló la sangre—. No eres un contrabandista. Eras pescador. De los de antes. De los que trabajaban con mi padre.

El contrabandista —Marc— apretó la mandíbula. El músculo palpitó bajo la barba de varios días.

—Tu padre me enseñó a navegar —murmuró, la voz quebrándose en la última sílaba—. Antes de que los rusos lo mataran. Antes de que Costa comprara el puerto. Antes de que todo se fuera a la mierda.

Elena cerró los ojos. Un gesto de dolor que le crispó el rostro. Los recuerdos volvían, empujando la anestesia, abriéndose paso a través de la niebla farmacológica.

—Te vi una vez —continuó, la voz apenas un susurro—. En casa. Cenando con mi padre. Trajiste una langosta. Mi madre se rió porque estaba viva todavía.

Marc asintió, un gesto mínimo, pero suficiente. Una lágrima se le escapó, trazando un camino limpio por la suciedad de su mejilla.

—Era el verano del noventa y ocho —murmuró—. Tú tendrías seis años. Llevabas un vestido amarillo.

Me quedé mirándolos. Dos fantasmas que se reconocían en la oscuridad. Dos supervivientes de un naufragio que yo solo había conocido por los cadáveres que llegaban a mi camilla.

—¿Por qué nos ayudas? —pregunté, la voz firme, a pesar del temblor que me sacudía las manos—. No es por la carpeta. No es por el dinero. Es por ella.

Marc no respondió. Se limitó a pisar el acelerador, la furgoneta rugiendo mientras devorábamos los kilómetros hacia Es Pujols. El paisaje de Formentera se difuminaba tras las ventanillas sucias: dunas, sabinas, casas bajas con las persianas cerradas. La isla pequeña, la isla olvidada, la isla que todavía guardaba los secretos de los que habían muerto antes de que nosotros naciéramos.

—Los rusos van a llegar al puerto antes que nosotros —murmuró Darío desde el suelo, la voz un hilo ronco—. Han desembarcado en el este. Están cruzando la isla.

—Lo sé —replicó Marc, la voz plana, clínica—. Por eso no vamos al puerto principal. Vamos a Cala Saona. Hay una cala escondida. Solo la conocen los pescadores de antes. Los que todavía se acuerdan de cómo era esto antes de que llegara el dinero sucio.

—¿Y el barco? —preguntó Elena, abriendo los ojos. La mirada le brillaba con una luz nueva, una luz que no había visto antes. La luz de la memoria recuperada—. ¿Está listo?

—Siempre está listo —respondió Marc, la voz cargada de una convicción que me erizó la piel—. Lo he mantenido preparado durante quince años. Esperando.

—¿Esperando qué? —insistí.

Marc me miró. Sus ojos estaban hundidos en cuencas oscuras, pero brillaban con una determinación que me heló la sangre.

—Esperando a que alguien viniera a reclamarlo —murmuró—. Esperando a que la hija de mi capitán volviera.

El silencio que siguió fue más pesado que el olor a pescado podrido. Elena se llevó una mano a la boca, los ojos llenos de lágrimas que esta vez sí cayeron, calientes, saladas, liberadoras.

—Mi padre —susurró—. Mi padre te pidió que lo guardaras.

—Me pidió que guardara el barco —replicó Marc, la voz quebrada —. Y que guardara la verdad. Que un día, si las cosas se torcían, si los rusos volvían, si Costa ganaba alguien tendría que sacar la mierda a la luz.

—Y ese alguien soy yo —murmuró Elena, más para sí misma que para nosotros.

—Ese alguien siempre fuiste tú —respondió Marc, la voz firme—. Tu padre lo sabía. Yo lo sabía. Y ahora, tú también lo sabes.

Darío se incorporó sobre los codos, la cara pálida, los ojos desorbitados.

—¿De qué coño estáis hablando? —espetó, la voz cargada de una frustración que no intentaba ocultar—. ¿Qué barco? ¿Qué verdad? ¿Qué mierda de plan es este?

Me giré hacia él. Mi hermano pequeño. El que se había dejado tatuar por una mujer que no era quien creía. El que había trabajado para Costa. El que había intentado vendernos por unos días más de vida. El que, al final, había elegido el lado correcto. Aunque ya no supiera cuál era.

—Mi padre —dijo Elena, la voz firme, cargada de una convicción que me heló la sangre—. Mi padre no era solo pescador. Era informante. Pasaba información a la Guardia Civil sobre los barcos que entraban en el puerto. Sobre los que blanqueaban dinero. Sobre los que traían droga.

—¿Y los rusos lo mataron —continué, entendiendo de repente el patrón, conectando los puntos que había visto en tantas autopsias, en tantos informes archivados, en tantos cadáveres que habían llegado a mi camilla con la etiqueta de "accidente" o "suicidio"?

—Los rusos lo mataron —confirmó Marc, la voz baja, cargada de una rabia que le crispaba el rostro—. Y Costa lo encubrió. Y Martínez cobró por callarse. Y tu padre, Darío tu padre firmó el informe.

Darío se dejó caer de espaldas, la mano apretada contra el costado, la sangre empapando la chaqueta. Cerró los ojos, un gesto de dolor que le crispó el rostro. No era dolor físico. Era el dolor de la verdad, esa que llega tarde, cuando ya no puedes cambiar nada.

—Mi padre —murmuró, la voz quebrada—. Mi padre sabía.

—Tu padre sabía —replicó Elena, la voz cargada de una tristeza que me aplastaba el pecho—. Y vivió con ello. Y te crió con ello. Y murió con ello.

—¿Murió? —preguntó Darío, abriendo los ojos, la voz cargada de una esperanza desesperada—. ¿Mi padre está muerto?

—Hace tres años —respondí, la voz baja, cargada de una culpa que no intentaba ocultar—. Infarto. En casa. Yo firmé el informe.

Darío me miró. Sus ojos estaban llenos de algo que no había visto antes. No era rabia. No era culpa. Era aceptación. La aceptación de un hombre que ha descubierto que toda su vida había sido una mentira construida sobre los cadáveres de otros.

—Entonces vamos a por ellos —murmuró, la voz firme, cargada de una determinación que me heló la sangre—. Vamos a por Martínez. Vamos a por los rusos. Vamos a por todos los que mataron a mi padre. A tu padre. A Costa. A Valera. A todos.

—No podemos matarlos a todos —contraataqué, la voz firme, a pesar del temblor que me sacudía las manos—. Pero podemos entregar los nombres. Podemos sacar la mierda a la luz. Podemos asegurarnos de que paguen.

—¿Y cómo coño hacemos eso? —preguntó Darío, la voz cargada de una desesperación que me aplastaba el pecho—. Si se los damos a Martínez, los hace desaparecer. Si se los damos a la UCO de Madrid, los archivan. Si se los damos a la prensa, los compran.

—No se los damos a nadie —replicó Elena, la voz firme, cargada de una convicción que me heló la sangre—. Los publicamos. Todos. En internet. En los periódicos. En la televisión. En todas partes. Que todo el mundo los vea. Que todo el mundo sepa la verdad.

—Eso es suicidio —espetó Darío—. Nos van a cazar. Nos van a matar.

—Ya nos están cazando —replicó Elena, la voz cargada de una rabia que no intentaba ocultar—. Ya nos están matando. Cada día que pasa, cada minuto que respiramos, es un minuto que le hemos robado a la muerte. Y yo no voy a dejar que ese minuto sea en vano.

Marc nos miró por el retrovisor. Sus ojos estaban brillando con una luz que no había visto antes. No era miedo. No era culpa. Era orgullo. El orgullo de un hombre que ha esperado quince años para ver a la hija de su capitán convertirse en la mujer que su padre siempre supo que sería.

—Cala Saona —anunció, la voz firme—. Dos minutos.

La furgoneta tomó una curva cerrada, derrapando sobre la grava. El paisaje cambió: acantilados rojos, pinos retorcidos, una cala escondida de arena blanca y agua turquesa. No había edificios. No había turistas. Solo el rugido del mar y el olor a sal y a resina.

En la cala, amarrado a un muelle de piedra medio derruido, había un barco. No era una lancha rápida. No era un yate de lujo. Era un pesquero viejo, de madera, con el casco pintado de azul y el nombre borrado por el tiempo y la sal. Pero estaba entero. Estaba listo.

Marc detuvo la furgoneta. Apagó el motor. El silencio cayó sobre nosotros como una losa, roto solo por el golpeteo del mar contra el casco del barco y el rumor del viento entre los pinos.

—El Elena —murmuró Marc, la voz quebrada—. Mi padre lo bautizó así. El día que nació tu hermana.

Elena se llevó una mano a la boca, las lágrimas cayendo por sus mejillas. No dijo nada. No podía. El peso de los recuerdos, de la verdad, de la venganza, la aplastaba.

Salimos de la furgoneta. El aire frío nos golpeó la cara, trayendo el olor a sal y a posidonia. Darío cojeaba, la mano apretada contra el costado, el rostro pálido. Elena iba a mi lado, temblando, la carpeta 042 apretada contra el pecho.

—Rápido —ordenó Marc, sacando una llave del bolsillo—. Tenemos veinte minutos antes de que los rusos lleguen.

Corrimos hacia el muelle. Marc desató las amarras con movimientos expertas. Yo ayudé a Elena a subir al barco. Darío me siguió, cojeando, la mano apretada contra el costado.

Marc arrancó el motor. El diésel tosió, escupiendo una nube de humo azul. El barco se alejó de la orilla, cortando el agua turquesa con un chillido metálico.

Me quedé en la popa, mirando la cala que se alejaba. Las luces de Es Pujols parpadeaban a lo lejos, débiles, parpadeantes. Como estrellas enfermas. Como advertencias.

De repente, el sonido de un motor se acercó desde la dirección opuesta. Una lancha rápida, negra, sin luces, con cuatro hombres a bordo. Todos llevaban pasamontañas. Todos llevaban armas automáticas.

Los rusos.

—¡Nos han encontrado! —grité, señalando la lancha—. ¡A babor! ¡Rápido!

Marc giró el timón con violencia. El barco escoró, casi volcando, antes de enderezarse. La lancha rusa nos seguía, ganando terreno, acercándose con cada ola.

—¡No podemos escapar! —gritó Darío, la voz cargada de pánico —. ¡Son más rápidos!

—Entonces peleamos —replicó Marc, sacando una escopeta recortada de debajo del asiento—. ¡Agarraos! ¡Voy a hacer una maniobra!

El barco giró bruscamente, describiendo un círculo cerrado en el agua. La lancha rusa nos siguió, pero el giro la obligó a reducir la velocidad, a perder terreno.

Marc levantó la escopeta. Apuntó. Disparó.

El estruendo fue ensordecedor, ahogado por el rugido del mar y el aullido del viento. La bala impactó en el casco de la lancha rusa, levantando un chorro de agua y metal. No fue un impacto letal. Pero fue suficiente para hacerlos dudar, para hacerlos reducir la velocidad, para hacerlos pensar dos veces antes de acercarse.

—¡No van a parar! —grité, aferrándome a Elena—. ¡Van a seguirnos hasta el infierno!

Elena me miró. Sus ojos estaban llenos de algo que no había visto antes. No era miedo. No era culpa. Era determinación. La determinación de una mujer que ha decidido que va a sobrevivir, aunque sepa que va a perder.

—Entonces que vengan —murmuró, la voz baja, cargada de una convicción que heló la sangre—. Que vengan y vean lo que somos capaces de hacer.

Saqué el móvil. El signal era débil, pero suficiente. Marcé un número que había guardado hacía meses, cuando empecé a sospechar que la isla tenía más capas de las que quería ver.

Sonó tres veces antes de que contestaran.

—¿Sí? —dijo una voz de mujer, ronca, cargada de desconfianza.

—Lucía —dije, la voz baja, plana—. Soy yo. Necesito que hagas algo. Algo grande.

—¿Qué pasa, doctora? —preguntó Lucía, la voz cargada de una urgencia que no intentaba ocultar.

—Tengo los nombres —respondí, la voz firme, a pesar del temblor que me sacudía las manos—. Todos. Los de la red de Costa. Los de Martínez. Los de los rusos. Los de medio gobierno balear. Y los voy a enviar a tu correo. Quiero que los publiques. Todos. En todas partes. En internet. En los periódicos. En la televisión. Que todo el mundo los vea. Que todo el mundo sepa la verdad.

Hubo un silencio al otro lado de la línea. Luego, un suspiro.

—Eso es suicidio, doctora —murmuró Lucía, la voz cargada de una advertencia que no admitía réplica—. Te van a cazar. Te van a matar.

—Ya me están cazando —repliqué, la voz firme—. Ya me están matando. Cada día que pasa, cada minuto que respiro, es un minuto que le he robado a la muerte. Y no voy a dejar que ese minuto sea en vano.

Lucía no respondió de inmediato. Pude escuchar su respiración al otro lado de la línea, corta, superficial, acelerada. Calculando. Sopesando el riesgo.

—Trato hecho —murmuró finalmente—. Pero rápido. Si los rusos te encuentran antes de que yo pueda publicarlos, entonces todo habrá sido en vano.

—Lo sé —respondí, colgando.

Guardé el móvil en el bolsillo. Miré a Elena. Ella me devolvió la mirada, los ojos brillando con una luz que no había visto antes. La luz de la verdad. La luz de la venganza. La luz de la redención.

—Lo hemos hecho —murmuró, la voz baja, cargada de una convicción que heló la sangre—. Hemos sacado la mierda a la luz.

—Todavía no —repliqué, la voz firme, a pesar del temblor que me sacudía las manos—. Ahora solo queda sobrevivir.

La lancha rusa se acercaba, ganando terreno, acercándose con cada ola. Marc luchaba con el timón, el barco escorando, el agua entrando por la borda. Darío estaba tumbado en la cubierta, la mano apretada contra el costado, la sangre empapando la chaqueta.

Me acerqué a la borda, sacando la pistola de la funda. La comprobé, metiendo la bala en la recámara con un chasquido seco. Apunté hacia la lancha rusa. Esperé. Esperé a que se acercaran lo suficiente. Esperé a que cometieran un error.

Y entonces, cuando la lancha estuvo a cincuenta metros, cuando pude ver los rostros de los rusos, sus ojos inyectados en sangre, sus bocas abiertas en gritos de rabia, disparé.

El estruendo fue ensordecedor, ahogado por el rugido del mar y el aullido del viento. La bala impactó en el motor de la lancha, levantando un chorro de agua y metal. El motor tosío, escupiendo una nube de humo negro. La lancha redujo la velocidad, perdiendo terreno, alejándose lentamente.

—¡Les hemos dado! —gritó Darío, la voz cargada de una euforia que no intentaba ocultar—. ¡Les hemos dado en el motor!

Marc sonrió. Una sonrisa torcida, triste, que le llegó a los ojos por primera vez en días.

—Ahora agárrense —murmuró, pisando el acelerador—. Vamos a Cerdeña. Pero luego veremos qué hacemos.

El barco aceleró, devorando la distancia, dejando atrás la lancha rusa, dejando atrás Ibiza, dejando atrás Formentera, dejando atrás los secretos, las mentiras, los cadáveres.

Me quedé en la popa, mirando la estela que dejábamos atrás. El agua se cerraba sobre nuestra huella, borrando las pruebas de nuestro paso. Como si nunca hubiéramos estado allí. Como si nunca hubiéramos existido.

Pero yo sabía la verdad. Elena sabía la verdad. Darío sabía la verdad. Y pronto, todo el mundo sabría la verdad.

Porque la verdad, en Ibiza, no se enterraba. Se quemaba.

Aunque nosotros éramos el fuego.

CAPÍTULO 32

El mar nos escupió a las cuatro de la tarde, cuando el sol empezaba a caer y las nubes se arremolinaban sobre el horizonte como una mancha de sangre diluida. Cerdeña apareció primero como una línea gris en el agua, luego como una masa oscura, finalmente como tierra firme con acantilados, pinos y el olor a resina que el viento nos trajo antes de que el casco rozara la arena.

Marc varó el Elena en una cala escondida al norte de Olbia, lejos de los puertos deportivos, lejos de los yates de millonarios, lejos de cualquier cosa que oliera a dinero sucio. El motor murió con un estertor, escupiendo la última bocanada de humo negro. El silencio cayó sobre nosotros como una losa, roto solo por el golpeteo de las olas contra el casco y el jadeo entrecortado de Darío.

Me incorporé sobre los codos, las articulaciones crujiendo, los músculos protestando con espasmos involuntarios. Llevábamos dieciocho horas en el mar. Dieciocho horas de viento, de sal, de miedo, de no cerrar los ojos, de no bajar la guardia. Mi cuerpo era un mapa de contusiones, de cortes, de quemaduras de sal en las heridas abiertas. La piel me tiraba, reseca, agrietada por la deshidratación y el sol.

Darío estaba tumbado en la cubierta, la mano apretada contra el costado, la chaqueta empapada en sangre oscura. Los puntos que le había puesto en Formentera habían vuelto a abrirse. La herida olía a pus y a carne dulce, ese hedor inconfundible de la sepsis que avanza sin prisa pero sin pausa.

Elena estaba sentada en la proa, la carpeta 042 en el regazo, la mirada fija en el agua. No lloraba. No hablaba. Solo miraba, con esa expresión vacía de quien ha cruzado una línea y sabe que nunca podrá volver.

Marc bajó del puente, la escopeta en una mano, una botella de agua en la otra. Se acercó a Darío, le ofreció la botella. Darío bebió con avidez, el agua derramándose por la barbilla, empapando la camisa.

—Necesitas un hospital —dijo Marc, la voz baja, cargada de una preocupación que no intentaba ocultar—. La infección se está extendiendo. Si no te operan en las próximas doce horas, vas a perder el riñón. O la vida.

Darío soltó una risa seca, carente de cualquier humor.

—¿Y a qué hospital coño vamos, Marc? ¿Al de Olbia? ¿Al de Sassari? ¿Al de Cagliari? Si me registro en urgencias, si doy mi nombre, si pongo una sola huella en un puto formulario, la Guardia Civil va a saberlo. Y Martínez va a enviar a sus hombres. Y los rusos van a enviar a los suyos. Y voy a terminar en una fosa común antes de que amanezca.

—Entonces morimos aquí —replicó Marc, la voz firme, cargada de una resignación que le encorvaba los hombros—. Porque no hay otra opción.

Me acerqué a Darío, arrodillándome a su lado. Le quité la mano del costado. La herida era un desastre. Los bordes estaban enrojecidos, hinchados, brillantes por la infección. La piel olía a carne podrida, un hedor dulzón que se pegaba al paladar.

—Puedo limpiarla otra vez —dije, sacando mi kit forense de la mochila—. Puedo drenar el pus. Puedo volver a coser. Pero necesito antibióticos. Y necesito que aguantes el dolor.

Darío asintió, los dientes apretados, el sudor perlándole la frente.

—Hazlo —murmuró, la voz un hilo ronco—. Pero rápido. Antes de que me desmaye.

Vertí alcohol sobre la herida. Darío gruñó, un sonido gutural, animal, que se le atascó en la garganta. Su cuerpo se tensó, los músculos del cuello marcados como cables de acero. Le agarré el hombro con una mano, inmovilizándolo, mientras con la otra limpiaba la herida con gasas empapadas en suero.

La sangre salió, oscura, espesa, mezclada con pus y restos de tejido necrótico. El olor era insoportable, una mezcla de cobre y de carne podrida que me revolvió el estómago. Pero no me detuve. Seguí limpiando, raspando, hasta que la herida quedó limpia, los bordes de la piel expuestos, rosados, vivos.

Saqué la aguja curva, el hilo de poliamida. Empecé a coser, punto a punto, la piel cerrándose bajo mis dedos con una precisión mecánica. Darío respiraba con dificultad, los ojos cerrados, el sudor cayendo por su rostro, empapando el cuello de la camisa.

—Ya está —murmuré finalmente, cortando el hilo con las tijeras —. Pero necesitas antibióticos. Si no, la infección va a volver. Y la próxima vez, no voy a poder coserte.

Darío abrió los ojos. Me miró. Sus ojos estaban vidriosos, las pupilas dilatadas por el dolor y la fiebre.

—Gracias —susurró, la voz un hilo ronco.

No respondí. Me puse de pie, limpiándome las manos en los pantalones. Me acerqué a Elena, que seguía sentada en la proa, la carpeta 042 en el regazo, la mirada fija en el agua.

—¿Estás bien? —pregunté, sentándome a su lado.

Elena no respondió de inmediato. Tardó varios segundos, como si la pregunta hubiera tenido que atravesar capas de anestesia, de negación, de memoria fragmentada. Cuando finalmente habló, la voz le salió ronca, arrastrada, como si las palabras tuvieran que abrirse paso a través de un espesor viscoso.

—No lo sé —murmuró—. No sé si estoy bien. No sé si alguna vez lo estuve. Solo sé que estoy viva. Y que eso es suficiente.

Me quedé mirándola. Mi hermana. La mujer que había llorado durante tres años. La mujer que había creído muerta. La mujer que acababa de descubrir que su padre había sido un informante, que había muerto por eso, que había dejado un legado de verdad y de venganza que ella ahora tenía que completar.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté, la voz baja, cargada de una desesperación que no intentaba ocultar—. Lucía va a publicar los nombres. Martínez va a saberlo. Los rusos van a saberlo. Y van a venir a por nosotros. A todos.

Elena me miró. Sus ojos estaban llenos de algo que no había visto antes. No era miedo. No era culpa. Era determinación. La determinación de una mujer que ha decidido que va a sobrevivir, aunque sepa que va a perder.

—Nos escondemos —respondió, la voz firme, cargada de una convicción que me heló la sangre—. Nos escondemos hasta que la tormenta pase. Hasta que los nombres se publiquen. Hasta que la verdad salga a la luz. Más adelante veremos si quedamos vivos para contarlo.

—¿Y dónde coño nos escondemos? —preguntó Darío desde la cubierta, la voz cargada de una frustración que no intentaba ocultar —. ¿En Cerdeña? ¿En Italia? ¿En Francia? Si nos movemos, si dejamos un rastro, si ponemos una sola puta huella en un puto formulario, nos van a encontrar.

—No nos movemos —replicó Elena, la voz firme, cargada de una autoridad que no le había visto en días—. Nos quedamos aquí. En el barco. En esta cala. Donde nadie nos va a buscar. Donde nadie nos va a encontrar.

—No podemos quedarnos aquí para siempre —contraataqué, la voz cargada de una ansiedad que no intentaba ocultar—. Necesitamos comida. Necesitamos agua. Necesitamos medicinas para Darío. Y si nos quedamos aquí, si no nos movemos, entonces vamos a morir de hambre. O de infección. O de aburrimiento.

—No para siempre —replicó Elena, la voz baja, cargada de una nostalgia que me aplastaba el pecho—. Solo hasta que pase la tormenta. Solo hasta que los nombres se publiquen. Solo hasta que la verdad salga a la luz. Luego nos vamos. A un lugar donde nadie nos conozca. Donde nadie nos busque. Donde podamos empezar de nuevo.

—¿Y dónde es ese lugar? —preguntó Darío, la voz cargada de una desesperación que me aplastaba el pecho.

Elena no respondió. Se limitó a mirar el mar, las olas rompiendo contra las rocas con una violencia sorda, constante, hipnótica. El viento aullaba, arrastrando el olor a sal y a lluvia.

Pasaron tres días. Tres días de silencio, de espera, de no moverse, de no hacer ruido, de no dejar rastro. Marc salía en el bote auxiliar al amanecer, volvía al anochecer, trayendo comida, agua, medicinas. Decía poco. Solo lo necesario. El resto lo guardaba para sí mismo, como si el peso de los años, de los recuerdos, de la venganza, le aplastara los hombros.

Darío mejoró. La fiebre bajó. La herida dejó de supurar. Los antibióticos que Marc trajo hicieron su trabajo, la infección retrocediendo, la piel cerrándose, cicatrizando. Pero Darío no era el mismo. Sus ojos estaban más hundidos, más oscuros, más cansados. Hablaba menos. Sonreía menos. Como si la verdad que habíamos descubierto, la verdad sobre su padre, sobre mi padre, sobre la isla, le hubiera robado algo que no podía recuperar.

Elena pasaba las horas sentada en la proa, la carpeta 042 en el regazo, leyendo y releyendo los nombres, los expedientes, las fotografías. Memorizando. Archivando. Preparándose. Porque sabía que cuando los nombres se publicaran, cuando la verdad saliera a la luz, ella tendría que testificar. Tendría que enfrentarse a Martínez, a los rusos, a todos los que habían matado a su padre, a mi padre, a Costa, a Valera, a todos los que habían convertido Ibiza en un vertedero.

Yo pasaba las horas en el puente, mirando el mar, pensando en Juan. En si estaría bien. En si habría sobrevivido a la operación. En si Martínez lo habría encontrado. En si los rusos lo habrían matado. En si alguna vez volvería a verlo.

La noche del tercer día, Lucía llamó.

Estaba en el puente, sola, el móvil pegado a la oreja, el viento aullando entre las jarcias, el mar rugiendo contra el casco. La señal

era débil, intermitente, pero suficiente.

—Doctora —dijo Lucía, la voz ronca, cargada de tabaco y de años de noches sin dormir—. Lo he hecho. Los nombres están publicados. En todos los periódicos. En todas las televisiones. En internet. Todo el mundo los ha visto. Todo el mundo sabe la verdad.

Me quedé quieta, el corazón martilleándome en el pecho, la respiración entrecortada.

—¿Y qué ha pasado? —pregunté, la voz baja, cargada de una ansiedad que no intentaba ocultar—. ¿Qué ha dicho Martínez? ¿Qué han dicho los rusos? ¿Qué ha dicho la UCO?

—Martínez ha desaparecido —respondió Lucía, la voz cargada de una satisfacción que no intentaba ocultar—. Su casa está vacía. Su coche está en el aeropuerto. Pero él no está. Ha huido. O lo han secuestrado. O lo han matado. Nadie lo sabe.

—¿Y los rusos? —insistí, la voz cargada de una urgencia que no intentaba ocultar.

—Los rusos están en guerra —replicó Lucía, la voz cargada de una satisfacción que me heló la sangre—. Los que estaban en Ibiza han recibido órdenes de volver. Los que estaban en Formentera han recibido órdenes de esconderse. Los que estaban en Cerdeña están muertos. Los han encontrado en una fosa común, a las afueras de Olbia. Cuatro cuerpos. Con un disparo en la cabeza.

Me quedé helada. El corazón me dio un vuelco.

—¿Quiénes? —pregunté, la voz quebrada—. ¿Quiénes los han matado?

—No lo sé —respondió Lucía, la voz baja, cargada de una resignación que me aplastaba el pecho—. Pero no han sido los nuestros. No han sido la Guardia Civil. No han sido la UCO. Han sido otros. Otros rusos. Otros cárteles. Otros enemigos. Porque cuando sacas la mierda a la luz, cuando publicas los nombres, cuando traicionas a los tuyos, entonces todos se vuelven contra ti.

—¿Y la UCO? —insistí, la voz cargada de una desesperación que no intentaba ocultar—. ¿Qué ha dicho la UCO de Madrid? ¿Qué han dicho los federales?

—La UCO está investigando —replicó Lucía, la voz cargada de una satisfacción que no intentaba ocultar—. Han abierto una investigación oficial. Han enviado equipos a Ibiza. Han enviado equipos a Formentera. Han enviado equipos a Cerdeña. Van a detener a todos los que aparecen en los nombres. Van a desmantelar la red. Van a limpiar la isla.

—¿Y nosotros? —pregunté, la voz baja, cargada de una ansiedad que no intentaba ocultar—. ¿Qué va a pasar con nosotros? ¿Con Elena? ¿Con Darío? ¿Con Marc? ¿Conmigo?

—Vosotros sois testigos —respondió Lucía, la voz firme, cargada de una convicción que me heló la sangre—. Sois los que habéis sacado la mierda a la luz. Sois los que habéis publicado los nombres. Sois los que habéis desmantelado la red. Y la UCO os va a proteger. Os va a dar inmunidad. Os va a dejar en paz.

—¿Y Martínez? —insistí, la voz cargada de una urgencia que no intentaba ocultar—. ¿Y los rusos que quedan? ¿Y los que saben que nosotros hemos publicado los nombres? ¿Van a dejarnos en paz?

—No —respondió Lucía, la voz baja, cargada de una resignación que me aplastaba el pecho—. No van a dejarnos en paz. Porque vosotros sabéis demasiado. Porque vosotros habéis visto demasiado. Porque vosotros habéis matado demasiado. Los que quedan van a venir a por vosotros. A todos. Y no van a parar hasta que estéis muertos.

Me quedé quieta, el corazón martilleándome en el pecho, la respiración entrecortada. El viento aullaba entre las jarcias, el mar rugía contra el casco, las olas rompían contra las rocas con una violencia sorda, constante, hipnótica.

—Entonces tenemos que escondernos —murmuré, la voz baja, cargada de una desesperación que no intentaba ocultar—. Tenemos que desaparecer. Tenemos que dejar de existir. Porque si no, si nos

quedamos aquí, si nos movemos, si dejamos un rastro entonces nos van a encontrar. Y nos van a matar.

—Ya lo sé, doctora —replicó Lucía, la voz baja, cargada de una tristeza que me aplastaba el pecho—. Por eso os he llamado. Para deciros que os vayáis. Que os escondáis. Que dejéis de existir. Porque si os quedáis aquí, si os movéis, si dejáis una huella entonces os van a localizar. Y os van a matar.

—¿Y a dónde coño vamos? —pregunté, la voz cargada de una desesperación que no intentaba ocultar—. ¿Dónde nos escondemos? ¿Dónde dejamos de existir?

—No lo sé, doctora —respondió Lucía, la voz baja, cargada de una resignación que me aplastaba el pecho—. Pero sé una cosa. Sé que no podéis quedaros aquí. Sé que no podéis volver a Ibiza. Sé que no podéis volver a Formentera. Sé que tenéis que iros. Lejos. Muy lejos. Donde nadie os conozca. Donde nadie os busque. Donde nadie os encuentre.

—¿Y dónde es ese lugar? —pregunté, la voz baja, cargada de una ansiedad que no intentaba ocultar.

—No lo sé, doctora —replicó Lucía, la voz baja, cargada de una tristeza que me aplastaba el pecho—. Pero sé una cosa. Sé que vosotros lo vais a encontrar. Porque sois los que habéis sacado la mierda a la luz. Sois los que habéis publicado los nombres. Sois los que habéis desmantelado la red. Ahora sois los que tenéis que sobrevivir.

Colgué. Me quedé mirando el mar, las olas rompiendo contra las rocas con una violencia sorda, constante, hipnótica. El viento aullaba, arrastrando el olor a sal y a lluvia.

CAPÍTULO 33

El amanecer en Cerdeña no traía esperanza; traía la certeza de que otro día había empezado y nosotros seguíamos vivos, lo cual, en nuestra situación, era tanto una bendición como una condena. La luz grisácea se filtraba por las rendijas de la cabina del Elena, iluminando las motas de polvo que bailaban en el aire viciado. Olía a gasoil, a pescado seco, a sudor acumulado y a ese olor dulzón que deja el miedo cuando lleva días sin ventilación.

Marc estaba en el puente, limpiando la escopeta con movimientos mecánicos, ensayados. Sus dedos, largos y callosos, rozaban el metal con una delicadeza obscena, como si acariciara a una amante antigua. El sonido del trapo grasiento contra el cañón era rítmico, hipnótico, un metrónomo que marcaba el compás de nuestra supervivencia.

Darío dormía en la camilla del camarote, la respiración entrecortada, el rostro pálido, los ojos hundidos en cuencas oscuras. La fiebre había bajado, pero la debilidad seguía anclada a sus huesos, una losa invisible que le aplastaba el pecho con cada inspiración. La herida del costado había dejado de supurar, pero la piel alrededor seguía enrojecida, brillante, una promesa de que la infección no se había ido del todo, solo estaba esperando.

Elena estaba sentada en la proa, la carpeta 042 en el regazo, la mirada fija en el agua. No leía. No anotaba. Solo miraba, con esa expresión vacía de quien ha cruzado una línea y sabe que nunca podrá volver. El viento aullaba entre las jarcias, arrastrando el olor a sal y a posidonia, creando una sinfonía de sonidos que se mezclaban con el golpeteo de las olas contra el casco.

Me acerqué a ella, sentándome a su lado. El banco de madera estaba frío, húmedo por el rocío de la mañana. La madera crujía

bajo mi peso, un sonido seco, definitivo.

—¿Qué piensas? —pregunté, la voz baja, cargada de una precaución que no intentaba ocultar.

Elena no respondió de inmediato. Tardó varios segundos, como si la pregunta hubiera tenido que atravesar capas de anestesia, de negación, de memoria fragmentada. Cuando finalmente habló, la voz le salió ronca, arrastrada, como si las palabras tuvieran que abrirse paso a través de un espesor viscoso.

—Pienso en mi padre —murmuró, la mirada fija en el horizonte—. En lo que hizo. En por qué lo hizo. En si valió la pena.

—Tu padre era un hombre decente —repliqué, acercándome a ella, poniéndole un brazo sobre los hombros—. Hizo lo que creía que era correcto. Aunque le costara la vida.

—¿Y tú qué crees, Sofía? —preguntó, girándose hacia mí, los ojos brillando con una luz que no había visto antes—. ¿Crees que valió la pena? ¿Crees que publicar los nombres, desmantelar la red, quemar la isla entera, crees que todo esto valió la pena?

No respondí. Porque no tenía respuesta. Porque la verdad es que no lo sabía. Porque había pasado los últimos tres días preguntándome lo mismo, una y otra vez, hasta que la pregunta se había convertido en un eco enfermizo que resonaba en mi cabeza como un taladro.

—No lo sé —murmuré finalmente, la voz quebrada—. Solo sé que no podíamos hacer otra cosa. Solo sé que si no lo hubiéramos hecho, si hubiéramos dejado que Costa ganara, si hubiéramos dejado que Martínez nos comprara, entonces habríamos muerto por dentro. Pero yo prefería morir por fuera.

Elena asintió, un gesto mínimo, pero suficiente. Volvió a mirar el mar, las olas rompiendo contra las rocas con una violencia sorda, constante, hipnótica.

De repente, el sonido de un motor rompió el silencio. Lejano, pero acercándose rápidamente. Marc levantó la vista de la escopeta,

escrutando el horizonte. Sus ojos se estrecharon, evaluando, calculando.

—Viene un barco —anunció, la voz tensa, cargada de una urgencia que no intentaba ocultar—. Desde el norte. Rápido.

Me puse de pie, sacando la pistola de la funda. La comprobé, metiendo la bala en la recámara con un chasquido seco. Darío se incorporó en la camilla, la mano apretada contra el costado, el rostro pálido.

—¿Rusos? —preguntó, la voz un hilo ronco.

—No lo sé —replicó Marc, guardando la escopeta bajo el asiento —. Pero no es un pesquero. Es demasiado rápido. Demasiado nuevo.

Elena se puso de pie, la carpeta 042 apretada contra el pecho. Sus ojos estaban brillando con una luz que no había visto antes. No era miedo. No era culpa. Era determinación. La determinación de una mujer que ha decidido que va a sobrevivir, aunque sepa que va a perder.

—Si son rusos, si son de Martínez, si son de cualquiera que quiera matarnos —murmuró, la voz firme, cargada de una convicción que heló la sangre—, entonces vamos a pelear. Hasta el final.

—No vamos a pelear hasta el final —contraataqué, la voz firme, a pesar del temblor que me sacudía las manos—. Vamos a escapar. Vamos a escondernos. Vamos a sobrevivir. Porque si morimos, si nos matan, entonces todo esto habrá sido en vano. Entonces los nombres no habrán servido para nada. Entonces la verdad no habrá salido a la luz.

—¿Y qué propones? —preguntó Darío, incorporándose sobre los codos, la voz cargada de una desesperación que no intentaba ocultar—. ¿Cómo coño escapamos? Estamos en un barco, en medio del mar, con un motor que apenas funciona. Si nos persiguen, si nos alcanzan, entonces estamos muertos.

—No nos van a alcanzar —replicó Marc, la voz firme, cargada de una autoridad que no le había visto en días—. Conozco estas aguas.

Conozco las calas escondidas. Conozco los pasos secretos. Si nos persiguen, los vamos a perder.

—¿Y si no nos persiguen? —insistí, la voz cargada de una ansiedad que no intentaba ocultar—. ¿Y si vienen a hablar? ¿Y si vienen a ofrecernos un trato?

Marc me miró. Sus ojos estaban hundidos en cuencas oscuras, pero brillaban con una luz que no había visto antes. No era miedo. No era culpa. Era cansancio. El cansancio de un hombre que ha esperado quince años para ver a la hija de su capitán convertirse en la mujer que su padre siempre supo que sería. Y que ahora, ahora se daba cuenta de que quizás había esperado demasiado.

—En estas aguas, doctora —murmuró, la voz baja, cargada de una resignación que le encorvaba los hombros—, nadie viene a hablar. Solo vienen a matar.

El barco se acercaba. Ahora podía verlo con claridad. Era una lancha rápida, negra, sin banderas, sin luces. Cuatro hombres a bordo. Todos llevaban pasamontañas. Todos llevaban armas automáticas.

No eran rusos. No eran de Martínez. Eran algo peor. Eran profesionales. De los que no dejan testigos. De los que no hacen preguntas. De los que solo cumplen órdenes.

—Agárrense —ordenó Marc, arrancando el motor. El diésel tosió, escupiendo una nube de humo azul—. Vamos a hacer algo estúpido.

Pisó el acelerador. El barco escoró, casi volcando, antes de enderezarse. El agua entró por la borda, helada, salada, empapándonos en segundos. Elena gritó, aferrándose a mi brazo con una fuerza que me dejó marcas en la piel.

—¡No podemos escapar! —gritó Darío, la voz cargada de pánico —. ¡Son más rápidos!

—Entonces peleamos —replicó Marc, sacando la escopeta de debajo del asiento—. ¡Agarraos! ¡Voy a hacer una maniobra!

El barco giró bruscamente, describiendo un círculo cerrado en el agua. La lancha negra nos siguió, pero el giro la obligó a reducir la velocidad, a perder terreno.

Marc levantó la escopeta. Apuntó. Disparó.

El estruendo fue ensordecedor, ahogado por el rugido del mar y el aullido del viento. La bala impactó en el casco de la lancha negra, levantando un chorro de agua y metal. No fue un impacto letal. Pero fue suficiente para hacerlos dudar, para hacerlos reducir la velocidad, para hacerlos pensar dos veces antes de acercarse.

—¡No van a parar! —grité, aferrándome a Elena—. ¡Van a seguirnos hasta el infierno!

Elena me miró. Sus ojos estaban llenos de algo que no había visto antes. No era miedo. No era culpa. Era determinación. La determinación de una mujer que ha decidido que va a sobrevivir, aunque sepa que va a perder.

—Entonces que vengan —murmuró, la voz baja, cargada de una convicción que heló la sangre—. Que vengan y vean lo que somos capaces de hacer.

Saqué el móvil. El signal era débil, pero suficiente. Marcé un número que había guardado hacía meses, cuando empecé a sospechar que la isla tenía más capas de las que quería ver.

Sonó tres veces antes de que contestaran.

—¿Sí? —dijo una voz de mujer, ronca, cargada de desconfianza.

—Lucía —dije, la voz baja, plana—. Soy yo. Necesito que hagas algo. Algo grande.

—¿Qué pasa, doctora? —preguntó Lucía, la voz cargada de una urgencia que no intentaba ocultar.

—Tengo los nombres —respondí, la voz firme, a pesar del temblor que me sacudía las manos—. Todos. Los de la red de Costa. Los de Martínez. Los de los rusos. Los de medio gobierno balear. Y los voy a enviar a tu correo. Quiero que los publiques. Todos. En todas partes.

En internet. En los periódicos. En la televisión. Que todo el mundo los vea. Que todo el mundo sepa la verdad.

Hubo un silencio al otro lado de la línea. Luego, un suspiro.

—Eso es suicidio, doctora —murmuró Lucía, la voz cargada de una advertencia que no admitía réplica—. Te van a cazar. Te van a matar.

—Ya me están cazando —repliqué, la voz firme—. Ya me están matando. Cada día que pasa, cada minuto que respiro, es un minuto que le he robado a la muerte. Y no voy a dejar que ese minuto sea en vano.

Lucía no respondió de inmediato. Pude escuchar su respiración al otro lado de la línea, corta, superficial, acelerada. Calculando. Sopesando el riesgo.

—Trato hecho —murmuró finalmente—. Pero rápido. Si los rusos te encuentran antes de que yo pueda publicarlos, entonces todo habrá sido en vano.

—Lo sé —respondí, colgando.

Guardé el móvil en el bolsillo. Miré a Elena. Ella me devolvió la mirada, los ojos brillando con una luz que no había visto antes. La luz de la verdad. La luz de la venganza. La luz de la redención.

—Lo hemos hecho —murmuró, la voz baja, cargada de una convicción que heló la sangre—. Hemos sacado la mierda a la luz.

—Todavía no —repliqué, la voz firme, a pesar del temblor que me sacudía las manos—. Ahora solo queda sobrevivir.

La lancha negra se acercaba, ganando terreno, acercándose con cada ola. Marc luchaba con el timón, el barco escorando, el agua entrando por la borda. Darío estaba tumbado en la cubierta, la mano apretada contra el costado, la sangre empapando la chaqueta.

Me acerqué a la borda, sacando la pistola de la funda. La comprobé, metiendo la bala en la recámara con un chasquido seco. Apunté hacia la lancha negra. Esperé. Esperé a que se acercaran lo suficiente. Esperé a que cometieran un error.

Y entonces, cuando la lancha estuvo a cincuenta metros, cuando pude ver los rostros de los hombres, sus ojos inyectados en sangre, sus bocas abiertas en gritos de rabia, disparé.

El estruendo fue ensordecedor, ahogado por el rugido del mar y el aullido del viento. La bala impactó en el motor de la lancha, levantando un chorro de agua y metal. El motor tosío, escupiendo una nube de humo negro. La lancha redujo la velocidad, perdiendo terreno, alejándose lentamente.

—¡Les hemos dado! —gritó Darío, la voz cargada de una euforia que no intentaba ocultar—. ¡Les hemos dado en el motor!

Marc sonrió. Una sonrisa torcida, triste, que le llegó a los ojos por primera vez en días.

—Ahora agárrense —murmuró, pisando el acelerador—. Vamos a escondernos. En una cala que solo yo conozco. Donde nadie nos va a encontrar. Donde nadie nos va a buscar.

El barco aceleró, devorando la distancia, dejando atrás la lancha negra, dejando atrás Cerdeña, dejando atrás los secretos, las mentiras, los cadáveres.

Me quedé en la popa, mirando la estela que dejábamos atrás. El agua se cerraba sobre nuestra huella, borrando las pruebas de nuestro paso. Como si nunca hubiéramos estado allí. Como si nunca hubiéramos existido.

CAPÍTULO 34

La cala apareció entre dos acantilados de piedra caliza, una cicatriz blanca en la costa norte de Cerdeña. Marc maniobró el Elena con la precisión de un cirujano, metiendo la proa en el estrecho pasaje entre las rocas, el motor gimiendo en primera, las hélices arañando el fondo de arena y grava. El agua se volvió de un turquesa obsceno, tan clara que podía verse el fondo a diez metros de profundidad: erizos negros, estrellas de mar, una raya que se deslizaba como una sombra alada sobre la arena blanca.

Apagó el motor. El silencio cayó sobre nosotros como una losa, roto solo por el chapoteo del agua contra el casco y el jadeo entrecortado de Darío, que seguía tumbado en la cubierta, la mano apretada contra el costado, la chaqueta empapada en un rojo oscuro que ya no era sangre fresca, sino el residuo coagulado de tres días de infección y fiebre.

—Aquí estamos —murmuró Marc, saltando al agua. El líquido le llegó a la cintura, helado, transparente. Arrastró una cuerda hasta una argolla de bronce empotrada en la roca, ató el cabo con un nudo de pescador, y se acercó a la borda—. Ayudadme con las amarras.

Bajé al agua. El frío me golpeó los muslos, una descarga eléctrica que me subió hasta la base del cráneo. El fondo era de arena fina, suave bajo mis botas, pero con tramos de grava que me arañaban las plantas a través del cuero. Elena me siguió, cojeando, la carpeta 042 apretada contra el pecho como si fuera un niño. Darío se quedó en el barco, incapaz de moverse, el rostro gris, los labios azulados.

Marc y yo empujamos el Elena hasta la orilla, la proa varando en la arena con un crujido sordo. El barco se inclinó, la madera gimiendo, antes de estabilizarse. Salimos del agua, empapados, el

aire frío de la tarde golpeándonos la piel, secándola en una película de sal que tiraba de los poros.

La cala era un paraíso de postal. Arena blanca, agua turquesa, pinos retorcidos que se aferraban a los acantilados como dedos huesudos. No había edificios. No había turistas. No había señales de civilización. Solo el rugido del mar, el viento entre los pinos, y el olor a resina y a sal que se mezclaba con el hedor a pescado podrido que seguía pegado a mi ropa.

—¿Dónde estamos? —preguntó Elena, mirando a su alrededor, los ojos entrecerrados, evaluando.

—Cala Goloritzé —respondió Marc, subiendo al barco para ayudar a Darío—. Solo se llega andando. Cuatro horas desde Baunei, por un sendero de cabras. O en barco, si conoces el paso. Yo lo conozco.

—¿Y cómo coño vamos a salir de aquí? —espetó Darío, dejándose caer en la arena cuando Marc lo bajó del barco. La herida del costado le había vuelto a sangrar, una mancha oscura que se extendía bajo la chaqueta—. Si solo se llega andando, si solo se llega en barco entonces estamos atrapados.

—No estamos atrapados —replicó Marc, arrodillándose junto a él, examinando la herida con dedos expertas—. Estamos escondidos. Hay una diferencia.

Me acerqué a Darío, arrodillándome a su lado. Le quité la mano del costado. La herida era un desastre. Los puntos que le había puesto en Formentera habían vuelto a abrirse, la piel enrojecida, los bordes brillantes por la infección. El olor a pus y a carne dulce me golpeó las fosas nasales, una bofetada dulzona que me revolvió el estómago.

—Necesito drenar esto —dije, sacando mi kit forense de la mochila—. Otra vez. Y necesito antibióticos de espectro amplio. Si no, la sepsis va a matarlo en cuarenta y ocho horas.

Marc asintió, poniéndose de pie.

—Tengo algo en el barco. Guardado. Para emergencias.

Se acercó al Elena, bajó al camarote, y volvió con una caja metálica pequeña, oxidada. La abrió. Dentro, viales de antibiótico, jeringas, gasas, hilo de sutura. Material de primera calidad. No de contrabandista. De profesional.

—¿De dónde has sacado esto? —pregunté, cogiendo un vial de meropenem, el antibiótico más potente que tenía.

—De tu padre —respondió Marc, la voz baja, cargada de una nostalgia que me aplastaba el pecho—. Él lo guardaba. Para mí. Para emergencias.

Elena se acercó, la carpeta 042 todavía apretada contra el pecho. Sus ojos se clavaron en Marc, evaluándolo, calculando.

—Mi padre no era pescador —murmuró, la voz baja, cargada de una certeza que me heló la sangre—. Era algo más. Algo que tú no me has contado.

Marc no respondió. Se limitó a arrodillarse junto a Darío, preparando la jeringa con movimientos mecánicos, ensayados. Sus dedos, largos y callosos, rozaban el metal con una delicadeza obscena.

—Tu padre era informante —dijo finalmente, la voz baja, cargada de una resignación que le encorvaba los hombros—. Pasaba información a la Guardia Civil. A los buenos. A los que todavía creían que la ley servía para algo. Sobre los barcos que entraban en el puerto. Sobre los que blanqueaban dinero. Sobre los que traían droga.

—¿Y los rusos lo mataron —continué, entendiendo de repente el patrón, conectando los puntos que había visto en tantas autopsias, en tantos informes archivados, en tantos cadáveres que habían llegado a mi camilla con la etiqueta de "accidente" o "suicidio"?

—Los rusos lo mataron —confirmó Marc, clavando la aguja en el brazo de Darío, empujando el émbolo con el pulgar—. Y Costa lo encubrió. Y Martínez cobró por callarse. Tu padre, Darío, tu padre firmó el informe.

Darío cerró los ojos. Un gesto de dolor que le crispó el rostro. No era dolor físico. Era el dolor de la verdad, esa que llega tarde, cuando ya no puedes cambiar nada.

—Mi padre —murmuró, la voz quebrada—. Mi padre sabía.

—Tu padre sabía —replicó Elena, la voz cargada de una tristeza que me aplastaba el pecho—. Y vivió con ello. Y te crió con ello. Y murió con ello.

—¿Murió? —preguntó Darío, abriendo los ojos, la voz cargada de una esperanza desesperada—. ¿Mi padre está muerto?

—Hace tres años —respondí, la voz baja, cargada de una culpa que no intentaba ocultar—. Infarto. En casa. Yo firmé el informe.

Darío me miró. Sus ojos estaban llenos de algo que no había visto antes. No era rabia. No era culpa. Era aceptación. La aceptación de un hombre que ha descubierto que toda su vida había sido una mentira construida sobre los cadáveres de otros.

—Entonces vamos a por ellos —murmuró, la voz firme, cargada de una determinación que me heló la sangre—. Vamos a por Martínez. Vamos a por los rusos. Vamos a por todos los que mataron a mi padre. A tu padre. A Costa. A Valera. A todos.

—No podemos matarlos a todos —contraataqué, la voz firme, a pesar del temblor que me sacudía las manos—. Pero podemos entregar los nombres. Podemos sacar la mierda a la luz. Podemos asegurarnos de que paguen.

—¿Y cómo coño hacemos eso? —preguntó Darío, la voz cargada de una desesperación que me aplastaba el pecho—. Si se los damos a Martínez, los hace desaparecer. Si se los damos a la UCO de Madrid, los archivan. Si se los damos a la prensa, los compran.

—No se los damos a nadie —replicó Elena, la voz firme, cargada de una convicción que me heló la sangre—. Los publicamos. Todos. En internet. En los periódicos. En la televisión. En todas partes. Que todo el mundo los vea. Que todo el mundo sepa la verdad.

—Eso es suicidio —espetó Darío—. Nos van a cazar. Nos van a matar.

—Ya nos están cazando —replicó Elena, la voz cargada de una rabia que no intentaba ocultar—. Ya nos están matando. Cada día que pasa, cada minuto que respiramos, es un minuto que le hemos robado a la muerte. Y yo no voy a dejar que ese minuto sea en vano.

Marc nos miró. Sus ojos estaban hundidos en cuencas oscuras, pero brillaban con una luz que no había visto antes. No era miedo. No era culpa. Era orgullo. El orgullo de un hombre que ha esperado quince años para ver a la hija de su capitán convertirse en la mujer que su padre siempre supo que sería.

—Ya los hemos publicado —murmuró, la voz baja, cargada de una convicción que me erizó la piel—. Lucía lo hizo hace dos horas. Los nombres están en todos los periódicos. En todas las televisiones. En internet. Todo el mundo los ha visto. Todo el mundo sabe la verdad.

Me quedé helada. El corazón me dio un vuelco.

—¿Qué? —articulé, la voz quebrada—. ¿Cuándo? ¿Cómo?

—Mientras vosotros dormíais —respondió Marc, la voz firme—. Lucía me llamó. Me dijo que estaba lista. Que solo necesitaba la confirmación. Y yo se la di.

—¿Por qué no nos lo dijiste? —espeté, la rabia hirviéndome en las venas, quemando el cansancio, el frío, el dolor—. ¿Por qué coño no nos lo dijiste antes?

—Porque no importaba —replicó Marc, la voz cargada de una resignación que le encorvaba los hombros—. Lo que importaba era sacaros de Ibiza. Lo que importaba era manteneros vivos. Lo que importaba era que Elena descubriera la verdad. Y eso ya ha pasado.

Elena se acercó a Marc, poniéndole una mano en el hombro. El gesto fue breve, casi imperceptible, pero cargado de significado.

—Gracias —murmuró, la voz baja, cargada de una gratitud que me aplastaba el pecho—. Gracias por esperar. Gracias por protegerme. Gracias por no rendirte.

Marc no respondió. Se limitó a asentir, un gesto mínimo, pero suficiente. Luego, se puso de pie, mirando hacia el mar, hacia la entrada de la cala, hacia el mundo que habíamos dejado atrás.

—Ahora viene lo difícil —murmuró, la voz baja, cargada de una advertencia que no admitía réplica—. Ahora que los nombres están publicados, ahora que la verdad ha salido a la luz, ahora que la red se ha desmantelado, ahora vienen a por nosotros. Todos. Martínez. Los rusos. Los que quedan. Y no van a parar hasta que estemos muertos.

—¿Y qué hacemos? —pregunté, la voz firme, a pesar del temblor que me sacudía las manos—. ¿Cómo nos protegemos? ¿Cómo sobrevivimos?

—Nos escondemos —replicó Marc, la voz firme, cargada de una determinación que me heló la sangre—. Nos escondemos aquí. En esta cala. Donde nadie nos va a buscar. Donde nadie nos va a encontrar. Hasta que la tormenta pase. Hasta que los que quedan se cansen. Hasta que podamos volver.

—¿Volver? —repitió Darío, la voz cargada de incredulidad—. ¿Volver a Ibiza? ¿A la isla que nos ha devorado? ¿A la isla que ha matado a nuestros padres? ¿A la isla que ha matado a Costa, a Valera, a todos?

—Sí —respondió Elena, la voz firme, cargada de una convicción que me heló la sangre—. Vamos a volver. Porque Ibiza es nuestra. Porque es la isla de nuestro padre. Porque es la isla donde hemos nacido. Y no vamos a dejar que los que quedan la devoren. No vamos a dejar que la conviertan en un vertedero. Vamos a limpiarla. Vamos a quemarla. Y vamos a reconstruirla.

Me quedé mirándola. Mi hermana. La mujer que había llorado durante tres años. La mujer que había creído muerta. La mujer que acababa de descubrir que su padre había sido un informante, que

había muerto por eso, que había dejado un legado de verdad y de venganza que ella ahora tenía que completar.

—¿Y cómo coño vamos a hacer eso? —pregunté, la voz cargada de una desesperación que no intentaba ocultar—. Si volvemos a Ibiza, si nos movemos, si dejamos un rastro, entonces nos van a encontrar. Y nos van a matar.

—No nos van a encontrar —replicó Elena, la voz firme, cargada de una autoridad que no le había visto en días—. Porque no vamos a volver como víctimas. Vamos a volver como cazadores. Vamos a volver con un plan. Vamos a volver con una estrategia. Y vamos a volver con la verdad de nuestro lado.

—¿Y cuál es ese plan? —insistí, la voz cargada de una ansiedad que no intentaba ocultar—. ¿Cuál es esa estrategia? ¿Cómo coño vamos a limpiar una isla que lleva veinte años pudriéndose?

Elena me miró. Sus ojos estaban llenos de algo que no había visto antes. No era miedo. No era culpa. Era determinación. La determinación de una mujer que ha decidido que va a sobrevivir, aunque sepa que va a perder.

—Empezamos por Martínez —murmuró, la voz baja, cargada de una convicción que heló la sangre—. Él es la clave. Él es el que ha vendido a todos. Él es el que ha cobrado por callarse. Él es el que ha firmado los informes falsos. Si lo encontramos, si lo detenemos, si lo entregamos a la UCO de Madrid, entonces el resto caerá. Entonces los rusos se irán. Entonces los que quedan se rendirán. Entonces Ibiza será nuestra.

—¿Y dónde coño está Martínez? —preguntó Darío, la voz cargada de una frustración que no intentaba ocultar—. Lucía dijo que había desaparecido. Que su casa estaba vacía. Que su coche estaba en el aeropuerto. Pero él no estaba. Ha huido. O lo han secuestrado. O lo han matado.

—No ha huido —replicó Elena, la voz firme, cargada de una certeza que me heló la sangre—. No ha sido secuestrado. No lo han

matado. Está escondido. En Ibiza. En algún lugar que solo él conoce. En algún lugar que solo nosotros podemos encontrar.

—¿Y cómo coño sabes eso? —pregunté, la voz cargada de incredulidad—. ¿Desde cuándo sabes dónde está Martínez?

Elena no respondió. Se limitó a mirar el mar, las olas rompiendo contra las rocas con una violencia sorda, constante, hipnótica. El viento aullaba, arrastrando el olor a sal y a lluvia.

CAPÍTULO 35

Pasamos dos días en Cala Goloritzé. Dos días de silencio, de espera, de no moverse, de no hacer ruido, de no dejar rastro. El sol caía a plomo sobre la cala, convirtiendo la arena en una sartén que nos quemaba las plantas de los pies. El agua turquesa era un espejo cegador que nos devolvía la luz con una violencia obscena. No había sombra. No había refugio. Solo los pinos retorcidos que se aferraban a los acantilados, ofreciendo un cobijo miserable contra el calor asfixiante.

Marc salía en el bote auxiliar al amanecer, volvía al anochecer, trayendo comida, agua, noticias. Decía poco. Solo lo necesario. El resto lo guardaba para sí mismo, como si el peso de los años, de los recuerdos, de la venganza, le aplastara los hombros.

Darío mejoraba lentamente. La fiebre había desaparecido. La herida del costado había dejado de supurar, los bordes cerrándose con una cicatriz rosada y brillante. Pero la debilidad seguía anclada a sus huesos, una losa invisible que le aplastaba el pecho con cada inspiración. Pasaba las horas tumbado bajo la sombra de un pino, la mirada perdida en el horizonte, los ojos entrecerrados contra el sol.

Elena pasaba las horas sentada en la proa del Elena, la carpeta 042 en el regazo, leyendo y releyendo los nombres, los expedientes, las fotografías. Memorizando. Archivando. Preparándose. Porque sabía que cuando volviéramos a Ibiza, cuando encontráramos a Martínez, ella tendría que testificar. Tendría que enfrentarse a él, a los rusos que quedaran, a todos los que habían matado a su padre, a mi padre, a Costa, a Valera, a todos los que habían convertido Ibiza en un vertedero.

Yo pasaba las horas en el puente, mirando el mar, pensando en Juan. En si estaría bien. En si habría sobrevivido a la operación. En si

Martínez lo habría encontrado. En si los rusos lo habrían matado. En si alguna vez volvería a verlo.

La noche del segundo día, Marc volvió con noticias.

—He hablado con Lucía —anunció, saltando del bote auxiliar a la arena, el rostro pálido, los ojos hundidos—. La UCO de Madrid ha tomado el control de Ibiza. Han detenido a una docena de personas. Jueces. Políticos. Empresarios. La red está cayendo.

—¿Y Martínez? —pregunté, incorporándome, la esperanza encendiéndose en mi pecho como una llama débil.

—Sigue desaparecido —respondió Marc, sacudiendo la cabeza, el sudor perlándole la frente—. Pero Lucía tiene una pista. Un informante le dijo que lo vieron hace dos días en el norte de la isla. Cerca de Portinatx. En una finca abandonada.

—¿Qué finca? —preguntó Elena, poniéndose de pie, la carpeta 042 apretada contra el pecho.

—La finca de su padre —replicó Marc, la voz baja, cargada de una resignación que le encorvaba los hombros—. La que heredó cuando murió. La que nadie sabe que existe. Porque está a nombre de una sociedad pantalla en las Islas Caimán. Pero yo la conozco. Tu padre me llevó allí una vez. Para esconder un cargamento que los rusos querían interceptar. Está en el acantilado, sobre la cala de s'Arenal. Tiene un búnker.

Elena cerró la carpeta. El sonido del cartón golpeando la madera fue seco, definitivo.

—Nos vamos mañana —dijo. No era una petición. Era una sentencia.

Darío se incorporó. La arena se le pegaba a la espalda, pero no se quejó.

—¿Con qué? ¿Con este cacharro? El motor apenas aguanta la travesía de ida.

—Conozco a un tipo en Olbia —respondió Marc, limpiándose el sudor de la frente con el dorso de la mano—. Tiene un catamarán.

Rápido. Silencioso. Puede llevarnos a la costa norte de Ibiza en seis horas. Si salimos de noche, sin luces, no nos verá ni la UCO ni lo que quede de los rusos.

Me puse de pie. Las rodillas me crujieron. El sol me había quemado la nuca, la piel tirante, llena de ampollas que se rompían con el roce de la camiseta. El dolor era un ancla. Me mantenía aquí.

—¿Y Juan? —pregunté. La voz me salió rasposa. No lo había mencionado en dos días. El nombre me sabía a ceniza.

Marc me miró. Sus ojos, azules como el agua que nos rodeaba, no escondían nada.

—Lucía dice que sigue en la UCI. Intubado. Pero vivo. La UCO lo tiene vigilado, pero no lo han detenido. Porque sin su testimonio, no pueden cerrar el caso contra los de Madrid.

Cerré los ojos. El alivio me golpeó el pecho, seguido inmediatamente por el miedo. Juan estaba vivo. Pero estaba atrapado en una isla que se estaba pudriendo por dentro, rodeado de federales que no sabían en quién confiar y de sicarios que sabían exactamente en quién disparar.

—Nos vamos al anochecer —ordené.

El catamarán de Olbia no olía a pescado. Olía a fibra de carbono, a gasolina de alto octanaje y a la desesperación de los hombres que huyen. Marc lo manejaba con una precisión quirúrgica, leyendo el mar como si fuera un libro abierto. Las olas rompían contra los cascos gemelos con un ritmo sordo, constante, que me vibraba en los dientes.

Iba sentada en la popa, la pistola en el regazo. El metal estaba frío, una certeza absoluta en un mundo de mentiras. Elena dormía a mi lado, agotada por la tensión de los últimos días. Darío estaba en la proa, vigilando el horizonte con unos prismáticos que Marc le había prestado.

A las tres de la mañana, la silueta de Ibiza emergió de la oscuridad. No era la Ibiza de las postales. No había luces de clubs, ni neones parpadeando en el puerto. La isla estaba a oscuras, bajo un

toque de queda no oficial impuesto por el pánico y la UCO. Solo el faro de Botafoc giraba su haz blanco sobre el agua negra, como el ojo de un dios ciego y cruel.

—Apaga las luces de navegación —ordenó Marc. El motor bajó de revoluciones, convirtiéndose en un ronroneo apenas audible. Nos deslizamos hacia la costa norte, pegados a los acantilados de piedra roja.

El olor a resina de pino y a salitre me golpeó las fosas nasales. Ibiza. Mi casa. Mi tumba.

Dejamos el catamarán varado en una cala de arena negra, al sur de Portinatx, lejos de los accesos principales. El viento del norte aullaba, arrastrando el frío del Atlántico. Nos adentramos en el bosque de pinos, pegándonos a las sombras. La tierra estaba húmeda, cubierta de agujas que amortiguaban nuestros pasos.

La finca de Martínez no aparecía en los mapas. Estaba escondida tras una cortina de cipreses y un muro de piedra seca que el tiempo había cubierto de hiedra. Marc nos guió hasta una brecha en la vegetación. Desde allí, podíamos ver la casa.

No era una masía. Era una fortaleza de hormigón y cristal, diseñada para mimetizarse con el paisaje y, al mismo tiempo, dominarlo. Las ventanas estaban a oscuras, pero el débil resplandor de una luz de emergencia bañaba el porche de entrada. Dos todoterrenos negros estaban aparcados en la grava. No eran coches de la UCO. Eran blindados.

—Hay gente dentro —susurró Darío, bajando los prismáticos.

—No son federales —respondió Marc, sacando la escopeta de debajo de la chaqueta—. Los federales no usan blindados rusos.

El corazón me dio un vuelco. Los rusos. No se habían ido. Habían enviado a los limpiadores. A los que no dejan testigos. A los que vienen a borrar las pruebas, y a los que las conocen.

—Martínez no está solo —murmuré, el sabor a bilis subiendo por mi garganta—. Lo han encontrado antes que nosotros.

—O lo han vendido —corrigió Elena. Su voz era un hilo tenso, desprovisto de cualquier emoción.

Nos acercamos a la casa, usando los arbustos de buganvilla seca como cobertura. Las espinas me rasgaron los vaqueros, arañándome las pantorrillas. El dolor era agudo, pero me mantenía despierta.

Llegamos a la terraza trasera. Las puertas de cristal estaban entreabiertas. El aire acondicionado zumbaba en el interior, un sonido mecánico que contrastaba con el aullido del viento. El olor a tabaco caro, a whisky añejo y a algo más. Algo metálico. Algo dulce.

Sangre.

Me asomé por el marco de la puerta. El salón era un mausoleo de lujo. Sofás de cuero blanco, mesas de mármol, cuadros de artistas que no reconocía. En el centro, sentado en una silla de madera, estaba Martínez.

O lo que quedaba de él.

Le habían arrancado la ropa. El torso estaba cubierto de cortes precisos, quirúrgicos. No había sangre en el suelo. La habían limpiado. Pero el olor a cobre y a heces era insoportable. Le habían arrancado los ojos. Las cuencas estaban vacías, negras, mirando un horror que solo él podía ver.

—Dios mío —susurró Darío, tapándose la boca con la mano.

—No es Dios —dijo una voz desde las sombras.

Me giré, levantando la pistola. Marc hizo lo mismo, la escopeta apuntando al pasillo.

Un hombre salió de la oscuridad del corredor. Llevaba un traje oscuro, impecable. No era ruso. Era más bajo, más delgado. Tenía el cabello canoso, peinado hacia atrás, y una cicatriz que le cruzaba la mejilla izquierda. Sostenía un pañuelo blanco, manchado de rojo oscuro.

—El inspector Martínez fue muy cooperativo —dijo el hombre. Su acento era del este, pero el español era perfecto, casi académico—.

Nos dio los nombres de los que quedan. Los que no estaban en la carpeta de su hermana, doctora Vance.

Me quedé helada. Sabía mi nombre. Sabía lo de la carpeta.

—¿Quién coño eres? —espeté, manteniendo el cañón de la pistola apuntado a su pecho.

El hombre sonrió. No fue una sonrisa de burla. Fue una sonrisa de tristeza.

—Soy el que limpia los errores —respondió, guardando el pañuelo en el bolsillo de la chaqueta—. Y ustedes son el error más grande que ha cometido esta isla en veinte años.

De repente, el sonido de motores. Fuera. Muchos. El rugido de diésel, el chirrido de frenos neumáticos. Luces azules y rojas empezaron a girar, bañando el salón en un estroboscopio de colores enfermos.

La UCO.

El hombre de la cicatriz me miró. No pareció sorprendido. No pareció asustado.

—Parece que su tiempo se ha acabado, doctora —murmuró, levantando las manos lentamente—. Pero el mío también.

Se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta.

—¡Al suelo! —gritó Marc.

Pero no fue él quien disparó.

Fueron las ventanas. Estallaron hacia adentro, una lluvia de cristales templados que llovió sobre el mármol. Los flashes de los fusiles de asalto iluminaron el salón. El hombre de la cicatriz saltó hacia atrás, pero las balas lo alcanzaron en el pecho, levantándolo del suelo y lanzándolo contra la pared de cristal. Cayó hecho un guiñapo, la sangre manando de una docena de agujeros, empapando el traje caro.

Me tiré al suelo, cubriéndome la cabeza con los brazos. Los casquillos llovían a mi alrededor, tintineando contra el mármol. El

olor a pólvora era asfixiante, mezclándose con el de la sangre fresca y el tabaco rancio.

—¡UCO! ¡No disparen! ¡Somos los Vance! —gritó una voz desde el porche.

Levanté la cabeza. Entre el humo y los cristales rotos, vi una silueta apoyada en el marco de la puerta. Llevaba un chaleco antibalas sobre una camisa de hospital. El rostro estaba pálido, demacrado, con una sonda nasogástrica colgando de la nariz y un gotero de suero que alguien había conectado a una botella portátil.

Juan.

Mi Cabo. Mi carcelero. Mi cómplice.

Estaba vivo. Y había venido a buscarnos.

Pero no estaba solo. Detrás de él, dos agentes de la UCO de Madrid, los verdaderos, los de las insignias doradas y las caras de pocos amigos, mantenían sus armas apuntando a los rusos que intentaban escapar por la puerta trasera.

El tiroteo duró treinta segundos. Luego, el silencio. Solo el zumbido del aire acondicionado y el goteo de la sangre del hombre de la cicatriz sobre el mármol.

Juan se dejó caer de rodillas. El esfuerzo lo había dejado sin aliento. Se llevó una mano al costado, donde la camisa de hospital estaba manchada de un rojo oscuro y fresco.

Me arrastré hacia él, esquivando los cristales. Le agarré la cara con las dos manos. Su piel estaba fría, sudorosa.

—Idiota —susurré, las lágrimas quemándome los ojos—. ¿Cómo coño has salido de la UCI?

Juan sonrió. Una sonrisa torcida, triste, que le llegó a los ojos.

—Me desconecté —murmuró, la voz un hilo ronco—. Tenía que asegurarme de que no la cagarais.

Me incliné y lo besé. No fue un beso suave. Fue un choque de dientes y labios, un beso con sabor a sal, a pólvora y a sangre. Fue

el beso de dos náufragos que acaban de descubrir que el otro sigue respirando.

Cuando me separé, Juan miró hacia el cadáver del hombre de la cicatriz.

—Ese es el Cirujano —murmuró, la voz cargada de una fatiga infinita—. El que mató a Valera. El que operó a tu hermana.

Me giré hacia el cuerpo. El hombre yacía en un charco de sangre, los ojos abiertos, mirando el techo de cristal.

Los agentes de la UCO registraron la casa con una eficiencia mecánica. Sus botas crujían sobre los cristales rotos, levantando destellos bajo las luces tácticas que barrían las habitaciones. El olor a pólvora se mezclaba con el de la sangre y el tabaco rancio, creando una atmósfera densa, asfixiante, que se pegaba al paladar.

Juan estaba sentado en el sofá de cuero blanco, la camisa de hospital manchada de rojo, la sonda nasogástrica todavía colgando de su nariz como un tentáculo pálido. Un médico de la UCO le estaba cosiendo la herida del costado, la aguja entrando y saliendo de la piel con un sonido húmedo que me revolvía el estómago. Juan no se quejó. Solo apretó los dientes, los músculos del cuello marcados como cables de acero.

Me arrodillé a su lado, ignorando al médico, ignorando a los agentes, ignorando todo excepto el rostro de Juan. Su piel estaba fría, sudorosa, los ojos hundidos en cuencas oscuras. Había perdido peso. Mucho peso. Las mejillas se le habían hundido, los pómulos se le marcaban como cuchillas bajo la piel.

—¿Cómo coño has salido de ahí? —repetí, la voz quebrada, cargada de una rabia que no intentaba ocultar—. ¿Quién te ha sacado? ¿Cómo has llegado hasta aquí?

Juan cerró los ojos un segundo. Cuando los abrió, la fiebre brillaba en ellos, una luz enfermiza que me heló la sangre.

—Lucía —murmuró, la voz un hilo ronco—. Ella me sacó. Me desconectó. Me puso en un coche. Me trajo hasta aquí.

—¿Lucía? —repitió Darío, acercándose, el rostro pálido, los ojos desorbitados—. ¿La enfermera del Mercado Viejo? ¿Cómo coño sabía ella dónde estabas?

Juan sonrió. Una sonrisa torcida, triste, que no le llegó a los ojos.

—Lucía no es una enfermera, Darío —respondió, la voz cargada de una fatiga infinita—. Es mi contacto. Mi informante. La que me pasó la información sobre Costa. La que me dijo dónde estaba la finca de Martínez. La que me ha estado protegiendo durante tres años.

Me quedé helada. El corazón me dio un vuelco.

—¿Tres años? —articulé, la voz quebrada—. ¿Tres años trabajando con ella? ¿Tres años sin decirme nada?

Juan me miró. Sus ojos estaban llenos de algo que no había visto antes. No era miedo. No era culpa. Era cansancio. El cansancio de un hombre que ha cargado con el peso de la isla durante demasiado tiempo.

—No podía decírtelo, Sofía —murmuró, la voz baja, cargada de una resignación que le encorvaba los hombros—. Si te lo hubiera dicho, si te hubiera involucrado, entonces te habrían matado. A ti. A Elena. A Darío. Yo no podía dejar que eso pasara.

—Pero me involucraste de todos modos —contraataqué, la rabia hirviéndome en las venas, quemando el cansancio, el frío, el dolor—. Me involucraste cuando me follaste contra la pared de la morgue. Cuando me mentiste. Cuando me protegiste de la verdad. Cuando dejaste que Elena desapareciera. Cuando dejaste que Darío se tatuara esa puta marca.

Juan no respondió. Se limitó a cerrar los ojos, el médico terminando de coser la herida, la aguja entrando y saliendo de la piel con un sonido húmedo.

Elena se acercó, la carpeta 042 apretada contra el pecho. Se arrodilló frente a Juan, mirándolo con una expresión que no había visto antes. No era amor. No era culpa. Era reconocimiento. El

reconocimiento de una mujer que acaba de descubrir que el hombre que creía su enemigo era, en realidad, el que la había protegido.

—Gracias —murmuró, la voz baja, cargada de una gratitud que me aplastaba el pecho—. Gracias por protegerme. Gracias por no rendirte. Gracias por no dejarme morir.

Juan abrió los ojos. Miró a Elena. Sus ojos estaban llenos de algo que no había visto antes. No era amor. No era culpa. Era alivio. El alivio de un hombre que acaba de descubrir que la mujer que creía haber fallado estaba viva. Estaba aquí. Estaba respirando.

—No te dejé morir, Elena —murmuró, la voz un hilo ronco—. Te dejé vivir. Porque sabía que algún día ibas a volver. Algún día ibas a sacar la mierda a la luz. Algún día ibas a limpiar esta puta isla.

El médico terminó de coser la herida. Cortó el hilo con unas tijeras, limpió la zona con gasas empapadas en alcohol, y se puso de pie.

—Necesitas reposo —dijo, la voz plana, carente de emoción—. Y antibióticos. Y comida. Y dormir. Si sigues así, vas a morir de nuevo. Y esta vez, no voy a poder coserte.

Juan sonrió. Una sonrisa torcida, triste, que le llegó a los ojos por primera vez en días.

—Lo sé —murmuró, la voz baja, cargada de una convicción que me heló la sangre—. Pero todavía no he terminado.

Un agente de la UCO se acercó, un tipo de unos cuarenta años, con cara de pocos amigos y un traje gris que le sentaba como un guante. Llevaba una carpeta en la mano, gruesa, llena de papeles.

—Cabo Santos —dijo, la voz plana, carente de emoción—. Soy el inspector jefe Ramírez, de la UCO de Madrid. Necesito que me explique qué cojones ha pasado aquí.

Juan se incorporó, apoyándose en el sofá. El dolor le crispó el rostro, arrancándole una mueca involuntaria. Pero no se quejó. Solo apretó los dientes, los músculos del cuello marcados como cables de acero.

—Le voy a explicar todo, inspector —respondió, la voz firme, a pesar del temblor que le sacudía las manos—. Le voy a explicar todo. Desde el principio.

Y empezó a hablar. Le contó todo. Le contó lo de Costa. Lo de Martínez. Lo de los rusos. Lo de Elena. Lo de la carpeta 042. Lo de la finca. Lo del Cirujano. Le contó todo, excepto una cosa.

No le contó que Lucía era su informante. No le relató que había estado trabajando con ella durante tres años. No le detalló que había sido él quien había pasado la información sobre la finca de Martínez.

Porque si se lo contaba, si les daba esa información, la UCO iba a cazar a Lucía. Iban a cazarla como a un animal. Iban a meterla en la cárcel, o peor, iban a matarla. Y él no podía dejar que eso pasara. No después de todo lo que había hecho. No después de todo lo que habían pasado.

Así que se calló. Y dejó que Lucía desapareciera. Y dejó que la UCO se llevara los créditos. Y dejó que la isla siguiera girando, ajena a nuestra miseria, ajena a nuestros secretos.

Porque al final, la isla siempre gana. La isla siempre devora a los que intentan cambiarla. Pero él ya no era el Cabo que examinaba los cadáveres. Era uno más de los cadáveres que la isla había devorado.

CAPÍTULO 36

La luz del amanecer se filtraba por las ventanas rotas de la finca de Martínez, bañando el salón en un rosa pálido que se extendía como una mancha de sangre diluida. Los agentes de la UCO seguían registrando la casa, sus botas crujiendo sobre los cristales, sus voces resonando en las paredes de hormigón. El olor a pólvora y a sangre se había mezclado con el del café rancio que alguien había traído en un termo, creando una atmósfera densa, asfixiante, que se pegaba al paladar.

Juan estaba tumbado en el sofá, los ojos cerrados, la respiración entrecortada. El médico le había puesto un gotero de suero, conectándolo a una botella portátil que colgaba de un soporte metálico. La piel le había vuelto a palidecer, los labios cianóticos, el rostro demacrado. La fiebre había vuelto, una llama oscura que le consumía las fuerzas, que le nublaba la mirada, que le arrancaba gemidos involuntarios cada vez que se movía.

Me arrodillé a su lado, tomándole la mano. Su piel estaba fría, sudorosa, pero el apretón fue fuerte.

—¿Cómo estás? —pregunté, la voz baja, cargada de una preocupación que no intentaba ocultar.

Juan abrió los ojos. Me miró. Sus ojos estaban vidriosos, las pupilas dilatadas por la fiebre y los analgésicos.

—Vivo —murmuró, la voz un hilo ronco—. Por ahora.

Elena se acercó, sentándose en el brazo del sofá. La carpeta 042 descansaba en su regazo, el papel amarillo bajo la luz del amanecer. Sus ojos estaban fijos en Juan, evaluándolo, calculando.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó, la voz baja, cargada de una ansiedad que no intentaba ocultar—. Martínez está muerto.

El Cirujano está muerto. La UCO tiene la casa. Tienen las pruebas. Tienen todo lo que necesitan para desmantelar la red.

—No todo —replicó Juan, la voz firme, a pesar del temblor que le sacudía las manos—. Quedan los rusos. Los que están en Ibiza. Los que están en Formentera. Los que están en Cerdeña. Y no van a parar hasta que estemos muertos.

—¿Y qué hacemos con ellos? —insistió Elena, la voz cargada de una desesperación que me aplastaba el pecho—. ¿Cómo los detenemos? ¿Cómo los sacamos de la isla?

Juan cerró los ojos un segundo. Cuando los abrió, la fiebre brillaba en ellos, una luz enfermiza que me heló la sangre.

—No los detenemos —murmuró, la voz baja, cargada de una convicción que me erizó la piel—. Los entregamos. A los rusos de verdad. A los que están en Moscú. A los que no saben lo que han hecho sus hombres aquí. A los que quieren limpiar su propia mierda.

—¿Y cómo coño hacemos eso? —preguntó Darío, acercándose, el rostro pálido, los ojos desorbitados—. ¿Llamamos a la embajada rusa? ¿Les pedimos ayuda? ¿Les decimos que sus hombres han estado matando gente en Ibiza?

—No —replicó Juan, la voz firme, cargada de una autoridad que no le había visto en días—. Les damos los nombres. Los nombres de los que han estado operando aquí. Los nombres de los que han estado blanqueando dinero. Los nombres de los que han estado matando. Y les decimos que si no los sacan de la isla, si no los detienen, si no los entregan a la justicia, entonces vamos a publicar todo. En internet. En los periódicos. En la televisión. En todas partes. Que todo el mundo lo vea. Que todo el mundo sepa la verdad.

Me quedé mirándolo. El hombre que había conocido hacía tres años. El hombre que me había protegido, que me había mentido, que me había follado contra la pared de una morgue. El hombre que acababa de decidir que iba a usar la verdad como arma. Como moneda de cambio. Como escudo.

—Eso es chantaje —murmuré, la voz baja, cargada de una incredulidad que no intentaba ocultar—. Eso es extorsión. Eso es...

—Eso es supervivencia —me interrumpió Juan, la voz firme, cargada de una convicción que me heló la sangre—. Eso es lo que hacemos en esta puta isla. Eso es lo que hemos hecho siempre. Eso es lo que vamos a seguir haciendo. Porque si no, si no usamos la verdad como arma, entonces nos van a matar. A todos. Y no voy a dejar que eso pase. No después de todo lo que hemos pasado. No después de todo lo que hemos perdido.

Elena asintió, un gesto mínimo, pero suficiente. Se puso de pie, la carpeta 042 apretada contra el pecho.

—Tengo los nombres —murmuró, la voz firme, cargada de una determinación que me heló la sangre—. Todos. Los de los rusos. Los de los albaneses. Los de los que han estado operando aquí. Los de los que han estado blanqueando dinero. Los de los que han estado matando. Y los voy a enviar a Moscú. A la embajada. A los que tienen el poder de detener esto.

—¿Y si no funcionan? —preguntó Darío, la voz cargada de una desesperación que me aplastaba el pecho—. ¿Y si no les importa? ¿Y si nos matan de todos modos?

—Entonces moriremos —replicó Elena, la voz firme, cargada de una convicción que me heló la sangre—. Pero no vamos a morir sin luchar. No vamos a morir sin sacar la mierda a la luz. No vamos a morir sin asegurarnos de que la verdad salga a la luz.

Juan sonrió. Una sonrisa torcida, triste, que le llegó a los ojos por primera vez en días.

—Esa es mi chica —murmuró, la voz baja, cargada de una gratitud que me aplastaba el pecho—. Esa es la mujer que mi padre siempre supo que serías.

Elena no respondió. Se limitó a mirar el mar a través de las ventanas rotas, las olas rompiendo contra las rocas con una violencia sorda, constante, hipnótica. El viento aullaba, arrastrando el olor a sal y a lluvia.

Pasaron tres días. Tres días de silencio, de espera, de no moverse, de no hacer ruido, de no dejar rastro. La UCO había acordonado la finca de Martínez, sus agentes patrullando el perímetro, sus coches patrulla aparcados en la grava, las luces rotativas girando como ojos de insecto gigantes.

Juan mejoraba lentamente. La fiebre había bajado. La herida del costado había dejado de supurar, los bordes cerrándose con una cicatriz rosada y brillante. Pero la debilidad seguía anclada a sus huesos, una losa invisible que le aplastaba el pecho con cada inspiración. Pasaba las horas tumbado en el sofá, la mirada perdida en el techo, los ojos entrecerrados contra la luz.

Elena pasaba las horas en el porche, el móvil en la mano, enviando correos, haciendo llamadas, contactando con la embajada rusa, con los federales de Moscú, con los que tenían el poder de detener esto. Decía poco. Solo lo necesario. El resto lo guardaba para sí misma, como si el peso de los años, de los recuerdos, de la venganza, le aplastara los hombros.

Darío pasaba las horas vigilando el perímetro, la pistola en la mano, escrutando el horizonte, buscando señales de los rusos, de los que quedaban, de los que venían a por nosotros. Hablaba menos. Sonreía menos. Como si la verdad que habíamos descubierto, la verdad sobre su padre, sobre mi padre, sobre la isla, le hubiera robado algo que no podía recuperar.

Yo pasaba las horas con Juan, tomándole la mano, hablándole en voz baja, contándole historias del pasado, de cuando éramos niños, de cuando la isla todavía era nuestra, de cuando no sabíamos que iba a devoraros.

La noche del tercer día, Elena entró en el salón, el rostro pálido, los ojos hundidos. Llevaba el móvil en la mano, la pantalla iluminando su rostro demacrado.

—Han respondido —murmuró, la voz baja, cargada de una ansiedad que no intentaba ocultar—. La embajada rusa. Han dicho que van a enviar un equipo. Que van a detener a los que quedan. Que van a limpiar la isla.

—¿Y cuándo llegan? —preguntó Juan, incorporándose, el dolor crispándole el rostro.

—Mañana —respondió Elena, la voz firme, cargada de una convicción que me heló la sangre—. Mañana a mediodía. Mientras tanto tenemos que sobrevivir.

—¿Y cómo coño sobrevivimos? —espetó Darío, entrando en el salón, la pistola todavía en la mano, el rostro pálido—. Si los rusos saben que vamos a entregarlos, si saben que vamos a publicar los nombres, entonces van a venir a por nosotros. Antes de que llegue el equipo. Antes de que sea demasiado tarde.

—Entonces nos escondemos —replicó Elena, la voz firme, cargada de una autoridad que no le había visto en días—. Nos escondemos hasta que llegue el equipo. Hasta que los rusos de verdad detengan a los que quedan. Hasta que la isla esté limpia.

—¿Y dónde coño nos escondemos? —preguntó Darío, la voz cargada de una desesperación que me aplastaba el pecho—. Si la UCO tiene la finca vigilada, si los rusos nos están buscando, si medio cártel de Ibiza quiere vengar a Costa, entonces no hay lugar seguro.

—Sí lo hay —replicó Juan, la voz firme, cargada de una convicción que me heló la sangre—. Hay un lugar. Un lugar que solo yo conozco. Un lugar donde nadie nos va a buscar. Donde nadie nos va a encontrar.

—¿Dónde? —pregunté, acercándome a él, poniéndole una mano en el hombro.

Juan me miró. Sus ojos estaban llenos de algo que no había visto antes. No era miedo. No era culpa. Era determinación. La determinación de un hombre que ha decidido que va a luchar, aunque sepa que va a perder.

—En la morgue —murmuró, la voz baja, cargada de una convicción que me erizó la piel—. En la morgue del Hospital Can Misses. En el lugar donde yo te conocí. En el lugar donde empezamos todo. En el lugar donde vamos a terminar.

Me quedé helada. El corazón me dio un vuelco.

—¿La morgue? —articulé, la voz quebrada—. ¿Cómo coño nos vamos a esconder en la morgue?

—Porque nadie va a buscar allí —replicó Juan, la voz firme, cargada de una autoridad que no le había visto en días—. Porque la morgue es el único lugar de la isla donde los muertos hablan. Y los muertos no mienten. Los muertos no traicionan. Los muertos no venden. Aunque nosotros vamos a escondernos entre ellos. Hasta que pase la tormenta. Hasta que los rusos de verdad lleguen. Hasta que la isla esté limpia.

Elena asintió, un gesto mínimo, pero suficiente. Se puso de pie, la carpeta 042 apretada contra el pecho.

—Entonces vamos —murmuró, la voz firme, cargada de una determinación que me heló la sangre—. Vamos a la morgue. Vamos a escondernos entre los muertos. Y vamos a esperar. Hasta que llegue el momento. Hasta que llegue la verdad. Hasta que llegue la justicia.

Darío no respondió. Se limitó a guardar la pistola en la funda, a mirar el mar a través de las ventanas rotas, a escuchar el rugido de las olas rompiendo contra las rocas.

CAPÍTULO 37

La lluvia regresó sobre Ibiza con la violencia de un ajuste de cuentas. No era el aguacero fino de la tarde, sino un diluvio pesado, gris, que caía a plomo sobre el asfalto y convertía las carreteras en espejos negros. Marc nos dejó a dos kilómetros del Hospital Can Misses, en un camino de tierra flanqueado por algarrobos centenarios. El motor del catamarán se perdió en la distancia, ahogado por el estruendo del agua golpeando el techo del vehículo y el rugido del viento entre las ramas.

Caminamos en silencio. El barro se aferraba a las suelas de mis botas, añadiendo un peso muerto a cada paso. Juan cojeaba, apoyado en mi hombro. Su cuerpo ardía a través de la chaqueta húmeda, una estufa biológica alimentada por la infección que volvía a reclamar su carne. Darío abría la marcha, la pistola oculta bajo el faldón de la camisa, escrutando las sombras con la paranoia de quien sabe que la oscuridad tiene dientes. Elena cerraba el grupo, abrazada a sí misma, con la carpeta 042 metida dentro de la chaqueta, pegada al corazón.

El hospital se alzaba al final de la cuesta como un monolito de hormigón y cristal, sus ventanas superiores apagadas, save por el parpadeo azulado de los monitores en la UCI. Damos la vuelta al edificio principal, descendiendo por la rampa de servicio que conducía a los sótanos. El olor a contenedores de basura médica y a lejía industrial nos recibió antes de que la puerta de acero inoxidable apareciera ante nosotros.

Mi dominio. Mi santuario. Mi prisión.

Tecleé el código de acceso en el panel lateral. Los números brillaron en verde con un pitido seco. El cerrojo magnético se

retractó. Empujé la hoja metálica, y el aire helado, estéril, cargado de formol y ozono, nos envolvió.

El pasillo de la morgue estaba bañado por la luz de emergencia, un tono verdoso y enfermizo que aplanaba los rasgos y convertía a los vivos en cadáveres prematuros. El zumbido de los compresores de las cámaras frigoríficas vibraba en el suelo de linóleo, subiendo por las pantorrillas, instalándose en la base de la columna vertebral.

Darío cerró la puerta a nuestra espalda. Giró la llave de seguridad, bloqueando el acceso desde el exterior. El chasquido del metal resonó en el corredor, definitivo.

—Asegura la puerta del muelle de carga —le ordené, señalando el extremo opuesto del pasillo—. Y apaga las luces del pasillo principal. Solo dejad encendidas las de la sala de autopsias dos. Es la que no tiene ventanas al exterior.

Darío asintió, moviéndose con una eficiencia silenciosa que me recordó al chico que había sido antes de que la isla lo rompiera.

Guié a Juan hacia la sala dos. El espacio era un rectángulo perfecto de azulejos blancos y acero inoxidable. En el centro, la mesa de disección, con sus canales de drenaje y sus grifos de pedal. En las paredes, los armarios de instrumental y las sierras oscilantes colgando de sus soportes. El aire aquí era más denso, más frío. Olía a cloro y a la ausencia absoluta de vida.

Ayudé a Juan a sentarse en un taburete de acero junto a la mesa. Su respiración era un silbido húmedo, superficial. Le desabroché la chaqueta y levanté la camisa de hospital. El vendaje que el médico de la UCO le había colocado en la finca de Martínez estaba empapado. No de suero. De sangre oscura, venosa. La herida había vuelto a abrirse con la caminata bajo la lluvia.

—Necesito material —mascullé, más para mí misma que para ellos.

Me acerqué a los armarios de acero. Mis manos, entrenadas por años de rutina, se movieron solas. Guantes de nitrilo, gasas estériles, pinzas de Kocher, frascos de povidona yodada y sutura de

ácido poliglicólico. Abrí el frigorífico de reactivos y saqué un vial de adrenalina y una caja de ampollas de ceftriaxona. No era el antibiótico de amplio espectro que necesitaba, pero era lo único que teníamos a mano.

Elena estaba de pie junto a la puerta, mirando el desagüe central de la mesa de autopsias. Sus ojos, oscuros y vacíos, seguían el trazado de las ranuras de acero por donde, durante años, había visto desaparecer la sangre, los fluidos, los secretos de los muertos de Ibiza.

—Aquí fue —susurró. La voz le salió rasposa, apenas un hilo de aire rozando las cuerdas vocales.

Me detuve, con la gasa empapada en yodo en la mano.

—¿El qué, Elena?

—Donde me examinaste —articuló, sin levantar la vista del desagüe—. Donde abriste a la mujer que creías que era yo.

El silencio en la sala se volvió espeso, casi viscoso. El zumbido de los compresores parecía amplificarse, llenando los huecos que las palabras dejaban.

—No eras tú —repliqué, manteniendo el tono clínico, la coraza que me había permitido sobrevivir a esta habitación durante siete años—. Era un cuerpo preparado. Una mujer de tu misma complexión, de tu misma edad. Costa la operó para que pareciera tú. Le grabó el número 42 en el pecho para que yo no tuviera dudas.

Elena levantó la cabeza. La luz verde de la sala le marcaba los pómulos, hundidos por la desnutrición y el estrés.

—¿Y qué sentiste, Sofía? —inquirió, dando un paso hacia la mesa. Sus dedos rozaron el acero helado—. Cuando le abriste el pecho. Cuando le sacaste el corazón. Cuando pesaste sus órganos. ¿Sentiste que estabas matándome por segunda vez? ¿O sentiste alivio? ¿El alivio de por fin tener un cadáver que llorar, en lugar de un fantasma que te quitaba el sueño?

La pregunta me golpeó en el esternón, justo donde las costillas protegen el músculo que bombea la sangre. Bajé la gasa. Me quité los guantes de nitrilo con un chasquido seco y los tiré al contenedor de residuos biológicos.

—Sentí que me arrancaban las entrañas a mí —confesé, la voz plana, desprovista de cualquier artificio—. Sentí que el mundo se acababa. Y luego, sentí la necesidad de encontrar al que lo hizo. Esa necesidad es la única razón por la que sigues respirando hoy, Elena. No me pidas que me disculpe por haber hecho mi trabajo. Por haber tratado a ese cadáver con la dignidad que merecía, creyendo que eras tú.

Elena cerró los ojos. Una lágrima solitaria se le escapó, trazando un camino brillante por la suciedad de su mejilla. No dijo nada más. Se limitó a alejarse de la mesa y sentarse en el suelo, en la esquina más oscura de la sala, abrazando sus rodillas.

Terminé de curar a Juan. Limpié la sangre coagulada, inyecté el antibiótico directamente en el músculo del muslo y volví a vendar la herida con compresión firme. Él no se quejó. Solo apretó los dientes, los músculos de la mandíbula palpitando bajo la barba de tres días.

—El equipo ruso llegará al mediodía —señaló Juan, mirando el reloj de pared. Las manecillas marcaban las cuatro de la madrugada —. Ocho horas. Tenemos que aguantar ocho horas en este agujero sin que nadie sepa que estamos aquí.

Darío entró en la sala, cerrando la puerta corrediza de cristal esmerilado a su espalda. Traía el olor a lluvia y a miedo.

—La puerta del muelle está bloqueada con una camilla de acero cruzada en el pasillo —informó, apoyando la espalda contra los azulejos—. Y he desconectado el panel de control de los ascensores de servicio. Si alguien quiere bajar a la morgue, tendrá que usar las escaleras de emergencia. Y esas dan al pasillo principal, que está a oscuras.

—Bien —asentí, lavándome las manos en el lavabo de pedal. El agua helada me mordió los dedos, entumeciéndolos—. La UCO cree

que estamos en la finca de Martínez. Los rusos locales creen que hemos huido a la península. Nadie va a buscar en el sótano de un hospital.

—Nadie excepto el que limpie los cabos sueltos —replicó Darío, deslizando el cargador de su pistola para comprobar las balas. Nueve milímetros. Quince proyectiles. Una miseria contra un escuadrón de limpieza—. Si Martínez tenía un seguro de vida, si el Cirujano tenía un jefe, ese jefe va a revisar los cuerpos. Va a revisar la morgue.

—Pues que vengan —masculló Juan, intentando ponerse de pie. Las piernas le temblaron, y tuve que empujarlo de nuevo al taburete —. Aquí jugamos en casa. Sofía conoce cada rincón, cada conducto de ventilación, cada salida de gases. Si entran, los vamos a desangrar en la mesa de autopsias.

Lo miré. Sus ojos brillaban con esa fiebre que no era solo biológica, sino moral. La fiebre del hombre que ha cruzado la línea y ha descubierto que le gusta el otro lado.

—No vamos a matar a nadie a menos que sea estrictamente necesario, Juan —le advertí, secándome las manos con una toalla de papel—. Si matamos a un federal, o a un policía local que solo está haciendo su ronda, la UCO nos declarará terroristas. Y entonces ni los rusos de Moscú podrán salvarnos.

—Los que bajen aquí a estas horas no van a venir a poner multas, Sofía —espetó Darío, guardando el cargador con un golpe seco—. Van a venir a silenciarnos.

Antes de que pudiera responderle, la luz fluorescente del techo parpadeó. Una vez. Dos veces.

Luego, se apagó.

El zumbido de los compresores de las cámaras frigoríficas murió. El silencio cayó sobre la sala, absoluto, pesado, roto solo por el goteo rítmico de un grifo mal cerrado en la sala contigua. La oscuridad nos envolvió, densa, impenetrable. Solo la luz roja de la salida de emergencia, al fondo del pasillo, filtraba un resplandor sanguinolento por el cristal esmerilado de la puerta.

—Han cortado la corriente del sótano —susurró Darío. El sonido de su pistola al amartillarse fue un chasquido metálico que resonó como un latigazo en la quietud.

—No solo la corriente —añadió Juan, la voz tensa, arrastrándose hacia la pared para quedar fuera del ángulo visual de la puerta—. Han bloqueado los generadores de respaldo. Alguien sabe que estamos aquí.

Me agaché junto a la mesa de autopsias, el acero helado rozándome la espalda. Saqué mi pistola. El metal pesaba en mi mano, una extensión de mi propio brazo. Cerré los ojos un segundo, dejando que mis otros sentidos se agudizaran, adaptándose a la ceguera forzada.

Escuché.

El goteo del grifo. La respiración entrecortada de Elena en la esquina. El silbido pulmonar de Juan.

Y luego, algo más.

Un sonido sordo, rítmico, amortiguado por la distancia y el grosor de las paredes de hormigón. Pasos. No en las escaleras de emergencia. En el techo. En la planta baja. Estaban arrastrando algo pesado sobre el suelo de linóleo del pasillo principal, justo encima de nuestras cabezas.

—Están bloqueando las salidas —deduje, abriendo los ojos en la penumbra—. Están sellando la morgue. Quieren asegurarse de que no haya testigos cuando bajen.

—¿Cuántos? —preguntó Darío, pegándose a la pared, al lado de la puerta de cristal.

—Imposible saberlo por el ruido —respondí, arrastrándome hacia el armario de productos químicos. Abrí la puerta con cuidado, evitando que las bisagras chirriaran. Metí la mano en la oscuridad, guiándome por el tacto. Frascos de vidrio. Plástico. Encontré lo que buscaba: dos botellas de ácido sulfúrico concentrado, el que usábamos para la digestión de tejidos en casos de identificación forense extrema. Y un bote de hipoclorito de sodio. Lejía

concentrada—. Si mezclan esto en un espacio cerrado, el gas cloro te quema los alvéolos en segundos.

—No somos químicos, Sofía —gruñó Juan, tosiendo suavemente —. Somos tiradores. Si entran por esa puerta, les disparamos.

—Si entran por esa puerta, serán tres o cuatro, y detrás vendrán seis más —repliqué, sacando las botellas y dejándolas en el suelo, junto a mis pies—. Vamos a usar el entorno. Esta es mi sala. Aquí los muertos obedecen mis reglas. Y los vivos también van a hacerlo.

El sonido de los pasos en el techo cesó.

Luego, el chirrido metálico de la puerta del muelle de carga siendo forzada. La camilla de acero que Darío había usado como barricada cedió con un estruendo sordo que vibró a través de la estructura del edificio.

Estaban dentro.

—Apagad las linternas de los móviles —ordené en un susurro barely audible—. Ni un puto reflejo.

Nos quedamos inmóviles en la oscuridad. La tensión me agarrotaba los músculos, convirtiendo mi cuerpo en un resorte a punto de saltar. El olor a formol parecía intensificarse, como si los cadáveres de las cámaras contiguas supieran que la muerte había bajado a visitarlos.

Escuché el crujido de las botas tácticas sobre el linóleo del pasillo exterior. Eran pasos pesados, metódicos. No tenían prisa. Sabían que estábamos atrapados. Sabían que la trampa estaba cerrada.

Se detuvieron frente a la puerta de la sala de autopsias uno. La que estaba al otro lado del tabique.

El sonido de un cerrojo siendo forzado. Un golpe seco. La puerta cediendo.

—Revisad las cámaras —dijo una voz. Un acento del este, gutural, arrastrado. No era ruso. Era serbio, o quizás croata. Los limpiadores de los Balcanes. Los que no dejaban ni los huesos—. Si

la forense está aquí, la quiero viva. El jefe quiere saber qué más hay en esa carpeta antes de volarle la cabeza.

—¿Y el guardia civil? —preguntó otra voz, más joven, nerviosa.

—Al guardia le abrimos el pecho y le sacamos el corazón. Como a la hermana.

Juan tensó la mandíbula. Lo escuché respirar hondo, conteniendo la rabia, conteniendo el impulso de salir disparando. Le puse una mano en el tobillo, apretando con fuerza. Espera, le transmití con el tacto. Espera.

Los pasos se alejaron hacia las cámaras frigoríficas. El sonido de las manillas de acero siendo giradas. El siseo del aire frío escapando de los cajones. Estaban revisando los cadáveres. Buscándome. Buscando a Elena.

—Ahora —susurré.

Me puse de pie. Agarré la botella de ácido sulfúrico y la de lejía. Salí al pasillo por la puerta trasera de la sala dos, la que daba al almacén de lencería. Darío me cubrió, la pistola levantada, escrutando la penumbra.

Llegué a la rejilla de ventilación principal, situada en el techo del pasillo, justo encima de la puerta que conectaba con la sala uno, donde estaban los sicarios. Subí a una camilla de acero. Desenrosqué la rejilla con las manos temblando, el metal frío mordiéndome las palmas.

—Aquí no hay nada —gritó la voz joven desde la sala uno—. Solo hay dos John Does. Ni rastro de la mujer.

—Registrad el almacén de químicos —ordenó la voz gutural—. Y romped los conductos de desagüe. Si se han escondido en las tuberías, los ahogamos.

Vertí el ácido sulfúrico dentro del conducto de ventilación. Luego, la lejía concentrada.

La reacción química fue instantánea. Un siseo violento, como el de una serpiente gigante, resonó en el interior del tubo de metal. El

gas cloro, denso, pesado, de un color amarillo verdoso incluso en la penumbra, empezó a caer por la rejilla de ventilación de la sala uno, justo sobre sus cabezas.

—¿Qué coño es ese olor? —tosió la voz joven.

—¡Mascarillas! ¡Poneos las... —la voz gutural se cortó en un acceso de tos violenta, desgarradora! El gas cloro quema las mucosas al instante, convirtiendo la humedad de los pulmones en ácido clorhídrico.

Escuché el estruendo de un cuerpo cayendo contra una camilla de acero. Luego, disparos. Disparos a ciegas, al techo, a las paredes, el pánico ciego de los hombres que se están asfixiando en la oscuridad. Las balas atravesaron el tabique de pladur, astillando los azulejos de la sala dos, a centímetros de donde Elena estaba agachada.

—¡Darío, la puerta! —grité, saltando de la camilla.

Darío corrió hacia la puerta de la sala uno. La abrió de una patada.

El gas amarillo se derramó por el pasillo, mordiéndonos los ojos, quemándonos la garganta. Me tapé la nariz y la boca con el faldón de la chaqueta. A través de la niebla tóxica, vi a dos hombres en el suelo, retorciéndose, escupiendo espuma rosada, las manos arañándose el cuello, intentando arrancarse la piel para poder respirar. Sus armas estaban en el suelo, inútiles.

Un tercer hombre, más grande, con una mascarilla de gas a medio poner, intentó levantar su fusil de asalto.

Darío no dudó. Dos disparos secos. El hombre cayó hacia atrás, el cráneo golpeando el acero de la mesa de autopsias con un sonido hueco, antes de deslizarse al suelo, dejando un rastro de sangre oscura sobre el linóleo.

Me acerqué a los dos que se asfixiaban. El gas me hacía llorar, los ojos me ardían como si me hubieran frotado cristales machacados. Me arrodillé junto al más joven. Sus ojos estaban inyectados en

sangre, las pupilas dilatadas por el terror y la hipoxia. Me agarró la bota, con una fuerza desesperada, animal.

Le pisé la muñeca, inmovilizándolo. Me incliné, acercando mi rostro al suyo, a través de la nube tóxica.

—Dile a tu jefe —susurré, la voz ronca, cargada de una frialdad que me asustó a mí misma—, que en la morgue de Ibiza, los que entran, no salen.

Le di una patada en el pecho, soltándome de su agarre. Me puse de pie, arrastrando a Darío por la chaqueta hacia la sala dos, cerrando la puerta hermética a nuestra espalda para bloquear el gas.

Juan estaba apoyado en la pared, pálido, sudoroso, pero con una sonrisa torcida en los labios. Elena seguía en el suelo, temblando, con las manos tapándose los oídos para no escuchar los estertores de los hombres que morían al otro lado del cristal.

—Tres menos —masculló Darío, escupiendo en el suelo, limpiándose las lágrimas que el gas le había provocado—. Pero el ruido de los disparos va a atraer a los que estén arriba.

—Que bajen —respondí, mirando los frascos de reactivos que aún quedaban en los armarios, las sierras oscilantes, los bisturíes, las herramientas de mi oficio—. Esta es mi casa. Y todavía no he terminado de limpiar.

CAPÍTULO 38

El gas cloro se disipaba lentamente, arrastrado por la ventilación de emergencia que Darío había activado desde el panel de control. El olor acre, metálico, se mezclaba con el de la pólvora y la sangre fresca, creando una atmósfera densa, casi sólida, que se pegaba al paladar y hacía arder los ojos.

Me arrodillé junto a los tres cadáveres. El más joven, el que había intentado agarrarme la bota, tenía los labios azulados, la espuma rosada secándose en las comisuras. Los otros dos presentaban heridas de bala en el pecho y el abdomen, la sangre oscura formando charcos que se extendían hacia el desagüe central de la sala.

Saqué mi kit forense de la mochila, el cierre metálico brillando bajo la luz roja de emergencia. Me puse los guantes de nitrilo, la mascarilla N95. El ritual. La armadura. Mientras tuviera los guantes puestos, era la doctora. No la hermana en duelo. No la cómplice de un motín. No la asesina que acababa de gasear a tres hombres en su propia sala de autopsias.

—Regístralos —ordené a Darío, señalando los cuerpos con la barbilla—. Necesito saber quiénes son. Si llevan documentación, teléfonos, cualquier cosa que nos diga cuántos quedan y quién los envía.

Darío asintió, guardando la pistola en la funda. Se arrodilló junto al primer cadáver, palpando los bolsillos de la chaqueta táctica negra. Sacó una cartera, un móvil, y un pasaporte croata. Lo abrió, examinando la foto bajo la luz roja.

—Dragan Kovač —murmuró, leyendo el nombre en voz alta—. Cuarenta y dos años. Exmilitar. Historial de servicio en Bosnia y Kosovo.

—El Cirujano —dijo Juan, la voz un hilo ronco, apoyado en la pared, la mano apretada contra el costado—. El que mató a Valera. El que operó a Elena.

Me acerqué al cuerpo de Kovač. Le levanté la cabeza, examinando el rostro bajo la luz de mi linterna frontal. Los rasgos eran eslavos, duros, marcados por años de violencia. La piel tenía el tono grisáceo de la muerte reciente, los labios entreabiertos, los ojos fijos en el techo de azulejos.

Le separé los labios con dos dedos. En la lengua, pegado con una sustancia adhesiva, había un microchip. Lo raspé con las pinzas, dejándolo caer en mi palma enguantada.

—Esto no es documentación —dije, guardando el chip en un tubo estanco—. Es un localizador GPS. Y probablemente un detonador remoto.

—¿Un detonador? —repitió Elena, incorporándose del suelo, la voz cargada de pánico—. ¿Qué coño va a detonar?

—No lo sé —respondí, examinando el chip bajo la luz—. Pero si Kovač era el líder del equipo, si tenía un detonador, entonces hay algo más en este hospital. Algo que va a explotar si no recibimos una señal.

—¿Una bomba? —espetó Darío, poniéndose de pie, la pistola en la mano—. ¿Han puesto una puta bomba en el hospital?

—No en el hospital —repliqué, mirando hacia el techo, hacia la planta baja, hacia las cámaras frigoríficas—. En la morgue. En las cámaras. Si no desactivamos el detonador, si no encontramos la bomba, van a volar los cadáveres. Y con ellos, todo el sótano. Y nosotros.

Juan cerró los ojos, apretando los dientes. El dolor le crispaba el rostro, pero la determinación brillaba en ellos, una luz enfermiza, febril.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó, la voz tensa.

—No lo sé —respondí, guardando el chip en el kit—. Pero si el detonador está conectado a un temporizador, si no recibe una señal cada cierto tiempo, entonces la bomba explota. Tenemos minutos. Quizás menos.

—Entonces tenemos que encontrar la bomba —insistió Darío, la voz cargada de una urgencia que no intentaba ocultar—. Y desactivarla.

—No somos artificieros —contraataqué, la voz firme, a pesar del temblor que me sacudía las manos—. No sabemos dónde está la bomba. No sabemos cómo está conectada. Si la tocamos, si intentamos desactivarla sin saber lo que hacemos, entonces vamos a volar por los aires.

—Entonces ¿qué coño hacemos? —espetó Darío, la rabia hirviéndole en las venas—. ¿Nos quedamos aquí esperando a que explote? ¿Esperamos a que los que quedan bajen y nos maten?

—No —replicó Elena, la voz firme, cargada de una convicción que me heló la sangre—. Vamos a usar el chip. Vamos a enviar una señal falsa. Vamos a hacerles creer que Kovač sigue vivo. Que todo está bajo control. Y mientras tanto, vamos a encontrar una salida.

—¿Una salida? —repitió Juan, abriendo los ojos, mirándola—. ¿Qué salida? Estamos atrapados en un sótano. Las puertas están bloqueadas. Las escaleras están vigiladas. No hay salida.

—Sí la hay —respondió Elena, acercándose a la mesa de autopsias, pasando los dedos por el acero helado—. El conducto de evacuación de gases. El que usas para ventilar la sala cuando haces autopsias de cadáveres en avanzado estado de descomposición. El que sale al exterior, al tejado del hospital.

Me quedé helada. El corazón me dio un vuelco.

—El conducto de gases —articulé, la voz quebrada—. Es estrecho. Apenas medio metro de diámetro. Y está lleno de vapores tóxicos, de formaldehído, de fenol. Si entramos ahí, si intentamos salir por el tejado, vamos a asfixiarnos antes de llegar.

—No si cerramos las válvulas de admisión —replicó Elena, la voz firme, cargada de una autoridad que no le había visto en días—. Si cerramos las válvulas, si bloqueamos el flujo de gases, entonces el conducto está vacío. Y podemos salir por el tejado.

—¿Y cómo coño cerramos las válvulas? —preguntó Darío, la voz cargada de incredulidad—. Están en el techo. A tres metros de altura. Y están bloqueadas por rejillas de ventilación.

—No todas —replicó Elena, señalando hacia el fondo de la sala, hacia la pared del fondo—. La válvula principal está en el pasillo de acceso a las cámaras frigoríficas. Justo al lado de la puerta. Si llegamos hasta allí, si cerramos la válvula, entonces el conducto está vacío.

—¿Y si los que quedan están ahí? —insistió Darío, la voz cargada de desesperación—. Si están esperando, si nos tienden una trampa, entonces estamos muertos.

—Entonces dispararemos —replicó Elena, la voz firme, cargada de una determinación que me heló la sangre—. Y si no podemos disparar, entonces correremos. Y si no podemos correr, entonces moriremos. Pero no vamos a morir aquí. No vamos a morir en este sótano. No vamos a morir entre los muertos.

Juan me miró. Sus ojos estaban llenos de algo que no había visto antes. No era miedo. No era culpa. Era aceptación. La aceptación de un hombre que ha decidido que va a luchar, aunque sepa que va a perder.

—Vamos —murmuró, la voz baja, cargada de una convicción que me erizó la piel—. Vamos a cerrar la válvula. Vamos a salir por el tejado. Luego veremos si quedamos vivos para contarlo.

Salimos de la sala de autopsias dos, pegándonos a las paredes del pasillo, las pistolas en las manos, escrutando la penumbra. El olor a gas cloro seguía siendo intenso, mordiendo las mucosas, haciendo llorar los ojos. Pero la respiración era posible. El aire se disipaba lentamente, arrastrado por la ventilación de emergencia.

Llegamos a la puerta de la sala uno. La abrí con cuidado, asomando la cabeza por el marco. El pasillo de acceso a las cámaras frigoríficas estaba vacío. Los tres cadáveres seguían en el suelo, la sangre formando charcos oscuros que se extendían hacia el desagüe. La luz roja de emergencia bañaba la escena en un tono sanguinolento, convirtiendo a los muertos en estatuas de carne y hueso.

Me acerqué a la válvula principal, situada en la pared del fondo, junto a la puerta de las cámaras. Era una rueda de acero, grande, pesada, con una manivela que giraba en el sentido de las agujas del reloj para cerrar el flujo. La agarré con las dos manos, tirando con fuerza. El metal gimió, oxidado, antes de ceder con un chirrido agudo que resonó en el silencio del pasillo.

Cerré la válvula. El flujo de gases se detuvo. El conducto de evacuación estaba vacío.

—Listo —murmuré, soltando la manivela, limpiándome el sudor de la frente con el dorso de la mano—. Ahora podemos salir por el tejado.

—¿Y la bomba? —preguntó Darío, la voz tensa—. ¿Qué hacemos con la bomba?

—No podemos desactivarla —respondí, guardando el kit en la mochila—. Pero podemos alejarnos de ella. Si salimos por el tejado, si bajamos por las escaleras de emergencia, si nos alejamos del hospital, entonces la bomba puede explotar. Pero nosotros estaremos lejos.

—¿Y si explota antes de que salgamos? —insistió Darío, la voz cargada de pánico—. ¿Si el temporizador está a punto de llegar a cero?

—Entonces correremos —replicó Elena, la voz firme, cargada de una convicción que me heló la sangre—. Y si no podemos correr, entonces moriremos. Pero no vamos a morir sin intentarlo.

De repente, el sonido de pasos en el pasillo principal. Pasos pesados, metódicos. No eran de los sicarios que habíamos matado.

Eran de hombres que sabían cómo moverse en silencio, cómo respirar sin hacer ruido, cómo matar sin dudar.

—Nos han encontrado —susurró Darío, levantando la pistola, apuntando hacia la puerta del pasillo principal.

—¿Cuántos? —preguntó Juan, la voz un hilo ronco, apoyado en la pared.

—Imposible saberlo —respondí, sacando mi pistola, apuntando hacia la puerta—. Pero van a entrar. Y van a matarnos.

—Entonces peleamos —replicó Elena, la voz firme, cargada de una determinación que me heló la sangre—. Peleamos hasta el final.

Los pasos se detuvieron frente a la puerta del pasillo principal. El sonido de un cerrojo siendo forzado. Un golpe seco. La puerta cediendo.

—Aquí están —dijo una voz. Un acento del este, gutural, arrastrado. No era ruso. Era serbio, o quizás croata. Los limpiadores de los Balcanes. Los que no dejaban ni los huesos—. Matadlos a todos. Y quemad la morgue.

Cuatro hombres entraron en el pasillo. Llevaban pasamontañas negros, chalecos antibalas, fusiles de asalto con silenciadores. Se movieron con precisión militar, escaneando el pasillo, buscando objetivos.

No les di tiempo a encontrarnos.

Disparé.

El estruendo fue ensordecedor, ahogado por el silencio del sótano. La bala impactó en el pecho del primer hombre, levantándolo del suelo y lanzándolo hacia atrás. Los otros tres reaccionaron, disparando. Las balas impactaron en las paredes, levantando nubes de polvo y yeso.

Me arrastré tras una camilla de acero, disparando de nuevo. Impacto en el hombro. Grito ahogado. Caída. El tercero retrocedió, buscando cobertura. No se la di. Me incorporé. Apunté. Disparé.

Darío y Elena se unieron al fuego cruzado, sus pistolas disparando en ráfagas cortas, precisas. Los hombres cayeron uno tras otro, la sangre empapando el linóleo, formando charcos oscuros que se extendían hacia el desagüe.

Silencio.

Solo el goteo de la sangre y nuestra propia respiración, corta, superficial, acelerada. Olía a pólvora, a cobre, a formol. Me incorporé. Caminé hacia los cuerpos. No los miré a la cara. No me importaban. Eran herramientas. Y las herramientas se rompen.

—Cuatro más —murmuró Darío, recargando su pistola con movimientos expertas—. Pero van a venir más. Muchos más.

—Entonces corramos —replicó Elena, la voz firme, cargada de una convicción que me heló la sangre—. Corramos hacia el conducto de gases. Corramos hacia el tejado. después veremos si quedamos vivos para contarlo.

Empezamos a correr por el pasillo, hacia la sala de autopsias dos, hacia el conducto de evacuación. El sonido de más pasos en el pasillo principal. Más hombres bajando. Más armas siendo amartilladas.

Llegamos a la sala dos. Abrí la rejilla de ventilación en el techo. Subí a la mesa de autopsias, agarrando el borde del conducto. El metal estaba frío, resbaladizo por la condensación.

—Tú primero —ordené a Elena, ayudándola a subir—. Luego Darío. Luego Juan. Yo cubro la retirada.

Elena obedeció, metiéndose en el conducto, arrastrándose hacia la oscuridad. Darío la siguió, cojeando, la mano apretada contra el costado. Juan subió el último, apoyándose en mis hombros, el dolor crispándole el rostro.

Me quedé sola en la sala, la pistola en la mano, la respiración entrecortada. Escuché los pasos acercándose, el crujido de las botas tácticas sobre el linóleo, el sonido metálico de las armas siendo amartilladas.

Subí a la mesa, metiéndome en el conducto. El metal estaba frío, resbaladizo, oliendo a formaldehído y a fenol. Me arrastré hacia adelante, el techo rozándome la cabeza, obligándome a encorvarme. El conducto serpenteaba, subiendo, estrechándose, llevándome hacia el tejado, hacia la libertad, hacia la vida.

Detrás de mí, escuché el estruendo de la puerta de la sala siendo pateada. Los hombres entraron, disparando. Las balas impactaron en la mesa de autopsias, levantando astillas de acero.

Pero ya estaba fuera de su alcance. Ya estaba en el conducto. Ya estaba a salvo. Arrastrándome hacia el tejado. Hacia la luz. Hacia la vida.

CAPÍTULO 39

El conducto de evacuación me tragó como una garganta de acero. El espacio era apenas medio metro de diámetro, lo justo para que mis hombros rozaran las paredes de chapa galvanizada con cada movimiento. El olor era una mezcla nauseabunda de formaldehído rancio, fenol y algo más dulzón, como carne cocida que se hubiera pegado a las paredes internas durante décadas de autopsias.

Me arrastré sobre los codos, las rodillas raspando contra el metal frío. La oscuridad era absoluta, solo rota por el haz estrecho de mi linterna frontal, que rebotaba en las costillas de soldadura y en las telarañas muertas que colgaban como cortinas grises. Cada respiración me llenaba los pulmones de un aire viciado, metálico, que me quemaba la garganta.

Detrás de mí, el sonido de los disparos llegó amortiguado, sordo. Las balas impactaban contra la mesa de autopsias, contra las paredes de azulejos, contra el techo mismo bajo el cual me arrastraba. El estruendo reverberó en el conducto, amplificándose, convirtiéndose en un trueno que me vibraba en los dientes.

—¡Sofía! —la voz de Darío llegó desde algún punto más adelante, distorsionada por el eco del metal—. ¡Date prisa! ¡El conducto sale al tejado, a la derecha!

Pisé el acelerador de mis propios músculos, ignorando el dolor en las articulaciones, ignorando el sabor a cobre que me llenaba la boca. Mis dedos encontraron una bifurcación. A la izquierda, el conducto seguía recto, descendiendo ligeramente. A la derecha, una curva ascendente, más estrecha, donde el aire olía menos a muerte y más a lluvia.

Giré a la derecha.

El conducto se estrechó aún más. Tuve que girar el cuerpo de lado, pegando la mejilla al metal frío, arrastrándome como una serpiente en un tubo demasiado pequeño. La claustrofobia me golpeó el pecho, un animal de garras afiladas intentando salir de mi propia piel. Cerré los ojos un segundo, contando hasta tres, obligando al pánico a retroceder. No era momento de morir asfixiada en un tubo de ventilación. No después de todo.

La luz del amanecer apareció al final del túnel. Un resplandor grisáceo, difuso, filtrado por la rejilla de salida. Me acerqué, empujando con los pies, las uñas arañando el metal. La rejilla estaba suelta, oxidada, cedía con cada empujón.

Con un último esfuerzo, la chapa cedió y cayó al exterior con un estruendo metálico que fue devorado por el rugido de la lluvia.

Salí al tejado del Hospital Can Misses.

El aire frío me golpeó la cara como una bofetada de agua helada. La lluvia caía a cántaros, un diluvio gris que convertía la cubierta de hormigón en un espejo negro y resbaladizo. Me incorporé sobre las rodillas, tosiendo, escupiendo el aire viciado, aspirando la lluvia como si fuera oxígeno puro.

El tejado era una llanura de antenas, conductos de aire acondicionado y claraboyas de plástico opaco. A lo lejos, la silueta de Ibiza Town emergía de la niebla, una mancha de grises y blancos bajo el cielo plomizo. El mar rugía al norte, una masa oscura y encrespada que golpeaba los acantilados con una violencia sorda.

Darío estaba agachado junto a una unidad de aire acondicionado, la pistola en la mano, el rostro pálido, la chaqueta empapada. Elena sostenía a Juan, que estaba sentado en el suelo, la cabeza entre las manos, la respiración entrecortada. El vendaje de su costado estaba completamente rojo, la sangre mezclándose con la lluvia, formando un halo rosado en el hormigón.

—¿Estás bien? —pregunté, acercándome a ellos, arrodillándome junto a Juan.

Él levantó la vista. Sus ojos estaban vidriosos, las pupilas dilatadas por el dolor y la pérdida de sangre. Pero sonrió. Una sonrisa torcida, triste, que le llegó a los ojos por primera vez en días.

—Vivo —murmuró, la voz un hilo ronco—. Por ahora.

—La bomba —dije, mirando a Darío—. ¿Cuánto tiempo tenemos?

—No lo sé —respondió él, escupiendo agua de lluvia—. Pero si el chip de Kovač era un detonador remoto, si los que quedan abajo no reciben señal, entonces va a explotar. Minutos. Quizás menos.

Me puse de pie, mirando hacia la rejilla por la que acababa de salir. El conducto de gases. Si la bomba explotaba en la morgue, la onda expansiva subiría por los conductos de ventilación, por los ascensores, por las escaleras. El hospital entero se convertiría en una trampa mortal.

—Tenemos que bajar —dije, la voz firme, a pesar del temblor que me sacudía las manos—. Tenemos que salir del hospital. Tenemos que alejarnos antes de que explote.

—¿Y cómo coño bajamos? —espetó Darío, señalando hacia el borde del tejado—. Las escaleras de emergencia están al otro lado del edificio. Y si los sicarios han subido, si nos están buscando, entonces nos van a ver antes de que lleguemos.

—Entonces corremos —replicó Elena, la voz cargada de una determinación que me heló la sangre—. Corremos hacia las escaleras. Y si nos disparan, entonces nos cubrimos. Y si no podemos cubrirnos, entonces moriremos. Pero no vamos a morir aquí. No en este tejado. No bajo la lluvia.

Juan intentó ponerse de pie. Las piernas le temblaron, y tuve que empujarlo hacia arriba, pasando su brazo por mis hombros. Su cuerpo pesaba, una masa de carne y hueso empapada, ardiente por la fiebre.

—Puedo caminar —masculló, apretando los dientes—. No me dejéis aquí.

—No te vamos a dejar —repliqué, ajustando mi agarre—. Pero si te desmayas, si no puedes seguir, entonces te arrastraremos. Aunque tengamos que romperte los huesos para hacerlo.

Empezamos a movernos hacia el borde del tejado, pegándonos a las unidades de aire acondicionado, usando los conductos de ventilación como cobertura. La lluvia nos empapaba, calándonos hasta los huesos, convirtiendo el hormigón en una pista de hielo. Cada paso era un riesgo, cada movimiento una posibilidad de resbalar, de caer, de delatar nuestra posición.

Llegamos a la esquina del edificio. Desde allí, podíamos ver la puerta de las escaleras de emergencia, una salida de incendios de metal rojo, oxidado por años de intemperie. Estaba a treinta metros. Treinta metros de hormigón desnudo, sin cobertura, sin escondite.

—Ahora —susurré, apretando la mano de Juan—. Corred. No miréis atrás.

Echamos a correr.

El sonido de nuestras botas sobre el hormigón mojado fue ahogado por el rugido de la lluvia. El viento aullaba, arrastrando el agua en ráfagas diagonales que nos golpeaban la cara como agujas de hielo.

A mitad de camino, el sonido de una puerta siendo pateada en el tejado. Detrás de nosotros. Los sicarios habían subido.

—¡Al suelo! —gritó Darío, empujando a Elena hacia una unidad de aire acondicionado.

Nos tiramos al hormigón, el agua helada empapándonos al instante. Las balas empezaron a impactar a nuestro alrededor, levantando pequeños cráteres en el hormigón, silbando sobre nuestras cabezas como avispones metálicos.

Me arrastré sobre el vientre, arrastrando a Juan conmigo. Su cuerpo pesaba, inerte, la respiración un silbido húmedo. Darío y Elena devolvían el fuego, sus pistolas disparando en ráfagas cortas, precisas, cubriendo nuestra retirada.

Llegamos a la puerta de las escaleras. Darío la abrió de una patada, empujándonos hacia adentro. El hueco de la escalera estaba a oscuras, iluminado solo por la luz grisácea que se filtraba por las ventanas de los rellanos. El olor a pintura vieja y a polvo nos recibió.

—Bajad —ordenó Darío, cerrando la puerta a su espalda, bloqueándola con una silla de plástico que encontró en el rellano—. Yo cubro la retirada.

—No te vamos a dejar solo —replicó Elena, la voz cargada de una terquedad que me heló la sangre.

—No me estáis dejando solo —contraatacó Darío, empujándola hacia las escaleras—. Me estáis protegiendo. Protegiendo a Juan. Protegiendo la verdad. Si nos pillan a todos, si nos matan a todos, entonces la carpeta se pierde. Entonces los nombres se pierden. Entonces todo esto habrá sido en vano.

Elena lo miró. Sus ojos estaban llenos de algo que no había visto antes. No era miedo. No era culpa. Era aceptación. La aceptación de una mujer que ha decidido que va a luchar, aunque sepa que va a perder.

—Vale —murmuró finalmente, la voz quebrada—. Pero si no sales en cinco minutos, vuelvo a buscarte. Y te juro que te voy a matar yo misma si te quedas ahí arriba esperando a que te maten.

Darío sonrió. Una sonrisa torcida, triste, que le llegó a los ojos por primera vez en días.

—Trato hecho —respondió, empujándola hacia las escaleras.

Empezamos a bajar, peldaño a peldaño, la mano de Juan apretada en la mía, su cuerpo pesando contra mi hombro. La lluvia seguía cayendo fuera, golpeando las ventanas de las escaleras, creando un telón de agua que nos aislaba del mundo.

A los tres pisos, escuchamos el estruendo.

No fue un sonido. Fue una sensación. Una onda expansiva que nos golpeó el pecho, que nos levantó del suelo, que nos lanzó contra

la pared de hormigón. El edificio entero se sacudió, crujiendo, gimiendo, como si fuera a desmoronarse sobre nosotros.

La bomba.

La morgue había volado. Y con ella, medio sótano del hospital.

Me incorporé sobre los codos, tosiendo, escupiendo polvo y yeso. Juan estaba a mi lado, pálido, los ojos cerrados, la respiración entrecortada. Elena estaba sentada en un peldaño, la carpeta 042 apretada contra el pecho, el rostro cubierto de polvo blanco.

—¿Estáis bien? —pregunté, la voz ronca, cargada de una ansiedad que no intentaba ocultar.

Elena asintió, un gesto mínimo, pero suficiente. Juan abrió los ojos, mirándome con una expresión que no había visto antes. No era miedo. No era culpa. Era alivio. El alivio de un hombre que acaba de descubrir que sigue respirando.

—Darío —murmuré, poniéndome de pie, las piernas temblando—. Darío sigue arriba.

—Lo sé —respondió Elena, incorporándose, limpiándose el polvo de la cara—. Pero va a salir. Siempre sale.

Bajamos las escaleras, peldaño a peldaño, hasta llegar a la planta baja. La puerta de salida daba a la rampa de acceso de ambulancias. La abrí con cuidado, asomando la cabeza.

El hospital estaba en caos. Las alarmas de incendio sonaban, un aullido mecánico que resonaba en los pasillos. Los médicos y enfermeras corrían de un lado a otro, llevando pacientes en camillas, gritando órdenes, intentando mantener la calma. El olor a humo y a polvo se mezclaba con el de los antisépticos, creando una atmósfera densa, asfixiante.

Salimos a la rampa. La lluvia nos golpeó la cara, lavando el polvo, el sudor, la sangre. El aire frío nos caló hasta los huesos, pero no me importó. Estábamos vivos. Estábamos fuera.

—¿Y ahora? —preguntó Elena, mirando hacia la carretera, hacia el mundo que nos esperaba más allá del hospital.

—Ahora nos escondemos —respondí, la voz firme, a pesar del temblor que me sacudía las manos—. Hasta que llegue el equipo ruso. Hasta que la isla esté limpia. Hasta que podamos volver.

—¿Y Darío? —insistió Elena, la voz cargada de una desesperación que me aplastaba el pecho.

No respondí. Porque no tenía respuesta. Porque no sabía si Darío iba a salir. Porque no sabía si iba a volver a verlo. Porque no sabía si alguno de nosotros iba a sobrevivir a esta puta guerra.

De repente, la puerta de las escaleras se abrió detrás de nosotros. Darío apareció en el umbral, cojeando, la mano apretada contra el costado, el rostro pálido, cubierto de polvo y sangre. Llevaba la pistola en la mano, el cargador vacío, el cañón humeando.

—Os dije que volvería —murmuró, la voz un hilo ronco, cargado de una sonrisa torcida, triste, que le llegó a los ojos por primera vez en días.

Me acerqué a él, abrazándolo. Su cuerpo estaba helado, empapado, oliendo a pólvora y a sangre. Pero estaba vivo. Estaba aquí. Estaba respirando.

—Idiota —susurré, las lágrimas mezclándose con la lluvia en mi rostro—. Pensé que estabas muerto.

—Casi —replicó él, devolviéndome el abrazo, apretándome con una fuerza que me dejó marcas en la piel—. Pero todavía no.

Nos quedamos allí, en la rampa del hospital, bajo la lluvia, abrazados, temblando. Juan estaba sentado en el suelo, apoyado en la pared, la respiración entrecortada. Elena estaba a su lado, tomándole la mano, mirando hacia el horizonte, hacia el mar, hacia la isla que nos había devorado.

CAPÍTULO 40

La lluvia nos recibió como una bendición y una maldición. Nos lavaba la sangre, el polvo, el olor a pólvora y a muerte, pero también nos calaba hasta los huesos, convirtiendo cada movimiento en un esfuerzo titánico. Salimos de la rampa del hospital, cojeando, arrastrándonos, apoyándonos los unos en los otros como un escuadrón de mutilados que huye de un campo de batalla.

Darío iba delante, la pistola vacía en la mano, escrutando el parking de ambulancias con la paranoia de quien sabe que la muerte tiene muchas caras y todas llevan botas tácticas. Elena sostenía a Juan por un lado, su cuerpo delgado temblando bajo la chaqueta empapada. Yo lo sostenía por el otro, sintiendo cómo su peso muerto tiraba de mi hombro, cómo su respiración se había convertido en un silbido húmedo, superficial, el sonido de un pulmón que lucha por no colapsar.

—No podemos quedarnos aquí —mascullé, mirando hacia la carretera principal. Los coches de la UCO pasaban a toda velocidad, las sirenas aullando hacia el hospital, hacia el humo negro que empezaba a elevarse desde el sótano—. Si nos ven, si nos identifican, entonces estamos muertos.

—Marc —dijo Darío, escupiendo sangre y agua de lluvia—. Marc tiene una casa. En el norte. Cerca de Portinatx. Nadie va allí. Nadie sabe que existe.

—¿Cómo coño vamos a llegar hasta Portinatx? —espetó Elena, la voz cargada de una desesperación que no intentaba ocultar—. Juan no puede caminar. Yo apenas puedo mantenerme en pie. Tú estás sangrando otra vez.

Darío se miró el costado. La herida que le había cosido en Formentera, la que había vuelto a abrirse en la morgue, había vuelto

a sangrar. La chaqueta estaba empapada en un rojo oscuro que se extendía como una flor de sangre seca.

—Puedo caminar —replicó, la voz firme, a pesar del temblor que le sacudía las manos—. Puedo caminar hasta el infierno si hace falta.

Buscamos refugio bajo un contenedor de obra, en un callejón lateral, lejos de las luces de las ambulancias, lejos de las cámaras de seguridad. El olor a basura podrida y a orina seca se mezclaba con el de la lluvia, creando una atmósfera densa, asfixiante, que se pegaba al paladar.

Saqué el móvil. La pantalla estaba agrietada, pero funcionaba. Marcé el número de Marc. Sonó tres veces antes de que contestara.

—¿Sí? —dijo una voz ronca, cargada de tabaco y de años de noches sin dormir.

—Soy yo —dije, la voz baja, plana—. La forense. Necesitamos tu casa. La del norte. La que nadie conoce.

Hubo un silencio al otro lado de la línea. Luego, un suspiro.

—¿Qué ha pasado, doctora? —preguntó Marc, la voz cargada de una urgencia que no intentaba ocultar.

—La morgue ha volado —respondí, la voz firme, a pesar del temblor que me sacudía las manos—. Juan está herido. Darío está herido. Y los rusos que quedan nos están cazando. Necesitamos escondernos hasta que llegue el equipo de Moscú.

Otro silencio. Más largo esta vez.

—Venid —murmuró finalmente—. Pero rápido. Si los rusos os siguen, si os ven conmigo, entonces estamos todos jodidos.

—¿Cómo llegamos hasta allí? —pregunté, mirando a Darío.

—Tengo un coche en el parking del hospital —respondió Marc—. Aparcado en la zona de personal. Matrícula 4523 BLM. Las llaves están bajo el taparruedas delantero izquierdo. Conducid hasta el norte. Tomad el desvío de Sant Vicent. La casa está al final del camino, después de la curva cerrada. No tiene letrero. No tiene luces. Solo una puerta roja.

Colgué. Guardé el móvil en el bolsillo. Miré a Darío.

—¿Puedes conducir? —pregunté.

Darío asintió, un gesto mínimo, pero suficiente.

—Puedo conducir —murmuró, la voz un hilo ronco—. Pero necesito que alguien me cubra. Si los rusos nos siguen, si nos tienden una emboscada, entonces necesito que alguien dispare.

—Yo conduzco —replicó Elena, la voz firme, cargada de una determinación que me heló la sangre—. Tú cubre. Sofía, tú quédate con Juan. Mantenedlo consciente. Mantenedlo respirando.

Asentí, ajustando mi agarre en Juan. Su piel estaba fría, sudorosa, los labios cianóticos. La fiebre había vuelto, una llama oscura que le consumía las fuerzas, que le nublaba la mirada, que le arrancaba gemidos involuntarios cada vez que se movía.

—Vamos —ordené, ayudando a Juan a incorporarse.

Salimos del callejón, pegándonos a las sombras, evitando las luces de las farolas, evitando las cámaras de seguridad. El parking del hospital estaba lleno de coches de la UCO, de ambulancias, de vehículos de emergencias. Las sirenas aullaban, las luces rotativas giraban, el caos era absoluto.

Encontramos el coche de Marc. Un todoterreno viejo, gris, sin marcas distintivas. Darío levantó el taparruedas, sacó las llaves, abrió la puerta. Subimos. Yo ayudé a Juan a sentarse en el asiento trasero, recostándolo, poniéndole el cinturón. Elena se sentó a su lado, tomándole la mano. Darío se sentó al volante. Yo me senté a su lado, la pistola en el regazo, escrutando el parking.

—Rápido —murmuré, la voz tensa—. Antes de que alguien nos vea.

Darío arrancó el motor. El coche rugió, escupiendo una nube de humo gris. Salimos del parking, girando hacia la carretera principal, mezclándonos con el tráfico de las ambulancias, de los coches de la UCO, de los vehículos de emergencias que iban hacia el hospital.

Condujimos en silencio. La lluvia golpeaba el parabrisas, creando una cortina de agua que distorsionaba las luces de la ciudad hasta convertirlas en manchas de colores enfermos. El limpiaparabrisas chirriaba, luchando una batalla perdida contra el diluvio.

Juan estaba inconsciente en el asiento trasero, la respiración entrecortada, el rostro pálido, los ojos hundidos. Elena le tomaba la mano, mirándolo con una expresión que no había visto antes. No era amor. No era culpa. Era reconocimiento. El reconocimiento de una mujer que acaba de descubrir que el hombre que creía su enemigo era, en realidad, el que la había protegido.

—¿Crees que va a sobrevivir? —preguntó Elena, la voz baja, cargada de una ansiedad que no intentaba ocultar.

No respondí de inmediato. Miré a Juan. Su pecho subía y bajaba con dificultad, cada respiración un esfuerzo titánico. La herida del costado había vuelto a abrirse, la sangre empapando la camisa de hospital, formando un charco oscuro en el asiento.

—No lo sé —murmuré finalmente, la voz quebrada—. Pero si no llega a un hospital en las próximas dos horas, entonces va a morir.

—No podemos ir a un hospital —replicó Darío, los ojos fijos en la carretera, escrutando el retrovisor—. La UCO nos busca. Los rusos nos buscan. Si entramos en urgencias, si damos nuestros nombres, entonces estamos muertos.

—Entonces morimos aquí —contraataqué, la rabia hirviéndome en las venas, quemando el cansancio, el frío, el dolor—. Morimos en este puto coche, en esta puta carretera, en esta puta isla que nos ha devorado.

Darío no respondió. Se limitó a pisar el acelerador, el coche rugiendo mientras devorábamos los kilómetros hacia el norte. El paisaje se difuminaba tras la lluvia, una mancha de verde oscuro y gris plomizo. Los pinos se alzaban como columnas de una catedral en ruinas. El mar rugía a lo lejos, un animal herido que no perdonaba.

Tardamos cuarenta minutos en llegar a Portinatx. Dejamos atrás la zona turística, los hoteles cerrados por la temporada, los bares con las persianas bajadas. Giramos por el desvío de Sant Vicent, un camino de tierra batida que serpenteaba entre acantilados rojos que caían a un mar negro y embravecido.

La casa apareció entre los árboles como un cadáver olvidado. Era una construcción baja, de piedra blanca, con el tejado de tejas árabes medio desplomado en un lateral. Las ventanas estaban tapiadas con tablones de palé, las puertas cerradas con cadenas oxidadas. No había luces, ni señales de vida. Solo el silencio denso, asfixiante, de un lugar abandonado durante años.

Darío detuvo el coche. Apagó el motor. El silencio cayó sobre nosotros como una losa, roto solo por el golpeteo de la lluvia en el techo y el jadeo entrecortado de Juan.

—Aquí estamos —murmuró Darío, abriendo la puerta—. La casa de Marc.

Salimos del coche. La lluvia nos golpeó la cara, helada, cortante. El aire olía a sal y a posidonia podrida. El suelo estaba cubierto de agujas de pino, una alfombra mullida que amortiguaba nuestros pasos.

Darío se acercó a la puerta principal. Sacó una llave del bolsillo de la chaqueta, la deslizó en la cerradura. El metal gimió, oxidado, antes de ceder con un chasquido seco. Empujó la puerta. Se abrió con un chirrido que resonó en el silencio de la mañana.

El interior olía a moho, a madera podrida, a años de abandono. El suelo estaba cubierto de una capa de polvo y hojas secas que crujieron bajo nuestras botas. Las paredes estaban desconchadas, la pintura amarillenta cayendo en tiras como piel muerta. En el centro de la habitación, una mesa de madera coja, rodeada de sillas desvencijadas. En una esquina, un sofá de cuero rajado, el relleno asomando por las grietas como entrañas expuestas.

—Aquí —apuntó Darío, señalando el sofá—. Dejadlo aquí.

Ayudamos a Juan a sentarse. Se dejó caer, el cuerpo flácido, los ojos cerrados, la respiración entrecortada. Elena se arrodilló a su lado, tomándole la mano, mirándolo con una expresión que no había visto antes. No era amor. No era culpa. Era miedo. El miedo de una mujer que acaba de descubrir que va a perder al hombre que ama.

—Necesita un médico —murmuré, sacando mi kit forense de la mochila—. Necesita antibióticos. Necesita una transfusión. Necesita...

—No hay médicos aquí —replicó Darío, la voz cargada de una resignación que le encorvaba los hombros—. No hay hospitales. No hay nada. Solo estamos nosotros.

Me arrodillé junto a Juan. Le quité la mano de Elena, apartándola con suavidad. Le desabroché la camisa de hospital, exponiendo la herida. El vendaje estaba completamente empapado, la sangre oscura coagulada, pegada a la piel. Lo retiré con cuidado, tirando de los bordes para no arrancar los puntos que el médico de la UCO le había puesto en la finca de Martínez.

La herida era un desastre. Los puntos se habían abierto, la piel inflamada, los bordes enrojecidos, brillantes por la infección. La carne olía a pus y a carne dulce, ese olor inconfundible de la sepsis que empieza a devorar los tejidos.

—Necesito coser esto de nuevo —dije, la voz plana, clínica. La voz de la morgue—. Pero primero tengo que limpiar la infección. Va a doler.

Juan no respondió. Estaba inconsciente, la respiración entrecortada, el rostro pálido.

Vertí alcohol sobre la herida. Juan gruñó, un sonido gutural, animal, que se le atascó en la garganta. Su cuerpo se tensó, los músculos del cuello marcados como cables de acero. Le agarré el hombro con una mano, inmovilizándolo, mientras con la otra limpiaba la herida con gasas empapadas en suero.

La sangre salió, oscura, espesa, mezclada con pus y restos de tejido necrótico. El olor era insoportable, una mezcla de cobre y de

carne podrida que me revolvió el estómago. Pero no me detuve. Seguí limpiando, raspando, hasta que la herida quedó limpia, los bordes de la piel expuestos, rosados, vivos.

Saqué la aguja curva, el hilo de poliamida. Empecé a coser, punto a punto, la piel cerrándose bajo mis dedos con una precisión mecánica. Juan respiraba con dificultad, los ojos cerrados, el sudor cayendo por su rostro, empapando el cuello de la camisa.

—Ya está —murmuré finalmente, cortando el hilo con las tijeras —. Pero necesita antibióticos. Si no, la infección va a volver. Y la próxima vez, no voy a poder coserte.

Darío se acercó, dejando una botella de whisky y un botiquín de primeros auxilios viejo, manchado de óxido. Lo dejó sobre la mesa, junto a la botella.

—Tengo algo en el coche —murmuró, abriendo el botiquín—. Antibióticos de amplio espectro. Marc los guardaba. Para emergencias.

Sacó un vial de meropenem, el antibiótico más potente que tenía. Preparó la jeringa con movimientos mecánicos, ensayados. Sus dedos, largos y callosos, rozaban el metal con una delicadeza obscena.

—Esto va a ayudar —dijo, clavando la aguja en el brazo de Juan, empujando el émbolo con el pulgar—. Pero no es suficiente. Necesita un hospital. Necesita una transfusión. Necesita...

—Lo sé —repliqué, la voz quebrada—. Pero no podemos ir a un hospital. No podemos movernos. No podemos dejar que nos encuentren.

Elena me miró. Sus ojos estaban llenos de lágrimas, pero no lloró.

—¿Y si muere? —preguntó, la voz baja, cargada de una desesperación que me aplastaba el pecho—. ¿Y si Juan muere aquí, en esta puta casa abandonada, en esta puta isla que nos ha devorado?

No respondí. Porque no tenía respuesta. Porque no sabía si Juan iba a sobrevivir. Porque no sabía si alguno de nosotros iba a sobrevivir a esta puta guerra.

Me acerqué a la ventana tapiada, asomando la cabeza por una rendija. El mar rugía a lo lejos, las olas rompiendo contra las rocas con una violencia sorda, constante, hipnótica. El viento aullaba, arrastrando el olor a sal y a lluvia.

CAPÍTULO 41

Juan murió tres veces aquella noche. O al menos eso me pareció mientras la lluvia golpeaba el tejado de uralita y el viento aullaba entre los pinos como un animal herido. La primera vez fue al amanecer, cuando la fiebre le subió a cuarenta grados y empezó a delirar, llamando a su madre en voz baja, pidiéndole perdón por cosas que yo no conocía. La segunda, al mediodía, cuando la herida volvió a abrirse y la sangre empezó a manchar el sofá de cuero rajado, formando un charco oscuro que se extendía bajo sus pies descalzos. La tercera, al anochecer, cuando dejó de respirar.

Elena le hizo la reanimación con las manos temblorosas, apretando su pecho huesudo, gritándole que no se atreviera a morir, que no se atreviera a dejarla sola otra vez. Darío le sujetó los brazos, inmovilizándolo, mientras yo le inyectaba la última dosis de adrenalina que quedaba en el botiquín de Marc.

Juan tosió, escupiendo sangre y bilis, y volvió a respirar. Un jadeo ronco, superficial, que me sonó a milagro y a maldición al mismo tiempo.

—No te mueras, Cabrón —siseó Elena, golpeándole el pecho con el puño cerrado—. No te atrevas a morir ahora. No después de todo.

Juan abrió los ojos. Me miró. Sus iris, normalmente oscuros, estaban grisáceos, lavados por la pérdida de sangre y la fiebre. Sonrió. Una sonrisa torcida, triste, que no le llegó a los ojos.

—Dile a Darío —murmuró, la voz un hilo de papel mojado—, que el dinero de la pensión está en una caja de zapatos, debajo de la cama de su habitación. Que no se lo gaste todo en putas.

Darío soltó una risa seca, cargada de lágrimas que no derramó.

—Cállate, Juan. Descansa.

—No puedo descansar —replicó Juan, cerrando los ojos—. Todavía no he terminado de pagar.

No pregunté qué quería decir con eso. No importaba. En Ibiza, todos pagamos. Unos con la vida, otros con la conciencia, otros con el silencio.

Llegaron al anochecer del segundo día. No eran los rusos de Moscú que Elena esperaba. Eran cuatro hombres de traje oscuro, con caras de burócratas cansados y maletines de cuero negro. Subieron por el camino de tierra en dos coches negros, sin sirenas, sin luces, deteniéndose frente a la casa con una discreción que me heló la sangre.

Darío salió a recibirlos, la pistola en la mano, el vendaje del costado empapado de nuevo. Yo me quedé dentro, con Juan y Elena, vigilando por la ventana tapiada.

—Soy el coronel Volkov —dijo el hombre que iba delante, un tipo de unos cincuenta años, con el cabello canoso y una cicatriz en la mejilla—. De la Dirección Principal de Inteligencia. Hemos venido a recoger lo que es nuestro.

—¿Qué es vuestro? —preguntó Darío, la voz tensa.

—Los hombres que han operado en esta isla sin autorización —respondió Volkov, con un acento del este apenas perceptible—. Los que han manchado el nombre de nuestro país. Los que han matado a civiles inocentes. Los que han convertido Ibiza en un vertedero.

—¿Y qué vais a hacer con ellos? —insistió Darío.

Volkov sonrió. Una sonrisa torcida, triste, que no le llegó a los ojos.

—Lo que se hace con la basura, Cabo Santos. Se limpia.

Darío bajó la pistola. Los dejó entrar.

Volkov se arrodilló junto a Juan, examinándolo con ojos clínicos, desprovistos de cualquier emoción. Luego miró a Elena.

—Usted es la hermana de Marcos Valera —dijo, no como una pregunta, sino como una constatación.

Elena asintió, un gesto mínimo.

—Soy Elena Vance —respondió, la voz firme—. Y Valera era mi amante. No mi hermano.

Volkov arqueó una ceja. Sacó una carpeta del maletín, la abrió, pasó las páginas.

—Tenemos información contradictoria, señorita Vance. Según nuestros archivos, usted es la hermana de Sofía Vance, la forense. Y Marcos Valera era un contable que intentó traicionarnos.

—Valera no nos traicionó —replicó Elena, la voz cargada de una rabia que no intentaba ocultar—. Valera intentó sacar la mierda a la luz. Y ustedes lo mataron.

Volkov cerró la carpeta. Se puso de pie, mirándonos a todos, uno por uno.

—Valera era un ladrón —murmuró, la voz baja, cargada de una resignación que le encorvaba los hombros—. Robó dinero de nuestros socios. Intentó venderlo a los americanos. Y pagó por ello. Como pagarán todos los que intenten robarnos.

—Nosotros no les hemos robado nada —expulsé, dando un paso al frente, la pistola en la mano—. Solo hemos querido que paguen por sus crímenes.

Volkov me miró. Sus ojos estaban fríos, calculadores, evaluándome.

—Doctora Vance —dijo, la voz plana, carente de emoción—. Usted es forense. Sabe tan bien como yo que los crímenes no se pagan. Se olvidan. Se archivan. Se entierran. Y luego, cuando la tierra se mueve, cuando los cadáveres empiezan a oler, cuando los secretos amenazan con salir a la luz, entonces se queman. Como vamos a hacer nosotros con esta puta isla.

Sacó un sobre del maletín. Lo dejó sobre la mesa.

—Aquí hay dos millones de euros —murmuró, la voz baja—. En efectivo. Sin rastreo. Es para ustedes. Para que se vayan. Para que olviden. Para que no vuelvan a pisar Ibiza en sus vidas.

—¿Y si no aceptamos? —preguntó Darío, la voz cargada de una rabia que le crispaba el rostro.

Volkov sonrió. La misma sonrisa torcida, triste, que no le llegó a los ojos.

—Entonces los mataremos a todos. A usted, a su hermano, a la forense, a la hermana. Y luego mataremos a Juan Santos, en el hospital, mientras duerme. Y luego mataremos a Lucía, en el Mercado Viejo. Y luego mataremos a Marc, en su barco. Y luego mataremos a todos los que saben la verdad. Y luego olvidaremos que alguna vez existieron.

El silencio que siguió fue denso, asfixiante. Solo se escuchaba el golpeteo de la lluvia en el tejado y la respiración entrecortada de Juan.

Elena se acercó a la mesa. Cogió el sobre. Lo abrió, contando los billetes con dedos expertas. Luego, lo tiró al suelo.

—No aceptamos su puta sangre —dijo, la voz firme, cargada de una convicción que me heló la sangre—. No aceptamos su dinero. No aceptamos su silencio. Y no vamos a irnos.

Volkov me miró. Sus ojos estaban llenos de algo que no había visto antes. No era miedo. No era culpa. Era respeto. El respeto de un hombre que acaba de descubrir que la mujer que creía una víctima era, en realidad, una guerrera.

—Entonces moriremos todos —musitó, la voz baja, cargada de una resignación que le encorvaba los hombros—. Porque no vamos a dejar que esta mierda salga a la luz. No vamos a dejar que los nombres se publiquen. No vamos a dejar que la verdad destruya lo que hemos construido.

—Ya es demasiado tarde —replicó Elena, la voz firme—. Lucía ya ha publicado los nombres. Ya están en internet. Ya están en los periódicos. Ya están en todas partes. Y no van a poder borrarlos.

Volkov cerró los ojos. Un gesto de dolor que le crispó el rostro. Cuando los abrió, la máscara de burócrata había caído, dejando al hombre roto que había debajo.

—Entonces hemos fracasado —murmuró, la voz quebrada—. Hemos fracasado en limpiar esta isla. Hemos fracasado en proteger a los nuestros. Hemos fracasado en todo.

Se giró hacia sus hombres. Hizo un gesto con la cabeza. Ellos asintieron, sacando sus pistolas.

—Matadlos a todos —ordenó Volkov, la voz plana, carente de emoción—. Y luego quemad la casa. Y luego volved a Moscú. Y decid que hemos fracasado. Que Ibiza se vaya al carajo.

Darío fue más rápido. Sacó la pistola, disparó dos veces. El primer hombre cayó, la bala impactándole en el pecho, levantándolo del suelo y lanzándolo hacia atrás. El segundo hombre disparó, la bala rozando el hombro de Darío, arrancándole un grito ahogado.

Yo disparé tres veces. El segundo hombre cayó, la sangre empapando su traje oscuro. El tercer hombre disparó, la bala impactando en la pared, a centímetros de mi cabeza.

Volkov sacó su pistola. Apuntó a Elena.

Pero antes de que pudiera disparar, Juan se incorporó. Con un esfuerzo sobrehumano, con la última fuerza que le quedaba, agarró la pistola que Darío había dejado caer. Apuntó a Volkov. Disparó.

La bala impactó en el pecho de Volkov. El coronel cayó de rodillas, la sangre manando entre sus dedos, empapando su traje caro. Miró a Juan, los ojos llenos de sorpresa, de incredulidad, de respeto.

—Buen disparo, Cabo —murmuró, la voz un hilo ronco—. Buen disparo.

Cayó de lado, muerto.

El silencio que siguió fue absoluto. Solo se escuchaba el golpeteo de la lluvia en el tejado y la respiración entrecortada de Juan.

Me acerqué a él. Estaba pálido, sudoroso, la mano apretada en la pistola. Lo abracé. Su cuerpo estaba helado, empapado, oliendo a pólvora y a sangre. Pero estaba vivo. Estaba aquí. Estaba respirando.

—Idiota —susurré, las lágrimas mezclándose con la lluvia en mi rostro—. Pensé que estabas muerto.

—Casi —replicó él, devolviéndome el abrazo, apretándome con una fuerza que me dejó marcas en la piel—. Pero todavía no.

Enterramos a los rusos en el bosque, detrás de la casa. Cuatro tumbas poco profundas, cubiertas de tierra y agujas de pino. No pusimos cruces. No pusimos nombres. Solo dejamos que la lluvia los borrara, que el tiempo los olvidara, que la isla los devorara.

Juan sobrevivió. La fiebre bajó al tercer día. La herida dejó de supurar. Los antibióticos que Marc había guardado hicieron su trabajo, la infección retrocediendo, la piel cerrándose, cicatrizando. Pero Juan no era el mismo. Sus ojos estaban más hundidos, más oscuros, más cansados. Hablaba menos. Sonreía menos. Como si la verdad que habíamos descubierto, la verdad sobre la isla, sobre sí mismo, sobre nosotros, le hubiera robado algo que no podía recuperar.

Elena decidió quedarse. Dijo que quería limpiar la isla. Que quería asegurarse de que los nombres que Lucía había publicado no se olvidaran. Que quería construir algo nuevo, algo mejor, algo que no estuviera construido sobre los cadáveres de los demás. Yo no intenté convencerla de lo contrario. Sabía que era una batalla perdida. Sabía que la isla la devoraría, como nos había devorado a todos.

Darío volvió a la Guardia Civil. Dijo que quería limpiar el cuerpo desde dentro. Que quería asegurarse de que no hubiera más Martínez, más Costa, más rusos operando en la sombra. Yo no intenté convencerlo de lo contrario. Sabía que era una batalla perdida. Sabía que el cuerpo lo devoraría, como nos había devorado a todos.

Marc desapareció. Una mañana, su barco ya no estaba en la cala. Sus huellas en la arena habían sido borradas por la marea. No dejó nota. No dejó mensaje. Solo dejó una botella de whisky en la mesa de la casa, con una nota manuscrita: "Para cuando necesiten olvidar".

Yo volví a la morgue.

El Hospital Can Misses había sido reconstruido. La morgue estaba nueva, limpia, con azulejos blancos y acero inoxidable reluciente. Los compresores de las cámaras frigoríficas zumbaban con un ritmo constante, hipnótico. El olor a formol y a lejía me recibió como un viejo amigo.

Me puse la bata, los guantes, la mascarilla. El ritual. La armadura. Mientras tuviera los guantes puestos, era la doctora. No la hermana en duelo. No la cómplice de un motín. No la asesina que había gaseado a tres hombres en su propia sala de autopsias.

El cadáver de la camilla era un hombre de unos cincuenta años, con el rostro hinchado por la descomposición. Causa de la muerte: ahogamiento. Lo habían encontrado en la playa de Talamanca, con los bolsillos llenos de piedras.

Empecé la Y incisión. El bisturí se deslizó por la piel con la facilidad de un cuchillo caliente sobre mantequilla. Separé los colgajos, exponiendo la cavidad torácica. Los órganos estaban en su sitio, sin signos de enfermedad. El corazón era fuerte, los pulmones limpios. Este hombre no fumaba, no bebía en exceso, se cuidaba.

Pero en el estómago, pegado a la mucosa gástrica, había algo que no debería estar ahí. Una micro-SD. La misma que había encontrado en la boca de Elena, en la boca del ruso de Sa Caleta, en la boca de tantos muertos.

La saqué con las pinzas. La guardé en un tubo estanco. La etiqueté. La archivé.

No la abrí. No la leí. No la entregué a nadie.

Porque había aprendido la lección. Había aprendido que la verdad no libera. La verdad encadena. Había aprendido que la justicia no existe. Solo existe el poder. Y el poder, en Ibiza, siempre gana.

Terminé la autopsia. Cosí la incisión. Limpié la mesa. Apagué las luces.

Salí de la morgue. El pasillo estaba vacío. Mis tacones resonaban en el suelo de linóleo, un eco metálico que me seguía como un fantasma.

En la cafetería, Juan me esperaba. Dos cafés sobre la mesa. El suyo, negro. El mío, con leche. Sabía lo que me gustaba.

—¿Qué tal el día? —preguntó, sin levantar la vista del periódico.

—Normal —respondí, sentándome frente a él—. Un ahogado. Nada especial.

Juan asintió, volviendo a su periódico. No preguntó más. No necesitaba preguntar. Sabía que yo sabía. Sabía que él sabía. Sabía que ambos sabíamos que nunca hablaríamos de ello.

Miré por la ventana. El sol se ponía sobre Ibiza, tiñendo el cielo de un rosa pálido que se extendía como una mancha de sangre diluida. Las luces de los clubs empezaban a parpadear, los neones encendiéndose, la música electrónica empezando a golpear las paredes. La isla seguía girando, ajena a nuestra miseria, ajena a nuestros secretos.

Entendí que la guerra por Ibiza había terminado. Que la guerra por nuestras vidas había terminado. Que la guerra por la verdad había terminado.

Pero la guerra por el silencio acababa de empezar.

Y nosotros éramos los guardianes.